



*Cenicienta
siempre quiso un
Wonderbra*

NOE MARTÍNEZ

una novela

VERGARA



Con una tendencia sobrenatural a enamorarse siempre de la persona equivocada, Paulina, Olvido y Coro están convencidas de que algo en el cosmos tiene que haberse confabulado para que sus vidas sentimentales sean siempre tan complicadas. Una serie de situaciones hilarantes hacen que estas tres treintañeras nos lleven de la mano por las inquietudes, las felicidades, los desencuentros y la necesidad de amor de toda una generación.

Una novela fresca, divertida y positiva, de una joven autora española que participa habitualmente en programas de radio y televisión de Galicia.



Noe Martínez

Cenicienta siempre quiso un Wonderbra

ePUB v1.0
3L1M4514517.10.15

más libros en epubgratis.org

Título: Cenicienta siempre quiso un Wonderbra
© 2009-07, Noe Martínez
Traducción de Noemí María Martínez Ferreiro
Editorial: Ediciones B
ISBN: 9788466641616
Maquetación ePub: teref
Agradecimientos: a maia por su luz mágica

Reseña:

Tres amigas en la treintena luchan por sobrevivir al desamor. Con una tendencia sobrenatural a enamorarse siempre de la persona equivocada, Paulina, Olvido y Coro están convencidas de que algo en el cosmos tiene que haberse confabulado para que sus vidas sentimentales sean siempre tan complicadas. Internet, un viejo amor adolescente y la pérdida del miedo al compromiso son tres de los inesperados elementos que vuelven a ponerlas en el mercado. Una serie de situaciones hilarantes –no por ello menos creíbles– hacen que estas tres chicas nos lleven de la mano por las inquietudes, las felicidades, los desencuentros y la necesidad de amor de toda una generación.

Cenicienta siempre quiso un Wonderbra no es sólo una historia de amistad y supervivencia de tres amigas, sino también un retrato femenino y universal en el que sus entrañables protagonistas dejan claro que, hoy por hoy, a las chicas cada vez nos cuela menos eso de que al príncipe azul no le huelen los pies...

SOBRE LA AUTORA:



Noe Martínez (Ourense, 6 mayo 1975) podría presentarse a Miss Metro Cincuenta y Ocho porque los mide justitos, ni un pelito más, ni un pelito menos. Y no es baladí este detalle dado lo bien formadas que llegan las nuevas generaciones. Además de tener el pelo forzosamente liso, haber publicado su primera novela, *Señálame un imbécil y me enamoro* (Ézaro Ediciones) y ver cumplido su sueño redondo con esta novela que tienes en las manos, sólo le resta para alcanzar la felicidad completa que Brad Pitt se canse de la siempre atorrante Angelina Jolie, que llueva chocolate sin calorías, que los pantis de media pierna antipress de debajo de la rodilla cumplan su cometido y no le dejen los deditos de los pies sin riego, y que los zapatos de tacón sean la lámpara de Aladino. Tampoco es tanto. ¿O sí?

Noe Martínez no pretende otra cosa que compartir su mundo femenino y singular con todas aquellas chicas, y chicos, que militen en la idea de que la vida no es sino un devenir de situaciones ilógicas a la espera de que alguien les saque punta. He dicho.

PRÓLOGO

P

uede que el desamor sólo necesite tiempo para dejar de doler, pero ¿quién tiene minutos de sobra que prestarme? Hace tres días y muchísimas horas que ya no me ocupo de nada que no sea yo misma, mi pena, mi angustia y mi pelo frito. Es lo que suele pasarme con los disgustos, que se me seca el pelo. No, el cuero cabelludo no. El pelo. Me gasto cantidades indecentes de dinero que no tengo (y que escatimo a otras necesidades más prosaicas) en fórmulas infalibles para devolver su condición capilar a esta maraña de paja que me peino todas las mañanas. Pero nada. No funciona.

A veces me planteo la posibilidad de dejarme rastas o quizá de hacerme dos trenzas igual de secas que una ristra de cebollas, pero no me parece muy elegante. A decir verdad, tampoco estoy viviendo mi mejor momento, así que mi cabellera va en consonancia con mi psique. Claro que siempre me queda la alternativa de hacer una cura selectiva y, una vez enroscado el cabello de cualquier manera, ir tirando de todos aquellos pelos estropajosos que no se asienten en el nido que pretende ser mi nuevo moño. ¡Joooder! Cómo duele... ¡Paso! Gomina y a correr. Cuando Alejo no era una felicidad reseca, yo no tenía estos problemas... Cierto. Pero tenía otros: los tenía todos menos éste. Eso sí: tenía una cabellera sedosa y brillante. ¿A qué hora había quedado con Rhett...?

CAPÍTULO 01

-P

au, ¿no te estarás volviendo un poco más loca todavía por ese tío? ¿Cuánto hace que lo conoces? ¿Dos meses? ¿Tres...? —Olvido, Olvidín, Vidín para los muchos amigos y conocidos, no dejaba de repetirle a Paulina que era un poco excesiva su entrega en una relación que empezaba y que parecía demasiado retorcida.

—Vidín, qué fácil es dar consejitos, ¿eh? —Paulina sabía que estaba probando su propia medicina; no en vano ella le había hecho la misma pregunta hacía unos cuantos meses. Fingió no darse cuenta y siguió como si nada. Hablando de lo divino y lo humano, ¿divino y humano?—. Me voy a pasar el fin de semana a Cáceres con Alejo. Tiene que dar unas conferencias en la Confederación de Empresarios.

—¡Vaya! ¿Su mujer tiene cita con el podólogo? Pau, abre los ojos, esto no es una película: tu Alejo está casado y no la va a dejar nunca. N-U-N-C-A. ¿No ves que es mejor sufrir ahora y ahorrarte un colapso emocional dentro de unos meses? Puede que la gravedad del soponcio tenga carácter acumulativo... —Nunca un café se había vuelto tan espeso entre ellas dos. Se conocían desde la noche de los tiempos, y sus diferencias de parecer eran tan marcadas como entre el color de sus ojos.

Olvido era una mujer de una belleza racial y carnes bien puestas. Bajita, con una complexión robusta fruto de la alimentación saludable que no entiende de otras restricciones que la inapetencia. Su rictus y su serenidad aportaban a su metro sesenta y a sus sesenta y tres kilos de peso un atractivo especial que no pasaba inadvertido a propios ni a extraños. Su boca, bien torneada y siempre perfectamente perfilada, nunca había formulado un propósito de hacer régimen. Ella había hecho de sus curvas la mejor arma de seducción. De casi todas. La excepción (léase su culo) requiere un capítulo aparte.

Paulina tenía los ojos color verde pálido con un brillo triste que siempre daba la sensación de que ella estaba entrando o saliendo de un catarro. Se esforzaba en darles vitalidad a golpe de paleta de Max Factor y rimel de Clinique, pero el resultado no siempre era todo lo espectacular que le hubiese gustado. Tenía la estatura justa, ni muy alta ni muy baja, pero carecía del empaque de Vidín. Ella lo sabía y, en lo más hondo de su amor propio de mujer casi atractiva, esto le tocaba las narices. Vale, era tan delgada como exigían los cánones de la moda, tenía las manos bien cuidadas y no solía hurgarse la nariz en público. ¿Qué le faltaba para ser arrebatadora?

«¿Se darán cuenta de que debajo de mi pelo artificialmente liso se esconde un rizadillo cojonero?», decía para sus adentros.

—A ti lo que te falta es un poquito de arranque, cielo. ¿Acaso crees que porque tu jefe se haya fijado en ti, en la empleada más apetecible, ya tienes que comportarte como un perrito de feria? Míranos, Pau. ¿No somos jóvenes, guapas y con talento? ¿Por qué esta tendencia nuestra a quedarnos siempre con los tíos que menos nos convienen?

Paulina la miró con la cara apoyada en la mano y se mordió una uña. «Es cierto —pensó—, pero nos sobra pasión. Eso es lo que nos pasa.» Se lo calló, intentando que las palabras «casado» y «sufrimiento» no le reventasen la cabeza.

—Estoy pensando que lo mejor será decirle que se vaya a tomar por culo. —Paulina miró a Vidín con el rabillo del ojo. Lo decía con la boca pequeña. O para hacer que se quedara con la boca abierta. Lo cierto es que la declaración cayó como una bomba.

—¡Exaaacto! ¡Ésa es mi chica! Lo primero que tenemos que hacer es desprendernos de su número para evitar la tentación de volver a llamarlo cuando casi te haya sanado el corazoncito... Pásame el móvil.

Paulina se asustó. ¿En qué punto de la conversación se había vuelto Vidín loca de atar? ¿Acaso se había tragado que ella estaba dispuesta a prescindir de los favores de Alejo a las primeras de cambio? ¿De las fugas a las tantas de la madrugada para evitar que su mujer se diese cuenta de su ausencia en el lecho conyugal? Se apretó el teléfono contra el pecho como si de ello dependiese su vida entera y negó con la cabeza lo que ya había quedado claro. Suficientemente

claro.

—Como quieras, pero después no digas que no te lo advertí... —Vidín guardó un silencio más largo de lo habitual. Paulina supo que lo peor estaba por venir y, como un gladiador, parapetó sus sensibilidades tras una sordera fingida. Se esperaba lo peor. Y lo peor no tardó en llegar—. Sabes que vas a sufrir como una perra, ¿verdad?

«¿Verdad?» «¿Verdad?» ¿Por qué «verdad»? Pero lo era. Paulina sabía que, tal como había encontrado el amor en un perfecto conocido con el que tenía trato desde hacía mucho, pero que mucho tiempo y que tenía la vida más que resuelta, acabaría por perderlo. Aun así, sabía que no sería tan sencillo. Ni al imaginarse lo peor había calibrado el nivel de dolor que le supondría perder lo que nunca había sido suyo. Ante la mirada insistente de Vidín, ella removió su café y se preguntó a santo de qué una de sus mejores amigas la estaba fustigando de aquella manera.

—Ya sé que a ti no te trae muy buenos recuerdos todo esto... —Paulina intentaba no herirla más de la cuenta, pero sabía que al tocar aquel tema, *el* tema, la lastimaría seguro. No le importó; a fin de cuentas, Vidín la había lastimado primero—. No creo que sea extrapolable a lo que te pasó a ti con Fran.

—Cierto... No lo es. En mi caso, yo era la esposa paciente.

El aire pasó a un estado sólido y se posó sobre la cabeza de ambas. La atmósfera se cargó de moléculas de monóxido de carbono que saturaron su hemoglobina de veneno irrespirable. La propia combustión de los reproches y los perdones reprimidos convirtió una sobremesa de viernes en un café de primera hora de lunes. De repente, las dos alegaron tener prisa. Prisa por no se sabía qué, aunque el motivo era lo de menos. La incomodidad era siempre mejor alternativa que una discusión a grito pelado en la tetería de moda.

—Tengo que irme, se me ha hecho tarde. Disculpa, ¿me cobras?

La camarera les llevó la cuenta, y Vidín y Paulina evitaron decirse nada que empeorara las cosas. No habría estado de más retractarse de lo dicho, pero en realidad ambas sabían que, por el momento, ninguna de las dos quería disculparse. Paulina se puso los guantes y el abrigo con la mirada clavada en sus zapatos, que, por alguna razón incomprensible, no le parecieron los mismos que por la mañana. Se le antojaron ajenos, y no pudo seguir soportando aquella visión. Se sentó de nuevo.

—¿Tú te quedas...? —Vidín ya llevaba todo el equipo puesto: abrigo rosa chicle de una lana excelente, guantes de *mohair*, gafas de sol Gucci para un sol que nunca acababa de salir y el Fendi Baguetina colgado del hombro.

—No, no, también me voy. Es que... —Paulina se agachó para descalzarse de un pie—. Creo que se me ha metido algo en el zapato.

—¿Una maldad, tal vez...? —Directa al hígado.

—Diez. Una por cada dedo. —Alzó la vista y se encontró con la imagen de Vidín en perspectiva. Le recordó a un coloso griego, aunque Paulina sabía que era igual de frágil que una torre de cristal. Entonces sí sintió la necesidad de pedir perdón—. Lo siento. Lo siento.

—Más lo siento yo. Tienes razón. ¿Por qué no me meteré la lengua en el culo más a menudo...?

—Vidín se volvió a sentar al lado de Paulina y la abrazó sin soltar ninguna de sus pertenencias—. ¡Jodido cabrón! Encima de dejarme por una gilipollas mayor que yo y con dos hijos, va y me mutila el espíritu aventurero. Quiera Dios que coja una venérea que se le quede ralo el pelo de las bolas.

—No te preocupes, la venganza es un plato que se sirve frío... ¿Sabes a quién vi ayer en la planta de juguetes de El Corte Inglés con cara de estar a punto de perder los nervios? —Paulina sonreía, todavía con el pie fuera del zapato.

—¡Noooooo...! Pellízcame, que no me lo creo ¿No tiene cojones para negarse a pasear a los vástagos de su putita? ¡Si odiaba los centros comerciales! ¡Odiaba a todos los niños del mundo mundial, incluidos sus sobrinos! Lo tiene pillado. ¡Qué cabrona! —Vidín no sabía si llamarla y darle las gracias por ayudarla a condenar a su ex a una muerte en vida o llorar por saberse humillada de tal manera.

—No te hagas mala sangre, nena. ¡Si le hubieras visto el careto...! Además... —Paulina hizo el último intento de reconocerse dentro de sus zapatos. Se miró y se convenció de que, una vez echadas fuera las culpas, sus dedos volvían a campar a sus anchas sobre la suave piel del interior—, ¡no sabes lo feos que son esos monstruitos! Sobre todo la niña: tiene bigote.

—¡Me puteas! ¿Tiene una hijastra que se parece a Frida Kahlo? —Vidín parecía estar disfrutando del cotilleo como una enana. Vale, no estaba bien reírse de una cría, pero su madre tampoco había sido muy cordial al birlarle el marido, su casi recién estrenado marido.

—Por éstas. —Paulina se llevó el pulgar a la boca para sellar el juramento—. Pero no te lo pierdas: el crío es cejijunto.

—Pero ¿qué coño de genes tienen esos pobres? —Vidín se quedó callada, imaginándose la escena, y notó un ardor en la boca del estómago. Y no era el café. Algo parecido a la pena matizada por una pizca de autocontrol le recordó que hacía muy poco tiempo de todo aquello (de lo suyo con Francisco), y no estaba preparada para aceptar la imagen de Francisco como padre de unos seres bigotudos y/o cejijuntos que no fuesen los hijos de ambos. Le entraron ganas de llorar, pero se contuvo a tiempo—. ¿Nos vamos?

—Nos vamos. ¿Quedamos entonces a las once en el Arréglate Morena?

Vidín asintió con la cabeza mientras empujaba la puerta para salir. Fuera hacía un frío considerable que estuvo a punto de hacerla volver sobre sus pasos. Miró a Paulina y le indicó con un gesto que se levantase el cuello del abrigo.

—Ya llamo yo a Coro más tarde. ¿Dónde tienes el coche?

Se despidieron apresuradamente, en parte por el frío, en parte porque cada una había fingido una prisa distinta pero igual de apremiante. Vidín y Paulina echaron a andar hacia sus casas. La primera consultó el reloj y se dijo que sobre las ocho y media llamaría a Coro. No quería olvidarse, últimamente no sabía dónde tenía la cabeza, así que, mientras ponía un pie delante de otro, escribió una nota de aviso en el móvil. No era tarea fácil pulsar los botones precisos mientras andaba, y mucho menos con los guantes de polar y borreguito entorpecidiéndole la movilidad de los dedos. Aun así, lo consiguió.

Caminaba a todo lo que daban sus piernas. No vivía muy lejos de la tetería, así que el trayecto no exigía que sus sentidos estuviesen pendientes de cada una de las baldosas que pisaba. Las conocía bien y, de todos modos, no habría sido capaz de centrarse en nada que no fuesen sus propias pupas. «¡Mierda! —pensó—. Creía que Fran ya me había causado todo el dolor que soy capaz de resistir, pero la vida siempre guarda un poquito de cicuta en la manga. Es pronto, lo sé, pero estaba segura de poder perdonarle todo; en serio, todo: los cuernos, la falta de lealtad, las mentiras, sus te quiero compartidos, sus ausencias, más evidentes que su desamor. Todo menos eso: ¿por qué no quiso tener niños conmigo?»

Antes de meter la llave en la cerradura del portal, se quedó mirando absorta el escaparate de la lencería contigua. Era muy cara, muy exclusiva, de precios prohibitivos. Ella solía contemplar los conjuntos de La Perla con ojos de espectadora de *Sexo en Nueva York*, sabedora de que el «look total» tenía un coste y ella no podía permitirse tantos gastos; el sueldo de la farmacia no daba para grandes dispendios. Pero no siempre es fácil someterse a los dictados del ángel bueno. Cuando se dio cuenta, Olvido estaba oyendo el tintineo del móvil troquelado que colgaba de la puerta del establecimiento. El sonido de la campanilla y el olor a ambientador caro la arrancaron de su ensimismamiento.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarla en algo? —Una dependienta de algo más de cincuenta años le dio la bienvenida al paraíso de lo inalcanzable.

—Eh... Sí, estoy buscando consuelo en la blonda. ¿Tiene alguna cosa que me haga sentir dichosa? —Olvido miraba de soslayo las numerosas cajas apiladas detrás del mostrador. Reparó en el *bustier* que vestía el torso de un maniquí y que le recordó el guardainfante de María Antonieta.

—¿Hay algo de lo que no sea capaz Christian Dior? ¡Póngase cómoda, querida!

La sabia dependienta, que tenía más años de los que estaba dispuesta a reconocerse a sí misma, se llamaba Genara. Olvido, que ya se había presentado como Vidín (resultaba más familiar, más

cercano, ya sabes...), aceptó de buena gana el café que ella le ofreció antes de continuar sacando ilusiones hiladas a base de buen pespunte y el mejor patronaje. Genara tenía una conversación pausada y parecía dominar el arte de desplumar a una sin el menor remordimiento. Entre vuelta y vuelta de la cucharilla en el pocillo, Olvido se enamoró de dos conjuntos, uno azul noche de copa C y otro rosa bebé con el tanga más exiguo que el cordón de un sobrecito de té.

—Hágame caso y pruébeselos.

Y se los probó. Bajo el *shock* de imaginarse a su ex marido, ex amante, ex pareja y ex buena persona ejerciendo la paternidad política con unos bastardos cubiertos de pelo, se dejó llevar por una vena consumista que llevaba laténdole dentro desde que se había separado. A fin de cuentas, ¿no era dueña absoluta de su sueldo? «Lo soy —se dijo—, así que, si me sale del higo gastarme toda esta cantidad indecente de dinero en unas putas bragas y en un sostén, ¿qué me lo impide? ¡A ver! ¿Quién?»

—Querida, ¿cómo le van...? —preguntaba Genara desde fuera del probador pero sin mostrarse ansiosa por colocarle las lujosas prendas a la vulnerable Olvido.

—¡De cine, Genara! El conjuntito azul, ¿no tendrá liguero...? —Y antes de que pudiese rematar la palabra, una mano asomó por la puerta del probador con una hermosa y lujuriosísima cinturilla en azul intenso colgada del dedo índice—. ¡Gracias...!

—Si decide llevársela, voy a tener que recomendarle el saltito de cama...

¡Lista, la tal Genara! Olvido se metió dentro del liguero, el *culotte*, el sujetador con escote balcón de copa C y pidió a gritos el saltito de cama. Se miró en el espejo con el atuendo completo y supo que tenía ante sí a la nueva PutiCatWoman. Se encantó. Mientras se quitaba las cuatro piezas tuvo buen cuidado de no darles la vuelta a las etiquetas, para evitar que un ataque de ceros (de cero euros) le hiriese la moral. El otro conjunto, el del microtanga de color Rosita Virtud (así lo había denominado Genara, aunque a Olvido se le antojaba color rosa faja), no le hacía ninguna falta, pero decidió que no había entrado en aquella tienda de lencería para adquirir algo útil, pues de lo contrario se habría ido a Carrefour a comprarse un *pack* de cinco bragas Princesa cien por cien algodón.

—Procure lavarlos por separado con un jaboncito neutro y no colgarlos en el tendedero con pinzas de madera. ¡Podría engancharse el Chantilly! Le voy a dar estos pañitos para que los ponga entre la prenda y el colgador. Más vale prevenir...

La dependienta metió en la bolsa cuatro rectángulos de gasa blanca que plegó con tanto mimo como si fuesen las mortajas de Nefertiti. Olvido miraba las manos de Genara, unas manos que habían vivido mucho, pero que se movían con la seguridad de haber vivido bien. Tras doblar perfectamente los artículos y guardarlos dentro de la bolsa, la dependienta se los entregó. Olvido sacó la tarjeta de la cartera antes incluso de conocer la magnitud del desaguizado económico que aquellos caprichitos le iban a suponer. «Aguda dependienta aquella que nunca te dice lo que no quieres saber», se dijo.

Sin mediar palabra, Genara cogió la tarjeta, la pasó por la TPV y aguardó sin que se notara que esperaba a que saliese el papelito con su consabida copia. El secreto de cómo se las arregló para que Olvido firmase el justificante de compra sin reparar en la cantidad a la que ascendía el capricho es algo que sólo podrían explicar los expertos en *marketing* empresarial.

—Muchísimas gracias y espero verla de nuevo. Recuerde: nada hay más atractivo en nosotras que nosotras mismas.

Olvido alcanzó la puerta rumiando las palabras de Genara. Antes de salir del establecimiento, se volvió para verle de nuevo la cara a aquella fuente de sabiduría femenina. La dependienta continuaba impertérrita tras el mostrador con los brazos cruzados y el porte erguido, como una cariátide griega sobre la que descansa todo el peso del friso de un templo. Al contemplarla, supo que tenía un pasado.

«¡Qué tontería! —pensó—. Todos lo tenemos. Pues sí, pero esta mujer, además, lo tiene presente y no es una piedra en el zapato para ella.» No apartó la vista de ella mientras buscaba en el bolso las llaves de su portal. Antes de que la pared maestra que separaba las dos fincas se interpusiese entre ambas, impidiendo que pudiesen seguir mirándose a los ojos, Olvido ya tenía claro a quién

quería parecerse de mayor. Genara, desde el interior, se despidió por segunda vez de ella con un leve movimiento de la mano al más puro estilo de la familia real inglesa.

Me llamo Olvido, yo, que nunca olvido nada. El día que vine al mundo, el santoral ofrecía más de cinco nombres posibles que, como habría podido comprobarse con un simple vistazo, resultarían más apropiados para mí que el que tengo, aunque ya es un poco tarde para pedirle cuentas a mi madre por su insensibilidad. O a mi madrina. O a mi padre. O al propio destino. Pudieron escoger cualquier otro. Soledad, por ejemplo, lo que, a todas luces, no habría sido sino una premonición, porque yo, en este mal momento de mi vida, más que olvidadiza, soy solitaria, y contra eso no hay antídoto, vacuna o fondo de investigación que me cure a corto plazo.

Hace meses que disfruto de nuevo estado civil, y ni yo ni mi Feng Shui acabamos de acostumbrarnos a él. No es lo mismo ser divorciada que viuda, de igual manera que no es lo mismo comerte un pastel que despachar una tarta entera. Ahora ya no sueño que al imbécil de Fran se le caen los dientes al intentar besarme, pero eso no basta para considerarme emocionalmente reinsertada. Es mejor que deje de pensar en el tema. El único tema. Él. Ya no es mi marido, ni mi amigo, ni mi vecino. ¿Por qué no puedo sacármelo de la cabeza desde que me levanto? ¿Por qué me cuesta más trabajo odiarlo que olvidarlo? Como no me concentre en lo que estoy haciendo me voy a meter el *eyeliner* en la pupila. No estoy mal, no señor. Al menos, mis tetas ya venían de serie. ¡Vas a sufrir, zorra de mierda, Dios quiera que el bigote de tu hija sea de los que no sucumben a la depilación láser!

CAPÍTULO 02

-C

oro, no veo la relación entre una cosa y la otra. ¿Qué quieres decir? ¿Sales o no con él?

Paulina y Coro habían quedado en desayunar juntas después de la salida de la noche anterior. Olvido no se había apuntado porque tenía cita para darse un masaje linfático, santo remedio para la piel de naranja del musulmen. Intentaron convencerla de que sería inútil que se hiciese pellizcar hasta la extenuación la mañana siguiente a una juerga: los excesos nocturnos no se pagan con piel de naranja. Los masajes son caricias fuertes, no milagros, le había dicho Coro, pero Olvido no quería sentirse culpable por no haber puesto de su parte para acabar de una vez por todas con aquel culo que se negaba a aceptar como suyo. Todo suyo.

Coro era la que mejor capeaba los efectos nocivos del desenfreno nocturno. No es que tuviese un rostro envidiable, pero su piel no solía presentar pruebas palpables de lo bebido/comido/fumado la madrugada previa. Aquella mañana era sábado, así que había llegado al apartamento de Paulina con su «uniforme de cerdear», es decir, con pantalón y sudadera de chándal desparejados, y con coleta. Paulina tampoco iba con sus mejores galas, aunque el hecho de ser la anfitriona del desayuno le daba licencia para recibir en pijama. Entre ambas había varias diferencias, pero la más notable era que Paulina poseía la virtud de parecer siempre arreglada. Incluso con un delantal.

—Pues no tengo ni idea. ¡Y mira que yo persevero! Ayer intenté poner las cartas boca arriba pero no hubo suerte: se me escabulló en cuanto se olió que la conversación iba por esos derroteros.

—A riesgo de atragantarse al hablar mientras engullía, Coro refería con todo lujo de detalles su no-conversación con Eugenio.

—¡Con lo segura que pareces detrás de la ventanilla del banco! —Nunca una tostada fue tan asesina: Coro le propinó una colleja antológica justo cuando se disponía a tragar.

—No me tires de la lengua, no me tires de la lengua...

Efectivamente, Paulina decidió no seguir por ahí. Una cosa era meter el dedo en llaga ajena y otra, diametralmente distinta, era hacerlo en la propia. Tomó un sorbo de café y se tragó la bilis que se le había acumulado a ambos lados de las cuerdas vocales. Tenía la sensación de haber estado viviendo con aquel amargor durante más tiempo del que podía soportar. Lo peor era que se había acostumbrado a él y, en ocasiones, le parecía que se transformaba en azúcar. Eso sólo sucedía cuando ella y Alejo-el-casado jugaban a ser pareja confinada entre las cuatro paredes de una habitación de hotel o de su propia casa.

—A veces creo que él tiene miedo de comprometerse, algo así como si aceptar que somos pareja nos llevase automáticamente al altar, y, sinceramente, creo que no se cosca muy bien del tema. ¿Quién ha hablado de casarse? ¡Si ni siquiera salimos! —Coro sacudió la cabeza con incredulidad ante sus propias cuitas.

—¿Y no será que estamos ante el típico cuadro de hombre *mojo-mevoy* ? Ya sé, ya sé...

—Paulina cruzó los dedos a dos manos tratando de ahuyentar lo que quiera que fuese que amenazaba la cordialidad del desayuno—. No digo que lo sea, digo que puede ser, sólo que puede ser. Puede, digo...

Poder, podía, pero Coro no estaba de «te quiero» para tratar de averiguarlo. Ella decía que se había enamorado de Eugenio a primera vista, y no había sido tarea fácil: acababan de dilatarle las pupilas para comprobar el estado de suma y sigue irreversible de su miopía. Veía menos que un cíclope con conjuntivitis y, aun así, sus ojos quedaron embelesados ante el que a ella le pareció el ser más adorable del mundo mundial. Sentada en el diván del oculista, había sentido un flechazo, pero el arquero no había sido el doctor sino su ayudante. Cuando Coro abrió los ojos, luchando contra el escozor y la molestia de las gotas, Cupido le acertó en toda la córnea.

—Tiempo, yo creo que lo que necesita es tiempo. ¿Cómo llamará él a compartir cama y ducha durante tres meses? —Como si fuese la propia Coro quien necesitase argumentos convincentes que la llevasen a aceptar su nueva condición sentimental, se regalaba una y otra vez todo tipo de justificaciones que corroborasen su teoría de que irremediamente y sin lugar a dudas eran

novios. Lástima que él no opinara lo mismo.

—Puede que piense que no te gusta dormir sola. ¡Hombres, Coro! Estoy empezando a plantearme el quitarme de vicios, pero lo malo es que, según cuáles, parece que se llevan grabados genéticamente. Pásame la leche fría.

—¿Cómo es posible que dos tías tan equilibradas como nosotras, con nuestros trabajos perfectos, nuestras relucientes hipotecas, nuestras clases de yoga y nuestros cosméticos carísimos nos veamos en esta situación? —Coro le alargó la lechera a Paulina, pero su mente iba por libre. Y no le faltaba razón. ¿Cómo había pasado? Era la segunda vez en menos de veinticuatro horas que tenía que enfrentarse a esta pregunta para la que no encontraba una respuesta certera.

—No tengo ni puta idea, pero empiezo a cansarme de que me cueste tanto ser feliz.

Y, en un silencio tan incómodo como sus propias vidas, sorbieron el café y masticaron las tostadas sin querer preocuparse más que por la resaca que las aquejaba. De fondo se oía la radio. Eran las doce en punto de un sábado cualquiera, y el noticiario no se hacía eco de nada digno de mención salvo que la temperatura continuaba su inexorable ascenso ante la inminente llegada de la primavera. Ambas sonrieron pensando en lo poco que faltaba para que sus cuerpos serranos pudiesen deshacerse de los abrigos, los guantes y las bufandas. Sabían que esto no era motivo suficiente para sentirse afortunadas (o tan afortunadas), pero más valía eso que conformarse con sentirse desgraciadas y no tomar la determinación más adecuada para ellas mismas.

—En cuanto deje de llover más de dos días seguidos tenemos que ir de excursión a la peluquería. ¿Cuánto hace que no te das el placer de una pedicura? —Paulina recogía la mesa con la misma entrega con que le limaría las uñas a un koala. Sabía amontonar la loza en el fregadero como nadie, y eso que tenía un flamante lavavajillas último modelo.

—Desde... ¡Desde fin de año! Acuérdate de que llevaba unas sandalitas sin media y no podía ir con mis durezas color calcetín. ¡Total...! ¿Para qué? ¿Para que me pisasen mis deditos una y otra vez hasta la hora del chocolate con churros? Te juro que es la última vez que salgo en época de fiestas. ¡Lo odio! —Coro se tocaba los pies rememorando torturas pasadas.

—Todos los años decimos lo mismo y todos los años salimos. ¿Será ése nuestro estigma, hacer en todo momento y por siempre jamás lo que menos nos conviene? —Dando en la diana era única. Paulina se sentó en la banqueta más próxima al ventanal de la cocina y ¡oh, oh!: sorpresa—. No puede ser. ¡Es él!

—«¿Él?» «¿Él?» ¿Alejo? —Coro saltó de su asiento a una velocidad insólita para su parsimonia habitual. Con la cara pegada al cristal de la ventana del balconcito de la cocina, comprobó que sus vaticinios eran correctos—. Pero ¿tú sabías que venía?

—¡Qué coño...! Si no sé nada de él desde ayer a las siete de la tarde. ¡Rápido! —Paulina pasó revista velozmente a su indumentaria y concluyó, a la chita callando, que dentro de lo malo, podía estar peor—. ¿Qué cara tengo? No parecerá que llevo pensando toda la noche por su amor, ¿verdad? ¡Antes muerta!

—Ven aquí, vas demasiado bien peinada para estar de resaca... Tú y tu *home style*... ¡Que se entere de que tú también tienes una vida! —Coro le revolvió a Paulina el cabello, que, como siempre, tras llegar a casa se había recogido en la nuca para estar más cómoda.

Cualquier otra mujer del planeta Tierra habría sido incapaz de convertir un peinado de ir tirando en un moñito francés, pero ella podía; era su elegancia natural la que obraba milagros allí donde otras ponían intenciones. Además, el nuevo producto Hot Liso de L'Oréal le dejaba las puntas del pelo tan tiesas como una escoba y no había quien las alborotase. Era cemento cola, tal cual.

—Ya estás. ¿Y qué hago yo? —inquirió nerviosa.

—¿Tú? ¡Qué vas a hacer! Quedarte aquí: el intruso es él. ¿Acaso lo invitó alguien a desayunar?

—Paulina intentaba aparentar tranquilidad, sin éxito. Iba de un lado a otro sin llegar a sitio alguno, esperando no se sabía muy bien qué. Claro que, con el tiempo que Alejo tardaría en subir desde el portal hasta su casa, pocas cosas podía hacer.

Coro se fue derecha al salón y, tras sentarse en el sillón que estaba más cerca de la ventana, se acomodó como si fuese a dormir una larga siesta y se tapó con la mantita de los fríos. A buena entendedora pocas palabras bastaban: se coscó de que en aquel piso se mascaban la tragedia y la

reconciliación. La primera parte se desarrollaría en la cocina (seguro), y la última en el dormitorio (más seguro todavía), de modo que el salón le pareció el mejor lugar en el que tratar sus síntomas postsalida nocturna.

Él llegó y tocó el timbre. Silencio administrativo. Volvió a tocar el timbre. Silencio. Otra vez. Nada. Coro se había incorporado ya, dispuesta a abrir la puerta, segura de que Paulina debía de estar tatuándose la raya del ojo con tiralíneas y no tenía pensado abrir hasta encontrarse perfecta. Para su sorpresa, al llegar al *hall* se encontró a Paulina apoyada contra la puerta, tapándose la cara con las manos y cambiando el peso de una pierna a otra como si se estuviese haciendo pis.

—¡Chiss! —Ante aquel cuadro, Coro intentó llamar su atención procurando que Alejo no la oyese desde fuera—. ¿Va todo bien?

Paulina regresó al mundo de los vivos y la miró con una cara que más que de frenesí parecía de pánico. Coro comprendió que allí se iba a armar la gorda y decidió volver por donde había venido.

—¡Para que después digan que no las pilló al vuelo! —le espetó.

Antes de retornar a la postura original bajo la manta polar amarilla de grosor especial Posesas de Frío, sintió la voz masculina de Alejo. Lejos de tranquilizarse, pensó que Paulina no se merecía acabar siendo «la otra». Decidió otorgar a aquel par de almas descorazonadas un momento de intimidad y encendió la tele para evitar toda tentación de oír las lindezas que se decían. Pero se oían igualmente.

—¿Por qué no me llamaste ayer? —Alejo pedía explicaciones con una actitud exigente que no tenía razón de ser en una relación en la que uno de los dos llevaba a cuestas un certificado de matrimonio, una hipoteca compartida y un bono de gimnasio familiar—. ¿Qué pasa? ¿Estás enfadada conmigo?

—Déjame, Alejo. Estoy con resaca y no creo que pueda aguantar un numerito. —Paulina se había dirigido ya hacia la cocina sin esperar siquiera a que él le insistiese en que respondiera a su pregunta—. Hay café preparado. ¿Te hace...?

Ella ya estaba cogiendo una taza de la alacena y no reparó en que él estaba de pie, a su lado, con la mirada clavada en el fregadero. Tal vez no fuese ético exigirle explicaciones a una amante, pero él se fijó en que en la pila había dos tazas, dos cucharillas y dos platos. Dos. Paulina vivía sola. Si él no había desayunado allí...

—¿Qué miras con esa cara? —Ella advirtió de inmediato que los celos estaban consumiendo a Alejo y no tuvo compasión. Paulina sabía bien lo que era temer que otras manos tocasen lo que sentía como suyo. Sabía bien lo que era intentar olvidar que los labios que la besaban ya habían sido besados antes. Sabía que era como un fuego abrasador que empezaba en la boca del estómago y subía hasta la garganta, amenazante, desolador. Pero se calló, no quiso ahorrarle ni el más leve sufrimiento—. ¿Quieres azúcar o lo tomas solo?

—No quiero, ya no me apetece. —Y Alejo se separó de la encimera de la cocina con torpeza. Buscó una silla en la que dejar su chaqueta y se pasó las manos por el pelo.

«¡Qué melena tan bonita...!», se sorprendió pensando Paulina una vez más.

Mientras tanto, él no cayó en la cuenta de que ella lo miraba con el rabillo del ojo y se dejó llevar. Se imaginó lo peor: ella era soltera, podía hacer lo que le viniese en gana. Incluso serle infiel con quien le apeteciese. ¿Acaso no había dormido él con su mujer? Ella podía hacer con su vida íntima lo que le apeteciese aunque él no estuviese preparado para ello. Más que sentarse, se desplomó en la silla en la que había colgado su chaqueta y, con las manos apoyadas en la barbilla y los codos en las rodillas, adoptó la postura del pensador de Rodin.

—¿Qué me miras así...? —Paulina sabía a ciencia cierta que Alejo estaba sufriendo de lo lindo, pero no pensaba hacerle más llevadero su calvario ni un ápice. «Que no olvide que, de los dos, la que es libre-libre de verdad soy yo», pensó.

—Nada... ¿Tendría que tener un motivo para hacerlo? —Podía estar celoso como un chimpancé en celo, pero no pensaba voltear sus cartas tan pronto.

—No sé, pareces preocupado. —Se hizo un silencio largo e incómodo; se alcanzaba a oír el

crepitar de la llama del calentador, de tan profundo que era—. ¿Saliste ayer o tuviste reunión familiar?

¡Zas! De todos los temas de conversación de la superficie terrestre, Paulina podría haber elegido cualquiera, varios incluso, pero se había inclinado precisamente por aquél. Sabía que a Alejo no le gustaba hablar de su otra vida aun a riesgo de que Paulina sospechara que su secretismo no escondía más que las ansias de continuar en aquella situación a dos bandas de por vida. Por cortesía y por romper un hielo que no acababa de resquebrajarse entre ambos, Alejo contestó:

—Ayer teníamos...Tuve que ir a la presentación del nuevo libro de David de Lemos, el nuevo hallazgo de la editorial de Amanda.

Él había dado más explicaciones de las que Paulina quería oír pero ése era el riesgo que corría al preguntar cosas cuyas respuestas temía. Alejo continuaba pasándose la mano por el cabello, no demasiado atento a la conversación, que fluía tan mal como el agua de una fuente escolar. La miró y vio en ella una expresión de reproche que no quiso comentar para no hierla innecesariamente: había acudido en son de paz. Ella sabía que estaba casado, lo supo desde el momento en que entró en la oficina, pero eso no significaba que tuviese que mostrarse comprensiva respecto a las muchísimas obligaciones maritales que tenía para con su mujer. Volvió a preguntarse, por enésima vez en lo que iba de relación, si él se acostaba todavía con Amanda. De repente, notó que necesitaba un café. Otro más.

—¿Y tú qué hiciste? Tampoco te he visto en la oficina. ¡Cualquiera diría que me rehúyes!

—Alejo intentó parecer despreocupado, pero sus ojeras y su ceño fruncido delataban que, por el contrario, estaba profundamente preocupado.

—Si quisiera rehuirte, me bastaría con no ir trabajar, ¿no crees? Lo malo es que eres el jefe y te enterarías. —Era cierto; Paulina había estado evitándolo desde el viernes después de las cuatro de la tarde, y no había sido tarea fácil. El hecho de que él fuese el mandamás le daba ciertos privilegios contra los que ella no podía hacer nada, como por ejemplo el de tener preferencia a la hora de atosigarla por línea interna. Ella no sabía ni cómo lo había conseguido, pero había evitado responderle al teléfono durante dos días enteros.

—¿Y no es eso lo mismo que rechazar mis llamadas a cada momento? ¿Tampoco te llegaron mis mails? —Él sabía que le habían llegado porque los había enviado con solicitud de acuse de recibo, y la muy pánfila le había dado a «aceptar» cuando el programa le había preguntado si deseaba enviar una confirmación una vez que los había abierto. Él la consideraba muy lista, demasiado, así que en ningún momento interpretó este hecho como una equivocación o un acto mecánico fruto de la costumbre.

—Sabes que me llegaron. Todos. —*Voilà!*—. Y tú, ¿es que no entiendes que hay momentos en que sencillamente no puedo hablar contigo?

—¡Vaya! Disculpa. No tenía ni idea de que te estuviésemos esclavizando tanto en la oficina. Si es cuestión de distribuir las responsabilidades para que puedas dedicarme un segundo de tu tiempo, así se hará: tú pide por esa boquita.

Cosas que Alejo nunca debió haber hecho aquella mañana de sábado:

1. Pronunciar el nombre de su mujer.
2. Recordarle que él era su jefe.
3. Recordarle que él era su puto jefe.
4. Decir el nombre de su puñetera mujer.

A partir de aquella cuádruple metedura de pata, la conversación cayó en un abismo comunicacional. Paulina lamentó para sus adentros haberle abierto la puerta. Él quiso desdecirse, pero sabía que de ese modo sólo empeoraría las cosas. Mientras ambos rumiaban sus penas por separado, Coro entró en la cocina sin previo aviso. Alejo se volvió al oír girar el pomo de la puerta. Lo que vio, que no fue otra cosa que a una de las mejores amigas de Paulina totalmente despeinada, le hizo creer en la divina providencia. Dirigió una mirada de disculpa a su chica y le

dio los buenos días a Coro.

—¿Qué tal, Alejo? Llegas tarde para el desayuno. Espero que no te apetezcan unas magdalenas, porque aquí la Pau y yo misma nos las acabamos de comer todas. —Coro se apresuró a disimular su sorpresa por haberlos encontrado en la cocina. Se había decidido a ir a por un vaso de agua ante el silencio que le había parecido percibir desde el salón, si no ¿de qué se iba ella a personar en el campo de batalla sin un fusil?

—No, gracias, Coro, no te preocupes. Además, ya me iba. Sólo me he acercado a ver si Pau estaba bien. ¡Temía que aquello de que la ausencia de noticias son buenas noticias no se cumpliera esta vez! —Y dicho esto se puso de pie. Coro clavó los ojos en Paulina a la espera de una señal que le dejase claro si tenía que animarlo a quedarse o, por el contrario, frivolar sobre su espantada. Pero la señal no llegaba, y Alejo cada vez estaba más cerca de la puerta de la cocina.

—¡Me alegro de verte, Coro! —Una verdad como un templo. Se alegraba enormemente: el enigma de las dos tazas en el fregadero ya tenía solución. Estaba desolado por verse obligado a emprender la retirada sin haber gastado el último cartucho, pero al menos sabía que Paulina no le había preparado el desayuno a otro. «Algo es algo», pensó.

—Pero ¿no os ibais este «finde» a Valladolid a lo de la charla en la Confederación de Empresarios?

Paulina y Alejo la miraron con expresión especialmente circunspecta, él, preguntándose cómo era posible que Coro, una de las confidentes emocionales de su amante, no supiese que aquello no había sido posible por asuntos (familiares) de última hora; y ella, perpleja al ver que aquel pedazo de beoda irredenta no se acordaba de que uno de los motivos de la moña de la noche anterior era precisamente ése: que Alejo había tenido que postergar el plan para el fin de semana por obra y gracia de su señora esposa. La mera idea de nombrar en su mente al otro vértice del triángulo amoroso en el que se había convertido su historia de amor le provocaba a Paulina síntomas de colon irritable.

—Circunstancias, Coro.

Nada más. Paulina no acertó a decir nada más que la palabra «circunstancias». En ese mismo instante, Coro salió de su estupor y recordó lo que Paulina había soltado al segundo lingotazo, lo de «Alejo prefiere pasar el fin de semana jugando al matrimonio feliz que comiéndome el coño». En el sismógrafo de desgracias ajenas, aquella confesión alcanzaba el grado máximo en la escala de Richter. Por lo descarnado de la confidencia, Olvido y Coro habían decidido tácitamente saltarse el interrogatorio. Paulina lo había dicho para exorcizar sus demonios, y ellas así lo habían entendido. El tema no se había retomado hasta aquel mismo instante, en la cocina y con los protagonistas como testigos. Coro sintió cómo las mejillas se le teñían de arrepentimiento, pero ya era tarde, y cualquier cosa que dijese sin la presencia de su abogado podría ser utilizada en su contra (como establece el *Miranda Warning*, el derecho irrevocable de cualquier delincuente en todos los estados de la muy unida América del Norte a callarse la boca).

—Sea como sea, no creo que estuviese el tiempo como para echarse kilómetros a la espalda, ¿no creéis?

Por lo visto, no lo creían. Paulina vacilaba entre sentarse a tomar la taza de café que tenía entre las manos o acompañar a la puerta a Alejo. También se le pasó por la cabeza propinarle una patada en todo el culo a Coro en recompensa por su atinada observación. Alejo parecía inamovible en su intención de abandonar aquel apartamento. Coro dijo alguna estupidez más y desapareció como por arte de magia. Paulina se sentó e invitó a Alejo a hacer lo propio. Ambos seguían callados, y aquel silencio sepulcral sólo se vio profanado por el chirrido de la banqueta cuando Alejo la arrastró.

—¿Seguro que no quieres un café? —Vale, no era la frase más ingeniosa del mundo, pero era más de lo que él estaba intentando.

—No lo sé, Pau. Creo que no soy una visita demasiado oportuna esta mañana. Está claro que no tenías ningunas ganas de verme, y tenerme en tu cocina no cambia las cosas, ¿no? —Se recostó en el respaldo de la silla que ella tenía enfrente sin dejar de mirarla a los ojos ni por un momento.

Paulina solía decirle que su mirada la descolocaba desde mucho antes de que se enrollaran. Él pensó que, teniendo armas, tonto sería si no las empleaba todas. Incluso las de fogueo.

—No me mires así. Sabes que me descolocas. —Lo mejor para desarmar al enemigo es utilizar sus propias tácticas, algo así como el que a hierro mata, a hierro muere.

—¿Que no te mire cómo? —Alejo se irguió y trató de concentrarse para que su pose de hombre dolido pero seguro de sí mismo no se viese afectada ahora que sabía que su jugada había sido descubierta—. ¿Piensas decirme qué coño es lo que pasa antes de que me marche o sólo se trata de castigarme como a un niño? ¿Es por lo del fin de semana? ¡Ya te lo expliqué el jueves! ¿O no?

—Efectivamente. El jueves. Por correo electrónico. ¡Qué fácil! ¿Qué pasa, te daba canguelo mirarme a la cara y contarme lo de los planes con tu mujer? —Paulina sintió que, una vez más, se le agriaba la leche del café sólo de mencionar el vínculo que unía (aunque a ella le doliese) en sagrado matrimonio a Alejo y a Amanda.

—Estuve tratando de hablar contigo por teléfono dos días enteros. ¿No ves las llamadas perdidas en el móvil? ¿No lees los mensajes? —Volvió a recurrir al poder de su mirada directa—. ¿Qué querías que hiciese para hablar contigo, secuestrarte?

—Habría bastado con hacerlo justo al revés: primero me llamas y después me secuestras.

Ese fue el momento en que él comprendió que necesitaba un café. Uno doble. O triple. La cafetera entera habría estado bien. Pero lo tomaría expreso y de cafetería: en esa casa tiraban a matar, y él se sabía una diana fácil. Demasiado fácil.

Decidirse no puede ser tan difícil, digo yo. Una cosa es ser un poco reticente al compromiso y otra andar perdido en la soltería. Eugenio no lo sabe pero, justamente, eso es lo que le pasa: todavía no sabe que yo, Coro, soy su otra mitad. No voy a decir lo de «su media naranja», queda cursi, aunque en el fondo sé que es así. Mira que me lo dice mi hermana...

—Coro, los hombres no lo son todo en la vida.

¡Claro! Para ella es fácil decirlo, siendo lesbiana... Pero, desde luego, creo que mis relaciones (buenas, malas, regulares) son la sal de mí misma ¿Qué sería de mí, día tras día, tras la ventanilla del banco sin nada por lo que perder el sueño? Estudiar económicas ha sido la única decisión pragmática que se me conoce. Me decanté por los números en cuanto me di cuenta de que mi existencia sentimental iba a ser, de por sí, una epopeya griega. ¿Para qué más literatura, entonces? No me duelen prendas en reconocer que ya no soy la soñadora que era años atrás, pero tampoco puedo reprocharme a todas horas el haberme enamorado como una becerra de la persona equivocada en un momento más equivocado todavía. Soy así, como canta la Pantoja, *«un poquito la caaal y un poquito la arenaaa...»*.

¡Huy! Va a ser que esta báscula está escoñada. ¿Quién coño pesa sesenta quilos, cerda-asquerosa-desagradecida?

CAPÍTULO 03

-¡A

guanta, Vidín, aguanta! —Era como si una apisonadora con mala leche le estuviese estrujando los michelines y los rolletes de las piernas. «Una cosa es que para presumir haya que sufrir —pensó Olvido—, y otra muy distinta morir en el intento.» Le bajó todos los muertos a su masajista para ver si les lucía el pelo de la dehesa y trató de hacer ejercicios de respiración para concentrarse en la leyenda urbana de que El Dolor No Existe. El Dolor No Existe. El Dolor No Existee...

—¡Cojones si existe! —gritó desesperada.

La noche anterior había sido una serie de excesos nada saludables, y la opción de ir a aliviar sus males en la camilla del salón de belleza no había sido la más acertada. Era tarde para arrepentirse. Allí, con el culo en pompa y con el pelo recogido en una especie de turbante de cupletista de tres al cuarto, se convenció de que sus acumulaciones adiposas estaban donde estaban por algo. ¡Qué manía de quitarse partes del cuerpo le había dado! Soraya, la esteticien, la conocía desde hacía mucho tiempo; no en vano había sido ella quien le había clavado una fortuna por el tratamiento de belleza prenupcial. Sí, sí, porque Olvido también había caído en la tentación de dejarse masajear, hidratar, tonificar, exfoliar, manicurar, putear y sablear antes de casarse.

Érase que se era...

—¡Enhorabuena, Vidín! —Soraya había saltado de la emoción cuando Olvido le había comunicado su sana (después se demostró que no era tan sana) intención de pasar por la vicaría. En los ojos se le dibujaron sendos símbolos de dólar, al más puro estilo Tío Gilito—. Y que sepas que estás de doble enhorabuena. ¿Te había hablado ya de la Hidrosolución Lactopéptida Biorregeneradora Súper Bride?

—¿El qué? —Olvido negó con la cabeza. Ya entonces debería haberse atrincherado con su Visa detrás del ficus de la entrada. Le daba en la nariz que, fuese lo que fuese aquello que Soraya le había anunciado con tal entusiasmo, le iba a dejar la cuenta corriente (todavía de soltera) a verlas venir.

—No pretenderás salir en las fotos del casorio con esos poros tan abiertos y con esas caderas tan pronunciadas, ¿no? —Olvido la miraba impávida. No tenía ni idea de que sus poros estuviesen tan abiertos ni de que su cadera acusase tanto pronunciamiento. ¿Acaso no le pagaba cantidades ingentes para que ella se encargase de que eso no sucediese? ¿Para qué eran todos los potingues que Soraya se encargaba de meterle en el bolso (previo pago, claro) todas las semanas? Estaba alucinando—. Te presento la panacea para todos tus problemas.

—Soraya, yo no tengo problemas, lo que tengo es prisa. ¡Me voy! —Chica lista. Olvido tuvo una visión de sí misma timada por enésima vez por aquel tahúr de la belleza y no le dio la gana que se saliese con la suya. Por desgracia, no contaba con que la condenada se las sabía todas.

—Ven conmigo. —Soraya la cogió del brazo sin dejarse amilanar por un amago de retirada—. ¿Jennifer Lopez?

—¡Noooooo!

«¡Zorribamba! ¡Embaucadora! ¡Hija de Satanás! Ésta es más lista que el hambre —pensó—. ¿Cómo sabrá que me flipa el cutis de JLo? Date por jodida, Vidín: te va a tocar pagar. ¡Vaya si vas a pagar!»

—¡Síiiiiiii! *Voilà!* —Soraya la había llevado a una salita minúscula en la que había una especie de potro de tortura con una profusión de partes móviles y mangueras articuladas. De no haberle parecido poco probable que aquel artilugio pudiese ser una silla eléctrica de última generación, Olvido habría huido nada más verlo.

Mientras Soraya pasaba las páginas de un libro gordísimo en cuya portada sonreía la imagen más vendible de la señora de Marc Anthony, conocida de soltera como Jennifer Lopez y por los muy

forofos como JLo, Olvido miraba de reojo aquel espanto con una mezcla de curiosidad y miedo. ¿Qué se suponía que iba a hacerles aquella máquina a sus poros grandes como pozos de barrena, sus arrugas de expresión largas como railes de Alta Velocidad Española y su cadera del diámetro del Bernabéu? No tenía la menor idea, pero se imaginó qué pasaría si funcionase. «Este culito, cariño mío, me recuerda al de alguien pero ahora no caigo. Deja que piense...», le diría su recién estrenado marido.

—¿Y el milagrito sólo se obraría en la piel de mi careto o se puede hacer algo con...? —Olvido no pudo ni terminar la frase.

—¡Con el culito hace maravillas! ¿Cuándo te viene bien que quedemos para la primera sesión?

CONSIDERACIONES PERTINENTES AL PAQUETE PRENUPCIAL EN UN CENTRO DE BELLEZA

Primera consideración: ¿primera sesión? ¿Significa eso que habrá, al menos, una segunda y una tercera y una cuarta y una quinta y un «pásate por aquí la semana que viene para el mantenimiento»?

Segunda consideración: si por algún motivo el tratamiento no llegara a ser prenupcial, ¿el precio sería el mismo o se rebajaría a la mitad?

Tercera consideración: y si digo que no, que no me interesa, ¿significa eso que mis poros, mis arrugas y mi culo me convertirán en la novia más fea del siglo?

Cuarta y última consideración: en caso de que, una vez finalizado el proceso de eliminación de todas las partes de mí que quiero que desaparezcan, éstas no hayan desaparecido, ¿a quién le rompo los piños?

El asunto fue que, a la semana siguiente, ya no pudo hacer planes con Paulina y Coro ya que Soraya acaparó por completo su tiempo libre. La primera sesión comenzó el mismo lunes. ¿Para qué esperar más? Aún faltaban más de tres meses para la ceremonia, pero la dueña del salón de belleza había decidido rentabilizar al máximo una boda que no era la suya. Habían acordado (es un decir, porque en realidad lo había decidido Soraya por su cuenta) que Olvido se presentase a las siete de la tarde, una hora antes del cierre, para que pudiesen dedicarle al proceso toda la atención que requería.

Olvido debió de sospechar que tamaña deferencia a) tendría algún motivo oculto y b) le saldría muy cara, pero no quiso entrar en razón. Se imaginó con el culo redondo y firme de la JLo y decidió que sería el dinero mejor gastado de su vida. El día anterior a la primera cita, un domingo, Paulina le advirtió de nuevo sobre la posibilidad de que, aunque se sometiera a masajes brutales efectuados con un remo de piragüista bilbaíno y a descargas inhumanas con una aguijada eléctrica, su trasero nunca llegase a parecerse al de la cantante más que en sus funciones propias. Una cosa era darle tersura, y otra, diametralmente distinta, hacer con él magia potagia. Aun así, Olvido se durmió aquella noche pensando en la de tangas que se compraría para la luna de miel. Estrenaría uno nuevo cada media hora para que su Francisquito supiese la suerte que tenía de haber topado con una mujer como ella. Y con un culito como el suyo.

—Desnúdate mientras programo la máquina.

La Máquina Milagrosa de Nuestra Señora del Corpiño imponía lo suyo. El cuarto en el que estaba no era pequeño, pero en comparación con aquel armatoste parecía un granero de casa pobre. Olvido contemplaba a Soraya con curiosidad mientras consultaba en el manual las intensidades y el tiempo que sus nódulos adiposos necesitaban en teoría para quedar reducidos a meras redondeces sinuosas. Cuando dejó caer el sujetador al suelo, tuvo la tentación de preguntarle si aquella maravilla de la estética haría algo con sus senos, o, en otras palabras, si se los agrandaríia hasta el infinito. Todo le parecía poco para su Francisco. La debió de iluminar la Purísima porque, en el último momento, se retractó y pensó que una novia demasiado pechugona no era algo que quedase muy fino.

—Creo que ya está. ¡Tumbate aquí!

«¿Creo que ya está?» Olvido dudó por unos segundos si debía tender su cuerpo serrano en aquella camilla hospitalaria, pero la venció el ansia de convertirse en un bombón en tiempo récord. Le entraron ganas de preguntarle a Soraya qué había querido decir con aquello de «creo», pero pensó que había quedado claro. No estaba del todo segura, pero ¿qué podía pasar? ¿Que el culo se le inflase un poquito más de lo normal? Francisco le había dicho una vez que el culo de una mujer nunca podía considerarse excesivo si era resultón. Sin duda, el de Jennifer Lopez lo era, y el suyo lo sería, vaya si lo sería.

Desnuda sobre la cubierta de papel de la camilla, visualizó la que sería su nueva imagen y no necesitó nada más para ser feliz. Notó que Soraya le cubría las piernas con un toallón. A los pocos minutos, oyó que Marc Anthony le cantaba al oído aquello de *«valió la pena lo que era necesario para estar contigo, amor, tú eres una bendición...»*. Podría haberse tratado de una ilusión auditiva, pero no: el hilo musical se había alineado con sus anhelos, y Olvido tuvo la certeza de que era una premonición; ¿por qué si no iba a estar el marido de la Lopez cantando para ella solita en su cabina de belleza?

—Te voy a dejar un ratito a solas para que te aclimates a la vibración de la máquina. Si algo va mal, pulsa ese botón. —Soraya señaló una luz roja situada a uno de los lados del Artilugio Maravilla.

Olvido asintió y levantó el pie derecho sin decir palabra. No le importaba en absoluto que Soraya la abandonase a su suerte en aquella camilla. Sobrellevaría con entereza cualquier sufrimiento si éste la acercaba a su sueño de tener una popa como la de la JLo. Oyó que la puerta se cerraba, y después el taconeo de la esteticén, cada vez más apagado, señal inequívoca de que se estaba alejando. Olvido se percató de que no le había preguntado qué podía ir mal ni cómo podría darse cuenta antes de que, Dios no lo quisiera, fuera demasiado tarde.

Tumbada con la retaguardia al viento, es decir, con el culo hacia arriba, se percató de que la máquina empezaba a moverse como un escáner. Olvido alzó la mirada y vio aquel mamotreto metálico que giraba sobre sí mismo cual túnel del tiempo. Cuando estaba cerca de alcanzarle la cabeza, Olvido hundió la cara en el agujero de la camilla destinado a tal efecto y temió que aquello que podía ir mal, fuera lo que fuese, hubiese iniciado ya su curso inexorable. Con una mirada de soslayo, se aseguró de que el botón encarnado para emergencias que Soraya le había indicado siguiera en el mismo sitio. Ahí seguía. Olvido respiró, algo aliviada, aunque no la tranquilizo en absoluto que el arco de la máquina hubiese tomado la decisión de pararse y descender sobre sus mismísimas nalgas.

Frío. Movimiento pendular de toda (o casi toda) su grasa. Calor. De repente, sintió que algo le succionaba con fuerza los dos molletes del culo. Quiso levantar la cabeza a toda prisa, pero el arco de la máquina la sujetaba ahora como un yugo. Estuvo a punto de desnucarse como un conejo contra el puente metálico que le impedía todo movimiento aparte del pestañeo. El culo, su culo, era cada vez menos suyo, y Olvido temió que, fuese lo que fuese lo que se lo estaba fagocitando, terminara por tragarse hasta la mariposa ósea de su femenina y oronda cadera.

—¡Mare nel Merño Dipino...!

Había querido decir «Madre del Verbo Divino», pero ni de vocalizar era capaz con la cara aprisionada contra la oquedad de la camilla. Lo que empezó con un calorcito no del todo desagradable y una intensa aunque soportable aspiración de sus opulentas posaderas se convirtió en tortura. Olvido rezó en voz baja por que los tobillos de elefanta de Soraya entraran por la puerta. Decidió que lo mejor sería eso, rezar; lo de cruzar los dedos tendría que dejarlo para otro momento. ¡A ver quién era la guapa que pasaba un dedo por encima del otro sin miedo a que la máquina confundiese el bulto con un cúmulo de grasa y la dejase manca!

Olvido temió que, de un momento a otro, la película de su vida empezara a pasar ante sus ojos fotograma a fotograma.

«La muerte —pensó—. Yo mocita, sin bodorrio y engullida por esta hijoputez de máquina».

«¡A por el ano, va a por el mismo ano!», descubrió horrorizada.

Fue entonces cuando tuvo la seguridad de que le había llegado su hora. Ya veía el túnel, y las estrellas estaban casi al alcance de su mano. Un momento. Se serenó. Le pareció que la fuerza de

la succión había disminuido, aunque alguna parte de su pandero seguía taponando lo que ella intuía que era una manga o un brazo articulado.

—¡Shhhhoorañaaaaaa!

Intentó infructuosamente llamar a Soraya a gritos, unos gritos sordos e ininteligibles debido a que ella tenía la cara incrustada en la molicie de la camilla. Cuando ya se había decidido a suicidarse aguantando la respiración, oyó unos pasos acercarse por el pasillo. Se le aceleró la respiración al comprobar que los tacones pasaban de largo, y nada parecía indicar que fueran a volver. Los oyó de nuevo a lo lejos justo cuando un sonido seco y mecánico anunció que la manga succionaculos volvía a las andadas.

El ciclo aspirador-mutilador del artilugio en cuestión se tornó claramente predecible después de tres minutos de interminable agonía. Primero la máquina intentaba deshuesarle la cadera derecha, para a continuación tratar de borrarle de un plumazo toda la chicha de la posadera correspondiente. Finalmente, hacía lo mismo con el otro lado. Lo peor, sin duda, era el momento de transición entre loma y loma. Como es bien sabido, entre cúspide y cúspide del pompis se halla el valle del Orto, que, aunque de nombre hartos similar al del valle del Jerte, no debe confundirse con éste pues nada tiene que ver. Al menos en el de Olvido no crecerían más cerezas. Ya no. Nunca.

—Ya estoy aquí... Pero ¿qué...? ¡Cielo santo!

Dios debía de andar de guasa aquella tarde, porque cuando la pobre celulítica y rubicunda Olvido ya se había resignado a dejar de pertenecer al club de los vivos, apareció Soraya. Ningún indicio había presagiado su llegada; ni el repiqueteo de tacones, ni puertas que se abrieran de golpe, ni voces, ni risas. Nada. Por eso, cuando Olvido oyó la voz chillona de la esteticén, pensó que deliraba y no se tomó la molestia de cagarse en sus muelas. Se limitó a abrir los ojos y esforzarse por no perder la concentración. Si el dolor no existía, ¿qué puñetas era eso que la estaba matando?

—¡Aguanta, Vidín! En un segundo te saco esto de ahí. —Soraya trataba de transmitir una calma que en modo alguno sentía. La había invadido el pánico ante la perspectiva de futuras denuncias, reclamaciones y pensiones compensatorias por haber sometido a su clienta a una operación de reconstrucción anal. Tragó saliva. Procedió a quitarle el peso de encima—. Qué susto, ¿eh? Bueno, ahora, despacito, te vas a incorporar. ¿Qué tal...?

—¡Hiiiiijja de puta! ¡Hiiiiijja de puta!

—Chicaaa... No pensarías que podía pasarte algo, ¿verdad?

¿Pasarle algo? ¿Pasarle algo? De no haber estado tan contenta de conservar intactos todos y cada uno de los orificios de su anatomía, Olvido habría empuñado el brazo de la máquina que minutos antes la había fustigado de manera tan implacable y le habría dado el gusto de experimentar el horror por el que ella acababa de pasar. Pero lo cierto es que la sensación que la embargaba era de felicidad suprema. Al ver que Olvido no la iba a agredir, al menos de momento, Soraya se sentó con ella en la camilla, tratando de sonsacarla para determinar qué le depararía el destino en los próximos meses. ¿Una serie de citas a juicio, quizá?

—No te asustes, mujer, esto suele pasar hasta que el mecanismo de la Hidrosolución Lactopéptida Biorregeneradora Súper Bride se ajusta a tu nivel de aguante dérmico. Suelen aparecer hematomas y molestias, pero el resultado es lo que importa, ¿no? —Soraya pasó el brazo por encima de los hombros de la doliente Olvido, que no decía nada y se limitaba a sorberse los mocos y frotarse las posaderas—. ¿Tú quieres o no quieres tener el culote de la novia perfecta?

Olvido tardó en contestar, pero no porque no encontrase las palabras justas, sino porque aún estaba concentrada palpándose la parte trasera para comprobar que todo estuviera en su sitio. A juzgar por el dolor que notaba al tocarse, sus carnes continuaban allí. Cuando salió de su ensimismamiento, Soraya le hablaba de reducir la intensidad del tratamiento y espaciarlo en el tiempo...

—No todas aguantamos igual la succión del *sucker-arm*, Vidín, pero descuida, la próxima vez, la sensación va a ser como un leve masajito. ¡Ya verás! —Olvido dedujo que el brazo que a

punto había estado de absorberle las entrañas a chuponazos se llamaba *sucker-arm*. En román paladino o en el inglés de la Gran Bretaña, a ella le sonó a arma mortífera.

—Tú estás de coña, ¿no? ¿Cómo puedes pensar siquiera que me voy a poner otra vez con el culo al aire bajo ese trasto? Y no pretenderás cobrarme por lo de hoy, ¿verdad, rica? —Olvido recogía su ropa a toda prisa, farfullando toda clase de frases cortantes que dejaran bien clara su sana intención de poner a salvo su retaguardia. Soraya la seguía muy de cerca, tratando de evaluar los estragos que la máquina había causado en el panderero de Olvido.

—¿Qué haces? —Cuando se disponía a ponerse el tanga, Olvido se coscó de que Soraya le clavaba la mirada en la rabadilla. Estaba dolorida, pero no era tonta. La cara desencajada de la esteticien despertó en ella la necesidad imperiosa de ver qué era aquello que tanto estupor le provocaba—. ¿Dónde tienes un espejo de cuerpo entero?

—No tenemos, Vidín. Estas cabinas son para eliminar la celulitis, y no es conveniente que las dieras vean en qué se ha convertido su cuerpo debido a la edad y a la sobreingesta de magdalenas Martínez... —Soraya, muerta de miedo, recurrió al humor para distraer a la otra de su empeño en contemplarse las partes bajas.

—¡Me da igual! —En un periquete, Olvido se encaramó a la camilla. Justo enfrente había un espejo en la pared que hacía las veces de expositor de los mejunjes de belleza típicos: que si una limpiadora milagrosa, que si un tónico ideal para impurezas, que si una biorregeneradora con lodos de Brasil, que si unos discos de agua termal de Villafáfila de los Infantes... A lo largo de aquel espejo se veía por duplicado toda clase de potingues fabulosos. Poco espacio quedaba para que se reflejase en él nada más. Bueno, casi nada—. ¡... en Dios!

Cuando Olvido vio a lo que habían quedado reducidas sus lustrosas cachas, casi le da un ataque. Unas marcas negras que recordaban la silueta de una gaviota bañada en petróleo le surcaban las nalgas horizontalmente. Era como si su panderero tuviese cejas, unas cejas enormes y descomunales. Soraya la miraba desde la camilla con la cara descompuesta. ¿Qué podía decir? ¿Tenía que decir algo? ¿Podría alegar ante el juez que no había sido culpa suya, que el culo de Olvido era de una consistencia flanera muy poco adecuada para las nuevas tecnologías estéticas? Quería llorar y pedir perdón hasta en cantonés pero, aparte de que desconocía el idioma, no le salían las palabras.

—¿Qué cojones se supone que me vas a hacer la próxima vez? ¿Sacarme el hígado por el ombligo? —Contra todo pronóstico, Olvido no se enfadó más de lo que ya estaba. La imagen que ofrecía su parte posterior no era nada alentadora, pero, bien mirada y de perfil, le pareció que sus molletes flácidos y con tendencia a la celulitis presentaban ahora una tersura inédita. Pensó que estaba sufriendo un proceso vírico de enajenación mental. ¿Era o no era cierto que su espalda terminaba en una curva respingona que antes de someterse a aquel suplicio no tenía?

—No te alarmes por ese cardenal, es algo aparatoso pero en realidad no hay para tanto... ¿no? —Para haber estado pensando con detenimiento qué decir, Soraya no había estado muy atinada. O sí.

—Mujer, depende... Menos mal que nos decidimos a adelantar el tratamiento, que si no... ¿Te imaginas la cara de Francisco al verme desnuda la noche de bodas después de fantasear durante todo el día con arrebatarme el tanga? ¿Le parecerá erótico mi morado? —Olvido se miraba de perfil una y otra vez en el espejo del aparador—. La verdad es que, para ser la primera sesión, ya se nota que los glúteos están tonificados, ¿no?

Soraya no daba crédito. Conocía a Olvido desde hacía un par de años y nunca se había imaginado que tuviese tantas ganas de convertir su culo en un globo terráqueo. De haberlo sospechado siquiera, la habría desplumado desde el primer día. Se alisó con la mano la faldita del delantal de oficiala jefa de peluquería y quiso asegurarse de que lo que había entendido era realmente lo que había oído. No se atrevía a preguntarle si de verdad estaba dispuesta a ser su conejillo de indias con la máquina infernal, así que apeló a su lado de comercial sibilina.

—Bueno, ¿para cuándo programamos la siguiente sesión?

La sutileza, la madre de todas las ciencias. Olvido continuaba haciendo poses frente al espejo, encaramada a la camilla. Era cierto que el moratón que adornaba su culo no era demasiado sexy,

pero la leve redondez de sus nalgas hizo que ansiara continuar con el macabro tratamiento. Hizo ojos ciegos a lo que tenía pinta de ser resultado de un castigo autoinfligido y repasó su agenda mentalmente.

«¡Mañana! —pensó para enseguida cambiar de idea—. No, mañana, no. ¡Aún tengo que ver si soy capaz de sentarme para conducir!»

—El viernes —dijo—. ¿A la misma hora?

¿Cómo? Soraya flipaba. Era evidente que, de las dos, sólo ella temía que Olvido se convirtiese en la primera persona del planeta Tierra a la que hubiese que realizarle un trasplante de asentaderas, aunque para ello tuviesen que emplear el relleno de un cojín de un sofá de tres plazas. Se hizo la interesante y metió su sonrojada nariz de timadora en la agenda de citas que descansaba, inmaculada, sobre el aparador de las cremas. Olvido no dejaba de repetir en alto que, a la vuelta de un mes, tendría el bombardino de la Jennifer Lopez. ¿Quién era la esteticien para decirle, entonces, que lo que su culo acusaba no era otra cosa que una hinchazón del quince?

—Acuérdate de darte esta cremita por la mañana y por la noche antes de meterte en la camita. No aprietes mucho al untártela para no extender el hematoma. ¡Hasta el viernes, entonces!

Cuando Sorayita (o la peluquera cabroncita) vio alejarse a Olvido tuvo que sentarse, pues las piernas le temblaban más que las castañuelas de una folclórica con párkinson. ¡Caprichoso destino el que en menos de un segundo te puede hacer rica o rea! Aún no había recuperado el resuello cuando sonó el teléfono del salón de belleza. Ya eran más de las ocho y las oficiales se habían ido, así que no le quedó más remedio que responder ella.

—Soraya, belleza y agua. Buenas tardes —contestó sin ganas, deseando que al otro lado de la línea no hubiese nadie o que, si lo había, se hubiese equivocado de número.

—Hola, soy yo otra vez. —¡No! Soraya tomó asiento de nuevo: era Olvido. Temió que, una vez dentro del coche, la tarea de embragar se hubiese vuelto dolorosamente imposible para ella y ahora quisiera pedirle prosaicas y económicas explicaciones—. ¿Tú crees que si me hago el tratamiento en las lolas me podré poner un escote palabra de honor sin sujetador?

Días después del primer encontronazo de sus carnes con la Hidrosolución Lactopéptida Biorregeneradora Súper Bride, también conocida como La Estrangulador, Olvido quiso someterse a doce sesiones más, una por cada semana que faltaba para el día del enlace. Una vez superada la dificultad de sentarse en la taza del baño con tamaño moratón, todo lo demás había sido coser y cantar. Todo, excepto tener que confesarles a Paulina y a Coro el incidente casi letal con la máquina en cuestión.

Tras varias llamadas telefónicas y una comida de urgencia para tratar de convencerla de que la leve redondez de sus nalgas nada tenía que ver con el drenaje de los nódulos adiposos sino con una lesión en los músculos del pompis, se dieron por vencidas. Olvido se había convertido en una quinceañera ciega de pasión por su Francisco, como ella lo llamaba, y quería regalarle su retaguardia en condiciones óptimas y envuelta en tules, costase lo que costase. Incluso si le costaba la vida.

—¡Hostiaaaaaa!

Al unísono y sin poder disimular su conmoción para no sembrar el pánico, Paulina y Coro se quedaron boquiabiertas al ver en qué se habían convertido las sacrosantas posaderas de Olvido. En cuanto terminó la comida cuyo fin era intentar que ella cesase en su empeño de mutilarse en manos de Soraya, se fueron a casa de Coro. Huelga decir que tardaron más en quitarse los abrigos que en intentar echar una ojeada bajo el pantaloncito pescador de Olvido para examinar los estragos de los que llevaba hablando dos días enteros. Como no habían visto nada y cada vez que la tocaban le arrancaban quejidos de dolor, Olvido se dio por vencida y expuso sin rubor su cuerpo ante ellas: se bajó el tanga.

Negro como los pecados negros. Negro como los calamares en su tinta. Negro como un traje de noche de Lagerfeld. Negro viudez desconsolada. Negro que te quiero negro. Su culo presentaba la negror más profunda de todas las negritudes cósmicas. ¡Y mira que las hay! Paulina y Coro tuvieron que llevarse las manos a los ojos para tratar de contener las lágrimas de compasión. Olvido parecía negarse a darse cuenta de la magnitud del asunto: para presumir había que sufrir.

¿Lo había dicho Coco Chanel o santa Teresa de Ávila?

—Chicas, chicas, chiiicas... *Un peu de s'il vous plaît!* —Con el culo en pompa y tendida boca abajo sobre el sofá, Olvido se torcía a un lado para hablar con ellas—. En serio: parece mucho peor de lo que es. ¿A que ya se me nota un poquito más la firmeza cuando levanto este hemisferio?

¿Hemisferio? ¿Llamaba hemisferio a aquel hematoma inabarcable sobre el que iba tener que arrellanarse durante lo que le quedaba de vida? Coro tuvo que sentarse a causa del mareo. Paulina bramaba algo relativo a pagarle cien euros a un sin papeles para que le partiese las uñas a la tal Soraya. Allí todo el mundo tenía algo que decir. Todas menos Olvido, que, con la cabeza apoyada en las dos manos, se imaginaba a sí misma con un vestido de novia más ceñido que el envoltorio de plástico de las salchichas ¡Eso era, justamente, lo que quería! Que el día más feliz de su vida todo el mundo la recordase por su figura envidiable, su maquillaje impecable y sus fantásticas posaderas.

La conversación-amenaza continua y a tres bandas con sus dos mejores amigas no tuvo el fruto esperado. Tampoco lo tuvo la expresión de pánico que asomó a la cara de Francisco cuando la pilló desprevenida y pudieron hacer el amor con la luz encendida después de tres semanas a oscuras. Casi se muere de un infarto al verle el culo al amor de sus amores. Ella le dio las explicaciones pertinentes (salpicadas de humor para que aquello pareciese sólo una más de sus excentricidades) y logró convencerlo de que todas las futuras novias tenían que pasar por ese tormento a modo de lobotomía.

—¿Y no te duele, amor? —¡Vaya preguntita!

—Nooo, cielito, claro que nooo... —¡Vaya respuestita!

Olvido se dejó el dinero y la piel en un tratamiento que a punto estuvo de dejarla sin líquido en las articulaciones de la cadera, pero consiguió que, en la gran ocasión en que cualquier novia resplandece más que el sol, a ella la mirasen más por la estrechez de su vestido con bordados en seda y perlititas que por su pálido semblante de futura esposa.

—Tantan-taráaan, tantan-taráaaaaan, tantantaráaantantaran-tantaraaa-aaan...

Había llegado el día. Paulina y Coro, que se habían presentado las primeras en casa de Olvido, trataban de echar a todo el mundo de la habitación en la que se iba a vestir la novia. La mamá de la novia, una mujerona de armas tomar, no estaba muy conforme con que no la dejasen hacerse cargo del miriñaque y el abotonado del vestido. Paulina se aseguró de echar llave a la puerta antes de que la novia se desprendiese de sus bragas algodónadas de soltera para enfundarse el tanga minúsculo de futura mujer casada.

—¡Joder, Vidín! Esto tiene pinta de ser gangrena. —Coro seguía sin poder mirarle el coxis durante más de unos segundos seguidos.

—Exagerada... Ayúdame a subirme el corpiño.

A seis manos, se consiguió embutir (literalmente) el torso de la novia en un elaborado sujetador de cuerpo entero, profuso en blondas, finos encajes y lazos tornasolados. Primera prueba superada. El problema, el gran problema, iba a ser dónde colocarle el tanga. Como lo mejor para superar un obstáculo es no preocuparse de él sino ocuparse, Paulina miró la prenda en cuestión y, acto seguido, se volvió hacia el culo desnudo de Olvido. Aquello iba a ser hartito complicado.

—Vidín, creo que será mejor que forremos la tira trasera con esto... —Paulina sacó del bolso una especie de gusanillo de caucho, hueco y de un color imposible, mezcla de fucsia rabioso y naranja mosqueada de la china comunista. Lo había visto en Decathlon. «Protector para surfistas», así se llamaba el invento en cuestión.

—¿No pretenderás que me ponga eso en medio del culo? ¡Va a parecer que llevo un bolígrafo en el coxis! —Olvido contempló el tubito de espuma, preguntándose si realmente sería imprescindible.

—Hazle caso, Vidín. Si sumamos una rozadura a esta carnicería —señaló el descomunal moratón—, creo que vas a tener que bailar el vals en un box de urgencias.

Como buenamente pudieron, forraron la dichosa tira del tanga y respiraron aliviadas al ver que tenían un problema menos. Ahora podían concentrarse en el más importante: apretujar todo

aquel magullado culo dentro de un vestido que ya no parecía de su talla. Olvido depositaba cada vez más esperanzas en su nueva imagen, alimentadas por los resultados (claramente visibles) de su nueva turgencia trasera (obra y gracia de una inflamación digna de denuncia), hasta tal punto que todas las semanas iba a la modista para que le ciñese un poco más la popa del equipo. Todo iba bien hasta la semana anterior al enlace. No había tela para tanto culo. Y tampoco había de dónde ganarla.

—¡No te preocupes, reina mora! Todas las novias adelgazan en vísperas del gran acontecimiento —le había asegurado la dueña de Novias Celsita. ¿Y si adelgazaban todas menos ella que, aunque se mantenía en sus inamovibles 63 kilos de peso, en contorno de cadera había subido casi dos tallas? Cuando se lo probó por última vez antes del día D, se cagó hasta en la hora H.

—¿Qué voy a hacer ahora?

Ni Paulina ni Coro pudieron decir nada porque no tenían ni idea de cuál era la respuesta. Lo que sí sabían era que aquel todo inabarcable que era el culo de Olvido no cabría, ni de lejos, en el ceñidísimo vestido de Aníbal Laguna que tan bien le quedaba antes de que se obcecara en hacer de su culo un globo aerostático. ¡Y mira que se lo habían advertido!

—Vidín, no le metas ni un centímetro más a las costuras del vestido. Respirar es un vicio necesario.

Pero ella, erre que erre. Se había salido con la suya y decidió no respirar, al menos dentro del vestido. Había que elegir la causa mortis: asfixia o gangrena.

Así, a lo bailarina de Degas pero en versión porno, luciendo sólo cancan, corpiño y tanga, Olvido aceptó que lucir las galas nupciales no iba a ser tarea fácil para ella, pero la suerte estaba echada. Además, se miró de perfil y le encantó comprobar que, pese al color y el dolor de su zona lumbar más baja, su pompis presentaba una redondez perfecta. Sarna con gusto no pica; ¡marchando una de vestido aunque tuviese que llevar la mitad de los botones abiertos! Allí, dentro del probador y en esa última oportunidad para meter a la novia en aquella prenda, las tres llegaron a la conclusión de que les sobraba ingenio para salir del atolladero. Tenían por delante siete días. Eso sí, Olvido hubo de jurar que renunciaría a las mortíferas manos de Soraya y su invento infernal para siempre, o al menos durante esa última semana.

De aquellos juramentos vinieron estas diatribas. El paso inexorable del tiempo las había puesto en el día del casorio con precisión implacable. Siete días pasaron volando y en un santiamén. Tuvieron que afrontar el problema no ya como algo hipotético sino como una realidad por la que repicaban las dulces campanas nupciales. Atrincheradas en la habitación de soltera de Olvido, Coro y Paulina se reinventaban a sí mismas tratando de idear algo para que la novia pareciera eso, una novia, y no un suflé agrietado por pasar demasiado tiempo en el horno.

—¿Cómo me veis?

Paulina y Coro estaban tumbadas en la cama dando un merecido descanso a sus doloridos brazos. El esfuerzo de abrocharle todos y cada uno de los botones de la parte trasera del vestido (nada menos que cuarenta y dos, además de tres corchetes a prueba de bomba) les había provocado una tendinitis. Pero lo habían conseguido. ¡Prueba superada! Olvido lucía bella y exuberante. Sexy, pero no ordinaria. Generosa a la par que insinuante. Eso sí, con tal pedazo de pandero que, de soltársele algún botoncito debido a la presión, saldría disparado como un proyectil y mataría a alguien. Fijo.

—¡Vidín, estás tan bonita...! —Coro se había levantado dejando los brazos laxos a ambos lados del cuerpo. No le quedaban fuerzas ni para abrazarla. La novia quería prodigarles a ambas besos y achuchones, pero...

—¡No me jodas! No puedo ni mover los brazos. ¡Ayudadme! —Olvido había adoptado el semblante pétreo de una estatua griega. Era cierto, la modista de Celsita se había tomado a pecho lo de ajustarle el vestido hasta que se le marcasen las intenciones, tal y como ella le había pedido en la penúltima prueba. Y el resultado era una bella mocita, embutida en telas de encaje que se veía obligada a lucir tan tiesa como una sombrilla.

—¡No fuerces tanto la tela, que la vas a rasgar! Intenta levantar los dos bracitos a la vez, así, así es, despacito. —Paulina no daba crédito a todo aquello. Había estado con ella la última vez que

se había probado el vestido y no recordaba aquel inconveniente. Hizo memoria durante minuto y medio y se convenció de que no, de que aquello era nuevo—. ¿Mejor?

—¡Es una premonición, niñas! ¡No me puedo casar! ¿No veis que todo me sale mal? —Y Olvido prorrumpió en llanto, en unos sollozos desesperados e infantiles imposibles de contener. Paulina y Coro la abrazaron como pudieron hasta componer una masa humana semejante a la que forman los jugadores de fútbol americano en los descansos—. Pau, llama a Fran y dile que esto se suspende.

—¿Qué coño estás diciendo, Vidín? ¿Para esto me he gastado yo una cantidad de dinero que no tengo en estos cuatro trapos? —Se pasó la mano por la seda de la falda del vestido D-Due—. ¡Tú te casas hoy como que me llamo Paulina!

Coro se había puesto seria. Como persona que había sido propensa a las pataletas y a los caprichos durante la infancia sabía bien cuál era la actitud de su madre ante sus tonterías: mano dura. Alguien dijo alguna vez que en la vida estamos condenados a repetir las pautas de comportamiento que hemos mamado. Tenía razón.

—Y límpiate esa carita de ángel, que hoy tenemos una fiesta.

—No seas mala, Coro. ¿No ves que no puedo levantar los brazos? —Y si no podía levantarlos, difícilmente podría llevarse a los ojos un Kleenex para enjugárselos.

—Pamplinas. ¿Quién necesita levantar los dos brazos al mismo tiempo el día de su boda? Pensemos: la infanta Cristina. ¿No saludó a todo Cristo sólo con el movimiento de muñeca de una mano? —Coro y la novia respondieron a la pregunta de Paulina asintiendo como autómatas—. ¿Y Mette Marit, la princesa por accidente de la corona noruega? —Volvieron a asentir—. ¿Y Blanca Nieves, necesitó ella las dos manos para empiltrarse con los siete enanitos? Las tres rompieron a reír como locas. Entre risotada y risotada, Coro intentó aconsejar a la novia que no se dejase llevar por un exceso de hilaridad, no fuese a ser que le entrasen ganas de miccionar y hubiese que desabrocharle el vestido. Se oyeron voces al otro lado de la puerta a la que tan sabiamente habían echado el cerrojo. Sin lugar a dudas, era la madre de la homenajead, que amenazaba con tirarla abajo si no le dejaban ver a su hija hecha una princesita. Si sus costuras se lo hubiesen permitido, Olvido habría ejecutado un corte de mangas memorable, uno de esos que ella había elevado a la categoría de antológicos. Las tres se conocían a la perfección; tanto, que Paulina hizo las veces de los brazos de su amiga y se marcó un gesto obsceno que, pese a ser de una aficionada, habría hecho estremecer al más pintado. Se rieron por última vez antes de abrirle la puerta a la madre de la novia.

Pues bien, tras aquellas penosas sesiones con Soraya y una vez superado el trauma de comprobar que su recién estrenado marido y su culo violeta no se llevaban bien, Olvido decidió dejar la Hidrosolución Lactopéptida Biorregeneradora Súper bride. Tomó esta resolución en parte por voluntad propia y, sobre todo, por consejo de Francisco, que no podía mirarle los moratones del culo sin que se le llenasen los ojillos de lágrimas. No obstante, la confianza entre ella y Soraya fue consolidándose y, a los pocos días de casada, Olvido se puso de nuevo en manos de la esteticien para que ésta intentase deshacerle los nódulos de grasa del contorno, pero de manera manual, sin nada de tecnología punta que pudiese segarle alguna parte de la anatomía. El sábado aquel, mucho, muchísimo tiempo después de su boda y, más recientemente, de su divorcio, el día después de aquella salida nocturna con sus amigas plagada de confesiones, Olvido se había propuesto emerger de su abatimiento a la voz de ya. La lencería que le había regalado a su ego requería un cuerpo diez para lucirla con entusiasmo. Vale, si no podía ser diez, ¿qué tal nueve y medio?

—¡Esto va mucho mejor! ¿Tú no notas la mejoría? —Soraya amasaba y amasaba los muslos de Olvido esperando que, merced a la intervención milagrosa de Nuestra Señora de los Ojos Grandes, aquel contorno se redujese de una puñetera vez aunque fuese medio centímetro.

—Yo no me noto nada, pero mejor esto que dejarme ir a la buena de Dios, ¿sabes? Lo mío con tus masajes es más una cuestión de cura mental de mis remordimientos que una prueba empírica que exija resultados...

Soraya tradujo mentalmente a lenguaje coloquial lo que acababa de oír. «¡Y yo dejándome el espinazo con tanto masaje de mierda! —pensó—. Que te den morcilla, guapita. Si te da lo mismo que tus piernas parezcan las de un paquidermo, a mí, plin.» Olvido, prácticamente sumida en el dulce trance de las resacasas, sintió las uñas de Soraya contra su pompis.

—¡Huy! Perdón. —Ni la una lo sentía, ni la otra era tonta. Allí se había rifado un arañazo, y Olvido reunía todas las papeletas.

Tras pedir hora para la semana siguiente, Olvido se dejó en el mostrador de Soraya una parte importante de su sueldo y la añoranza de los muslos finos y tersos que había tenido a otra edad. Ya en la calle, se imaginó qué pasaría si, al cruzar el umbral de la puerta del salón de belleza, hubiese atravesado también el portal de una máquina del tiempo. Se le antojó imaginar que tenía unos fabulosos veintitrés años (nueve menos que entonces) y que acababa de terminar farmacia con un currículum brillante. No era del todo una fantasía: había tenido veintitrés alguna vez (aunque no tan fabulosos como le hubiese gustado) y había terminado farmacia, si bien algunos años después y con un expediente sobresaliente pero en terceras matrículas.

Aquel juego le pareció divertido, era como reinventarse a sí misma. Justo cuando andaba cavilando sobre si sería o no del todo conveniente ennoviarse a tan tierna edad imaginaria de veintitrés primaveras, pasó por su lado un jovencuelo de esos que llevan por fuera el elástico del calzoncillo. De haber sido consciente Olvido en ese momento de su edad real, es decir, treinta y dos añitos, lo que sucedió a continuación no habría sido de recibo, pero como la imaginación era lo que era...

—¡Si te cojo, te esfolo!

Del verbo «esfolar», pintoresco galicismo o más bien préstamo lingüístico del gallego, cuyo significado era un comodín. Literalmente se traduciría por «si te cojo te deshojo», pero, en el tono con el que se lo dijo, Olvido dejaba patente que quería hacerle algo más que incitarlo a la caída de la hoja. El pobre chavalito, MP4 en ristre y mochila Nike al hombro, no dio crédito a lo que acababa de oír. Tuvo que quitarse los cascos y mirar a los ojos a aquella cascorra para convencerse de que, efectivamente, lo acababa de trastear una *mature*, una madurita.

Olvido continuó su camino sintiéndose desinhibida y feliz por haber recuperado por unos minutos el desparpajo de la pubertad perdida y preguntándose si aquello que acababa de hacer podía tener consecuencias penales. Se volvió hacia atrás, y a un palmo de sus narices estaba el niño, que continuaba parado, con los auriculares en una mano y el móvil en la otra. Ella apretó el paso pensando que el angelito estaba llamando a la protectora de menores. Los dedos de éste tecleaban a todo lo que daban para enviar un SMS masivo a lista de favoritos del móvil:

Si alguien sabe q postura es ESFOLAR me mande sms, casi 35 tacos y dice me lo hace gratis — ASAP!!!

En ningún otro ámbito es tan evidente la famosa relatividad de Einstein como en el paso del tiempo, y para muestra un botón. Sólo habían pasado unos segundos, pocos más de quince, desde que el ilusionado chaval había mandado el SOS de celular a celular para saber si debía o no intentar lidiar en Las Ventas antes de ser novillero, pero, para cuando recibió la primera respuesta, ya Olvido no era más que un sueño. Una polución. El chico trató de divisarla en la lontananza, preparándose a correr (literal y figuradamente) a todo lo que diesen sus piernas. Pero nada, ni rastro. Ella había puesto la directa y, para evitar posibles problemas, se había refugiado en un café. Ya sentada a la mesa contigua al ventanal, le dio un ataque de risa al ver pasar al sujeto como una bala, mirando hacia todos lados y buscando no se sabía qué. Bueno, ella sí lo sabía. Y se sintió halagada, aunque, por supuesto, no hizo el menor ademán para que el chiquillo la viese. A fin de cuentas, tenía treinta y dos años, ya estaba mayor para juegucitos...

CAPÍTULO 04

D

Después de que Alejo decidiese alzar velas y poner pies en polvorosa, Paulina y Coro volvieron a quedarse solas. La una no tenía fuerzas ni moral para resumirle a la otra las partes más jugosas de una conversación desgarradora con el que suponía que era el hombre de su vida aunque él llevase una alianza en el dedo, y la otra no había tenido el arranque de entrar en esa habitación en que se sufría en silencio un dolor en el alma para el que no se recibía consuelo. Paulina se había encerrado en su cuarto sin más luz que la que se colaba por las rendijas de una persiana mal cerrada, mientras Coro, en el salón, esperaba que su flamante casi novio, Eugenio, diese señales de vida. Era indudable que el tiempo pasaba, pues el reloj se había empeinado en demostrarlo, pero allí, en la quietud de los sentimientos desesperados, ambas creyeron que habían entrado en el túnel de nunca jamás. La tele no ofrecía más que chuminadas de quinceañeros y programas de música insufrible cuyas presentadoras llevaban más piel al aire que un buen sofá. Coro empezaba a dormirse cuando el timbre del móvil la sacó de la contemplación onírica de un mundo perfecto con unos ojos sin dioptrías, los suyos.

—¡Me cago hasta en Pilatos!

Miró la pantalla del teléfono. Rosaura. No se lo podía creer. ¿Cómo era posible que aquella plasta no se diese por vencida? ¿Cuántas veces iba a tener que explicarle que la lesbiana era su hermana Anita, que la condición sexual de cada una no era algo hereditario? Tiró el móvil contra los cojines y se preguntó qué clase de broma le quería gastar el destino enviándole a aquella extraña chica. La había conocido en la fiesta de cumpleaños de la pareja de su hermana unos meses atrás, y, desde entonces, Rosaura no dejaba de darle la brasa por teléfono. Al principio, Coro se la encontraba en todas partes, pero su comportamiento nunca le pareció sospechoso hasta que, una tarde, coincidió con ella por sexta vez el mismo día. En el cine.

—¡Hola! —Coro estaba disfrutando sus palomitas en la intimidad de la butaca y el anonimato de la penumbra de la sala cuando la voz irritante de Rosaura la arrancó de su limbo particular.

—¡Hola otra vez! —Coro se levantó para darle dos besos a aquella desconocida con la que se había topado en media docena de ocasiones en menos de cinco horas—. Parece que estamos jugando al gato y al ratón. ¡Toda la vida sin vernos y hoy...!

¡Zas! Había caído en la cuenta de que aquello ya no era una coincidencia más. La tal Rosaura había pasado a convertirse en su sombra. Y no dejaba de ser curioso que también se la hubiese encontrado en el cine. Otra vez. En un instante, justo antes de que la susodicha se hiciese la simpática para posar su culo en el asiento contiguo al suyo, Coro comprendió que aquello era raro, muy raro, la verdad. Había decidido ir al cine a última hora, y si no le había dicho a nadie que iba a pasarse dos horas y media a oscuras con Brad Pitt semidesnudo y guerreando con Héctor, ¿cómo sabía Rosaura dónde estaba?

—Si no fuese una estupidez hasta pensaría que me estás siguiendo. —A Rosaura la había salvado la campana. Cuando buscaba alguna excusa que alegar en su defensa, se apagó la luz y comenzó la película.

Cuando los griegos y los troyanos terminaron de propinarse piñas, ambas se despidieron cordialmente intentando no retomar la conversación sobre si la seguía o no. Rosaura no se dio por vencida y, al más puro estilo Aquiles, le pidió el número de teléfono, con el pretexto de invitarla a una fiesta que tal vez se celebraría unos días después. Coro le cantó a toda prisa todos los números de su móvil y erró en el último a propósito. No tenía la menor intención de quedar con aquella acosadora y mucho menos en su casa. Le daba lo mismo que el autor de aquel asedio fuese un hombre o una mujer. No eran normales aquellos encuentros tan dudosamente fortuitos, ni tampoco las excusas peregrinas de Rosaura para justificarlos. Cuando Coro le dio el último dígito, tuvo miedo de que la otra la pillase en renuncio. No pudo mirarla a los ojos cuando por fin se despidieron definitivamente.

—Te llamo mañana, ¿vale?

Coro había evitado volver la vista por miedo a que estuviese allí, pisándole los talones. Mientras

subía las escaleras para salir del cine, entendió el pánico de la tal Sara a convertirse en estatua de sal, según le contaban en la catequesis los viernes por la tarde. Aun así, no pudo por menos de sucumbir a la curiosidad y, a riesgo de que el bigote de Rosaura estuviese lamiéndole el cogote, se dio la vuelta. Allí abajo, junto a la puerta de los aseos, estaba ella. Quieta. Inasequible al desaliento. Como un cachorrito sin dueño. Coro tuvo ganas de salir corriendo. De bajar los escalones de dos en dos y zarandearla para que dejase de mirarla así. ¿No se daba cuenta de que ella era heterosexual? «Esto es culpa de Eugenio —pensó—, que nunca quiere hacer cosas de novios y, claro, la gente piensa que estoy sola y, encima, con una hermana bollera...»

Desde aquella tarde, Rosaura no volvió a hacerse la encontradiza con ella. Si la seguía o no, Coro no lo supo nunca, pero de lo que estaba segura era de que la otra estaba prendada de su persona. De su «maravillosa persona», como la había calificado en un SMS días atrás. ¿Que cómo pudo enviarle un mensaje si le había dado el número del móvil equivocado adrede? Fácil: ¿qué no haría una mujer herida de amor hasta la médula?

Rosaura intentó infructuosamente llamar al número que Coro le había dado aquella tarde en el cine. Le contestaban en un lugar de lavado de coches a mano sin cita previa. No se dio por vencida ni a la decimoquinta intentona, pese a que el mismo chico que le cogía el teléfono le decía que no una y otra vez, que seguía sin ser Coro y que, a no ser que quisiera que le limpiase la carrocería con la manguera a presión, le agradecería dejase de marcar la secuencia de números que siempre los conducía a comunicarse de nuevo. Y ella venga a preguntar por una tía a la que el chico empezaba a tener manía sin conocerla.

—Pero ¡me cago en la reputa madre que parió a la Coro esa! ¿Qué tal si quedas con ella y se la comes un rato?

El chavalito de uniforme azul nunca supo a) lo mucho que a Rosaura le apetecía aquel plan ni b) lo poco que la había ofendido, contrariamente a las intenciones de éste.

Pero no se desanimó e intentó hacerse con el número de Coro como fuese y costase lo que costase. El nexo entre ambas era la hermana de Coro. Rosaura acudió a ella, pero ya la otra le había ganado por la mano: Anita le dijo que su hermana se había ido del país. Sí, sí, del país. No pudo precisarle adonde exactamente, pero le aseguró que se había tomado unos días de descanso fuera de las fronteras hispanas. Rosaura se entristeció doblemente. Por un lado, porque no podía soportar la idea de no volver a ver a la que se había convertido en la mayor de sus obsesiones y, por otro lado y aunque no quisiera reconocerlo en voz alta, porque cabía la posibilidad de que el numerito de la escapada repentina de Coro no fuese más que una treta tan femenina como sibilina para darle esquinazo.

Perseveró hasta que Anita le comunicó a Coro que no podían seguir con aquella mentira hasta el infinito. Rosaura la llamaba mañana, tarde y noche para preguntarle si ya sabía cuándo regresaría su hermana de aquel retiro espiritual y del que parecía no querer salir nunca. Coro autorizó a su Anita para que le diese el puto número de teléfono a aquella pirada a cambio de que ésta le prestase *sine die* su bolso Tous Kaos de color rosa. No era que Anita estuviese obligada a ceder (ni mucho menos, no era de ella de quien se había enamorado la pesada de Rosaura), sino que ya estaba hasta las trompas de Falopio de hablar con aquel manojito de ansiedades más que con su novia. De hecho, Francine, su chica, empezaba a mosquearse. Y no era para menos.

Así, cuando la perseverante hormona de Rosaura consiguió el número que ansiaba, fue Coro la que sufrió en carne propia lo que el amor no correspondido puede provocar en la otra persona. Nunca imaginó que ella pudiese protagonizar tamaño dramón, pero desde el lado supuestamente privilegiado de la situación. ¿Cuántas veces había sido ella la pesada que acosaba (literal y persistentemente) las veinticuatro horas del día a un galán barbilampiño y con chándal? Cientos. ¿Y en la facultad? ¿A cuántos aprendices de pitagorín y con sueños de ser el segundo Mario Conde había perseguido? Vida caprichosa ésta en la que siempre se cumple aquello de donde las dan, las toman...

—Anita, ¿tú estás segura de que Rosaura es normal?

Coro le había pedido a su hermana que se interesase por la salud mental de su enamorada en nómina. Cuando ésta recabó información suficiente (hacer indagaciones sobre Rosaura era casi

como intentar averiguar la fórmula de la Coca-Cola), le comunicó que la chica era para quienes la conocían poco más o menos lo que un ermitaño para la fauna que lo rodea: un ser más solo que la una y con más ganas de hacer amigos (o amigas) y echar un casquete que de cualquier otra cosa. Al oírlo, Coro cruzó los dedos y se dijo: «¡Estoy jodida! Acabaré por hacerme lesbiana aunque sea por la insistencia de esta tía.»

Hasta aquella mañana de sábado, Rosaura no lo había conseguido a pesar de que la machacaba con el teléfono a todas horas. Desde el encuentro en el cine en el que Coro le había hecho saber que le había visto el plumero, es decir, que sabía que la estaba siguiendo, Rosaura y ella no se habían vuelto a ver. Al menos, Coro no la había visto a ella, aunque, de vez en cuando, no podía reprimir el impulso de mirar hacia atrás, con la seguridad de que aquella acosadora bisoña lamía las baldosas que ella había pisado. Nunca llegó a avistarla, pero sabía que estaba cerca.

El móvil dejó de sonar, y por unos minutos, tumbada en el sofá y con el soniquete de la tele de fondo, Coro se quedó dormida. Las resacas son el precio que paga el cuerpo por lo que se bebió con vehemencia y/o avidez la noche anterior. Cuando una soba bajo el influjo de lo ingerido amparada en la nocturnidad, había dicho una vez Olvido, lo único que consigue es verse a sí misma huyendo de algo. Por muy tremendista que sonase, lo jodido es que era cierto. Aquella mañana, sus pesadillas giraban en torno al miedo a caerse por una boca de alcantarilla mal cerrada, una de esas redonditas que hay en las aceras y en las que, no se sabe bien por qué, una siempre se deja la tapa del tacón de aguja. Vale, pues por una de esas. Con tapa o sin ella, e inmersa en sus pesadillas poscogorza, Coro descendía y descendía hasta las mismísimas entrañas de la tierra.

—Coro, Coro... ¿Duermes?

La respuesta obvia era «no, ya no», pero, dado el cansancio que le estaba provocando su mal sueño, agradeció que alguien la salvase de aquel onírico horror. Paulina estaba sentada junto a ella, con la cara descajada y expresión de no haber pegado ojo. Coro miró el reloj de soslayo e intentó enfocar la vista. Se había quitado las lentillas y sin ellas no era nadie. Le pareció ver que eran casi las dos de la tarde, claro que tampoco habría podido jurarlo.

—¿Son las dos? —preguntó sin abrir los ojos del todo e intentando sacudirse un cansancio causado por una escapada puramente virtual.

—La una. ¿Has quedado con alguien para comer o podemos hacer planes? —Paulina miraba el reloj, ya de pie, esperando instrucciones.

—¿Qué más quisiera! Eugenio, que no me llama. Nada. ¡El muy cabrón! —Se deshizo de la mantita polar amarilla de los fríos con la que se había tapado cual beduino mientras dormía y se llevó la mano al estómago—. ¿Y si te digo que tengo hambre?

—¿Qué suerte! Yo tengo un nudo en el estómago. ¿Comida y compras?

—¿Mucha comida y muchas compras? —Coro buscaba su móvil entre los cojines del sillón con la ilusión desesperada de encontrarse un mensaje de Eugenio. O una llamada. O varias. O un vale por un viaje al Caribe en concepto de disculpa por las evasivas de la noche anterior. O lo que fuese. Pero la única noticia que le transmitieron sus pupilas fue que Rosaura le había mandado un SMS. No quiso ni abrirlo y utilizó la técnica que había perfeccionado a lo largo de aquel asedio: apretó tres veces el botón central del teclado del móvil con el pulgar. Había descubierto que así se borraba automáticamente el texto sin tener que leerlo. Hecho.

—¿Rosaura? —Paulina estaba con la cara apoyada en el cristal de la ventana, como intentando disfrutar del fresco exterior sin exponerse directamente a los rigores del clima pre-primaveral: un sol de mentirijillas y un aire frío que helaba las orejas. Coro asintió con hastío—. Aire de Visa; tengo que distraerme pensando en lo pobre que soy para no pensar en lo desafortunada que me empeño en ser.

—¿Quieres hablar o lo dejamos para después de dejar la cuenta en colorín, colorado?

«A pesar de todo —pensó Coro, ausente de la conversación con Paulina—, el muy hijo de su madre podría haberse inventado algo para disculparse, lo que fuese: que se tuvo que ir a casa porque el casero iba a arreglarle la cisterna de madrugada. Lo que fuese, pero ¿desaparecer antes de contestarme si se había planteado o no irnos a vivir juntos? Eugenio, hijo, tienes un mal

gusto...»

—¿Me oyes? ¿En qué estás pensando que no me haces ni puto caso? —Paulina cruzó el pasillo con la intención de cambiar su atuendo sabático por el modelo *Shopping Feroz*, a saber: un vaquero elástico que no se le clavase en las ingles, una camiseta con corchetes o cremallera por delante para no tener que rehacerse el peinado cada una de las diez mil veces que pensaba quitársela para probarse algo, y sus míticas Nike Cortez, que acogían sus pies doloridos por los tacones como un par de algodoncitos de azúcar.

Coro, que no se había movido del salón, oía a Paulina abrir y cerrar cajones y, por el ímpetu con el que hacía ambas cosas, supo a ciencia cierta que la pobre no estaba pasando un gran momento. Si algo fastidiaba más a su amiga que tener el pelo tan inexorablemente rizado como artificialmente liso eran los golpes. Los golpes y ruidos de cualquier clase o condición, pero aquella mañana ella misma se había convertido en una apisonadora en plena destrucción. Los cajones entraban y salían violentamente impulsados por su afán de dar con la prenda adecuada. Desde los confines de algún armario, Paulina habló con voz almidonada y desconsolada.

—¿Cómo voy a salir indemne de todo esto?

De unos meses a aquella parte, cuando Paulina utilizaba la locución «todo esto», siempre (o casi siempre) se refería a Alelo. O a su inevitable estado civil. Coro había entrado en la habitación y se había encontrado con el trágico espectáculo de Paulina tirada en la cama con medio pantalón bajado y la camiseta subida hasta el sujetador. Ésta no se percató de que ya no estaba sola y continuó hablando en alto. Mascullaba frases que, lejos de parecer amenazas de muerte o propósitos de enmienda, no eran más que diatribas e invectivas contra el causante de sus males. Ejem, ejem...

—¿Molesto? —Coro hizo notar su presencia en aquel ambiente megaíntimo que se respiraba entre aquellas cuatro paredes. Paulina irguió el cuello sin abandonar su postura de decúbito prono. Le indicó con un gesto que era bienvenida y se sumió de nuevo en su letargo emocional sobre el edredón.

—Coro... Lo nuestro se murió.

Podría haber empleado un tiempo verbal que denotase duda, hipótesis o lejanía, pero Paulina había expresado, alto, claro y en pretérito perfecto que aquello había terminado. Coro, que no sabía qué decir, se limitó a mostrarse receptiva a lo que fuese que se avecinaba. Poco antes le había preguntado si quería hablar, y Paulina le había respondido que no. Pensó que no era bueno hurgar en la pupa ajena y, si estaba de Dios que ella se sincerase, más valía que lo hiciese motu proprio. Ese momento no tardó en llegar.

—Sé que esto era la crónica de un sufrimiento anunciado, pero ¿qué le voy a hacer si estoy enamorada hasta las cachas de un tío que, además de ser mi jefe... —Paulina se tapó la cara con uno de los cojines bordados en punto de cruz por su tía Aurita— tiene esposa, el muy hijoputa?

—Pau, no entiendo por qué te martirizas con lo mismo una y otra vez. Vale: está casado. Bien. Lo sabías cuando os disteis el primer beso detrás de la puerta del *office*. Lo sabías cuando aceptaste ir a cenar con él aquella misma noche y no te sorprendió verlo ponerse los pantalones a toda prisa a las tres de la madrugada para irse a dormir con quien lleva años haciéndolo. ¿A qué viene ese castigo constante de vivir ese amor como algo furtivo? Afróntalo: la situación es ésa, te guste o no, y sólo tú tienes en tu mano el continuar en ella o no. De sobra sabes que él hará lo que tú le pidas.

Paulina no había movido ni un músculo durante el discurso de Coro. Las dos eran muy distintas, tanto, que ésa era precisamente una de las razones por las que podían considerarse almas gemelas. Para Coro, el amor era una montaña rusa, y necesitaba la sensación vertiginosa de la caída en picado para saber que aquel sufrimiento no era más que el síntoma inequívoco de que amaba como una perra. Masoquista o no, el caso es que estaba dotada de una capacidad increíble de recuperación. Entre desengaño y desengaño, ella se lamía y se curaba sus heridas. Paulina solía frivolar al respecto diciendo que Coro había tenido la suerte de poseer el único corazón del mundo con puerta giratoria. Pero aquella mañana, los papeles se habían intercambiado: la sensatez se había mudado de domicilio, y donde la noche anterior había habido una Paulina cabal

había entonces una Coro centrada. Y donde había habido una Coro plañidera, había ahora una Paulina peliculera. La amistad debía de ser aquello.

—¿Al final llegaste a llamar al banco para que te subiesen el límite de crédito en la Visa?

Las dos rompieron a reír, barriga al aire sobre la cama, e intentaron no pensar en nada que pudiese estropearles los planes de una tarde perfecta. Sólo les faltaba Olvido, pero aquello no era un problema, al menos no uno irresoluble. Tanto se reían que no fueron conscientes de que un móvil ardía en deseos de que alguna de las dos respondiera a la llamada. A puntito estuvieron de perder un piño en el frenesí con que se afanaron por echar mano a sus respectivos teléfonos. Como ambas tenían el mismo timbre, no sabían a cuál de las dos estaban llamando.

—¡Lo tengo, lo tengo! —Pero Paulina, tras hacerse con el móvil, se dio cuenta de que la llamada no era para ella.

—¡Biiingo! —Coro sonaba alegre desde la lontananza ya que había tenido que ir a buscar el celular al salón. Recordemos que, recién despertada, prácticamente había zapateado el teléfono para deshacerse de un mensaje de Rosaura que no tenía la menor intención de abrir.

Paulina esperó en la habitación a que Coro llegase de nuevo con noticias frescas de su no-relación con Eugenio. Ello le dio pie y vía libre para recrear mentalmente la conversación que había mantenido con Alejo unas horas antes. Ella había estado muy fría, lo sabía; no por nada lo había hecho con premeditación, pero ¿qué esperaba él? Era la única baza que le quedaba a Paulina como amante despechada: montarle numeritos adolescentes y aguardar a que aconteciese un milagro. Él no había perdido los estribos en ningún momento, cosa que, a su vez, casi se los había hecho perder a ella.

Rewind

—¿Puedo saber exactamente qué es eso tan terrible que sin duda hice y por lo que tengo que pagar? —Alejo la miraba impasible, escrutando el rostro de su contrincante en busca de algún atisbo de debilidad.

—No quiero hablar de esto ahora, Alejo. Sabes que no me gusta empezar el día con discusiones. Y menos un sábado. —Paulina se había salido por la tangente.

—Francamente, Pau, creo que, si yo tuviese algo que decirte y que nos atañese a los dos, lo haría sin rodeos aunque fuese sábado. ¿Quieres que dejemos de vernos?

La pregunta cayó en aquella cocina como una bomba nuclear. Paulina notó en su corazoncito unas ondas sísmicas concéntricas que le recordaron las simulaciones hechas por ordenador que muestran en los informativos cuando se mueven las placas tectónicas en Becerreá. Alejo seguía mirándola. Si albergaba en su interior algo que no fuese aplomo, debía de estar muy bien escondido porque a ella le pareció que el cabrón era un témpano. Paulina bajó los ojos y buscó refugio en el dobladillo de la cinturilla elástica del chándal. No era la visión más reconfortante del mundo, pero por lo menos la ponía a salvo de tener que sostenerle la mirada a Alejo. Él insistió y ella siguió sin levantar la vista.

—Pau, no puedes hacerme esto todas las semanas. ¿Qué es lo que pasa? Creí que ya tenías...

—Pausa—. Teníamos superado lo de mi mujer ¿Cuántas veces voy a tener que pedir perdón por haberla conocido antes que a ti? ¿Cuántas? —Por primera vez en diez minutos, Paulina percibió cierta pérdida de papeles por parte de su *partenaire*. Lejos de disgustarle la subida de tono, le reconfortó advertir que a él tampoco le era grato todo aquello. Vale, si sufrían los dos, habría conversación. Nada como un empate técnico en susceptibilidades.

—¿Y qué se supone que voy yo a pintar en tu vida de aquí en adelante? Eres mi jefe y nos vamos juntos a la cama. ¿Va eso prorrateado en el sueldo de diciembre? —Para ser la primera frase que soltaba en minutos, Paulina había ido directa al hígado. Alejo no contestó. Pasó un ángel. Pasaron dos. Tres. Ella, presa de la curiosidad, tuvo que levantar la mirada para ver qué hacía él. Se lo encontró clavándole la mirada, con un rictus de puro desconcierto y a punto de mandarlo todo al garete. Paulina cruzó los dedos para que el temporal amainara y le diese un minuto de calma.

—Esa es otra de las cosas que yo no puedo cambiar de la noche a la mañana, querida. Ya era tu jefe cuando nos liamos y también estaba casado cuando pasó.

Alejo no pretendía herirla más de lo estrictamente necesario, pero la cosa empezaba a escapárseles de las manos. Si bien es cierto que dos no discuten si uno no quiere, en aquella cocina ambos estaban poniendo su granito de arena para montarla gorda. Paulina aceptó con elegancia el rechazazo en todo el bazo que le acababan de devolver. De nuevo se impuso el silencio. Alejo arrastró hacia sí la silla que minutos antes había abandonado con la intención de volver a tomar posiciones.

—¡No tienes ni idea de lo fenomenal que me sentó que decidieses pasar el fin de semana con ella! —comentó Paulina—. En serio, me encanta tener que recordar a todas horas que no podemos ser más que un triángulo en el que yo nunca soy uno de los ángulos de la base.

Aunque Alejo ya sospechaba cuál era el motivo de la irascibilidad de Paulina, estas palabras lo pillaron con la guardia baja, pues, en un intento de ver normalidad donde no la había, había creído que el asunto del fin de semana estaba zanjado. Pero no, visto lo visto, no lo estaba. En absoluto. Tuvo la tentación de cogerle la mano y jurarle que nunca volvería a pasar, que lo suyo con su mujer sólo tenía un camino, que era mandarlo todo al carajo, pero no tuvo la gallardía suficiente. E hizo bien. Paulina se levantó y metió su taza en el lavavajillas. Estaba claro que no quería seguir con aquella conversación.

—Sé que no sirve de nada, pero quiero que sepas que no sólo sufres tú en todo este asunto. ¿Crees que es fácil para mí? ¿Acaso te imaginas cómo me siento cada vez que tengo que apartarme de tu lado para vivir una vida que cada vez me es más ajena? Desde luego, tú, Pau, no tienes ni idea de cómo me siento.

—Y si es tan difícil para los dos, ¿qué estamos haciendo? ¿Qué nos queda después de esto?

Paulina se había jurado no presionarlo nunca para que tomase una decisión, pero la había traicionado su subconsciente de resacosa. Notó que le ardían las mejillas de vergüenza y decidió que era hora de llenar el lavavajillas con el resto de los cacharros amontonados en el fregadero. Oyó que Alejo arrastraba de nuevo la silla. Cuando se dio cuenta, tenía su olor tan cerca que se le cayó de las manos la taza de los cereales, su preferida. Los pedacitos de porcelana se esparcieron por la cocina con gran estrépito. Aun así, Paulina no movió un músculo. Toda ella estaba agarrotada, poseída por una fuerza superior que le impedía comportarse como una niña buena, como una niña educada en un colegio privado que no se liaba con hombres casados. Pum, pum. Alejo. Pum, pum. No te acerques tanto. Pum, pum. Condenada al amor furtivo. Pum, pum. Vete. Vete. Vete. Pum, pum, p-u-m, p-u-m.

—Dame tiempo, las cosas no siempre van tan rápido como quisiera. Confía en mí, sabes que me tienes pillado. ¿De qué tienes miedo?

Alejo exhalaba sobre el cuello desnudo de Paulina una calma que no sentía. Quería, ansiaba acariciarla, pero no era capaz de salvar el inmenso océano que aquella mañana los separaba. Un dolor físico lo ataba de pies y manos, le impedía hacer suyo lo que sólo tres noches antes se le había entregado sin reservas. Paulina deseó que él la abrazase hasta dejarla sin respiración, pero nada ocurrió. Nada. El momento de magia se desvaneció como un dibujo infantil en la arena de la playa. No hubo lágrimas de desamor ni súplicas de amor enquistado. Él plegó velas y ella aceptó su retirada como una concesión más a su condición legal de cabeza de familia.

—¿Debo entender esto como un adiós, Pau?

Y ella calló. Quería gritar que no, que sólo era una de las muchas escenitas que, sin duda, se producirían a lo largo de sus vidas, pero no dijo nada. Otra vez la nada. Alejo esperaba impertérrito a que ella dijese algo, lo que fuese, que le enviase un salvavidas al que agarrarse en medio de aquel naufragio en el que se estaba convirtiendo aquella no-reconciliación. Pero ese salvavidas no llegó. Paulina se volvió hacia él, que continuaba pegadito a su espalda, y le sostuvo la mirada con toda la frialdad de la que fue capaz. Intentando no mostrar más vulnerabilidad de la estrictamente necesaria, él se alejó.

—De cualquier manera, el lunes nos veremos en la oficina. Te daría un beso si eso no significase la muerte de lo nuestro.

Sólo cuando Paulina oyó el portazo con el que Alejo se despidió pudo abandonar su interpretación de Mata Hari. Sintió que con aquel golpe de la puerta contra el marco se le venía abajo la entereza, y su yo más débil y frágil la devolvía a la condición de mujer agraviada. Se le pasaron por la cabeza miles de imágenes, y en todas aparecía él. Él y ella. Los dos. Paseando por Príncipe, comiendo en El Bella Napoli, viendo la tele bajo la manta, imaginando unas vacaciones furtivas... En todas ellas, se veía feliz, pero aquellas situaciones no la llenaban. Se había dado cuenta de que quería más, pero ¿qué? Lo que vino después ya lo sabemos: se metió en la cama hasta que los lacrimales no le daban más de sí. Una vez que hubo llorado y desahogado su humillación hasta extremos casi inhumanos, se había levantado con la intención de hacer algo placentero. A falta de sexo (*vade retro*, Satanás) había decidido portarse de lo peor con la tarjeta de crédito, pues la de débito tenía la gripe. ¡Maldito fin de mes!

Mientras Paulina rememoraba una y otra vez, el trance vivido por la mañana con Alejo, Coro entró en la cocina con el móvil pegado a la oreja. A juzgar por lo que ésta había tardado en aparecer en la habitación, Paulina supuso que estaba manteniendo aquella conversación tope divertida con su Eugenio-del-alma-querida. Pero no. Hablaba con Olvido.

—Pau, es Vidín. Que dice que por la noche vamos de fiesta. ¡De disfraces! ¿No es loca? —Coro, entre otras particularidades que se irán desgranando a lo largo de esta historia, tenía una cualidad tan única e intransferible como su entusiasmo y no era otra que su peculiar manera de expresarse. «¿No es loca?» Más que una pregunta era una exclamación traducible por «¡Está como un cencerro!»—. Vale, te la paso.

—¡Hola, sílfide! —Paulina sostenía el móvil entre la cabeza y el hombro. El apelativo con el que saludó a Olvido tenía claramente que ver con el hecho de que ésta las hubiese dejado plantadas aquella mañana para intentar deshacerse de sus muslos entre las garras de Soraya, *la Terrible*—. ¿Qué tal la resaca, zorrón?

—Ni gota, Pau. Se ve que a las separadas ya no hay alcohol que nos afecte como antes del trance. Por lo visto ha habido lío esta mañana, ¿no? —Olvido hablaba sofocada, como si estuviese haciendo deporte o...—. ¡Ya te tengo, jodido cabrón!

—¿Eh? —Paulina se la imaginó siguiendo a Francisco, su ex, y aferrándolo del cuello mientras le tiraba del bigote a la hija del pendón por el que la había dejado más plantada que un cactus—. ¿Qué haces?

—Estoy debajo de la cama, intentando dar con la otra sandalia verde agua del verano pasado. ¿Te acuerdas, esas tan monas que me hacen los tobillos huesudos? —Paulina sabía cuáles eran, pero no recordaba que le hiciesen los tobillos huesudos, más que nada porque tamaña proeza hubiese sido imposible: la pobre Olvido era de articulación ancha, le gustase o no. Y generalmente no le gustaba.

—¿Para qué los quieres? ¿No habrás picado ya con lo de la pedicura? ¡Qué astuta la Soraya, al final te ha convencido de que la primavera ya está aquí! —A Paulina le dio la risa imaginar a Olvido con la manicura francesa en los pies. ¡Con la de calcetín que aún iban a chupar sus piececitos durante los siguientes tres meses!

—¡Lista, que eres una lista! ¿No te acaba de decir Coro que por la noche vamos de fiestuqui? —Paulina asintió con desgana. No tenía claro que le apeteciese realmente disfrazarse con la moral de luto, como la tenía—. Pues me hacen falta esos zapatos. Por cierto, ¿esa tarada te ha dicho de qué vamos a ir las tres?

—¿De las tres cerditas? —aventuró Paulina.

—Frío, frío...

—¿De las tres MásQuePerras? —Versión porno de la serie de dibujos Los Tres Mosqueperros.

—Frío, frío...

—De *Las tres Gracias* de Rubens. —No, no era de *Las tres Gracias*, pero había que apuntarlo para el próximo carnaval.

—Frío, frío...

—¿De las tres lunitas del Paraguay? —Vale, el famoso grupo estaba integrado por hombres, que además se hacían llamar soles, pero a Paulina se le empezaban a agotar las ideas sobre un disfraz

adecuado para tres chicas.

—¡De las tres virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad! ¿No es genial?

Sin duda debía de serlo, aunque a Paulina le parecieron hartos complicados, poco imaginativos y no demasiado sugerentes. ¿A quién le tocaría cada virtud? Olvido sólo hablaba de las infinitas posibilidades de aquellos tres atuendos y la altísima probabilidad de que las tres ganasen el concurso de máscaras.

—¡Sooo! ¡Frena, Vidín! —Tanta verborrea empezaba a herirle el cerebelo a la sufrida de Paulina—. ¿Qué tal si empiezas por contarme quién la organiza, dónde es, a santo de qué hay que ir? Ya sabes, las minucias del temita.

Mientras Olvido le contaba que la fiesta la organizaba Adela, su vecina la del quinto, la que trabajaba de pasante en el despacho de abogados de su tío Eulogio, una eminencia tan rancia como antigua en aquello de la *legislatio*, Paulina se preguntaba si asistir no sería un gran error. La tal Adela tenía veinticuatro añitos, nótese el empleo del diminutivo, señal inequívoca de que los tales no cundían tanto como debían y que la madurez que se les suponía brillaba por su ausencia. Cierto era que Adela no se teñía el pelo de fucsia ni llevaba ningún tatuaje a la vista que hiciese pensar que había tomado el biberón en un correccional de mal agüero, pero era obvio que entre ella y las tres treintañeras mediaba un abismo.

—¡Pues por eeeeeesooooo! ¿No es genial que no conozcamos a nadie y que podamos desmelenarnos hasta límites ignotos? Levanta tu mano derecha y júrame que eso no es precisamente lo que necesitas.

A Paulina no le hizo falta pensar demasiado. Era cierto; si algo necesitaba para que su cabeza no explotase como olla a presión era perder el control por unas horas y, si era lejos de Alejo, mejor que mejor. Más que nada porque perder el control con él cerca significaba acabar en la cama sin bragas y con él, y eso ya no podía ser, pues, según recordaba (aunque le doliese como si le rajasen el cuello), Alejo había abandonado su cocina con la santa convicción de que lo suyo, lo del adúltero y la amante, se había acabado. *C'est fini!*

—¡Yo me pido ir de Fe, yo me pido ir de Fee! —Coro parecía más entusiasmada que la propia Olvido y eso era en extremo difícil. De las tres, la única que no tenía ni idea de cómo coño disfrazarse de algo que la santa madre Iglesia catalogaba como la mayor virtud del buen cristiano parecía ser Paulina. Una vez, más, se sintió como el puñetero elemento racional de aquella amistad a tres bandas. ¿Racional? ¿Qué pasaba entonces en su vida sentimental, que siempre la llevaba a hacer lo que no le convenía? Paradojas de la vida.

—¿Tienes ya repartidas las virtudes o nos asignamos cada una la que le salga del higo? —Por medio de la ironía, Paulina quería dejar bien claro que no le molaba nada aquel plan, pero que, si estaba escrito que irían disfrazadas de subnormales a una fiesta de adolescentes tardíos, irían.

—Yo soy la Esperanza, huelga decir que por mi condición de mujer separada en la tierna treintena. Coro creo que quiere ir de Fe, ¿no? Dile que la ha oído hasta el sordo más sordo de Guinea Conakry.

Paulina le hizo una señal a la susodicha para que dejase de vociferar.

—Pues ella tiene que ir de blanco virginal —prosiguió Olvido—, que no es lo mismo que ir de angelito o querubín. Aquí se trata de ir lo más mona posible aduciendo la excusa que sea...

—Por lo que veo, a mí me toca ir de Caridad —dijo Paulina—. ¿Es casualidad que mi corazón no sea más que un albergue de pecadores? —Era cierto. Ni que el destino se la hubiese jugado al mus. De las tres virtudes, a cada cual le había tocado la más apropiada.

Quedaron en verse a eso de las nueve en el piso de mujer separada de Olvido, ya ataviadas para el festejo. Paulina le dijo que no tenía ni idea de cómo debía ir vestida la Caridad en el siglo XXI, y Olvido le respondió que sin duda con todo al aire, que había mucho necesitado. Dicho lo cual, ambas se despidieron y cada cual se puso a darle vueltas al problema práctico del atuendo. La única a quien no parecía corroerla la duda era Coro, que andaba de un lado al otro medio en bolas, farfullando sabe Dios qué cosas sobre ponerse un aro en cada pezón a manera de aureola de santito. Paulina se compadeció de sí misma. En algún sitio de su lastimado corazoncito debía de haber un recoveco en el que aún conservase algo de alegría. ¿Sería capaz de dar con él sin

echarlo todo a perder?

CAPÍTULO 05

O

lvido no tenía ni idea de por qué había aceptado semejante invitación, pero tampoco entendía qué tenía de malo pasar la tarde-noche rodeada de hombres ávidos de sexo en una casa que no era la suya, por lo que le importaba un bledo si los gin tonics bautizaban o no la alfombra del salón. La conversación con Paulina la había dejado un poco tocada del ala. ¿A santo de qué tenía ella que preguntarle si no estaban ya demasiado mayorcitas para fiestas universitarias? ¿Acaso no había tías que, con sus mismos años, aún no habían terminado la carrera? Vale, a tales ejemplares se los conocía como las *cromañonas*, pero eso no tenía nada que ver con el plan que se traían entre manos. El único problema que Olvido veía en compartir cama y copa con alguien más joven que ella era caer en la tentación de contarle su atribulada vida sentimental. A él le parecería venusina, seguro.

—Y si no tienes niños, ¿para qué te casaste tan pronto?

Se lo habían preguntado un montón de veces y siempre en los mismos ambientes nocturnos. A pesar de todo, aún no tenía una respuesta modelo. Podría dejarse llevar por la vena sentimental y contarles lo de la certeza de haber encontrado al hombre de su vida, lo de las ventajas que suponía no tener que cambiar de cama a media noche, olvidarse de la depilación en invierno, de las noches de pizza, mantita y café con magdalenas previo al revolcón... Podría hablar de un montón de cosas, a cual más evidente, pero ello no la rejuvenecería a los ojos del muchachito de turno.

Había decidido que ya no era conveniente que le fuese endilgando el trauma a cada ser humano (hombre, mujer o indeciso) que se le acercara cuando llevaba un par de copas encima. Pero le era imposible; una fuerza destructora que esperaba agazapada a que ella saboreara el último cubito del segundo copazo se desataba como una tempestad en los mares del Japón. Olvido se arrepentía de lo que había estado diciendo al mismito instante en que se oía a sí misma musitar el nombre del degenerado por cuya culpa se había convertido en una mujer casada y, en circunstancias tan extrañas y muy poco tiempo atrás, había dejado de estarlo.

Pues bien, cuando su vecinita le propuso el plan para aquella noche, Olvido pensó que sería una buena manera de evadirse de la realidad que tanto la aburría. Además, tenía dos conjuntos de lencería Que-Te-Giñas ávidos de ser acariciados. Que la fiesta tuviese visos de ser un botellón adolescente no era pretexto para descuidar los últimos detalles que, como en el reino de los cielos, serían los primeros. Tras llamar a sus dos mejores amigas, Olvido se entregó al feliz disfrute de un buen café descafeinado y una rosquilla frita Martínez. No había comido, así que no sintió más remordimientos que los femeninamente soportables cuando mordisqueó un trocito de la rosca azucarada.

—¡Peor hubiese sido caer en la tentación después de zamparme un plato de lasaña congelada!

Y era verdad, el no haber ingerido alimento alguno desde el desayuno le daba la autoridad moral para degustar aquel redondelito de felicidad sin apenas angustiarse. Apenas. Sólo lo suficiente para saber que no era de recibo haber pagado una suma considerable por el masaje linfático de Soraya y después meterse, entre pezón y ombligo, quince gramos de grasa que eran los que le daban al pastelito en cuestión aquel sabor a placer prohibido. Cuando acabó de masticar el último pedazo, juró para sus adentros que era la última vez que metía en el carrito de la compra aquella maldición en forma de O mayúscula. Bueno, si no la última, la penúltima. No podía olvidarse de que pronto estaría de cumple y con algo tendría que endulzarse el desayuno en día tan señalado.

Encendió la tele a la par que se despojaba de los zapatos. Podría haberse puesto el atuendo casero, a saber: un pantalón de pijama de hombre (huelga decir a quién pertenecía), una camiseta de Barcelona 92 cubierta de pelotillas y un jersey de lana gruesa que ya había perdido la condición de peludo con el paso del tiempo. Pero no, prefirió no renunciar a su identidad de mujer sofisticada aunque fuese para arrellanarse como una seta frente al televisor. Pasaban uno de esos TV Movies de tercera regional en los que nadie era feliz y, de serlo, ya se encargaría

alguno de los demás personajes atormentados de chafarle la dicha. Se veía de lejos que el dramón era de los malos, malísimos, pero a Olvido la enganchó desde el minuto uno, tal vez porque se sentía identificada con la protagonista (que acusaba una fuerte pérdida de autoestima ante una traición matrimonial) o por el adolescente cañón que la hacía enloquecer y le borraba de la cara el rictus de mujer despechada. Fuera como fuese, Olvido vivía aquella tórrida historia con la misma pasión con la que se tragaba todos los documentales de animales.

—¡Jodido cabrón! Son todos iguales.

«Debe de ser algo intrínseco al bicho», pensó Olvido al verle las tetas a la supuesta amante del marido de la prota. Era joven, con las mamas infladas a golpe de bombín. Rubia por dentro y por fuera, es decir, tonta del culo. Pero no importaba: el adúltero coprotagonista se deshacía en halagos hacia la veinteañera mononeuronal. Olvido sintió náuseas ante la escena en la que él le confesaba a su todavía esposa que con aquella chica él «había vuelto a vivir». Puaj.

—A vivir, a vivir... ¡Lo que hace falta en este país es un poco de bromuro y un mucho de pena capital! ¡Viciosos, hostia!

The End. La peli acabó tan trágicamente como había comenzado, y lo que desde un principio era un final cantado a Olvido la pilló por sorpresa, a saber: el mamarracho enamorado de la chica rubia sin cerebro se cosca de que, a pesar de que la chicuela le daba mucha vida, quien le daba sentido a esa vida no era otra que su mujer, la que había sufrido toda serie de escarnios públicos y familiares por su culpa. Haciendo acopio de una moral digna del Alcoyano, la mujer lo perdona tras varias escenas de emoción contenida. Colorín, colorado, este cuento se ha acabado. «Malditas películas —pensó—. ¿Quién cojones habrá escrito el guión de esta fábula? Los hombres nunca vuelven con sus ex mujeres. Nunca.» ¿Nunca? ¿Por qué nunca?

—Dios, ¡cómo te echo de menos!

Era la primera vez en dos meses que se oía decir tal cosa. No resultaba menos desgarrador, por cierto, oírse a sí misma proclamar su amor por quien no había tenido el menor reparo en destrozarle el corazón con una ración doble de desengaño. Respiró hondo y deseó que el reloj diese ya la hora de irse de fiesta. Con los ojos cerrados, hizo un repaso general de su estado de ánimo y se encontró con una Olvido más machacada de lo que le habría gustado pero con ganas de resurgir de sus cenizas. Hacía mucho tiempo, demasiado, que debía haber aceptado la derrota y retirado los tanques de la calle de su matrimonio. Sin embargo, no podía, lo intentaba con todas sus fuerzas, pero ¿qué hacer cuando una se despierta a media noche y se pregunta si él pensará en ella la mitad de tiempo que ella en él? Dormir en una cama que te es ajena no es fácil, le había confesado a Paulina unos meses atrás. Y seguía sin serlo.

¡Pipipipíiii, pipipipíiii, pipipipíiii!

—¿¡Sí!/? —Olvido cogió el supletorio del salón sin saber quién estaría al otro lado de la línea. Era lo malo de haberse decantado por un aparato de oferta en el Carrefour, que la pantallita con identificador de llamadas brillaba por su ausencia.

Lo que sucedió a continuación no es apto para menores y mucho menos para corazones rotos. Francisco había vuelto a la vida, y no me refiero al generalísimo. Olvido tardó en darse cuenta de que era él quien hablaba. Tantas veces había reproducido en su mente el sonido de su voz que en ese momento no supo discernir si su subconsciente estaba gastándole una broma sin gracia.

—¡Hola, Vidín! Soy Fran. ¿Te molestó? —Ella no supo qué contestar. De acuerdo, la frase era simplemente una fórmula de cortesía y tampoco era necesario recrearse en el tema, pero, de no haber sido así, ella tampoco habría sido capaz de responder con agilidad—. Pensé que no ibas a estar. Temí que tendría que dejarte un mensaje en el contestador.

—Me pillas de milagro, iba a salir ahora mismo. —Mentira podrida—. Acabo de llegar del gimnasio. —Mentira podrida—. Y ahora me iba a la peluquería. —Mentira superpodrida—. ¿A qué debo semejante honor?

—No seas injusta. ¿Cuántos mensajes míos tienes en el contestador? ¿Mil?

Era cierto, pero también lo era que ella los borraba sin oírlos. Sólo había caído en la trampa de hacerse daño escuchando un par de ellos (un par de docenas) cuando estaba recién separada, y nunca más se había permitido sufrir más de lo que su cuerpo era capaz de soportar. Ambos

jugaban a ser civilizados y querían llevarse bien. Todo lo bien que se pueden llevar dos cuerpos que dejaron de ser una sola alma.

—Tienes razón, pero habrás de disculparme por no haberte devuelto las llamadas. ¡Estoy tan liada...! —Tragó saliva mientras por la tele pasaban el anuncio-sueño-erótico de los hombrecillos de Balay, ese en el que un batallón de efebos vestidos de negro se encarga de convertir el día a día femenino en un pasaje de cuento. Le entraron ganas de llorar. ¡A ella le bastaba con uno! Pero el que ella quería estaba fuera de su alcance—. ¿Qué tal estás tú? Hace tiempo que no hablamos.

Él le contó que estaba bien, lo que casi le provocó convulsiones a la pobre Olvido. No era que ella le desease nada malo, pero un ataque de piojos o de ladillas habría estado dentro de lo políticamente correcto. Francisco tenía la enfermedad de la verborrea, cosa increíble en un hombre, y a ella le fastidiaba sobremanera que no la dejase meter baza. De no ser porque lo conocía bien, habría pensado que la había llamado para restregarle por la cara las excelencias de su nueva vida. Tanto se extendía en explicaciones su ex maridito que ella pretextó una prisa ficticia para poder colgar cuanto antes.

—Me alegro de haber hablado contigo, Fran. Espero que la próxima vez me pilles con menos prisa. —Era como si el aparato le quemase el tímpano. Supo que algo gordo se le venía encima cuando él se mostró reacio a despedirse.

—Vidín, tengo que decirte algo, pero preferiría hablarlo tomando un café. ¿Cuándo podemos vernos? —Si no fuera porque el corazón tiene un generador propio, a Olvido el suyo se le habría parado de pura incertidumbre. ¡Fran quería verla! ¡Meses soñando con aquello, y por fin había sucedido! Intentó normalizar su respiración y que no se le notase que el elástico del tanga había cedido—. Si ves que es muy difícil lo dejamos para otr...

—Podemos vernos el lunes, si quieres, pero no me dejes así, dime algo. Sea lo que sea, créeme, estoy preparada para ello. Hay pocas cosas que puedan ya arañarme. —Esto último le sonó a reproche, y se mordió la lengua. ¿No estaba intentando parecer una mujer resuelta e indulgente con su pasado? ¿No formaba él parte de ese pasado? Notó que un sudor frío le recorría el espinazo.

—Vidín, voy a tener un bebé.

Bla, bla, bla, requetebbla... Todo lo que Francisco farfulló a continuación al oído de Olvido dejó de tener contenido, era un rumor desagradable e ininteligible que no tenía el menor sentido para ella. Bebé. Miles de recuerdos se le arremolinaron en la cabeza hasta perderse en el laberinto de sus entrañas. Bebé. Lo que había empezado como un mareo amenazaba con tumbarla por K. O. técnico. Bebé. No sé qué de lo contento que estaba y de que quería compartirlo con ella, ya que desde siempre había sido su alma gemela. Bebé. «Espero que todo vaya bien.» Bebé. «¿Sigues ahí, Vidín?» Bebé. Quiero morirme ahora mismo, ya. Bebé. «Es un buen momento para los dos. A ti también te va bien, ¿verdad?» Bebé. Sí, me va de puta madre, gracias por romperme el alma, cabrón. Bebé. «Nunca había pensado en ser padre y ¡ya ves!» Bebé. Me cago hasta en Pilatos. Bebé. Bebé. Bebé...

Cuando consiguió pensar con claridad, ya era de noche. No supo precisar cuánto tiempo llevaba sentada en aquel sillón que había sido su único apoyo tras la hecatombe. No había podido llorar, ni siquiera eso había sido capaz de hacer. El mero hecho de respirar ya era un esfuerzo enorme para su cuerpo. La despertó de su trance el sonido despreocupado del timbre de la puerta. Sólo en el momento en que quiso averiguar quién osaba hacerla volver al mundo de los vivos desde el más allá, se dio cuenta de lo tarde que era y, por ende, del largo rato que debía de llevar lamiéndose las heridas.

—¿Mshiiiiii? —contestó con desgana sin echar siquiera un vistazo a través de la mirilla.

—¡Sooorpreesaaa!

Fe-Coro y Caridad-Paulina entonando el «ya estamos aquíiiiiii». Tan grande había sido el *shock* por la buena (¿buena?) nueva de la próxima paternidad de su ex marido que se le había borrado por completo de la mente el asunto del disfraz. Detrás de aquel maremagno de antifaces, bolsas de mano, tetas prácticamente al aire, minifaldas CA (Chichi al Aire) y zapatos de supertaconazo,

debían de estar sus amigas, aunque, a simple vista, Olvido no tenía ante sí más que a un par de putones que estaban pasando más frío que el perro de Carpanta. Las recién llegadas hablaban por los codos. Que si por qué no había cogido el móvil, que si la fiesta seguía en pie, que por qué no se había vestido, que si no se habían pasado con el disfraz, que si Alejo me viese así se moriría de un ataque de testiculina, que si Eugenio era un ceporro por no llamarla y que se iba a tomar su revancha como una señora, es decir, con la bragas bajadas.

—¿Queréis callaros, joder?!

Sh

Sh

Sh

Sh

Y Olvido se metió en el baño y cerró la puerta de un golpe. Fe-Coro y Caridad-Paulina no entendían qué extraño proceso gripal debía de estar incubando la siempre dicharachera Esperanza-Olvido, Esperanza-Vidín para las amigas. Se quedaron de piedra. Al estruendoso portazo que anunciaba el encierro voluntario de la otra virtud teologal entre las cinco paredes del aseo (sí, sí, el baño de Olvido era un microespacio con cinco paredes, una muestra de genialidad arquitectónica), siguió un miniperíodo de desconcierto en el que las otras dos sólo acertaron a soltar todo lo que llevaban en las manos y a mirarse la una a la otra con cara de pánico. La primera en intentar entender algo fue Coro.

—¿Se puede? —preguntó tímidamente ante la puerta del baño con el no por respuesta ya colgado del brazo—. Vidín, ¿puedo pasar? —Silencio administrativo. Coro se volvió hacia Paulina, que, en ese momento, era como una extensión de su anatomía, ya que ambas formaban un todo articulado que emulaba a Cuasimodo y su famosa giba. Paulina le hizo una seña para que volviese a intentarlo.

—Vidín, ¿serías tan amable de abrírnos la puerta de una puta vez?

¡Bingo! La Coro en estado puro ya había aflorado. Paulina puso los ojos en blanco y, con gesto de «esto lo veía venir», le pegó un coscorrón a la susodicha. Si lo que estaban intentando era convencer a Olvido de que diese señales de vida, las malas maneras no eran la mejor estrategia. Al menos no a las primeras de cambio. Oyeron el sonido de la cisterna al descargarse.

—Nena, ¿estás bien? ¿Te ha sentado mal la comida? ¿El masaje? ¿Ambas cosas? —Paulina se asustó al pensar que la pobre estaba echando la pota cual Fontana de Trevi. Volvió a intentarlo—. ¿Crees que puedes abrírnos la puerta, o utilizamos una ganzúa?

—¡Dejadme en paz! ¿No veis que quiero morirme en este mausoleo de azulejo?

Aquella voz desgarradora había cortado en seco el soliloquio de Paulina. Ante la irrupción inminente de sus dos amigas en la cueva de las lamentaciones de forma pentagonal, Olvido dejó salir sus emociones a borbotones. Un llanto lastimero que empezó como el ronroneo de un gatito escapaba por los resquicios de la puerta. Coro decidió no esperar a recibir invitación para asistir al drama desde la primera fila y se quitó una horquilla del pelo con la sana intención de abrirla del todo y emplearla para forzar la cerradura. Si la montaña no va a Mahoma...

—¿Qué pasa, cielo? ¿Por qué lloras? No seas injusta con nosotras, déjanos entrar...

Paulina no estaba en condiciones de recriminarle a Coro su intención de abrir la puerta del baño sin permiso. Por muchos improperios y botes de gel, champú y jabones olorosos con un cuarto de crema hidratante que les cayesen en toda la cabeza en cuanto traspasaran aquel umbral, debían hacerlo. O no. Sea como fuere, se dejaron llevar por el impulso vital de la amistad en estado puro. Crac. Clinc. Plonc.

—¿Quién puñetas os ha dejado entrar en mi baño? ¿Es que no sabéis que me gusta llorar sola o qué? —Dentro de lo que cabía, la imagen que ofrecía Olvido no era tan lamentable. Vale, lloraba, de eso no había duda, pero tampoco era un lagrimeo torrencial estilo cataratas del Iguazú. Nada más poner los pies dentro del baño, Paulina y Coro se acercaron a ella, que estaba sentada en el váter con el tanga por las rodillas, sonándose los mocos con una tira de papel higiénico que no había tomado la precaución de arrancar del portarrollos—. ¡Un poquito de intimidad, Señor!

—Ey, nena. ¿Qué pasa? —Paulina había cortado el cordón umbilical que unía a Olvido con el rollo de papel, dejándole un largo trozo colgando desde la nariz hasta el mismo pubis.

—¿Qué me pasa? ¿Que qué me pasa, preguntas? ¡Que soy la tonta más tonta de todas las tontas! Eso me pasa. —Olvido se limpió los mocos sonoramente con el trozo de papel que pendía como una liana sobre su sexo desnudo—. ¿A que no adivináis quién me ha llamado por fin...?

Pregunta retórica: interrogación puramente formal que no espera nunca (ojo, nunca) respuesta de ninguna clase o condición. Como tal, no suscitó respuesta alguna por parte de ninguna de las dos espectadoras de la fémimo-tragedia de *Estás listo y que te vea*. Ambas se limitaron a oír, ver y escuchar. Ver, vieron lo que ya sabían, a una mujer deshecha lamiéndose sus pupitas y, oír, oyeron todo lo que los mocos, los hipidos, los «me cago en su puta madre» y otras lindezas les dejaron oír. Una vez cruzado lo que parecía ser el ecuador del desahogo del sufrimiento, Paulina y Coro comprendieron lo que pasaba. Era bien sabido que Francisco iba a rehacer su vida (no en vano había roto su feliz matrimonio para ello), pero ¿tenía que ser con churumbel incluido?

—¡Será sinvergüenza! ¿Y para qué coño te llama? ¿Acaso quiere que eches bombas de palenque para celebrar su felicidad infinita? —Coro nunca había entendido aquella relación buenísima y civilizadísima de ex pareja que fingían mantener Olvido y Francisco. No es que ella tuviese nada que opinar al respecto, pero si se ponía en la piel de la abandonada, tenía clarito que ella sería incapaz de jugar a ser la mejor amiga de su enemigo—. Ya te dije que lo mejor hubiese sido partirle las piernas cuando te llegó con el cuento de que se había enamorado de otra. ¡Si me hubieses hecho caso...!

—¡Si te callases de una vez, bonita...! —Paulina le propinó tal colleja que a la deslenguada de Coro se le descentró el tocado con el que se había adornado la cabeza para encarnar a la mismísima Fe, un buen puñado de plumas de marabú blanco que coronaba medio moño en la parte posterior de su cabeza. Paulina, que recordemos que emulaba a la Caridad, no se quedaba atrás. Lucía un escote de generosidad infinita y un metro de pierna tan entrada en carnes como desnuda que le daba el toque sicalíptico al disfraz. De ella podía pensarse que iba de angelita. Claro que, en ese caso, debía de ser la cortesana de todos los querubenes. Paulina siguió hablando—: ¿Y qué le has dicho? ¿Lo has insultado?

—¡Cómo lo iba a insultar! ¿No ves que me ha llamado para compartir su alegría? ¡Padre! ¡Va a ser padre! Él, que siempre decía que el mundo ya tenía suficientes indeseables como para sentirse responsable de uno más. ¿No es patético que nunca hubiese confesado que lo que no quería era tener un indeseable más, pero conmigo? —Silencio. Mocos—. ¿Hay más papel?

—Agua pasada no mueve molino, Vidín. Afrontémoslo: se acabó. Hace meses que sabes que se acabó. Lo suyo con esa fresca va en serio, y aunque así no fuera, ahora va a tener un crío, que, por cierto, si le sale niña, tendrá un bigote como el de Íñigo.

Paulina sólo consiguió que se riese Coro. Olvido intentaba despegar del rollo el empuje del papel higiénico. Primero lo intentó con el poco sentido común que aún le quedaba operativo y, dado lo poco fructífero de sus repetidos intentos, decidió que lo mejor sería meter el dedo entre las vueltas de papel y arrancar más de la mitad. Coro quiso decir algo a favor del medioambiente y contra el despilfarro de los recursos naturales intercalando un llamamiento a salvar la selva amazónica, pero se mordió la lengua: no estaba el horno para reivindicaciones peregrinas.

Cuando consiguieron que Olvido se subiese el tanga y dejase de llorar, vieron que le había quedado una circunferencia tatuada en las posaderas, obra y gracia de la presión del asiento del váter contra sus glúteos. Paulina tuvo que aguantarse la risa ante aquella imagen, pero Coro ni pudo ni quiso hacerlo. ¡El ojo del culo en el centro de una diana! Olvido se había subido el tanga pero había olvidado hacer lo propio con el pantalón, así que, pasillo adelante, ofrecía al tendido una retrospectiva de sí misma que bien habría podido exhibirse en una sala de arte contemporáneo. Porque no se le ocurrió a Dalí, que si no...

—¡Yo no voy a esa fiesta! Id vosotras, estáis en el punto total. —Olvido intentó pasar revista a sus amigas. No tenía clara la relación entre ir de virtud teologal y llevar plumas en la cabeza, pero a ella, en aquel momento catastrófico de su vida, todo le parecía bien—. Además, no se puede ir de Esperanza sabiendo que tu vida es una pura mierda pinchada en un palo. ¿Por qué no

quiso tener un bebé conmigo? ¿Alguna idea?

Tirada sobre la cama y con el culo-diana en pompa, ahogaba sus palabras contra el colchón. Coro tenía la respuesta en la punta de la lengua, pero optó por callársela. A ella nunca le había gustado demasiado el marido de su amiga. Vale, era guapo, atento y parecía (sólo parecía) quererla más de lo humanamente soportable, pero había algo en su autosuficiencia que la sacaba de quicio. Francisco se esmeraba por demostrar que siempre sabía adónde iba y, mucho más, de dónde venía. Por eso a Coro no le costó olerse enseguida que aquel cabrón tenía un lío. No se lo dijo a Olvido para no lastimarla con elucubraciones, pero tanto ella como Paulina estaban al corriente. «Ni se te ocurra irle con ese cuento —le advirtió un sábado por la noche mientras meaban juntas en el Bowling—. Si eso es cierto, ella no tardará en darse cuenta.» Lo que no le dijo Paulina era que ella también estaba convencida de ello: Francisco era un puto adúltero de mierda. Caca de la vaca. Boñiga reseca al sol, eso era él. Sólo hubo que esperar un par de semanas para comprobar que estaban en lo cierto.

*... Hace mucho tiempo,
en una galaxia muy, muy lejana...*

—¡Me deja por otra! No, no, dejadme terminar. —Olvido las había reunido alrededor de una orgía de hidratos de carbono extragrasos y con ración doble de azúcar glas—. Ayer me dijo que se había enamorado de otra que no soy yo y que se va. Así, sin contemplaciones, sin miramientos, sin escenitas. Claro que para escenita la que monté yo... ¡Imaginaos! Ahora que ya sé por qué no me hacía feliz vivir con él, estoy más tranquila. ¿Queréis más caracolas o preferís otros cinco bollos de leche?

Aparentemente, lo de la separación no había causado un estrago irreparable en la moral de Olvido. Sólo aparentemente. Pero a la que se descuidó, se desató un torrente de dolor y una llorera que nada tenían que ver con la entereza inicial. Paulina y Coro asistieron impresionadas al declive del temple de su mejor amiga sin dejar de demostrarle un apoyo incondicional en cada una de sus crisis. Si un día tocaba llamarlo asqueroso, cara morcilla, anormal y mono pajillero, pues hala, ¡todas a una! Si otro día le daba por coronar al susodicho como el mayor acierto de su vida y proclamar a los cuatro vientos lo felicisísima que había sido a su lado y el favor que él le había hecho al enseñarle a vivir en aquel edén que era su dicha conyugal, pues venga, que no se diga. Si tocaba un día matonesco, de esos en que Olvido le preguntaba a Coro adónde podía llamar para enterarse de lo que le costaría que a él le diesen un meneo del quince y a su fulana le retorciesen los pezones con unos alicates de Ikea, se apuntaban también, que la cárcel no les daba miedo. Todo. Lo habían pasado (sufrido) todo a su lado. Y ella lo valoraba y lo agradecía. Tres, eran tres las hijas del rey.

Pero, ya en el momento actual y en el meollo de la historia, lo de la confesión del bebé y, por extensión, su carné de padre superaban con creces el cupo de dolor que Olvido se podía permitir en aquel momento. Quería dejar de darle vueltas al asunto por un segundo; dos ya sería un sueño. Pero no era capaz. Sintió frío en sus partes traseras y le pidió a Coro que le tapase el pompis con algo. Cuando ésta se lo arropó con el albornoz que había junto a la cama, se percató de que la rojez dejada por el asiento del baño había remitido. Paulina le acariciaba sin parar el pelo como a un perrito abandonado. Su subconsciente no dejaba de repetirle que aquella escena podía repetirse en cualquier parte del mundo cada hora. En cualquier ciudad, en cualquier momento. Allí mismo, en la que vivía, en aquel preciso instante. La eterna historia de la mujer abandonada. No soportaba la idea de ser ella el motivo de un dolor semejante. Ser La Otra no era el papel que había anhelado representar en la ópera de su existencia. Sintió un retortijón.

—¿Adónde vas a todo meter? —preguntó Coro consternada, al recibir una coz accidental fruto del apremio que acuciaba a Paulina—. Ten cuidadito al subirte las medias, que la redecilla no es apta para prisas.

«Churri, si encima de que ese capullo no te deja volver a ser feliz de un cojón de vez va a

amargarnos la mucha vida que nos queda por vivir...» —Aprovechando que Paulina había tenido que ir a hacer aguas mayores, Coro tomó posiciones al ladito de Olvido. Esta continuaba boca abajo y, de cuando en cuando, emitía un sonido a medio camino entre un hipido y un lamento que removía las entrañas. Decir, decía poco o lo que decía ya lo había dicho un millón de veces: «¿Por qué conmigo no y con ella sí? ¿Por qué ha querido tener un bebé con ella?» Uf.

—Corito, ¿tú entiendes por qué me dejé...?

Por lastimera que fuese la pregunta, la respuesta no podía en modo alguno ser un bálsamo reparador. Coro fijó en ella la mirada, preguntándose lo mismo. Era cierto: Olvido era cientos de veces más guapa y atractiva que aquel mendrugo de segunda mano por el que la había dejado Francisco. Aun así, él había cambiado de domicilio, de familia, de amigos y hasta de coche: su flamante Golf GTI había pasado a mejor vida. Nada más aterrizar en aquella vida prestada que era la del padastro de unos hijos que no había tenido el placer (sexual, me refiero) de engendrar, había optado por un monovolumen.

Todo lo que Francisco parecía incapaz de hacer lo hizo. Si aquello tenía explicación, Coro la desconocía, y no había nada en el mundo mundial que la desconcertase más que no tener una teoría sobre algo. Y sus teorías eran orito molido. Ontología inmaculada; he dicho.

—Cielo: no tengo ni puta idea. No se me ocurre nada en el mundo que pueda hacer más feliz a alguien que compartir la vida contigo, pero... ¡hombres! Son como los bonobos, esa raza de chimpancés africanos que no hacen más que follar, follar y follar, sin importarles con quién o cómo.

Paulina regresó antes de lo que, en un principio y a juzgar por la verbena intestinal que se había desatado en su persona, había imaginado. Coro se hizo a un lado, dejándole vía libre hasta la desdeñada Olvido. El llanto había cedido el paso a los lamentos. Cada vez se hacía más difícil entender nada de lo que decía, pero, si una ponía la antena, pillaba algo sobre una maldición y su imposibilidad secular para sentirse dichosa.

—¡Eso, encima pégame! —Olvido había interrumpido sus diatribas al recibir un coscorrón. Paulina empezaba a estar un poco hasta el moño (literal y figuradamente) de todo aquello. ¿Francisco era o no era un cabrón? Lo era. ¿Entonces? A rey muerto, rey puesto, máxime si el que había abdicado ya esperaba descendencia. ¿A quién podía interesarle un reino con tantos príncipes?

—¡Se nos echa el tiempo encima, hermosa! ¿Dónde coño tienes el disfraz? —Al oír la palabra disfraz, Olvido metió la cabeza bajo la almohada, como un avestruz. No quería volver a salir de casa en lo que le quedara de vida, y mucho menos disfrazada de otra cosa que no fuese de penitente. ¡Para ir de Esperanza estaba ella!—. No te hagas la sueca, nos esperan.

Ipsa facto, Coro se había entregado a la labor de localizar en el armario de Olvido algo que la convirtiese en la tercera virtud teologal más putónica de la historia reciente. Como la suya era una versión sui géneris de lo que la caridad femenina podía ofrecer al mundo, quedaba claro que el verde sería el tono más adecuado. Entre otras cosas, porque antes de la hecatombe (el embarazo mal digerido), Olvido había seleccionado sus sandalias fetiche, que, por casualidades de la vida, eran verdes. Verde oliva. Verde calabacín. Verde que te quiero verde y, del verde, verde mojón.

Una de las cosas realmente emocionantes y divertidas y que, por tanto, hacían que la vida valiese la pena era sumergirse en el armario de Olvido. A Coro le fascinaba sacar toda clase de prendas que estaban aún sin estrenar por muy diferentes motivos. Olvido iba de compras muy a menudo y regresaba invariablemente de sus excursiones con un alijo inverosímil de prendas que, una de tres, o no eran de su talla (ni lo serían nunca) o eran tan atrevidas que sólo se las pondría en casa cuando tuviese una tarde aburrída... La tercera posibilidad era la mejor: que su amiga Coro pudiese pasarlo teta inventariando aquel arsenal de quimeras anorético-putito-adictas que nunca serían estrenadas por falta de una libérrima ocasión y/o de fuerza suficiente en los brazos para que las cremalleras, corchetes y cinturillas escondiesen sus michelines. Aquella noche era una oportunidad perfecta para explorar esta tercera posibilidad.

Esperanza: la modelo de talla casi-casi 42 lucía una camiseta de las rebajas de Zara con tirantes

al cuello y espalda al aire con un bonito mensaje en anglosajón en medio del tetamen que llamaba la atención sobre la capacidad amorosa de la percha: *So many boys, so little time!*, lo que en la lengua de Cervantes vendría a significar algo así como: «¡Tanto maromo y tan poco tiempo!» Huelga especificar cuál era el color elegido tanto para esta prenda como para los pantaloncitos, tan ajustados como una segunda piel.

Una vez ataviadas las tres con las mejores galas sexis que encontraron para el fiestón, se echaron una última ojeada antes de abandonar la guarida. Coro vaticinó que aquella noche las tres iban a triunfar como nunca. Paulina dijo que era entonces o nunca. Olvido se dijo que nunca más: hombres, ¿para qué? Total, ya no le quedaba vida... De todos modos, incluso con el subconsciente y el corazoncito hechos añicos, se miró de reojo en el espejo del recibidor. No estaba de humor para reconocerlo, pero, la verdad, las tres estaban de cuadro. Parecían sacadas de la almodovariana *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*. Paulina dio el pistoletazo de salida. ¡Todas a una como en Fuente Ovejuna!

—¡Holaaaaaa!

Una chica disfrazada de algo que parecía un híbrido entre un oso amoroso y el conejito de Duracell las saludó muy risueña tras abrir la puerta. No les había preguntado sus nombres, detalle que aparentemente la traía sin cuidado. Olvido les comunicó a Paulina y Coro que el muñeco articulado que las había dejado entrar seguramente no era la dueña del piso. Se abrieron paso entre la muchedumbre que bebía y charlaba animadamente, y las saludaba como si las conociese de toda la vida, ofreciéndoles petas y copas a cada paso. Coro no se había hecho de rogar demasiado; en cuanto le habían puesto en mano un vaso, se lo había llevado a los labios diciendo que la Fe no se alcanzaba así como así, que necesitaría alguna ayuda terrenal (destilada en barrica o en almacén de supermercado).

—¡Por fin aparecéis! —exclamó una chica oronda y llena de pecas que iba disfrazada de *Las mil y una noches*. A juzgar por el abrazo que le dio a Olvido, Paulina y Coro dedujeron que se trataba de la anfitriona.

—Perdona el retraso, pero es que se nos resistía la cremallera del pantalón. —Olvido intentó ser ocurrente en la disculpa, lo que le provocó a Scheherezada un ataque de hilaridad. Acto seguido, llegó la pregunta que oírían una y mil veces a lo largo de la noche.

—¡Estáis auténticas! —Redoble de tambor—. ¿De qué vais?

Coro se adelantó a explicarle lo de las tres virtudes teologales y aprovechó para informarla de qué iba cada una de ellas. A Catrina, que así se llamaba la Scheherezada, le pareció lo más ocurrente que había oído en toda su vida, por no hablar de las noches. Sin dejar de reírse, fue a buscar tres copas para sus invitadas sin dejar de presentarles a todo bicho, superhéroe y/o borrach@ que pasaba por su lado. Paulina dijo que bebía ron y le tocó whisky. Coro dijo que bebía vodka y le tocó vermut blanco. Olvido dijo que no quería nada, que andaba pachucha de algo que sonó a mentira podrida, y le tocó tequila. Las tres se miraron contrariadas mientras Catrina desaparecía besuqueándose con algo disfrazado de El Zorro.

—¡Joder! Y eso que nos ha preguntado qué queríamos beber...

Olvido sorbía por la pajita con el mismo entusiasmo con que se habría mordido un padraastro. No le quedaban ánimos ni para negarse a ingerir una bebida alcohólica que, a priori, ni siquiera le gustaba. Desde la posición privilegiada en que la colocaba el estar fuera de onda, estudió con cautela aquel ambiente festivo y se convenció de que, si hubiese llevado a ese lugar a su ego más jotero, se lo pasaría bien. Seguro. Pero ¿cómo evadirse de sus tragedias cuando su ex marido iba a ser padre y no precisamente con ella? Le pegó tal lingotazo al tequila que dejó desnudo el hielo. Sí, sí, porque, encima, se lo habían servido a pelo, como a Frida Kahlo.

Mientras la pusilánime y sentimiento-arrebatada Olvido se dedicaba a hacer una disección de todos los muchachitos que pululaban alrededor de ella, Coro decidió darle la noche libre a su moral y, en un pispás, entabló conversación con uno que iba disfrazado de pato. No de patito, pues eso la habría convertido un poco en pederasta. Era un pato enorme y negro, con un culito respingón que no dejaba de menear al ritmo de *Échame la gasoliina, échame la gasoliina...*, el furor reggaetoniano del momento.

—¿Y tú de qué vas, tía? ¡Mola cantidad! —Coro aprovechó la coyuntura para acercarse al pato y comerle la oreja, pues la música a todo volumen y el disfraz de peluche no favorecían una conversación fluida. De pronto, toparon pico con nariz. Ya sé que los patos no se ríen. La Fe tampoco, pero en este caso los dos se despelotaron de risa.

Al observar a la primera presa de Coro, Paulina sintió envidia (como siempre) de la empatía que irradiaba. De las tres, Coro era siempre la que triunfaba pese a no ser la más agraciada físicamente. Tenía un algo desenfadado y divertido del que sólo ella sabía sacar partido sin darse cuenta. Olvido continuaba succionando por la pajita y contemplando el panorama. Paulina pensó que lo mejor sería no sacarla de su letargo y procurar no hurgar en la pupa sin costra. «Por lo menos —se dijo—, mientras insulta mentalmente a toda esta panda de descerebrados, no pensará en ese cabrón.» Sin saber muy bien por qué, al decir para sus adentros la palabra cabrón, se acordó de que ella tenía uno en nómina. Miró su vaso y lo vio vacío. No quedaba ni el hielo. Localizó a cierta distancia la mesa de las bebidas y se dispuso a atacarla.

—¿Te traigo otra, Vidín? —Sin esperar respuesta, le arrebató el vaso de las manos. A decir verdad, a la susodicha no le apetecía otra; ni siquiera tenía sed cuando se había pimplado la anterior. Paulina interpretó el silencio como un sí y se alejó con los dos vasos en ristre.

—¡Hola! Yo a ti te conozco. Tú eres la hija de Lourdes Quintero, ¿no?

Hasta el momento en que Paulina oyó el nombre de su madre, pensaba que aquel mosquetero con una espada más retorcida que los *fusilli* tres colores no era sino un púber tardío ávido de sexo rápido. Clavó en él la mirada esperando encontrar algún rasgo que la ayudase a identificarlo. Ya fuese por la pluma del sombrero, que le cubría media cara, o por los efectos, beneficiosos o perjudiciales, que el tiempo hubiese podido obrar en su físico, el caso es que ella no caía en quién era. Es posible que fuesen hasta dos minutos los que invirtió en intentar dilucidar de qué podía conocerla aquel aprendiz de ligón. A Paulina la sacó de dudas una sonrisa descomunal. Y ella cayó a sus pies.

—¿No te acuerdas de mí? ¡No puede ser! —El chico la agasajó con otra sonrisa que acabó de convencerla de que tenía delante a la viva imagen de Andy García. Notó que su flujo sanguíneo se convertía en un torrente hormonal difícil de sobrellevar sin un buen desfogue. Respiró hondo—. ¿Te siguen gustando los bocatas de plátano?

¡Por los clavos de Cristo! Paulina desempolvó su álbum de los recuerdos y, en un plis plas, la cara pizpireta de un niño desdentado le vino a la memoria. Lázaro. Se llamaba Lázaro y era el hijo de la señora que había cuidado a su vecina de enfrente durante años, tantos como los que ésta tardó en morir. «Dios la tenga en la Gloria que merece», le había oído decir Paulina a su madre cuando la desdichada anciana pasó a mejor vida. A juzgar por la expresión que acompañó a tan piadosa frase, debía de ser de alma fiera, la buena señora. Pues bien, el dueño de aquella sonrisa que ahora, tantos años después, se le había plantado delante, no podía ser más que Lázaro, por una sencilla razón: Paulina nunca había vuelto a ver en alguien un semblante tan plácido como el suyo. Los años lo habían vuelto más alto, más fornido y menos pálido, pero habían conservado, incluso acentuado, aquella tierna expresión de niño en día de festival.

—¿Lázaro? —preguntó ella con incredulidad, aun a sabiendas de que no había error posible—. ¡Dime que no estoy soñando! ¿Eres mi Lazarito?

El joven no tuvo tiempo ni de contestar, pues ella se le lanzó al cuello como si hubiese estado toda su vida esperando aquel momento. Antes de que sus narices topasen nerviosamente en medio del lío que les estaba resultando darse un beso casto, Paulina pudo comprobar el sonrojo de su amigo de la infancia. «Dios, qué guapo es —pensó—. ¿Tendrá novia, mujer, amante, amiga, perro o gato?» Deseó con todas sus fuerzas que fuese un enviado por el Sumo Hacedor para hacerle olvidar a Alejo. Lo deseó tanto que el ansia se le escapó por la comisura de la boca:

—Llegas como caído del cielo.

Intercambiaron un montón de fórmulas de cortesía transmitidas de padres a hijos: varios «¿cómo te trata la vida?», «¿cómo tanto tiempo sin saber de ti y ahora aquí?», «¿qué fue de tus padres?», «¿a qué te dedicas ahora?». De todo un poco. Se turnaron para contestarse tratando de no atropellarse entre sí en su afán por saber el uno del otro. Mientras Lázaro le condensaba su

biografía en pocos minutos, Paulina trató de calcular su edad. Sabía que él era más joven que ella, pero no cuántos años más joven. Cuando eran niños y mataban la tarde jugando al parchís y corriendo detrás de *Chispa*, el perrito de la anciana, no se notaba demasiado esa diferencia de edad. Aquella noche y disfrazados, tampoco era tan evidente. Al menos, ella quiso verlo así.

—Pau, ¡dame un abrazo de los gordos! ¡No me puedo creer las coincidencias de la vida!

—Lázaro la estrujó entre sus brazos y compartió con ella el aire que respiraba. Él la recordaba más gordita y con el pelo rizado. Nunca le diría lo primero; era una chica y eso podía herir su ego, pero lo del pelo...—. ¿Dónde están todos tus rizos, guapa?

—¡Chisss! —Paulina se quedó petrificada. ¡Lázaro se acordaba de su melena indómita, de sus rizos salvajes y libérrimos! Notó un sudorcito vaginal que no le gustó nada, pues sabía lo que presagiaba. Años de minucioso estudio de su propio patrón de comportamiento le decían que le quedaban minutos, muy pocos minutos de cordura... Una vez que sus hormonas reivindicaran sus derechos sindicales, su conducta no entraría en la categoría de la sensatez—. Que todos éstos no se enteren de que mi pelo viene de incógnito. Ahora lucho contra él como si fuese el agujero en la capa de ozono. ¡Cosas de la moda, ya sabes!

—Te queda bien, Pau, pero a mí me encantaba tirarte de los tirabuzones. —Tomó entre sus dedos un mechón de pelo de ella y lo retorció para simular el muelle que sin duda formaría de haberlo dejado expresarse libremente—. ¿Sabes? Durante años soñé contigo y siempre te veía llegar en la bicicleta con el pelo al viento. Llámame cursi...

Paulina sintió que algo se licuaba en su entrepierna. No tenía ni idea de cuál era la temperatura de combustión del algodón finamente tejido de su ropa interior, pero su pubis la había alcanzado sin necesidad de brasero.

—¡Fuieste mi musa durante años! Dame otro abrazo, pero uno más fuerte.

A Paulina le costaba respirar entre los brazos de aquel hombretón. Era la primera vez en muchos meses que se dejaba estrechar por un cuerpo que no fuese el de Alejo, cosa que, paradójicamente, no podía decir el propio Alejo, porque a él lo habían estado achuchando dos mujeres alternadamente. Lázaro la apartó como queriendo cerciorarse de que no estaba soñando. «¡Soy yo!», quiso decirle Paulina con la mirada, pero no hizo falta porque él ya lo sabía. Eran los mismos niños de antaño, aunque el destino los hubiese llevado a representar el papel de dos adultos desconocidos.

—¡Vaya! Veo que te sirvieron de algo las carreras que nos pegábamos después de merendar. ¡Ya decía yo que te veía muy durito!

—Sí... —Lázaro volvió a sonreír. Paulina le rogó a santa Rita que no permitiese que él la volviese a estrujar si no pensaba sofocar el incendio que le abrasaba la inguinal línea del bikini—. Es que tener que aprobar remo en junio requiere sus sacrificios. Si todo va bien, acabo INEF este año.

¿Estudiante? ¿Aún? ¿Cómo?

De no haber tenido información previa, la Caridad (Paulina) habría pensado que le llevaba al Mosquetero (Lázaro) una pila de años. El caso es que, antes de contarse los respectivos triunfos académicos, ambos habían repasado por encima los recuerdos compartidos del pasado. A Lázaro le había entrado la vena ecologista, se había liado la manta a la cabeza y se había ido a viajar por Europa aparcando su educación, para desesperación de su abnegada madre, que, año tras año, cuidaba y enterraba ancianos a quienes reemplazaba sin llegar nunca a cogerles un cariño que no tuviese caducidad. «Cosas de la edad», decía ella. Paulina se sumó a las lamentaciones y le habló del sinfín de intentos de presentar la tesina y dejar los trabajos que estaban por debajo de sus capacidades intelectuales a cambio de un dinero que le permitiese ser independiente. Le contó que había sido promotora de perfumería, vendedora de tarjetas de crédito, profesora particular de niños maleducados en fase de desahucio moral y cognitivo y, finalmente, le soltó a bocajarro y sin anestesia que se tiraba a su jefe, socio del bufete egoístamente casado con una mujer que NO era ella.

—... Y, a grandes rasgos, ésta es la historia de mi vida. En cuanto a si soy feliz, ¡lléname el vaso y verás lo afortunada que aún puedo llegar a ser! —Paulina no quiso parecer despechada, pero el

propósito llegó tarde.

—¡Dale, Pau! —Lázaro alcanzó una botella de ron y le sirvió el brebaje. No tenía ni idea de qué era lo que Paulina había bebido antes, pero como ella no apartó el vaso, añadió unos cubitos de hielo y un poco de refresco de limón—. No dejarás que encima te amargue la noche un indeseable que no sabe la suerte que tiene contigo.

Si alguien seguía de cerca los cambios de expresión de Paulina, era Olvido. Desde su posición de tercera jamba en el quicio de la puerta del salón, vio a su amiga echarse unas cuantas veces en brazos de quien ella creía un desconocido. Le resultaba raro verla abrazada a un extraño, máxime cuando sabía que su corazón aún agonizaba por el indeseable de Alejo, pero comprendió que la diversión había dado comienzo. Estaba en una fiesta, por más que su psique se empeñase en pintarle como reprochable todo lo que percibía alrededor. Aun así, dejando de lado su negatividad, había algo en aquel chico que tanto mimaba a Paulina que no le cuadraba. Se dio cuenta de que su copa, la misma que en un principio no quería, estaba vacía. A lo tonto, a lo tonto, se había atizado dos tequilas, brebaje que, dicho sea de paso, nunca antes había probado. Reconoció que estaba fuerte, pero le pareció el matarratas ideal. Mientras aquella pócima le provocaba un incendio en la garganta, no pensaba en males mayores. Efectivamente, era perfecto.

—¡Hola, Vidín! —Paulina se volvió al comprobar que Olvido se había aproximado a la mesa de las bebidas en busca de consuelo embotellado—. Lázaro, te presento a una de mis mejores amigas. Ella es Olvido y no tengo que explicarte de qué va disfrazada porque es obvio...

—¿De Elizabeth Taylor, quizás? —Un guiño y otra sonrisa irresistible precedieron a un beso en la mejilla de la recién llegada—. ¡Me encantan tus zapatos!

—A mí también, gracias. —Olvido se agarró al cuello de Paulina, queriendo hacerle una confesión a solas—. ¡Ven un segundo!

—Ni de coña... —dijo entre dientes Paulina tratando de deshacerse del cepo que eran los brazos de Olvido y retomando la ubicación original—. Lázaro era mi álter ego en la infancia. ¿No es genial que nos hayamos encontrado aquí después de tantos años?

—Danos un segundo, Lázaro. —Olvido la arrastró consigo, venciendo como podía su resistencia titánica a abandonar su puesto. Paulina la miró con cara de odio elevado a la *n* y le espetó que esperaba que tuviese una buena razón para joderle el plan que llevaba esperando toda su vida—. La tengo, cielo, la tengo. Tu mosquetero es g-a-y. GAY. Pero gay del todo. ¿Estás ciega o qué?

—¡Qué coño...! Siento mucho que el tequila te haga ver visiones, Vidín. —Paulina la miraba muerta de risa: era imposible que fuese gay, ella lo sabría. Habían compartido juegos y confesiones durante años, y ella nunca había notado en él nada remotamente femenino. Se dio la vuelta para ponerle otra vez los ojos encima a su recién recuperado amiguito. No podía ser gay—. Que no le va el salchichón, nena, que me dijo que yo fui su musa. Su m-u-s-a. ¿Lo pillas? Yo. Fui. Su. Musa.

Justo cuando había acabado de decir por tercera vez lo de «musa», reparó en su propio empecinamiento y tuvo un acceso de autocompasión. Lázaro habría podido escoger miles de adjetivos con los que definir su fascinación por ella. Habría podido calificarla de amor platónico, definirla como su norte, su guía, su mujer ideal, su canon de belleza, pero, cosas de la actividad hormonal, la había llamado musa. «Musa» era un sustantivo sospechoso. Ciertamente lo era y le jodió reconocerlo. Olvido vio como Paulina escudriñaba a Lázaro con la vista en busca de otra prueba irrefutable que la convenciese de que era cierto: ¿su tierno amor infantil prefería besar bigotes?

—Pau, te llama musa, se fija en mis zapatos, te abraza como nadie... ¿Qué cojones más necesitas para verlo? ¿Que se calce unas camperas y haga el numerito del búfalo con el gordito que no deja de reponer hielo en ese cubo?

Lázaro, al darse cuenta de que las dos chicas hablaban de él, sonrió otra vez. No tardó en coscarse de que la conversación giraba en torno a su sutil inclinación sexual. Y digo sutil porque el bueno de Lázaro había decidido ser franco consigo mismo y con sus fantasías hacía pocos meses. Después de admitir que le ponían más los anuncios de loción *aftershave* que el catálogo

de lencería de Wonderbra, se dijo que lo suyo no era un armario; lo suyo llevaba trazas de convertirse en un ataúd.

—¿Quién es ese mariconcete tan mono que no deja de mirarte?

Coro acababa de unirse al cóncave con claros síntomas de ir beoda como un pulpo. Lázaro hablaba en ese momento con una chica bajita y de pelo rizado que no dejaba de achucharlo. Lo que podría haber sido un iracundo ataque de celos por parte de Paulina se quedó en un berrinche por no haberse dado cuenta de que, sin duda alguna, un hombre tan perfecto no podía ser para ella. Ni siquiera podía ser hetero. Seguro que había algún tiarrón del equipo de kayak o de remo o de baloncesto o de judo (o del carajo de deporte que practicara para tener aquel cuerpo de golosina) que gozaba de sus musculosos favores y/o hervores.

—¡Bebamos, hermanas, que la pena es grande!

Sin más mandangas y tratando de no perder el equilibrio al andar, Corito-Fe cogió a Vidín-Esperanza y a Paulina-Caridad del brazo y puso rumbo a Lázaro-Sarasote de Arimatea. Cuando llegaron junto a la mesa, éste las recibió con la misma efusividad con que, minutos antes, se había despedido de ellas. No conocía a la última incorporación y así lo hizo saber. Hechas las presentaciones, los cuatro se dispusieron a llenar, otra vez, sus copas. Era ya la cuarta ronda, y las lenguas se trababan, provocando que las palabras fuesen cada vez más esdrújulas y las intimidades cada vez menos íntimas. Absolutamente ajenos al resto de la mocedad que los rodeaba, asentaron sus posaderas en el suelo del salón. De lejos, en el aparato de música, se oían los chirridos de una voz femenina repelente que recordaba a un gato en época de apareamiento. Coro dijo que era Paris Hilton y que no chirriaba, que lo que hacía la rica heredera era cantar. Ah, bueno, pues eso, que Paris (ya que era millonaria y debía de ser medio sorda para no darse cuenta de que lo suyo no era la música) *cantaba*.

—... Así que de ahora en adelante lo único que me queda es aprender a vivir con el estigma de no haber sabido salvar mi matrimonio. Con eso y con estas pistoleras de cuarentona prematura que me van a costar mi salud y la cuenta corriente... —Olvido, en absoluto inmune al ambiente de sinceridad que imperaba, le había contado a Lázaro toda la historia de Francisco, operación de almorranas incluida.

—A veces me pregunto cómo los hombres podemos llegar a ser tan hijos de la gran puta. Pau, ¿en qué piensa mi chica, que está tan callada?

—Básicamente, en ti. ¡Es todo tan alucinante...! —Tragó saliva y tomó aire. Le iba a hacer falta—. ¿Y has venido solo a la *rave*?

—Con unos colegas de clase, pero andan muy ocupados por ahí. ¡Hay tanta chica suelta y medio en pelotas que no hay manera de que se centren en los amigos! —Olvido le dio un codazo a Paulina. «Bien hecho, directo al hígado», le susurró ésta.

—Oye, Lázaro, ¿y tú tienes pareja? —Como a Coro se la soplaba todo en grado sumo, quiso acelerar las cosas. Si cabía una posibilidad, por pequeña que fuese, de que él y Paulina retozasen juntos, no había ni un minuto que perder.

—Ya no: es muy difícil mantener una relación con un tío al que sólo le interesa el culto al cuerpo. Es lo malo de esta profesión. ¡Una vez que descubres tus músculos, te crees que solo ellos necesitan de tu tiempo! —Lázaro se pasó la mano por el pelo e intentó sonreír. No tenía empacho alguno en compartir con sus amistades recientes y antiguas su condición de homosexual, pero el mero recuerdo de su ex novio le provocó un calambre en el gemelo derecho.

—Parece que este cuarteto no suma más que chascos sentimentales. ¿Qué tal si echamos un baile de esos que descoyuntan la pelvis? —Coro no esperó a que hubiese quorum. Se levantó y empezó a moverse a ritmo de Dios sabe qué. El resto permaneció sentado, sin despegar los ojos de aquel cuerpo oscilante que corría serio peligro de desplomarse.

—¡No! —A Olvido se le pusieron los ojos como platos.

Dado que encarnaba aquella noche a una de las tres virtudes teologales, cualquiera diría que acababa de experimentar un instante de iluminación. Lázaro no la conocía lo suficiente para calibrar el grado de sorpresa o alucinación que la había invadido en aquel mismo instante—. ¡No puede ser!

—¿Fran...?! —preguntó Paulina, a la vez cauta e incrédula. Era inconcebible que el ex marido de Olvido frecuentase aquellos ambientes juveniles. ¡Iba a ser padre de familia! Indignada, miró en torno a sí en busca de algo que le recordase la cara del citado gilipollas. Nada. Miró de nuevo a Olvido, que, para entonces, estaba roja como un tomate y esbozaba una sonrisa que a Paulina le hizo temer que se hubiese tragado el anillo de casada—. Vidín, cojones, ¿qué pasa?

—¡Mira! —Olvido señaló al frente. Paulina no vio a nadie por quien valiese la pena levantarse para darle un par de hostias. Había dos posibilidades: 1) que Fran no fuese más que un espejismo como los molinos para el Quijote o 2) que no se tratara de Fran. Rezó por que fuese la segunda opción. La pobre de Olvido no se merecía que aquel gilipinchi de ex marido le fastidiase la fiesta y el colocón. O el colocón y la fiesta, que ya se sabe que el orden de los factores no altera el producto—. En la vida sólo hay que sentarse y esperar. ¡Bendito orden cósmico!

—¿De qué conoces tú a Marco? —Lázaro, convencido de que Olvido no deliraba, había dirigido la mirada hacia el objeto de su sorpresa. Siguiendo la dirección del dedo índice de ella, había llegado, en diagonal y de forma directa, hasta él—. ¡No me digas que sois amigos! Marco es el hermano mayor de uno de mis coleguitas, precisamente de ése, el que no deja de tocarle las tetitas a tu amiga Coro.

Paulina se volvió rápidamente y vio que, efectivamente, los senos de Coro estaban siendo analizados a conciencia por un muchachote de tamaño XXL con el que ésta danzaba como un pendón desorejado. Tuvo ganas de levantarse a darle la enhorabuena, pero temió perderse la explicación de la cara de alucine de Olvido. Sacó el móvil del bolso y, tras activar la función cámara, inmortalizó el sobeteo. No reparó en el dedo que inmisericorde obturaba el objetivo, y la foto resultó una caca. Claro que su situación alcohólico-sentimental no le permitió comprobarlo hasta la mañana siguiente.

—¡Dios! El tiempo no ha hecho mella en su magnetismo. ¿Cuántos años debe de tener? ¿Cuarenta y cinco? —Vidín no dejaba de mirar, presa de un éxtasis mariano, a quienquiera que fuese que la tenía obnubilada. Por sus palabras, Paulina dedujo que se conocían de antiguo. Con esta pista, localizó el foco del incendio cardíaco que consumía a su amiga.

—Año más, año menos, pero ¿de qué conoce tu amiga al profesor de literatura más sexy de todos los tiempos? —A Lázaro lo dominaba una mezcla de curiosidad y envidia sana a partes iguales. Marco era su primer amor ilícito no consumado, es decir, uno de los muchísimos amores platónicos que tuvo cuando ansiaba proclamar a los cuatro vientos que a él no le gustaban las niñas. Ni las mujeres. Ni siquiera los senos. A él le gustaban los hombres sudorosos en pantaloncito corto. Marco nunca se había vestido así pero, gracias a su imaginación y a una dosis importante de hormonas calenturientas, él lo visualizaba de tal guisa una y otra vez.

—Me da que el tal Marco debe de ser El Profesor. ¿Me equivoco, Vidín?

Olvido ya no respondió y se limitó a levantarse como pudo, intentando no enseñarle al tendido más tanga de lo estrictamente necesario. Lázaro estaba diciendo algo de abordarlo junto con ella y entablar una conversación a tres bandas. Demasiado tarde: antes siquiera de que él lograra exponer su plan, Olvido ya había tomado posiciones frente al que había sido el amor de su vida adolescente.

—¡Parece mentira que un erudito como tú pasee sus encantos en una fiestilla como ésta! —Ella pensó que su ingeniosa frase era un sustituto perfecto del «¿estudias o trabajas?». Marco, cómo no, estaba rodeado de chicos/as que lo escuchaban con arrobos. Todos portaban una copa en la mano, lo que no era óbice para que le prestasen una atención sin precedentes en una fiesta de disfraces. Todos los presentes iban ataviados, mal que bien, de algo que no era de ellos mismos, todos menos él. Marco iba de Marco. Olvido sintió que le daba de sí el elástico de las medias al notar cómo él la miraba inquisitivamente.

—¿¡Disculpa...! —El séquito de adolescentes tardíos que lo escuchaban con embeleso volvió la cabeza hacia Olvido y le hizo un hueco. Los chicos supusieron que no era más que un bomboncito con ganas de hacerse notar. («¿De qué coño irá disfrazada?», se preguntó uno caracterizado como un gatito descomunal mientras se relamía los bigotes.) Las chicas supieron que la fantasía en verde no era más que un putoncito en busca de tema. (¿Nadie le había dicho

que era una fiesta de disfraces? Hasta las busconas debían tratar de ir de otra cosa, se decían telepáticamente unas a otras.) Iras y fascinaciones aparte, todos, incluido el protagonista, esperaban una respuesta.

—¡Flaca memoria, profesor! —Olvido quería dejarse de rodeos, pero el tequila que ella no bebía nunca y que aquella noche se había metido entre pezón y pezón la habían vuelto un pelín Mata Hari—. Pérez Tudela, OI...

—Olvido, una alumna de bachillerato con un currículo lleno de altibajos y la sonrisa más cautivadora de todo su curso. ¡Cuánto tiempo, Vidín! ¿No era así como te llamaban tus amigos?

—Olvido no podía moverse. Una energía telúrica más fuerte que el Glue3 le mantenía los pies pegados a aquel pedazo de moqueta llena de lamparones que hacía las veces de tierra firme. Los chicos que aún rodeaban al profesor saludaron a la recién llegada como si fuese una más del Club de los Poetas Muertos. Las chicas sacudieron la cabeza, preguntándose qué coño de mote era ese de Vidín y cómo habría ella sobrevivido a él sin sufrir algún trauma irreparable.

—Veo que la memoria sigue siendo selectiva. —Fue lo más ingenioso que se le ocurrió para salir del paso. Tenía las mejillas encendidas, y el corazón no le daba respiro. Que se acordase de su nombre era algo alucinante, pero que conociese su diminutivo...—. Créeme, ya sé distinguir un soneto de un romance aunque de poco me haya servido. ¡Hice farmacia!

—¡No! No me puedo creer que el mundo de las letras se haya perdido a una creadora tan sensual.

—Marco se abrió paso entre sus pupilos, que seguían atentos el flirteo latente bajo aquel diálogo, y se acercó a ella—. ¿Cómo era aquel poema con el que ganaste el premio de literatura a los catorce años?

—*Amanecer junto a ti...* —Olvido no habría podido estar más ruborizada. Por muchos años que hubiesen pasado, aún no entendía cómo había sido capaz de parir aquellos versos. Era obvio que trataban del poscoito, pese a que ella no conocería hombre sino hasta cuatro años después. Le costaba respirar—. Es la consecuencia de haber tenido a mano a autores tan subversivos como Neruda, César Vallejo, Gala o Gabo... ¡Mi madre nunca pensó que la literatura tuviese edad!

—Eso es lo que, en verdad, te distinguió siempre del resto de tus compañeros: una madurez sentimental a prueba de memos impúberes... —Marco se acercó a ella sin previo aviso y le plantó un beso. Sólo uno. En la mejilla. Olvido podía haberlo previsto pero no, la sorprendió en babia, imaginando a Marco-Profesor-de-bachillerato idealizándola como a una joven promesa de la literatura. Sólo cuando sus narices se rozaron por casualidad cuando sus rostros se apartaron tras el beso, Olvido supo que no estaba soñando. Su fantasía juvenil había resurgido de sus propias cenizas.

Marco sugirió a uno de sus discípulos que corriese a buscar algo de beber para la señorita, que, sin duda, debía tener la boca seca. «No sabes cuánto», pensó ella. En lo que el chico tardó en ir y volver con algo que a ella le supo a gloria bendita aunque pasado de grados alcohólicos, profesor y alumna se hicieron un resumen azaroso de lo que había sido de sus vidas. Hacía más de una década que no se veían, y dar tanta información tan atropelladamente era un ejercicio de síntesis taumatúrgico. Grosso modo:

—... Pues Elsa y yo nos separamos al poco de nacer mi segundo hijo, Tomás, así que ahora mis tardes son más tranquilas, pero también más vacías. Con eso del nuevo plan de estudios y la jornada continua, salgo del colegio a las tres y me dedico a mis artículos de prensa, a mi guitarrita y a las tutorías. ¡Poca cosa, como ves! Es lo que tiene cumplir años, que uno no sabe qué hacer con su libre albedrío. ¡Quién me lo iba a decir! —Marco entrechocó su copa con la de Olvido. Ella interpretó que lo hacía para brindar por su nueva vida. Él lo hacía para celebrar aquel súbito encuentro.

—¡Te entiendo más de lo que imaginas! —Ella pensó que el destino, caprichoso, la había vuelto a poner delante de su amor infantil con los deberes hechos. Mientras notaba que aquel brebaje festivo que contenía su copa le quemaba todas las papilas gustativas, pensó que había pasado al menos diez minutos sin sentirse desdichada. Aunque aquel encuentro no tuviese más trascendencia que el subidón del momento, ella se habría dado por satisfecha—. Ahora me toca a mí. Terminé mi carrera con mayor o menor fortuna y me casé con mi novio de la facultad. La

gente decía que estábamos hechos el uno para el otro, aunque ahora sé que más bien estaba hecha la una para el otro. El centro de lo nuestro siempre era él. Invariablemente él. —Bebió otro trago sin ganas y sin despegar los ojos de la boca de él. «¡Es tan atractivo...!», pensó. «Tan seguro de sí mismo...» Continuó—: No puedo decir que mi matrimonio fuese una cárcel, pero tampoco fue una unión en la que me sintiese libre. No puedo reprocharle nada, él sólo se aprovechaba de lo que yo le servía en bandeja. ¿A quién no le gusta que le doren la píldora? Vale, pues yo le doré la píldora hasta que se fue.

—¿Se fue? —Marco seguía atentamente el discurso de Olvido. No cabía duda de que la madurez le había sentado especialmente bien, y el profesor se preguntó a santo de qué había ella decidido ir a una fiesta de disfraces vestida de lechuga ligera de hojas. Era toda ella una masa verde colosal, pero le encantó: fuese lo que fuese de lo que iba, habría que darle un premio, el más carnal que hubiese. Escuchó el relato con suma atención, procurando no mirarle el pecho más de lo estrictamente inevitable, es decir, una vez cada cuatro o cinco palabras.

—Me dijo que se había enamorado de una compañera de trabajo separada y con dos hijos que me sacaba cuatro años y dos cabezas. ¡Casi me vuelvo loca! Te ahorro los detalles escabrosos de mi vía crucis por todas las estaciones de la tristeza y la humillación, pero, a grandes rasgos, me acabas de pescar en una de las etapas más duras del remonte. Algo impensable. Lo peor ha sucedido: ¡va a ser padre!

Marco siguió con la mirada el trayecto de la copa de Olvido hasta sus labios y no supo si consolarla o aplicarle un correctivo para que su autoestima no volviese a perder su condición de tal. Desde luego, el hecho de que el ex marido de su antigua alumna decidiese ejercer su derecho a la paternidad no le confería potestad para arruinarle la vida. Pero él poco podía hacer al respecto más que escucharla y mandar a por otra copa al mismo chaval de antes, testigo mudito de las confesiones que le hacía la chica de verde a su antiguo profesor.

—En una escala de cero a diez, ¿cómo de herida estás? —Él le alargó el nuevo vaso repleto de combustible pero con sólo medio cubito. Era lo que solía pasar en las fiestas juveniles: el hielo y el tabaco siempre acababan por escasear.

—¡Supermil! —Olvido probó el nuevo mejunje, que le pareció infinitamente peor que el anterior, pero, aun así, lo hizo despeñarse por su garganta—. Pero lo que más me intriga es por qué no quiso tener críos conmigo.

—Vidín, créeme si te digo que no se me ocurre una mujer mejor con la que tener vástagos que tú. ¿Quién podría resistirse a esas pecas de niña inquieta? —Una cosa era animarla, y otra trastearla. Con la licencia para matar que le había dado el paso del tiempo, Marco no vio impedimento alguno para consumir sus antiguas fantasías (que él reprimía entonces por considerarlas propias de un viejo verde, además de rayanas en la ilegalidad; ella era menor de edad, y había que ver lo que eso le ponía).

—¿Me lo parece, profesor, o me estás tirando los tejos? —Por obra y gracia del quinto copazo, Olvido perdió en cierta medida el sentido del pudor y metió la primera. Intentó no parecer una fresca y se dijo que, bajo ningún concepto quería parecerle ganado fácil. Se haría de rogar, ¡vaya si se haría!—. Porque, si es así, que sepas que hace años te habría sido fácil cautivar a una quinceañera, pero hoy...

—Hace años, Vidín, me habrían metido en la cárcel sólo por confesar la de veces que me imaginé comiéndote la boquita. No me malinterpretes, nunca me habría atrevido a hacerlo. ¿Dices que tenías quince años? Yo acababa de cumplir los veinticuatro. No habría estado bien, no. Aunque te repito que pensé en ti durante años. Hasta que te fuiste con tu COU debajo del brazo.

Olvido no se lo podía creer. Aquella noche estaba resultando pródiga en emociones, algunas más placenteras que otras, pero todas difíciles de digerir. La reciprocidad que ella veía en los sentimientos que albergaba hacia su profesor de literatura, y que con el tiempo había llegado a atribuir a una fiebre de adolescencia, había resultado ser cierta. ¡Si lo hubiese sabido entonces...!

—No hace falta que me subas el ego así. —Olvido esbozó una sonrisa y se atusó el mechón que se le caía sobre la cara. Sopló con fuerza en un último intento de desprenderse un pelo que se le

había enredado en las pestañas—. Creo que es mejor asimilar los desengaños de golpe. ¿Te imaginas qué pasaría si te tomara en serio y te confesase mis fantasías quinceañeras y la de veces que soñé con perder mi virginidad contigo, profesor?

Para entonces, el que se había sonrojado era Marco. Por su parte, el ínclito oyente que permanecía pendiente de la conversación a pesar de haber sido excluido implícita y explícitamente de ella muchos recuerdos atrás, decidió, con buen criterio, poner tierra por medio cuando oyó el sustantivo virginidad. No huyó por respeto a la privacidad de aquellos dos, sino para no verse en el brete de tener que reconocer que, a su edad y en segundo de carrera, seguía siendo tan virgen como una maceta.

—¿Y dónde trabajas ahora, Vidín? —La conversación estaba alcanzando temperaturas volcánicas, y Marco decidió aportar un poco de aire fresco y libre de electricidad a aquel juego dialéctico. Mientras Olvido le indicaba dónde se encontraba la farmacia que le robaba las mejores horas de su vida, él intentaba no perder el hilo de lo que ella contaba con tanta gracia. No era fácil, teniendo en cuenta que temía que la erección que le había provocado la idea de desflorar a aquella Lolita lo hubiese dejado sin oxígeno en el cerebro.

—Empecé haciendo las prácticas y, cuando se me acabó el período especial de currar gratis, me hicieron un contrato basura. Con los años me gané la estima de mi anciano jefe, y ahora no me puedo quejar. —Se rio al recordar las miradas lascivo-seniles del adusto don Jacinto y sus gafas para la presbicia—. Tengo unas condiciones que no están mal, no hago más guardias que las estrictamente necesarias y me quedo con todas las muestras de cosméticos que me sale del higo. No está mal, como te digo.

—Si me hubieran jurado que tú acabarías entre medicamentos y aparatos de medir la tensión, no me lo habría creído. Además, ¿tú no habías elegido la vieja opción de letras en el instituto? —Se rascó la cabeza simulando desempolvar (vaya con el verbo) los recuerdos de su memoria.

—Si no lo hubiese hecho, ¿cómo me las habría arreglado para verte una hora diaria desde los quince hasta los dieciocho? Lo mío sí que fueron inclinaciones literarias cultivadas como Dios manda. La cultura nunca te agradecerá lo suficiente lo sexy que eres. —Le guiñó un ojo en lo que ella pretendía que fuese un gesto seductor. Visto desde fuera y sin tantas copas, el guiño en cuestión pareció más bien un espasmo fuera de lugar—. Pero aún no sé qué hace un hombre...

—¿... como yo en su sitio como éste? —Marco se rio por partida doble, por lo que Olvido había tardado en hacerle la pregunta y por la sorpresa desmedida que ella demostró cuando él completó la frase en su lugar—. ¿Ves a ese chico que está sentado en el suelo hablando con...?

—¿... una chica vestida de Caridad? —Olvido lo cortó a su vez para devolverle el golpe—. Si te refieres a Lázaro y a una de mis dos mejores amigas, Paulina, me hago cargo.

—¿Cómo se llama tu amiga? ¿Paulina o Caridad? —Marco la miraba divertido mientras ella se pasaba la mano por el escote para secarse una gota de agua helada que se había precipitado desde las paredes de su vaso.

—¿De qué puñetas llevamos hablando todo este rato que aún no te has dignado a preguntarme de qué voy disfrazada? —Ya la gota de agua sobre su tetamen había pasado a mejor vida. Entonces empezó a preocuparle una arruga de la media a la altura de la rodilla. Marco no pudo por menos de disfrutar con la hermosísima vista panorámica que ofrecía aquella venus de caderas generosas que además poseía para él la carga emocional de haber sido su sueño prohibido durante años—. ¿Por qué crees que voy de Verde Que Te Quiero Verde?

—¿Inquietudes ecológicas, quizás? —Ella negó con la cabeza—. ¿Vas de semáforo? —Ella volvió a negar—. ¿De caramelito mentolado? —Rotundamente no.

—Mi querido maestro, me sorprende que su perspicacia haya salido de vacaciones. ¿No le recuerdo, acaso, a la Esperanza, meliflua virtud teologal?

Marco arqueó las cejas y rompió a reír como no recordaba haberse reído en mucho tiempo. Los años, las preocupaciones, la separación de sus hijos y una serie de miserias mundanas que nada tenían que ver con el Marco que había sido y quería volver a ser se esfumaron de golpe. Olvido se quedó nuevamente prendada de aquellos incisivos, molares y premolares que alicataban la mejor sonrisa del mundo mundial.

Haciendo acopio de un autocontrol hormonal que le era desconocido, se contuvo de aterrizarle en los morros más de un millón de veces. Le contó que las otras dos virtudes, la Caridad y la Fe, andaban perdidas por aquellos andurriales, y que el disfraz perdía mucho si no se valoraba en su conjunto.

—¡No, no, no, nooo! De eso nada, Vidín; aquí el único que desvirtúa la fiesta de disfraces es el menda, porque mi presencia aquí no estaba prevista. Como te decía antes —Marco movió el dedo índice como una manivela—, Lázaro y mi hermano pequeño son íntimos. Estudiaron la carrera juntos y, desde que he estrenado estado civil, se empeñan en pasearme por todos los antros de la ciudad en los que ellos suponen que puedo pasarlo en grande.

—¡Vayaaa! ¿Así que no vienes disfrazado de castigador, sino que el nuevo Marco es asíiiiiii? —Olvido perdió el equilibrio y a puntito estuvo de cercenarle a Marco el meñique del pie derecho con el tacón de sus zapatitos verde impacto.

—¡No te jode, con el subnormal profundo...! —Coro en estado puro. Peligro.

Marco se volvió como si le hubiesen arreado una patada en la espinilla. Olvido se llevó las manos a la cara y luego las extendió en alto para rogarle a quienquiera que fuese que mandaba en el orden cósmico que su Coro pasase a un estado gaseoso en aquel preciso instante. Justo cuando las cosas entre Marco y ella se estaban poniendo a punto de caramelo, va la otra y aparece. Por el volumen de su voz y la cara de consternación que traía Coro, Olvido supo que el inductor de aquella mala borrachera no era otro que Eugenio, el asistente de dentista que le tenía la neurona obnubilada.

—Te presento a la Fe cristiana. ¡Ya sabes, otra de las virtudes teologales! —Olvido se dio por fastidiada; si Coro tenía que hablar, lo haría a cualquier precio. Y no por egocentrismo, no. Por tozudez. Había decidido sacudirse las preocupaciones y lo haría aunque para ello tuviese que pasar por encima de lo que fuese, incluido el polvete que ya saboreaban profesor y alumna.

—¿Y tú quién eres, guapito? —Coro le estrechó la mano a Marco e intentó darle dos besos sin agredirlo. No fue posible. En uno de los embates, casi le saca un ojo con una horquilla del pelo—. ¡Vidín, quiero que sepas que tu conquista es la mejor de toda la fiesta!

—Se agradece, Coro. Pero no es mi conquista. —«Gracias a ti», pensó—. Es Marco, mi profesor de liter...

—¿Marco? ¿Marco-Literatura? ¿Y quién invitó a esta fiesta a tus fantasías? —Coro parecía alucinada.

Tras el intercambio de frases hechas del tipo «es un placer», «quién me lo iba a decir», «qué disfraz tan bonito» y un «¿llegaste a su vida para quedarte o estás de paso?», Olvido y Coro se excusaron un segundo y medio para que la primera pudiera pedirle, suplicarle, a la segunda que se fuese con viento fresco. «No todos los días el destino te pone tan a huevo la oportunidad de sacarte la espinita del pasado», le dijo.

—Créeme que me importa sobremanera que Eugenio sea o no un subnormal profundo, pero no creo que deje de serlo mañana por la mañana. ¿Te parece que abordemos el tema entonces?

—No, no me parece. —Coro miró de reojo a Marco y le hizo una señal con el pulgar como si ambos fuesen miembros de un clan rapero urbano—. Mañana por la mañana, ese tipo tan cañón va a estar durmiendo en tu cama y no vas a querer abandonar las sábanas para analizar mi problema.

—Corito, te lo pido porfa... ¿Mañana? —Olvido la abrazó y le estampó un beso en todo el morro. Por si la conversación que había escuchado el pupilo de Marco (el que no hablaba y sólo observaba) sobre la virginidad había sido poco subida de tono, el rollito lésbico entre Olvido y Coro acaba de convencerlo de que lo de su eyaculación precoz era algo preocupante—. ¿Mañana?

—Mañana, mañana, mañana... ¡Cómo se nota que no viste *Independence Day*! El mañana no existe, nena.

Y se marchó contoneándose mientras Luis Miguel cantaba «yo te necesito, como el aire que respirooo, como huella en el caminooo, como arena al coraaaal». A falta de algo a lo que agarrarse para marcarse un baile, Coro asió de la cintura al eyaculador precoz, que no podía creer

que aquella maciza lo hubiese elegido precisamente a él. Al ritmo de algo que intentaba ser un merengazo, el infortunado chico sintió que le subía la temperatura de la entrepierna y, antes de que la canción llegase al estribillo, volvió a notar que se le empapaban las pelotillas. «Aaaaaah», dijo. Ella pensó que el pobre estaba haciéndole los coritos al cantante. ¡Pardilla!

—¿Dónde nos habíamos quedado? —preguntó Olvido en cuanto volvió a estar situada frente a Marco. Su castigado corazoncito aún no había asimilado su nueva condición de órgano feliz y no acababa de acompañarse al subidón que le provocaba estar cerca de él. Los dos suspiraron y se llevaron la copa a los labios. La música seguía sonando al fondo, y la gente no dejaba de ir y venir en tropel a la mesa que les servía de asiento improvisado. Tan pronto como perdieron de vista a Coro y su nueva versión de la conga (digna de aparecer en el manual de las manifestaciones culturales novedosas en el baile latino) retomaron la conversación. Pero ya la intensidad había bajado. Mierda.

—¿En serio os vais ahora? —Olvido no podía creerse lo que estaba oyendo. ¿A qué venía aquella huida en plena vorágine? ¿Era él, acaso, la versión masculina de Cenicienta?

—En serio, princesa. Mi hermano es árbitro de tercera regional y mañana tiene partido. Si no me lo llevo ahora, no creo que mañana tenga fuelle para correr detrás de los jugadores a la caza de zancadillas, patadas y fueras de juego. —Marco hizo un inciso para atusarse de nuevo el cabello. Olvido se fijó en que ya peinaba alguna que otra cana, pero ello no fue óbice para que corroborase su teoría de que el tiempo había corrido a su favor.

—¿Serás capaz de abandonar a tu alumna favorita en medio de este despendole hormonal? Di, ¿serás capaz? —La que no estaba dispuesta a dejarse abandonar era ella. Tenía que quemar todas las naves. Si había que enseñar todas las cartas, ella estaba dispuesta a jugárselo a todo o nada.

—Vidín... —Marco le había hecho una seña a su hermano, enseñándole el reloj. Perjudicado por el alcohol hasta límites insospechados, la sangre de su sangre se tambaleaba de forma preocupante al andar—. Te aseguro que me encantaría quedarme, pero será mejor que no estropeemos este encuentro con una noche de sexo mediocre.

Aquella debía de ser la función que cumplían los misiles durante la Guerra Fría. Olvido sintió que la borrachera se le bajaba al instante. Estaba claro que aquello era una fiesta y que las copas había corrido como el agua, pero ella no tenía la impresión de ir tan rematadamente mal como para destrozarse un coito. Estuvo tentada de apostar con él a que era capaz de hacerle el numerito de la enfermera que tantas veces había utilizado con Francisco, pero esta vez sin atascarse a la hora de desabrocharse los botones de la bata. A Dios gracias, se mordió el labio a tiempo.

—¡Jodeer...! —Y su lengua quedó aprisionada entre las muelas del juicio. Si algo había aprendido a lo largo de su vida era que las cosas no sucedían porque sí. Todo tenía un proceso natural que se ponía en marcha por y para algo. Si se había tragado parte de su órgano lingual, el sino sabría por qué. Sangrando y todo, intentó disuadir a Marco de su inminente partida.

—¿*Tash shegudo de que no lo quiesh nintentarlo siquiera?*[1]

Debía de estarlo, porque se acercó a ella y, aprovechando la ocasión para impregnarse de su olor y grabar en su retina el fantástico escote del que ella hacía gala desde su más tierna pubertad, le dio un serenísimo beso en la mejilla. Pudo haberla besado en esa zona del rostro que queda entre labio y moflete, el recurso de los aguilillas y, para cualquier mujer, una prueba de falta de imaginación. Pero Marco no la decepcionó. Aquel beso le pareció excesivamente fraternal y le supo a poco, pero le encantó no tener que añadir a su ex profesor a la larga lista de los especímenes peripatéticos besuqueadores de comisuras de labios.

—Si mañana cuando te despiertes sigues pensando que lo de hoy fue un sueño, llámame. —Y él le deslizó bajo el tirante de la camiseta una servilleta Colhogar amarilla que había cogido de la mesa de las bebidas y en la que había escrito su número. Si el besito en la cara le había sabido a poco, el roce de aquellos dedos sobre su hombro desnudo a punto estuvo de provocarle una parada cardiorrespiratoria.

—¡Mañana tengo guardia, pero la cambio!

Marco se cruzó con Paulina antes de perder de vista a Olvido. Ella lo saludó como si lo conociese de toda la vida, lo que, por otro lado, tampoco era del todo falso. Él le devolvió el

saludo, obsequiándola con una de sus sonrisas. En aquel instante, ella supo por qué Olvido no había sido capaz de reponerse de aquel amor febril. Cuando llegó a la altura de su amiga, ésta estaba absorta, con la mirada perdida en algún punto entre la nada y el todo, y buscando los ojos de un Marco que ya no estaba allí.

—¡Coño, nena! ¿Cómo te sangra tanto la boca? Toma, límpiate.

—¡Noooooo! —Demasiado tarde. De todas las servilletas que había en aquella casa, Paulina, demostrando la validez de las teorías del epónimo Murphy, había dejado que su mano cogiese, PRECISAMENTE, aquella que Olvido tenía bajo el tirante de la camiseta.

—Oyes, Vidín, el alcohol te provoca accesos de párkinson. Hay que ir pensando en dejarlo.

—Paulina miraba incrédula cómo Olvido dejaba que la sangre le resbalase hasta la barbilla mientras agitaba la servilleta de un lado al otro como si fuese un abanico—. ¿Qué coño haces?

—¡El *ñúmedho*! ¡El *ñúmedho*, joder, el *ñúmedho*...! —Es decir, «el número, el número, joder, el número». Si es que morderse la lengua es un horror a la hora de comunicarse.

Cuando Paulina se coscó de la gravedad del asunto, sopló junto a Olvido, con los dedos cruzados, rezando por que se obrase un milagrito a débito y el manchurrón de sangre desapareciese a portes debidos. Al alud de buenas intenciones se sumó Coro, que, haciendo un paréntesis en su conga con el eyaculador precoz, decidió participar también en lo que fuese lo aquellas dos estuviesen haciendo con ese gurrño de papel teñido de rojo.

—Dejadme sitio, jodeer. ¡Será por pulmones! Mira, mira, Julio. —Coro se volvió hacia el eyaculador, el tal Julio, y lo animó a disfrutar del panorama—. ¿Habías visto alguna vez una aspiración más potente que ésta? —Julio *YaMeVoy* no pudo contestar. Nada más ponerle los ojos encima a la caja torácica de Coro, que para entonces estaba tan hinchada que no dejaba lugar a dudas respecto a qué se refería la pregunta, bastó para convencerlo de que aquella chica no iba a contribuir en absoluto a su problema sexual. «Aaaaah.» Otra vez. «Aaaaaaah.» Vaya.

Volvió a darse una analogía entre aquella fiesta de veinteañeros borrachos y una fiesta infantil. Dos pitufos que estaban cerca de las tres virtudes teologales se fijaron en el ejercicio de sopladura al que éstas se entregaban con entusiasmo sin igual y se apuntaron también. A estos dos, que con ellas ya sumaban cinco, se unieron dos pornocaperucitas, un hombre de hojalata, un león con chotas en la melena, un Pierrot con el rímel corrido, tres indios con el penacho desplumado y una ducha con gorrito. Todos soplaban y soplaban, como el lobo de los tres cerditos.

—¡Stop!

Díjolo Blas, punto redondo. Olvido había pedido que cesase el huracán de soplidos que incluso ahogaba la canción de Paulina Rubio que sonaba a toda pastilla. Había llegado el momento de comprobar la dimensión de la tragedia: ¿serían los Bic Cristal *bloodproof* o, lo que era lo mismo, sería la tinta de boli a prueba de sangre?

CAPÍTULO 06

-¿Y

qué culpa tengo yo de que el número de Lázaro no sea el que guardé en la agenda?

Los días siguientes a la fiesta de disfraces fueron una lluvia de reproches mal encubiertos. No es que Paulina fuese el Eje del Mal ni que su mano pecadora hubiese sido la causante de una hecatombe, pero lo parecía. El hecho de que hubiese sido una de sus extremidades la que hubiese enjugado la sangre de Olvido con la servilleta en la que estaba escrito el número de Marco no había ayudado mucho, no. Si a esto sumamos que el único conocido común de profesor y alumna que habría podido facilitar un encuentro entre ambos era Lázaro y que tampoco disponían del número de móvil de éste, la cosa se había puesto muy feíta.

—¿Quién coño te dice que tengas la culpa de nada, Pau? Estás demasiado susceptible. ¿Has pensado en ir a clases de yoga? —Olvido decidió levantarse del sofá en el momento preciso. Se estaba incubando un buen pollo, y ella no tenía fuerzas para pelear en tantos frentes. Haber perdido el único rastro del que ella suponía que era el amor de su vida no era el único tema que le taladraba la cabeza; no olvidemos el puñetero embarazo de la concubina de su ex marido. Aun así, se recreaba en aquel reciente dolor juvenil que era Marco para no pensar en el dolor maduro que le provocaba tener que dormir la treintena en sábana de abandonada.

—No lo dices, pero lo piensas, que es muchíiiiiisimo peor. —Paulina quemaba adrenalina haciendo el crucigrama del dominical superatrasado de páginas amarillentas que estaba junto al teléfono—. Además, ¿no podías darle tú tu número también, y aprendértelo de memoria antes de que se borrara? No sé, algo...

Olvido, que estaba en la cocina con la cafetera en la mano, tuvo que contar hasta diez para no lanzarla por los aires. Con los ojos fatigados hasta decir basta después de no haber dormido por la guardia en la farmacia, pensó que, de haberla pillado descansada, no habría dejado pasar aquella provocación, pero estaba agotada. Agotada del todo. Toda la noche mirando por la ventanita a través de la que se comunicaba con la clientela nocturna, esperando, ilusa de ella, que Marco deslizase su mano por la abertura con un anillo de diamantes y una nota en la que le jurase sexo tan eterno como exclusivo.

—¡Tengamos la fiesta en paz! —Olvido puso dos tazas de café humeante sobre la mesa del comedor y se recostó en el sofá. Podría haberse ido a dormir hasta que se le pasara el cansancio posguardia a su propia casa, pero no se había sentido capaz de plantar cara a su soledad. A pesar de las pullas, aquel café le supo a curapupas—. ¿Y tú? Cuéntame, ¿qué ha pasado que no has ido a trabajar?

—¿Aparte del hecho de que sea lunes, me haya venido la regla, llueva, me haya quedado sin butano para ducharme y haya estado a punto de seccionarme un pie con el cortaúñas? —Paulina enumeraba todas sus desgracias como si le faltasen dedos de la mano para contarlas. Era obvio que no había sido una buena mañana, pero Olvido, cansada y todo, sabía que aquéllas no eran realmente las razones por las que no había ido a la oficina—. ¿Crees que habría soportado la presión de tener que respirar el mismo oxígeno que ese malnacido de Alejo que, aunque no me guste, sigue siendo mi jefe?

Olvido negó con la cabeza mientras se hacía un croquis mental de cómo debía de tener el corazoncito la pobre de Paulina. Tres días de oscuro silencio por parte de Alejo seguramente no la habían ayudado mucho a pensar en otra cosa. Era el inconveniente de haberse enamorado de la persona equivocada en el mejor momento de su vida. Porque otra cosa no, pero profesionalmente, a Paulina le iba de cine. En el despacho estaba bien considerada por su buen juicio, su saber estar, y su temple, atípico en una chica de su edad. Era una pieza fundamental a la hora de tomar decisiones, y éstas, casualidades de la vida, casi siempre terminaban siendo acertadas. El *staff* del bufete se jactaba de haber encontrado en ella un Potosí. Ella lo sabía y le reconfortaba recordarlo cuando, en ocasiones como aquélla, se sentía la mujer más indefensa y desprotegida del planeta.

—¿Sabes lo que te digo, guapa? ¡Que has hecho muy bien! ¿Se te ocurre algo mejor que hacer

que dormir toda la mañana junto a una de tus dos mejores amigas, que, además, resulta ser la triste divorciada?

Olvido había robado buena parte de la manta de los fríos con la que Paulina se cubría las penas en el sofá grande y luchó por hacerse con el mejor sitio, es decir, aquel desde el que se veía mejor la tele. Como la anfitriona no estaba para esfuerzos inútiles que requiriesen más energías que respirar, se hizo a un lado y se contentó con ver que su amiga conservaba la pedicura francesa intacta después de la fiesta de disfraces. Si hacemos memoria, recordaremos que Olvido había elegido para tal ocasión sus fantásticas sandalias verdes. ¿Y qué pasa con las sandalias en las fiestas, independientemente de si son verdes o no? Pues que todo Cristo te pisa. Y si te pisan, la francesa se te va al traste. Es lo que le ocurre a todo Dios, pero no a ella, que tenía un talento especial para conservar su lozanía en cualquier situación, por adversa que fuese.

—A menos que un puto príncipe azul venga con la verga fuera, jurándome que es huérfano de madre y ha puesto las escrituras del castillo a mi nombre, ni se te ocurra despertarme.

Antes de acabar la frase, Olvido cayó en el sueño de los justos. Paulina encendió la tele. Vale, era lunes, había decidido no ir a trabajar para sentirse mejor consigo misma. ¿No era eso lo que quería? ¿No había sopesado la posibilidad de cruzarse con Alejo y la de quedarse en casa, y al final había optado por quedarse? «¿Qué coño de ansiedad es ésta que no me deja tumbarme a la bartola y disfrutar de mi día de autoconmiseración?», pensó. Olvido dormía, pero era Paulina quien no dejaba de tener pesadillas. Tenía que asumir que había sido ella la que había decidido dar carpetazo a aquella historia que no tenía futuro. ¿Adónde iba ella, la joven de brillante carrera, con un hombre que nunca sería suyo, al menos de forma exclusiva? Lo malo de las carreras brillantes, pensó, era que no podías abrazarte a ellas cuando tenías frío. O cuando tenías miedo. O cuando estabas contenta.

—Las carreras brillantes te las puedes meter por el puto culo —dijo en voz alta. Definitivamente, se mascaba una depre.

Se quedó viendo la tele durante más tiempo del que habría soportado de haber tenido sus constantes vitales a pleno rendimiento. Cuando miró el reloj ya casi marcaba las dos de la tarde, y su estómago protestó por no haber sido atendido en varias horas. Paulina miró a Olvido y se preguntó si sería conveniente que la despertase para comer algo. Ni tenía castillo ni iba con la verga fuera, así que desistió de hacerse pasar por un príncipe azul para interrumpir su sueño. Se la quitó de encima como pudo y se fue a la cocina, a lo que Olvido respondió ocupando el sofá entero. A juzgar por el suspiro de placer que exhaló al tenderse cuan larga era, Paulina supuso que no la echaría de menos.

Una cosa era ser un as en el curro, y otra, diametralmente distinta, intentar serlo también en el hogar. Aquel mediodía, Paulina volvió a pensar en su madre. No era algo habitual en ella, y la frecuencia con que lo había hecho aquella semana no la tranquilizaba demasiado. Se sorprendió recordando a su progenitora cuando llenaba una cacerola con agua para hervir un poco de pasta. Su madre nunca saldría en una enciclopedia al ladito de la entrada «feliz». Aunque, en realidad, si lo era, lo fue o lo sería, era un auténtico misterio para Paulina. Durante años estuvo convencida de que el día a día de su madre, de Lourdes, se componía simplemente de pequeñas dosis de satisfacción que llenaban el hueco de felicidades mayores. Viuda desde la noche de los tiempos, Paulina no le había conocido ligues, novios, pretendientes o escarceos amorosos de índole alguna.

Cuando era pequeña, a Paulina la atormentaba la idea de que Lourdes se casase de nuevo. Sus hermanos mayores, Pedro y Luis Enrique, [2] la atormentaban con historias de supuestos novios, hijas secretas y otras paparruchas para que la pobre acabase llorando. Y ella, por supuesto, lloraba. Como ahora, cuando el agua salada con aceite rompió a hervir y ella pensó en lo desdichada que debía de haber sido su madre, en la soledad de haber criado a tres hijos tan listos como egoístas sin haber tenido a nadie con quien compartir sus miedos. Justo cuando el vapor de la cacerola le quemó la piel de la muñeca al remover la pasta, se preguntó si la infelicidad sería hereditaria.

—¡Ese teléfono, jodeer!

La voz de una Olvido ciertamente cabreada le llegó desde el salón. Paulina no se apresuró demasiado a responder, ya que no le interesaba charlar con nadie salvo con una persona, y con él no quería hablar. Cogió el móvil sin mirar siquiera la pantalla para saber de quién o de qué estaba pasando. Cerró la puerta del salón a fin de que la bella durmiente pudiese seguir a lo suyo mientras el pornopríncipe no asomara por la puerta lo que tenía que asomar. Al fin echó un vistazo a la pantalla del teléfono. Oh, oh. De entre todas las llamadas, la más deseada. La más desesperadamente ansiada.

—¡Bien, bien, gracias! Ya estoy mejor, debió de sentarme mal algo el fin de semana. —Paulina se sentó en la banqueta de la cocina, curiosamente la misma en la que se había sentado el sábado anterior, aquel día fatídico en que había mandado al garete su historia de amor a tres bandas.

—Me alegro. —Alejo sonaba distante, como sin querer implicarse demasiado en aquella llamada. Luego guardó silencio. Pero faltaron segundos para que su subconsciente, febrilmente inflamado de ausencias, lo delatara—. ¿Sólo piensas responder a mis llamadas in artículo mortis, Pau?

—No digas tonterías, Alejo. ¡Ya no somos niños! —Ella se sonrojó al recordar su negativa a ponerse al teléfono la semana anterior, cuando él le había mandado el mensaje de correo electrónico en que anulaba lo del fin de semana. Cruzó los dedos para que él dejase escapar la oportunidad de recriminárselo—. ¿Qué tal tú? ¿Todo bien?

Cuando Paulina quería saber algo de Alejo sin que él se perdiese en detalles que no incumbían a ambos, solía ser poco explícita. Él recogía el guante con la misma elegancia con que ella se lo había arrojado. En aquella ocasión, nada cambió. Alejo le contó que había estado trabajando hasta tarde el viernes en el despacho, que el sábado por la tarde había sido demasiado largo y que el domingo, básicamente, se lo había pasado pensando en ella.

—¿En mí...? —La pasta escurrida ya había dejado de humear y empezaba a solidificarse como un ladrillo en el horno. Mientras esperaba una respuesta, Paulina se entretuvo con la punta de un espagueti que asomaba por uno de los agujeros del colador—. ¿Y qué era eso que pensabas sobre mí?

—Pensaba en lo difícil que nos resulta todo... —Alejo no pudo terminar.

—... en lo difícil que nos resultaba todo, más bien. —Directa al abdomen, como en *Million Dollar Baby*.

—... en lo difícil que nos resultaba todo y lo mucho que me hubiese gustado que lo nuestro funcionase. —La verdad, las palabras de Alejo sonaban tan sinceras que a Paulina se le encogieron las glándulas del despecho. «Tengo que ser fuerte», se dijo. «Si me ablando a las primeras de cambio, ¿qué clase de chica mala sería?»—. Sé que ahora ya es tarde...

—Efectivamente, es muy tarde. Tú tampoco sabes la de veces que yo deseé que lo nuestro nos condujese a algo que no fuese al puto fracaso. —Tragó saliva y rezó para que la voz no se le quebrase por la pena que tenía atravesada en la garganta—. Pero las historias de amor felices se ve que no son para las Quintero. No te sientas culpable, es cosa de familia, la mierda de las tradiciones, ya sabes...

Se hizo un silencio a ambos lados de la línea. Los dos trataban de poner en orden sus ideas, de buscar las palabras más adecuadas para construir un dique contra el inevitable desastre, pero éstas se resistían a salir. A falta de un recurso mejor, Paulina tosió para acabar con aquella interminable ausencia de sonido.

—¿También tienes catarro? Debió de ser un fin de semana matador, Pau. —Alejo soltó una risa forzada intentando distraerla de la prisa que parecía tener por colgarle.

—Interesante, más bien. ¿Sabes el chico del que te hablo muchas veces, ese que era mi compi de juegos en casa de mi abuela? Se llama Lázaro, ¿te acuerdas? —Paulina esperó a una señal de asentimiento para continuar—. Pues me lo encontré este fin de semana después de mil años. ¡A que es casualidad!

—¡Vaya! El mundo es un pañuelo. ¿Por la calle? —El necesitaba saber dónde se habían visto y para qué, pero no estaba en posición de pedirle explicaciones a alguien que ya no era su medio pareja y que, además, seguramente lo detestaba.

—No, no... En una fiesta de disfraces a la que fuimos el sábado Olvido, Coro y yo. El tiempo lo ha tratado muy bien; es más alto de lo que recordaba pero sigue teniendo la misma sonrisa de entonces. ¡Me hizo muy feliz volver a verlo...!

—Me alegro, Pau. —No se alegraba en absoluto. De los dos, era el único que no sabía que Lázaro era gay y, mientras de ella dependiese, seguiría sin saberlo. A morder el polvo tocaban—. Si vienes por la tarde al despacho y te apetece tomar un café por los viejos tiempos... ¿me lo harás saber?

—Descuida, pero no creo que vaya hasta mañana. ¿Se las apañará el mundo de la *legislatio* sin mí? —Una mezcla de melancolía y dolor físico insoportable se apoderó de ella de pies a cabeza. Paulina se preguntó si él se arreglaría sin ella el resto de su vida, pero no se atrevió a formular la pregunta en voz alta.

—Es probable que Stampa Braun te eche de menos, pero seguro que no más que yo. —¡Toma!—. Si necesitas algo, cualquier cosa, lo que sea, llámame. ¿Podemos fingir que somos amigos hasta que realmente podamos serlo, o no?

Paulina asintió y se dijeron mutuamente que no era día para hurgar en la herida abierta. Cuando colgaron, ella, simulando estar bien, se fue hacia los espaguetis y aparentó un hambre voraz. Devoró aquel engrudo intragable cual si de un succulento manjar se tratara. Masticaba y tragaba como si le fuera la vida en ello, una vida que, paradójicamente, ya no le importaba en absoluto. Sin Alejo, nada parecía valer la pena.

Con cierta incertidumbre respecto a si aquello que engullía le provocaría una úlcera sangrante de duodeno, Paulina se dejó imbuir por un mar de sufrimiento para el que no estaba preparada pese a que llevaba tanto tiempo pensando en él. Aunque Alejo no la había engañado en lo relativo a su estado civil, ella se había sentido timada por la falta de futuro. Algo tan ilógico como plantearse la vida con alguien que no es dueño de sus planes al cien por cien la había tenido en tensión durante muchos meses. Y aquel día, con sus ilusiones pegadas a la banqueta blanca de la cocina, se vio a sí misma con futuro pero sin esperanzas. Pues vaya.

—¡Mierda! —Con la destreza de un tierno infante, se sorbió los mocos y se enjugó las lágrimas que le chorreaban por la cara—. ¿Es que no voy a aprender nunca?

Eso era justo lo que siempre le decía su madre. Otra vez Lourdes. No le gustó tener que darle la razón a su madre una vez más, pero lo cierto es que no se equivocaba cuando le decía que la tenacidad que demostraba en los estudios debía aplicarla al resto de los aspectos de la vida. De nada le serviría ser una mujer diez (y sin duda lo era) si no era capaz de decir «no» cuando quería decir «no». Alejo había sido un «no» a regañadientes que había terminado siendo un «sí» rotundo. Paulina se arrepentía de no haberse ceñido de forma implacable a la máxima «de hombre casado, hombre capado», pero ya era tarde para sabidurías ancestrales. La había cagado. Cuando se tragó el último bocado de espaguetis, se sorbió el penúltimo moco y se limpió la antepenúltima lágrima, consultó el reloj de la cocina y se dijo que, siendo lunes y habiendo inventado una mala excusa para no ir a trabajar, tenía que encontrar algo con lo que anesthesiarse la cabeza. No quería pensar, no podía. Contempló la posibilidad de ir al gimnasio, pero hacer la mochila se le antojaba una tarea titánica, y, además, Alejo iba al mismo que ella. Descartado. Se miró las manos y se planteó ir a la peluquería; tenía las cutículas que daban pena, y el esmalte parecía gotelé. Descartado también. No podría soportar el bombardeo de preguntas de Víctor, la maricona del salón de belleza, que le preguntaba una y otra vez cómo una chica como ella no tenía novio, novia, perro, tamagochi o Vaporetta. Uf, descartado.

—Internet, mucho Internet.

Antes de meterse en la habitación a figonear por la red de redes, pasó por el salón para ver si Olvido seguía respirando. Una vez realizadas las comprobaciones y bajada la persiana para que su amiga siguiese soñando con volver a ver a Marco, se retiró a sus dominios. Una de las cosas buenas que había sacado de su historia con Alejo era el ordenador personal. No fue sino hasta que llevaban dos semanas de relación cuando ella se dio cuenta de que su vida pendía de un hilo, el del ratón. Debido a su condición de hombre casado, Alejo y ella no podían hablar por teléfono todo lo que les hubiese gustado, y mucho menos en la franja horaria que les apetecía. Así que el

Messenger y el correo electrónico habían hecho mucho por ellos en los albores de la relación. Bastó el primer fin de semana en el que él no pudo inventar nada para desaparecer junto a ella hasta el lunes para que Paulina decidiese que estaba dispuesta a hipotecar hasta la aspiradora para conseguir un PC portátil. Alejo se le adelantó y, el lunes siguiente a aquella sequía extramatrimonial, le hizo llegar uno a su despacho con una sugerente nota que no dejaba lugar a dudas sobre la utilidad del artilugio: «Si me necesitas, dale al Intro.» Ese mismo lunes, al llegar a casa, ella le dio al Intro una decena de veces. Él le dio otras tantas desde la suya, y así comenzó una relación furtiva mantenida por medio de misivas virtuales a salvo de la censura conyugal.

—¡Estás sola, nena! ¡SOLA! Y, quieras o no, hay que espabilar. —Se compadeció de sí misma *once again*, pero se juró que aquella vez sería la última. Había tomado la determinación. Ahora faltaba saber cuántos siglos tardaría en creérselo.

El escritorio de Windows apareció en la pantalla, y ella buscó con el puntero el acceso a Internet. Su conexión tenía de rápida lo mismo que un caracol reumático, así que tuvo tiempo de insultarlo un par de veces antes de que su correo electrónico apareciese ofreciéndole cinco mensajes no leídos en la bandeja de entrada. Estuvo tentada de dejarlos sin abrir por miedo a que fuesen de Alejo. Estuvo tentada de comerse los dedos cuando creyó que los había borrado. Temió estar sufriendo un trastorno de personalidad bipolar:

Entrada 1. Adelgace comiendo chocolate y morcilla de arroz.

Entrada 2. Alargue su pene quince centímetros.

Entrada 3. Facilítenos sus claves de la banca virtual.

Entrada 4. Fotos comunión Zapatero.

Entrada 5. Fin de subasta en eBay.

¿Por qué extrañas listas de publicidad circulaba su dirección de correo electrónico para recibir todo aquel *spam*? De los cinco mensajes que tenía en la bandeja de entrada, sólo uno, el de la subasta de eBay, era fruto de su propia irresponsabilidad. Borró todos los demás antes de sucumbir a la tentación de someterse a la operación de pito que la convertiría en hermafrodita, de ver cómo le quedaría el uniforme de marinerito al presidente de la Nación, de saber cómo hartarse de chocolate sin reventar las costuras del pijama y de cometer la idiotez de facilitar sus claves de acceso del banco virtual a cualquier estafador de tres al cuarto. Sólo se quedó con el mensaje de la subasta en línea porque no tenía ni idea de cuál de los objetos por los que había pujado ya no sería suyo.

—¡Menos mal que me han sobrepujado! —dijo en voz alta y con tono de alivio. En cuanto abrió el mensaje en cuestión, apareció la fotografía de unos fantásticos Jimmy Choo de la talla 38 europea (una y media más de la que ella usaba) que acababa de ganar una tal Cocker35. Se alegró de que hubiese en el mundo tanta descerebrada insomne capaz de ofrecer hasta quinientos euros por un par de zapatos que, a lo sumo, podrían hacerte feliz al contemplarlos porque, con ese precio, no te atreverías a ponértelos más que en contadas ocasiones. No obstante, en su corazoncito anidó una pizca de pena por esos zapatitos que ya no serían suyos. Snif.

Con las manos en el teclado, se quedó pensando en qué podía hacer una chica de su edad, soltera y SIN COMPROMISO, sola por la red y sin ningún moscón alrededor que coartase su libre albedrío. Navegar por Internet en el trabajo era una empresa complicada, teniendo en cuenta que por su despacho desfilaba más gente que por una tienda de Zara en época de rebajas. Y no es que ella quisiese visitar alguna que otra web porno que sabía que existía. Era, más bien, que el mundo del *chat* le daba cierto morbo. No había entrado más que un par de veces en la sala de charla para mayores de 25 de Terra y le había hecho gracia. También era cierto que, para lo que pudo intervenir en la conversación antes de que alguien quisiese llevársela a la cibercama, tampoco se puede decir que hubiese sido una experiencia muy fructífera.

—Ciiibeeeles... ¡Ahí voy!

Con la barriga luchando contra la pasta reseca con la que acababa de castigarse el estómago y con un *nick* que nunca antes había usado, Paulina decidió mitigar sus penas mintiendo un poco

en Internet. Sin embargo, esa tarde ella estaba demasiado profunda para tratar con mequetrefes de su edad, así que decidió visitar la sala de mayores de 35. Nada más entrar en el chat, vio que había veinte usuarios en línea y que, a juzgar por la hora que era, de un lunes, por más señas, tenían que ser a) parados, b) estudiantes o c) funcionarios. Pensó que la gente no estaba bien de la cabeza. ¿Chateando a las tres menos cuarto de la tarde? ¿A quién podía ocurrírsele? ¿A los desesperados? Una sensación de vértigo le recorrió la tripa. ¿No era ella una de ellos? ¿Sería, pues, una desesperada? Glup.

Se fijó en que, en el lateral derecho de la pantalla, aparecían todos los *nicks* de la gente que estaba charlando. Había una mayoría abrumadora de mujeres, y Paulina se dijo que la ciberrealidad no era demasiado distinta de un pub nocturno un viernes por la noche. Si a algo no estaba dispuesta era a luchar por su momentito de gloria virtual. No era que estuviese buscando que algún galán internauta le comiese la orejilla (dado el medio en que se encontraba, podría emplearse la expresión «comerle el ratón», pero esto daría pie a posibles interpretaciones eróticas que no vendrían a cuento). Por otro lado, si así fuese, tampoco le importaría: estaba dispuesta a mentir en todo. Sobre todo respecto a la talla de su sostén y a la envidiable lisura de su cabello.

Todo Cristo tecleaba a una velocidad asombrosa. Paulina se convenció de que la mayor parte de las tonterías que se decían no eran más que fruto de la prisa por hacerse un hueco en la conversación. Cada interlocutor había elegido un color para sus intervenciones, y como ella había llegado la vigésimo primera, todos estaban ya cogidos, por lo que tuvo que contentarse con compartir tono con otra chateadora, una tal RoxaneAh! ¿Qué coño de *nick* era ese de RoxaneAh? Ambas habían elegido el rosa, lo que ya las predisponía a cierta rivalidad entre ellas. O a cierta afinidad, según se mirase. Paulina se presentó tan educadamente como lo habría hecho en una cafetería. Enseguida se dio cuenta de que por aquellos andurriales imperaban unos modales y una verborrea poco corrientes en la vida real.

«¿Piojitos míos?» «¿Piojitos míos?» «Definitivamente, las hay mucho más colgadas que yo», pensó Paulina. Se percató de que, aunque había más de veinte *chateros* en la sala, allí sólo hablaban cinco o seis. ¿Qué harían los otros? ¿Serían algo así como *voyeurs* de la palabra? Echó un vistazo al índice de usuarios conectados que tenía en el lado izquierdo de la pantalla. Lo dicho: acababa de descubrir otra raza humana que veía pasar los cibertoros desde la ciberbarrera. Mientras se entretenía en tamañas menudencias se fijó en que, en la parte inferior de la ventana, palpitaba un cuadradito rojo. Como la curiosidad humana es como es, lo que nos ha elevado a la categoría de reyes de la Creación, Paulina llevó el puntero al cuadrado. Hizo clic y... ¡sorpresa!

Rhett: < Hola, Cibeles. Mucho freaky esta tarde, eh?

Rhett: < Cibe, ¿sabes cómo va esto de los privados?

Rhett: < Veo que no estoy de suerte...

Rhett: < Holaaaaaaa

Rhett: < Vale, Cibe, si te va el rollo de hacerme sufrir lo estás consiguiendo

Rhett: < Me doy cuenta de cuando alguien no me quiere

Rhett: < ¿Es pronto para hablar de amor?

Rhett: < Si te animas, voy a estar un rato en el chat leyendo payasadas

Rhett: < Pensé que había encontrado a alguien normal

Rhett: < Pero no me importa que seas virtualmente sorda

Rhett: < Podrías seguir gustándome igual

Rhett: < Snif

Rhett: < L

—¡... en Dios!

A Paulina le entró la risa floja. Su falta de pericia para desenvolverse en el mundo del ciberligue la estaba dejando con el culo al aire. Y no era que le ardiesen las pestañas por contestarle al tal Rhett, sino que no tenía ni puñetera idea de cómo hacerlo. Recorrió con la vista a toda prisa los botoncitos y opciones que le ofrecía el menú de la ventana. Había un icono de una libretita que ella interpretó (acertadamente) como el botón para empezar a escribir. *Voilà!*

Cibeles: < Hola, Rhett, disculpa que no te haya contestado antes

Cibeles: < Es que no frecuento estos parajes

Cibeles: < Y no tenía ni idea de qué era eso que parpadeaba en mi pantalla

Cibeles: < Ya veo que eras tú

Paulina clavó la mirada en la pantalla multicolor a la espera de que, una vez pulsado Intro, Rhett diese señales de vida. Los minutos de incertidumbre en que se preguntaba si se estaba comportando como una soplapollas le parecieron eternos. Habían transcurrido al menos dos de ellos cuando el adulator desconocido se dignó hacer acto de presencia. De presencia virtual.

Rhett: < Bienvenida al mundo de la tecnología, Dulcinea!
Rhett: < Me has pillado con un libro en las manos
Rhett: < Un diccionario
Rhett: < Te puedes creer que una tal Libélula haya escrito «exclavo» en vez de «esclavo»?
Rhett: < Me alegro de haber contactado con alguien que sabe qué es un paraje
Rhett: < J
Cibeles: < Y no será que la pobre Libélula ha dejado de ser un clavo?
Cibeles: < ¿ ?
Cibeles: < A lo mejor ahora es una chincheta
Cibeles: < O una patata
Cibeles: < O una taruga
Rhett: < Sentido del humor y elocuencia en el chat
Rhett: < Es más de lo que un corazón pueril puede resistir
Rhett: < Profesora?
Rhett: < Filósofa?
Rhett: < Monja?
Cibeles: < Diosa, querido, y con fuente en los Madriles
Cibeles: < Aunque las diosas tenemos debilidades humanas
Cibeles: < Y tú? Budista?
Cibeles: < Adventista del último día?
Cibeles: < Consumista?
Rhett: < Enamorado de la palabra
Rhett: < Filología hispánica
Rhett: < Es decir, parado de larga duración en lo mío
Rhett: < Aunque me sirvo de la traducción para el sustento
Cibeles: < Tradúceme algo
Cibeles: < De qué a qué traduces?
Cibeles: < Puede ser que tenga alguna obra tuya sobre la mesilla y no lo sepa
Rhett: < Manuales de instrucciones
Rhett: < Los japoneses pisan fuerte en el mercado nacional
Rhett: < Fujitsu, otra marca nipona con ganas de reventar el mercado
Rhett: < Desilusionada?
Cibeles: < Alucinada
Cibeles: < Siempre pensé que las traducciones de los manuales
Cibeles: < se las encargaban a un manco
Cibeles: < J Desenchufar antes de manipular el interior del electrodoméstico
Cibeles: < J Si encoge, comprar talla más grande
Cibeles: < J En caso de perder pieza, comprar otra, a ser posible, igual
Cibeles: < J J J
Rhett: < Veo que nos tienes pillados
Rhett: < Hay una vacante por maternidad, te hace?
Rhett: < No pagan del todo mal y puedes currar desde casa
Cibeles: < Hecho! No tendré que ver al jefe nunca?
Cibeles: < No podría soportarlo
Cibeles: < Hartita estoy de tiranos
Rhett: < Tiranía laboral o sentimental?
...
...
Rhett: < Cibeles?
Rhett: < Cibe?
Rhett: < HOLA

...

Cibeles: < Tanto se me nota que me estoy tirando al mayor egoísta del planeta?

Cibeles: < Que además de no ser lo que mi madre siempre soñó para mí

Cibeles: < está casado y es el que me firma las nóminas?

Rhett: < Veo que no es un buen momento para sincerarse

Rhett: < No olvides que esto es un chat

Rhett: < No sólo tienes licencia para mentir: TIENES QUE MENTIR

Rhett: < Es el abecé, la regla fundamental, o al menos eso dicen

Cibeles: < A lo mejor no me apetece mentir

Cibeles: < Si él es un puñetero egoísta y, además de casado, es mi jefe,

Cibeles: < será mejor que lo vomite

Cibeles: < antes de que me provoque una úlcera de hiato

Cibeles: < Perdóname

Cibeles: < No me pillas en mi mejor día

Rhett: < En serio? Te agradezco que no te muestres encantadora al 200%

Rhett: < Acabarías por romperme el corazón

Rhett: < Si estuviésemos en un pub te invitaría a una copa para ahogar las penas

Cibeles: < Las penas flotan, ya sabes

Cibeles: < No sé quién lo dijo, pero es lo más acertado que he oído jamás

Cibeles: < Pero no te preocupes, me doy por invitada

Cibeles: < A tu salud, chinchín!

Rhett: < Por esta amistad casual!

Rhett: < Te apetece hablar del tema?

Rhett: < El tema. El único tema. Tu tema.

Rhett: < Recuerda también que en los chats se puede mandar a la mierda

Rhett: < sin escrúpulos. Es lo que tiene el anonimato

Cibeles: < Qué ganarías tú sabiendo más de mí?

Cibeles: < Te advierto que mi historia no es nada original

Cibeles: < Ya sabes, la historia de siempre:

Cibeles: < señálame a un imbécil y me enamoraré de él

Cibeles: < Chica brillante se incorpora a despacho prestigioso

Cibeles: < Los directivos son todos unos abogados dinosaurios...

Cibeles: < Excepto ÉL...

Cibeles: < Pero él está casado con la hija de uno de los quelopariosaurios,

Cibeles: < que, a su vez, manda más que él

Cibeles: < Él nunca me prometió dejarla. Yo soñaba con ese día...

Cibeles: < Adosado con jardín, perro de aguas, mujer y niños

Cibeles: < Cuál era mi lugar?

Rhett: < Interesante

Rhett: < Y tu buen juicio no te dio la voz de alarma?

Rhett: < Tenías razón: es una historia mil veces novelada

Rhett: < Pero eso no implica que no te esté pasando a ti

Rhett: < Ni que no te duela

Cibeles: < Rhett, tú no serás una chica, ¿verdad?

Rhett: < De momento no, aunque dame tiempo

Rhett: < No hay que cerrarse posibilidades J

Cibeles: < La culpa de mi incapacidad para enamorarme

Cibeles: < de la persona adecuada

Cibeles: < es de los cuentos de hadas!

Rhett: < No me digas?

Rhett: < Habrá que prohibirlos, pues

Rhett: < No es justo que el ansia de un final feliz

Rhett: < os lleve a las románticas como tú a cometer
Rhett: < mil y un errores más o menos anunciados.
Cibeles: < Cenicienta, por ejemplo...
Cibeles: < Crees que ella quería volver a ponerse
Cibeles: < el incómodo zapato de cristal?
Rhett: < Nunca me lo había preguntado...
Rhett: < Dispara!
Cibeles: < Pues ni de coña! Tú sabes lo que cuesta calzarse
Cibeles: < después de haber estado bailando toda la noche con eso puesto?
Rhett: < Me hago una idea
Rhett: < Antes de ser un single
Rhett: < yo tenía vida en pareja. Qué tiempos!
Cibeles: < Lo que en realidad quería ella no era un príncipe y un castillo
Cibeles: < lo que quería era un buen escote
Cibeles: < y una Harley para salir por patas de aquel futuro congelado
Cibeles: < Lo que Cenicienta quería era un Wonderbra y una Visa!!!!
Cibeles: < Fijo
Cibeles: < Pero eso no se lo preguntó nadie
Cibeles: < Nunca
Cibeles: < Jamás
Cibeles: < Y colorín, colorado...
Rhett: < Me sobrecoge tan minucioso análisis
Rhett: < Estoy empezando a pensar
Rhett: < que Cenicienta acabó siendo table dance en un peep show...
Rhett: < Oyeee... Vaya punto tiene la historia!
Rhett: < Has registrado la nueva versión del cuento???
Rhett: < Un best seller, te lo aseguro
Cibeles: < Jajajajajaj
Cibeles: < No la he registrado
Cibeles: < Pero soy tan pródiga en nuevas versiones
Cibeles: < que te regalo ésta.
Rhett: < Vaya! Un gran principio
Rhett: < No nos conocemos y ya tengo algo tuyo
Rhett: < Tendré que pensar en algo rápido para corresponderte
Cibeles: < Me vale con tu conversación
Cibeles: < Ahora te toca a ti
Cibeles: < Estás viviendo una historia de amor tortuosa o estás vacunado?
Cibeles: < No me digas que eres un lobo estepario
Cibeles: < Muy sensible te veo yo para no tener a nadie por quien sufrir
Rhett: < Ahora mismo sufro por ti
Rhett: < Por no poder verte
Rhett: < Y me recreo en la imagen de una Cibeles desconocida
Rhett: < Cuela?
Cibeles: < Frío, frío
Rhett: < Vaya, se ve que he perdido facultades para la conquista
Rhett: < Pues ahí va: ya no tengo pareja porque ella no quiere
Rhett: < Diferencias irreconciliables
Rhett: < Tanto que YA se llevó su Epilady y su guante de crin
Cibeles: < Diferencias totalmente irreconciliables
Rhett: < Pues eso digo yo, irreconciliables
Cibeles: < Momento y secuelas del trauma?
Rhett: < Aproximándose el anticiclón, aunque siempre con riesgo de borrasca

Rhett: < Verla me provoca oleadas de remordimientos
Rhett: < algo así como un luto del corazón
Rhett: < por lo que pude haber sido y no fui
Cibeles: < Bueno, ella también tendrá su parte de culpa
Cibeles: < O de culpita, digo yo
Rhett: < Es de suponer que sí
Rhett: < Pero me dejó ella a mí, no yo a ella
Rhett: < Yo no era consciente de aquellas diferencias irreconciliables
Rhett: < hasta que me arreó con todas ellas en toda la nuca
Cibeles: < Las mujeres y nuestra manía de airearlo todo...
Cibeles: < Tú no te dabas cuenta de que algo iba mal?
Rhett: < Tonto del todo no soy, pero me pinto sólo para parecerlo
Rhett: < Que ella ya no riese con la mirada pudo ser un síntoma
Rhett: < Pero hacerme cargo de un fracaso de manera prematura
Rhett: < nunca fue mi fuerte
Cibeles: < Por OTRO?
Cibeles: < Pregunto más de lo que debo?
Cibeles: < ?
Rhett: < Por OTRO, sí.
Rhett: < Las diferencias irreconciliables empezaron por ahí: él es rubio y yo no
Rhett: < Él parece ser un as de la convivencia, y yo no
Rhett: < El estuvo a su lado cuando ella necesitaba hablar, y yo no
Rhett: < Él la hace sentir viva, y yo no
Rhett: < Llegados a esta última diferencia irreconciliable, me rendí
Rhett: < Yo no sabía que vivía con un cadáver
Cibeles: < Se ve que lo tenía clarito
Cibeles: < Lo que me extraña es que no lo hubieses visto venir
Cibeles: < A nosotras se nos nota demasiado cuando somos felices
Cibeles: < Tanto o más que cuando no lo somos
Cibeles: < No me hubiese gustado estar en su piel
Rhett: < En SU piel? SU?
Rhett: < Estimada ciberdesconocida...
Rhett: < Aquí el que se está currando la lástima soy yo
Rhett: < Qué hizo ella para gozar de tu conmiseración?
Cibeles: < Tener que dar carpetazo a su vida cotidiana
Cibeles: < por algo que podría ser sólo una quimera
Cibeles: < Reconócele ovarios, al menos...
Rhett: < Le reconozco el don de la inoportunidad
Rhett: < La virtud de haberme hecho inmensa y unilateralmente feliz
Rhett: < La honestidad de no haber permitido que yo fuera el último en enterarse
Rhett: < La fortaleza para no dejarse llevar por la lástima
Rhett: < Pero no le perdono el no haberme dejado ir con ella
Rhett: < «La prefiero compartida
Rhett: < Antes que vaciar mi vida...»
Rhett: < Silvio Rodríguez dixit
Cibeles: < Rhett
Cibeles: < Pídeme matrimonio. Soy toda tuya
Cibeles: < Dónde estabas antes de que me rompiesen el alma?
Cibeles: < O es que sólo eres ciberperfecto?
Cibeles: < Te desintegras a la sombra de un café, a que sí?
Cibeles: < No, mejor: eres como Cyrano de Bergerac
Cibeles: < Alguien te dicta al oído lo que tienes que decir

Cibeles: < Un encantador de serpientes
Cibeles: < Dime que sí
Rhett: < A sus pies, señorita
Rhett: < Y si no le pido matrimonio todavía
Rhett: < que sepa que es por guardar el luto que mi penar precisa
Rhett: < No querría tomar como esposo a un difunto afectivo, verdad?
Rhett: < Créame que, de continuar cultivando nuestra incipiente amistad
Rhett: < en esta atmósfera de complicidad durante algún tiempo más,
Rhett: < ni usted va a llorar al indeseable adúltero,
Rhett: < ni yo a la dueña de la Epilady
Cibeles: < Trato hecho!
Rhett: < Siento decirte esto
Rhett: < pero tengo que dejarte
Rhett: < He de enviar las últimas traducciones antes de las seis
Rhett: < y ya casi son
Cibeles: < Noooooooooo
Cibeles: < Noooooooooo
Cibeles: < Qué será lo que tengo
Cibeles: < que espanto a los hombres que merecen la pena?
Cibeles: < Un ratito más. Me reconforta hablar contigo
Rhett: < Ídem, Cibe
Rhett: < pero temo que, si no mando este manual traducido a mis jefes,
Rhett: < alguien vaya a meter el índice en la cuchilla del cortacésped
Rhett: < aunque vea claramente que corta como una guillotina
Rhett: < y descubra que las falanges y los metacarpianos
Rhett: < no son los utensilios indicados para extraer la hierba acumulada en las aspas
Rhett: < No es dignísima mi función social?
Cibeles: < JJJJJJJJJJ
Cibeles: < No te preocupes, Rhett
Cibeles: < Si te largan de la empresa,
Cibeles: < siempre puedes presentarte al club de la comedia
Cibeles: < Como soy nueva en esto del chat...
Cibeles: < Cómo se queda con alguien que te gusta
Cibeles: < y con quien te gustaría volver a charlar en otro momento?
Cibeles: < ¿ ?
Rhett: < Me lo dices porque tienes una amiga a la que le pasa?
Cibeles: < Mmmmm, déjame pensar
Cibeles: < No. No es una amiga. Soy yo. Sorprendido?
Rhett: < Emocionado
Rhett: < Mañana a las diez?
Rhett: < De la noche, por supuesto, yo no madrugo
Cibeles: < Qué suerte la tuya! Mañana a las diez

A Paulina le pareció ver al tal Rhett escurrirse por el cable de datos que unía su portátil a la red. Una mezcla de pudor y nerviosismo le recorrió el espinazo. ¿Se estaba convirtiendo en una de aquellas *freakies* que frecuentaban *El diario de Patricia* y que siempre hablaban de su novio de Internet? Pensó que lo suyo era diferente: Rhett y ella sólo habían charlado una vez y habían quedado para volver a conversar el día siguiente. Podía parecer una cita, pero no lo era; a fin de cuentas, para citarse había que verse físicamente y ellos no se verían. Lamentó no haber aprovechado la oferta de Navidad del Carrefour, que, si comprabas un televisor de plasma supermega-panorámico-que-te-cagas, te regalaba una webcam. Una pena.

Mientras se acurrucaba entre los cojines de la cama para darse al placer de revivir las mejores jugadas con Rhett, se acordó de Lázaro, su amigo del alma. La noche del sábado había sido rica en emociones y alcohol, pero reencontrarse con su compañero de fatigas de la infancia la había reconciliado con la infinita sabiduría del destino. Lástima que entre los dos no hubiesen sumado un puñado de neuronas sobrias para retener en la memoria el número de móvil del otro. Se lamentó de que, después de aquel fortuito y agradable encuentro, le fuese imposible contactar con él. Sin un teléfono al que llamar, sin una dirección y sin conocimientos mínimos sobre la vida diaria de Lázaro, localizarlo de nuevo sería como encontrar una aguja en un pajar.

Para colmo, se acordó del desafortunado incidente con la servilleta de papel y el número de Marco. Entendió por enésima vez el mosqueo de Olvido, pero, mientras se moría de placer al haber encontrado la posición perfecta entre los almohadones, se convenció de que, sin duda, había sido otra intervención del destino. Olvido aún no lo entendía, no era capaz de verle el lado positivo a haberle perdido el rastro al que ella se empeñaba en ver como la mora verde que quita la mancha de la otra mora. Paulina se dijo que tampoco era tan impensable lo de localizar el número de Marco. ¿No sabían, acaso, el nombre del colegio en el que impartía clases? Sólo hacía falta una guía de teléfonos, un móvil, dos ovarios y un poco de decisión. Si Olvido andaba escasa de eso, ¿para qué estaban las amigas aparte de para desintegrar servilletas Colhogar amarillas utilizadas como agenda? ¡Aiiins!

El penúltimo pensamiento de Paulina antes de dormirse fue para sí misma. Como si su yo se hubiese desdoblado y fuese capaz de retroceder en el tiempo, se vio sentada en la cama, tecleando en su PC con una sonrisa en la cara en la que vislumbró la luz al final del túnel. Aceptó la idea de que para superar sus aflicciones tal vez tendría que subirse al carro de las nuevas tecnologías. Si había de convertirse en una hortera de las que hablan de cibernovietes, ciberamiguetes y ciberpolvetes, ¡qué se le iba a hacer! ¿Quién era ella para ir a contracorriente?

El último pensamiento de Paulina antes de dormirse fue para Alejo. Cruzó los dedos de los pies como sólo ella era capaz de hacerlo y pidió a los astros, querubines, arcángeles y a Manolo Blahnik que aquella fuese, definitivamente, la última vez. La última vez que pensaba en él. La última vez que lo echaba de menos. ¿La última vez?

CAPÍTULO 07

E

El martes y el miércoles siguientes se convirtieron en el martillo pilón de Coro. Trabajar en el banco de ocho a tres de lunes a viernes había dejado de ser un chollo en el momento en que ella se había acostumbrado a aquella bicoca de horario. A partir del tercer mes de contrato fijo, ya pensaba que estaba mal pagada y que la explotaban. Y eso que no le hacían contar los billetes con los pies, ni atender a los clientes halitósicos en la cámara de tres por tres en la que guardaban los AZ de los dos años anteriores. Sólo tenía que presentarse debidamente aseada, más o menos conjuntada y con voluntad de mostrarse agradable en el trato, siendo esto último lo que menos importaba para su puesto ya que sus funciones no eran convencer a nadie de que contratase una hipoteca o un seguro. Ella llegaba, se metía en la garita de cristal blindado y se ponía a entregar y recibir el dinero que, paradójicas de la vida, nunca era suyo.

—Me cago en Blas. ¡Ya se me ha roto una uña!

Se suponía que ése era uno de los gajes del oficio de banquera. El contacto repetido con el papel moneda de la billetada que pasaba por sus manos dañaba la integridad de la queratina de sus uñas. Y si algo merecía el calificativo de desgracia un miércoles, aparte de que Eugenio, el auxiliar de dentista que ella sospechaba que se había quedado ya en un ex rollito, no la hubiese llamado, era aquello. Trató de paliar la tragedia mordisqueándose la esquinita de la uña que se empeñaba en engancharle la camiseta como un garfío.

Para estar a mediados de semana y final de mes, había una afluencia de público mayor de lo normal en su sucursal. Lo habitual era que, llegado el día 20 de cada mes, el número de personas que acudía a la ventanilla se redujese a la mitad. «Es lo que tiene trabajar con las ilusiones hipotecadas de la gente», se decía ella un día tras otro. El caso es que, sumado al hecho poco alentador de tener la manicura perfecta en sólo nueve de sus diez dedos, aquel trajín de personal que la increpaba por la tardanza de la herramienta de gestión en línea y lo mal aparcado que habían dejado el coche estaba haciendo aflorar su faceta más barriobajera.

—¡Les ruego no sobrepasen la línea que hay dibujada en el suelo!

La megafonía. Le horrorizaba la idea de tener que comunicarse con el exterior por medio de aquel micrófono del jurásico y oír cómo los altavoces de la era glacial le distorsionaban la voz. No era que ella se considerase la Callas, pero tampoco se reconocía en aquellos pitidos más propios de R2D2. El chico que esperaba impaciente detrás de la señora López se dio por aludido y reculó un paso. «Tienes prisa, ¿no? —pensó Coro—. Seguro que también la tenía la chica a quien prometiste llamar el sábado por la noche.» Hombres. ¿Cómo podrán ser tan capullos? Ella ya no tenía edad para seguir haciendo esas cosas. Montarse películas sobre la vida de la gente sin conocerla era injusto o, peor aún, ridículo, pero Coro no era capaz de contenerse. Por sí o por no, juró vengar a la (hipotética) chica humillada que esperaba (presuntamente) la llamada de aquel moderno recién levantado de la cama.

—No se preocupe, señora López, volvemos a empezar. ¡Es que la informática tiene unos caprichos...!

Coro movía el puntero sin rumbo por la pantalla mientras miraba con el rabillo del ojo al chico que, entonces sí, ya estaba detrás de la raya trazada en el suelo para preservar la confidencialidad de los clientes. Tenía unas llaves de coche en la mano y las agitaba como si fuesen un pañuelito blanco en Las Ventas. Estaba claro que tenía prisa. Ya fuese porque su coche era el que estaba parado con las luces parpadeantes en la zona de carga y descarga que había frente al banco, o porque su longeva madre necesitaba una transferencia para comprarse una dentadura nueva, el chico tenía prisa. Vaya si la tenía.

La señora López estaba encantada de que aquella mañana la chica del banco, presa de un ataque de servilismo, no dejase de aporrear su teclado en busca del dinero que ella creía tener y que su hijo, el toxicómano, sabía que ya no tenía. Coro intentó dilatar aquella situación hasta que la pobre señora le confesó que necesitaba retirar el dinero para pagar la luz antes de las doce si no quería que la compañía le cortase el suministro. Una cosa era putear al chico-castigador-con cara

de malas pulgas y, otra muy distinta, hacerle perder el tiempo a la señora López: si tenía que pagar la luz antes de las doce, le iban a hacer falta los minutos para buscar una forma de abonar el recibo. La cuenta seguía acusando el desfaldo que, una vez más, su amantísimo hijo había hecho a sus espaldas con la tarjeta de débito sisada.

—¡Siempre igual, siempre igual! ¿Y cuándo dices, bonita, que sacó el dinero?

Coro le explicó que había sido la madrugada pasada y que, dentro de lo malo y conociendo el percal, podía alegrarse de que Gustavito (que así llamaba la señora López a su hijo Gusy, *el Rayas*, como era conocido en toda la provincia) no le hubiese mangado la Visa. La señora López se santiguó y el chico-castigador-con ira en el careto resopló, siendo «estoy hasta los putos cojones de melodramas, termina, vieja de mierda» la traducción de aquella expedición de aire mosqueado nivel torbellino.

—Gracias, hijita. ¡Ya no sé qué hacer con él, no sé, no sé...! —Con un disgusto del quince y el corazón en un puño al pensar que, una vez más, aquella noche tocaba cenita con velas pero sin amor que llevarse a la boca, la señora López encaminó su maltrecho cuerpo hacia la calle.

¡Chan, chan, chan, chan, chaaaaaan! (léase con el ritmo de la música que precede a la llegada del tiburón a la playa en la peli de Spielberg).

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —Coro había dibujado su mejor sonrisa para recibir de uñas al chico-castigador-te vas a enterar, cabrona.

Él no disimuló su falta de simpatía hacia ella. Ni una sonrisa, ni un buenos días, nada de nada. Le pasó por la abertura de la ventanilla un cheque expedido al portador por valor de 200 euros. Coro examinó el cheque y vio que la sucursal que lo había emitido no era de la ciudad y que, oh, grata sorpresa, tendría que demorar la entrega de la pasta gansa. El procedimiento para el cobro de tales cheques podía llevar entre dos y diez minutos. Coro se propuso batir el récord esa mañana.

—Lo siento, pero tengo que poner un fax para comprobar la firma del cheque. Serán sólo unos minutos.

—¿Que tiene que comprobar qué? ¿No puede mirar en ese ordenador lo que sea que le haga falta? —El chico había levantado la voz y, nervioso, había vuelto la cabeza mecánicamente hacia la ventana para comprobar que su coche, motivo confirmado de su intranquilidad, siguiese en la zona de carga.

—Lamento decirle que no; son las normas: cheque foráneo, fax o correo electrónico de comprobación. Procedimiento de rutina. Un minutito, que tengo que llamar a la sucursal. —Se hizo un silencio previo a la conversación entre Coro y la fulana de la otra oficina. Como Coro tenía el botón del micrófono intercomunicador involuntariamente pulsado, aquel intercambio de información estaba al alcance del oído de quien quisiese escucharlo—... Sí, sí, te mando la copia por fax y mándame tú la autorización a administracion@funkinghambank.com. Gracias.

—Señorita, llevo aquí veinte minutos haciendo cola y no crea que me sobra el tiempo. ¿No habría manera de agilizar alguno de los pasos? —El Chico-castigador-me cago en las muelas de esta hija de puta parecía fuera de sí. No había más que fijarse en el ángulo obtuso que formaban sus cejas.

«¿No te sobra el tiempo? ¿Que no te sobra? ¿Y a la pobre chica que seguro quedaste en llamar el sábado por la noche y aún no sabe nada de ti? ¿Le sobra, acaso, a ella?», se preguntaba Coro entre dientes. En ningún momento perdió su sonrisa, para mayor irritación del chaval. Mientras ella buscaba en la guía el número al que debía enviar la copia del cheque, no perdía detalle del padecimiento ajeno. Todo aquello tenía algo de sadismo y le hizo pensar que tendría que consultar el manual de psicoanálisis que le había regalado su hermana Anita tras tomar conciencia de su propia homosexualidad: «No te niegues a ti misma, Corito. Los mayores anhelos de libertad de una siempre están en el subconsciente y salen a la superficie cuando menos te lo esperas», le había puesto en la dedicatoria del libro. Coro nunca se había atrevido a hojearlo siquiera por miedo a sentir la tentación de abandonar el salchichón por el mejillón. Pero aquella mañana pensó que lo suyo con el sufrimiento masculino tenía un punto de regodeo que

no había descubierto hasta ese momento. Y le gustó.

—¡Oye! —gritó el chico-castigador-se me lleva el coche la grúa como hay Dios—. ¿Tienes para mucho?

—Pues para un rato, monino —dijo Coro por lo bajini.

Siete minutos después, tras un par de toses irritadas por parte del chavalote y un me cago hasta en Pilatos por parte de Coro, que se había manchado la mano con la tinta fresca, el fax estaba mandado. Se dirigía ella muy tranquila hacia su posición privilegiada dentro de la pecera blindada que, en días como aquél, la protegía de posibles agresiones por parte de algún cliente airado, cuando su víctima profirió un alarido desgarrador:

—¡Eh! ¡Eeeeeeeeeeeh! ¡Espere! ¡Espereeeeeeeee!

Coro lo vio salir disparado hacia la puerta y se imaginó lo peor. En efecto. Al asomarse un poco por la esquina de su cubo de cristal, vio que el chico discutía con un guardia que ya había enganchado el parachoques delantero del coche a la grúa. Guardia y afligido infractor se afanaban por demostrar cuál de los dos era el más gallito y hacían aspavientos y muecas que dejaban patente que, en aquella batalla, no iba a haber rendiciones. Coro notó una levísima punzada de compasión al pensar que todo aquello estaba sucediendo por su santa y bendita culpa. Tragó saliva mientras grapaba el fax enviado con la copia del cheque.

—Señorita, ¿podría ir atendiéndome mientras el chico ese se arregla con el urbano?

Una señora con una permanente imposible y los dientes delanteros embadurnados de carmín instaba a Coro a saltarse el protocolo, el mismo que minutos antes ella se había negado a incumplir cuando Chico-antes tenía un coche-ahora tengo una multa esperaba a que ella acabase de comprobar una y otra vez que el dinerito no se materializaba a partir de la nada en la cuenta de la señora López. Se disponía a pasar por encima de sus propias normas cuando el estrépito de un portazo la dejó paralizada.

—Oye, tía, ¿me das mi puto dinero de una vez o tengo que venir con pasamontañas? —El chico había perdido la poca paciencia que le quedaba, y su rictus no auguraba nada bueno. Con el ceño fruncido y los puños apretados, pegó su cara al cristal de la pecera y se acercó todo lo que pudo al micro del intercomunicador—. ¿Ves aquella maravilla de coche? Es mío. Me acaban de poner una multa de doscientos euros. ¿Me los das va o entro yo a cogerlos?

Coro contaba billetes a la velocidad de la luz. Nunca en la vida imaginó que sus dedos pudiesen pasar las hojas de papel moneda a aquel ritmo y, mucho menos, que algún día tuviese que hacerlo. Antes de deslizar el sobre en el que los había metido por la abertura de la ventanilla, miró al chaval a los ojos y se le helaron las trompas de falopio. El no pestañeaba. No se movía. Estaba congelado. Tieso. Petrificado y, de no ser por el vaho que se condensaba en el cristal debido a su excesiva proximidad, ella habría pensado que estaba disecado. El chico no apartó de ella la vista mientras cogía el sobre. Coro intentó acabar con la violenta situación que ella misma había provocado con su huelga de celo por haberse erigido en vengadora de dulces enamoradas de sábado noche (enamoradas que, dicho sea de paso, no tenía ni pajolera idea de si realmente existían).

Con un gran esfuerzo desvió la vista y se puso a esperar que él se marchase de una vez y para siempre. Se dio la vuelta para buscar algún documento que le sirviese de excusa en la bandeja metálica en la que siempre había algo pendiente y, cuando le pareció que ya había transcurrido un tiempo prudencial, el que ella calculó que el chico habría necesitado para llegar a la puerta y entregarle al guardia el montante del cheque que acababa de cobrar, levantó la mirada para tomar posiciones de nuevo al frente de la ventanilla, pero, oh sorpresa, se encontró otra vez con aquel par de ojos.

—Hasta luego y muchas, pero que MUCHAS gracias.

The Godfather. Coro comprendió que aquel juegucito se le había ido de las manos. Observó al chico mientras se alejaba (definitivamente, esperaba) y se convenció de que, a aquella edad, con aquel coche y con aquella despedida, sabría seguro qué hacer con su lengua en caso de cortársela. Se estremeció más de la cuenta, pero sólo se percató de ello cuando, al pulsar el botón para avisar al siguiente cliente, la señora de los dientes embadurnados que aguardaba su turno le

comentó que, en efecto, hacía demasiado frío aquella mañana...

—... Es que vais muy frescas, hija, ya se lo digo yo a mis niñas. ¿Me podrías mirar si ya me han ingresado la nómina?

Sólo cuando vio al chico hacer una arrancada de esas que te llevan a preguntarte quién será el paganini que le subvenciona las ruedas, respiró tranquila. Mientras tecleaba el DNI de la señora en la aplicación de gestión interna del banco, le vino a la cabeza la imagen de aquellos gélidos ojos que acababan de clavarse en ella hasta hacerla sentirse amenazada. Si su madre hubiese sido testigo de su comportamiento, de su empeño en hacer lo posible por que el chaval se quedase sin coche, le habría dicho que el susto le estaba bien empleado; a fin de cuentas, ella se lo había buscado.

Tras localizar la cuenta corriente y, por ende, la nómina de la señora, Coro se dijo que necesitaba un café como agua de mayo. Dejó dicho en la sucursal que, a no ser que la llamase Botín en persona, procurasen no pasarle llamadas al móvil, que se iba a meter en vena cuarto y mitad de cafeína y un buen par de tostadas con su mantequilla y su mermelada. A Lola, la chica que había entrado a sustituirla en la pecera, parecían traerla sin cuidado todas aquellas explicaciones. Lo único que quería saber era la hora a la que volvería porque ella necesitaba salir. Con urgencia. A comprarse un Predictor. No lo dijo, pero su cara reflejaba constreñimiento.

—¡Uno doble con tostis, plis!

Coro se había encaramado (que no subido) a la banqueta revestida de terciopelo rojo que siempre estaba más cerca de la puerta del bar. Siempre; ya fuera verano, invierno, mañana, tarde o madrugada, aquella banqueta siempre estaba desocupada, como esperándola a ella. Oyó a Generoso hervir la leche en la jarra inox, oyó cómo hacía girar la palanca del molinillo de café y cómo golpeaba la loza contra la barra, y mientras tanto no podía sacarse de la cabeza la mirada fulminadora del Chico-te voy a hacer pupita. Con la mente ocupada en sus cábalas, Coro se dispuso a hojear el periódico, pero no encontró nada más que el *Marca* para distraer sus pupilas. Lo dejó a un lado.

—¿Qué tal el día, Tomasa? —Generoso llamaba Tomasa a cuanta fémica frecuentaba sus dominios. Era la táctica del viejo guerrero. Si las llamaba a todas por el mismo nombre, el margen de error al dirigirse a ellas era cero patatero. Tomasa, pues, aunque se llamase Coro.

—Bien, jefe, como siempre. Para ser miércoles. —Coro se dio cuenta de que iba embalada a contarle al bueno del barman su historia para no dormir con el aprendiz de dentista con el que se suponía aún tenía una relación y el muy cabroncete (cabronazo) no se había dignado llamarla desde ya no recordaba cuándo.

—El miércoles es un día jodido, no te creas. Si no, fijate: si la semana está resultando buena, ya casi se puede decir que se está acabando, y en cambio si está siendo jodidamente desastrosa, aún quedan más días que longanizas. —Generoso le guiñó un ojo al tiempo que le dejaba a mano su cafecito doble y su buen par de tostadas que apestaban a mantequilla caliente—. Nunca tomes decisiones trascendentales un miércoles.

—¡Cómo puedes hacer tan bien el café, Generosillo!

Coro se dispuso a engullir el segundo desayuno del día sin reparar en la cantidad de colesterol por gramo que debía de contener aquello. Su hermana Anita, la que estaba convencida de que la transformación de la Coro-hetero en la Coro-homo se obraría de un momento a otro, se había declarado a dieta libre de grasas animales el mismo día que decidió quitarse de la morcilla; de la masculina, se entiende. Renunció a los hombres y a los lípidos superfluos al mismo tiempo. A Coro le había parecido mucho, demasiado sacrificio de golpe, pero Anita le había replicado que con lo que le perjudican a una más vale cortar por lo sano cuanto antes y, si es en equipo, mejor. Mientras tragaba el último pedazo de tostada bañado en mermelada de albaricoque, Coro se preguntó si Anita no haría trampas y se metería de vez en cuando un buen bocata de chicharrones. O una buena tapa de salchichón.

—¿Dos diez, jefe? —Coro ya había metido la mano en el monedero para pagar lo que se debía cuando vio que algo parpadeaba en la pantalla de su móvil. Por poco se le cae el bolso y hasta el tanga al imaginar que podría ser su Eugenio—. ¡Me cago en la reputa madre que la parió!

Rosaura, siempre Rosaura. Coro sepultó el móvil en el fondo del bolso y cerró la cremallera a toda mecha, dejándolo en la oscuridad más total. Cuando puso los pies en la calle, arrepentida de haberse zampado todo aquello, sabiendo que no le convenía, se cagó en aquella pesada que no dejaba de abarrotarle el celular con mensajes nada apetecibles. La ínclita lesbiana había abandonado la táctica de Quiero Ser Tu Mejor Amiga para adoptar la de Voy a Ser Tu Puta Sombra. Las dos empezaban a cansarla. Coro se aflojó el cinturón un agujero y se preparó para seguir sufriendo en silencio la ausencia de señales de vida de su ya no sabía si todavía novio. En el banco había una cola de padre y muy señor mío.

—¿Qué pasa, regalas bonos del tesoro o es la *happy hour*? —Coro había vuelto a su puesto dentro de la pecera, aunque Lola, su compañera, la que la había sustituido mientras ella castigaba su organismo con una ración megaabundante en grasas y colesterol, no se enteraba de que Coro había regresado. No la había oído. Tecleaba. Tecleaba otra vez. Tecleaba y tecleaba—. ¡Bastaaaaaa! ¿Me puedes decir qué coño haces? Lo vas a agujerear.

—¿Que qué pasa? ¡Eso me gustaría saber a mí! Yo creo que tenemos un virus mortal en la red. Mira. —Lola señaló la pantalla TFT con cara de miedo superlativo. El abuelete que esperaba ansioso al otro lado del cristal a que aquellas dos le diesen su dinero para ir a pagar la cuota de la Casa del Mar miraba receloso aquella pantalla negra tan plana que por lo visto no iba del todo bien. Tosió para llamar la atención de aquel par de dos—. Tenemos un pequeño problema, señor Gutiérrez. Denos un par de minutos y todo solucionado.

Lola intentó sonar convincente pero no lo consiguió. Toda la cola que se había formado detrás del susodicho Gutiérrez y su corbata del año de la catapún se disgregó, y sus integrantes se acercaron a la ventanilla. Llevaban allí más de diez minutos, y aquello no avanzaba. Estaban en su derecho de pedir una explicación. Es más: la querían. Y la querían ya. Coro se sentó delante del ordenador y se convenció de que algo malo, malísimo estaba sucediendo cuando el método infalible del *reseteo* (léase reinicio a saco Paco por medio de la presión del dedo índice sobre el botón de arranque) no surtió efecto alguno. El bicho aquel en el que se almacenaban los datos, los dineros virtuales y los descubiertos de medio barrio se había quedado colgado. Liló. Coro se dijo que, cumplido sin éxito el protocolo de emergencia, se imponía llamar al servicio técnico. De haber sido taquillera de circo en vez de dispensadora de euros ajenos, se habría marcado un «se acabó lo que se daba y cada mochuelo a su olivo» pasado de decibelios a través de la megafonía. Se contuvo.

—La sucursal más cercana la tienen en Urzaiz. Sentimos mucho las molestias.

A Dios gracias, no les había tocado a ninguna de las dos ser portadora de tan inoportuna nueva. Alberto, el subdirector, había salido de su ostra para apaciguar al populacho. Las siete personas que se hallaban en la cola de la ventanilla y en ese momento estaban ya ávidas de pollito, calentaban motores para la sublevación. Peero él, buen conocedor de las masas enfurecidas, las obsequió con un calendario, un bolígrafo y un caramelo de mierda con el que se tragaron su orgullo y sus protestas por el valiosísimo tiempo perdido. Así que, chupando que te chuparé su caramelo de fresa, todos abandonaron la sucursal sin rechistar y pensando en la suerte que habían tenido: ¡el banco les había regalado algo! Lo de menos era que ese algo fuese una boñiga.

—Coro, llame usted al servicio de informática y comuníqueme lo acontecido.

Alberto era un subdirector. Uno típico, gordinflón, con un traje que siempre parecía a puntito de rasgarse por las costuras, con un sello en el meñique y un pasador de oro en la corbata. Siempre limpio pero oliendo a una colonia pasada de moda, hablaba como lo haría Cervantes, y a Coro le daba mucha risa. Alberto cerró la inabarcable puerta de su despacho justo antes de que a Coro se le corriese el rímel a golpe de carcajada. Lola le propinó un codazo mientras le advertía que, un día, Alberto la iba a pillar descojonándose en sus barbas.

—Pues que me pille, joder, que me pille. ¡A ver si se da cuenta de que el *look* Tío Gilito ya no se lleva!

Una hora después de dar la voz de alarma al servicio técnico, se presentó en la sucursal un par de técnicos con cara de atasco. Podrían haberlos cocido a reproches, pero nadie pudo decir nada dado que la explicación era muy obvia. Alberto los vio llegar con la caja de herramientas en

ristre y, acto seguido, llamó por vía interna a Coro para que le informase del diagnóstico en cuanto le abrieran las tripas al servidor. Lola acompañó a los chicos hasta el lugar de los hechos mientras Coro entablaba con su jefe una pequeña conversación.

—Le digo que no tiene nada que ver con el servidor, don Alberto. Es el equipo dispensador de liquidez. —Bonito eufemismo para referirse al ordenata de caja.

—Óigame bien, Coro, le repito que no debe usted dejar de mencionarles lo del servidor. ¿No sabe, acaso, la de servidores que hay por el mundo infectados de sabe Dios qué? —Alberto, como todo buen subdirector que sigue el Manual del Subdirector Total, golpeó la mesa con la palma de la mano. Coro lo oyó por teléfono y también en vivo, ya que el porrazo atravesó las paredes acristaladas del búnker del jerifalte.

Coro le comentó lo del servidor al tándem de técnicos que se esforzaban en entender qué tenía que ver el proveedor del sistema con un equipo que no arrancaba. Lola no pillaba ni papa de lo que allí se hablaba y, además, tampoco estaba para tales minucias: necesitaba todas sus neuronas ágiles para martirizarse pensando que tal vez la había preñado un indeseable. «Vale —se dijo—, si tengo un bombo, lo mismo me da esperar dos horas más para saberlo. ¡Mientras me haga la prueba antes de nueve meses...!»

—Va a ser que alguien infectó el equipo con un troyano.

Ya estaba. Ya había salido la palabrita más temida en el mundillo informático. Troyano. Un virus, el peor de los peores. Uno de los técnicos, el más joven, les dio una conferencia a nivel profano sobre las posibles consecuencias de albergar uno de estos bichos en el disco duro del ordenador. Lola no mostraba interés alguno en saber qué podía pasar o qué iba a pasar, en tanto que Coro no hacía más que preguntarse cómo diablos se había colado aquella peste en el equipo.

—¿Y cómo se nos ha podido meter ese troyano? —Coro no pudo aguantar más la curiosidad. Ella tenía ordenador en casa y quería saber si había alguna práctica de riesgo que hiciese peligrar sus tesoros informáticos.

—La vía más frecuente de contagio es por mail. ¿Han abierto algún mensaje sospechoso esta mañana?

Coro negó con la cabeza mientras pensaba en la de veces que encontraba su cuenta de Hotmail plagada de correos desconocidos que ella, prudentemente, desechaba tras vencer su curiosidad innata. Lola enmudeció si es que antes no lo estaba del todo. Su cara se tiñó del color grana característico de la culpa y los tres, los dos técnicos y Coro, dejaron de buscar al responsable del desaguisado.

—¡Qué! ¿Cómo iba a saber yo que...?

Lola se defendió con uñas y dientes, alegando que ella se había limitado a revisar la cuenta de correo como hacía todas las mañanas cuando le tocaba caja. Al ver que había uno nuevo, lo abrió, con lo que, según parecía, había montado la de san Quintín. Uno de los técnicos le preguntó cuál era el asunto del mensaje. Lola volvió a enrojecer pero no pudo por menos de confesar:

—«Mírame a los ojos y dime que me quieres»...

A Coro casi le tienen que administrar oxígeno del ataque de risa que le dio.

No era posible que su compañera hubiese picado en una de las triquiñuelas más manidas del mundo de los virus informáticos. Los *hackers* hacen suya aquella máxima de que la curiosidad mató al gato. Siempre emplean frases sugerentes y cargadas de ambigüedad para el asunto del mail-germen, según explicó el técnico más joven. Si algún lector se pregunta si el otro era mudo, que sepa que, efectivamente, debía de serlo porque no abría la boca. Sólo blandía el destornillador como si fuese una espadita láser y asentía a todo lo que decía el chico. De haber sido gays, habrían sido el matrimonio perfecto.

—... y cuando le di al sobre para que se abriera, en el cuerpo del mensaje decía en letras muy grandotas: «Yo no tengo doscientos euros pero tú tampoco lo vas a tener fácil.»

Coro palideció de golpe. En cuanto oyó a Lola mentar los doscientos euros, a ella le vino de nuevo a la memoria la mirada gélida del Chico-cachorro de la Cosa Nostra. Sacudió su ya de por sí confundida cabeza y se dijo para sus adentros que no podía ser. ¿Cómo iba a saber él la cuenta

de correo interna? Imposible. Imposible del todo. O casi...

«—... Sí, sí, te mando la copia por fax y mándame tú la autorización a administracion@funkinghambank.com. Gracias.

»—Señorita, llevo aquí veinte minutos haciendo cola y no crea que me sobra el tiempo... ¿No habría manera de agilizar alguno de los pasos?

»—... Sí, sí, te mando la copia por fax y mándame tú la autorización a administracion@funkinghambank.com. Gracias.

»—Señorita, llevo aquí veinte minutos haciendo cola y no crea que me sobra el tiempo... ¿No habría manera de agilizar alguno de los pasos?

»—... Sí, sí, te mando la copia por fax y mándame tú la autorización a administracion@funkinghambank.com. Gracias.

»—Señorita, llevo aquí veinte minutos haciendo cola y no crea que me sobra el tiempo... ¿No habría manera de agilizar alguno de los pasos?

»—... Sí, sí, te mando la copia por fax y mándame tú la autorización a administracion@funkinghambank.com. Gracias.

»—Señorita, llevo aquí veinte minutos haciendo cola y no crea que me sobra el tiempo... ¿No habría manera de agilizar alguno de los pasos?»

Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española

Venganza: f. Respuesta con una ofensa o daño a otro recibido. *Mi venganza será terrible.*

¡Psss! Por cierto, ahora que no nos escucha: aquel miércoles, Eugenio no llamó. Va a ser cierto que el miércoles no es día para tomar decisiones. Generoso *for president!*

CAPÍTULO 08

-¿D

e excursión de fin de curso? ¿De excursión de fin de curso? Pero ¿tan pronto...?

Aquello fue lo único que se le ocurrió decirle al portero del colegio cuando, por teléfono, le preguntó si la podía poner con Marco. Un jarro de agua fría, eso fue lo que sintió que se derramaba sobre su ardiente órgano cardíaco. Tras varios días de interiorización y unas cuantas reuniones de chicas, Olvido aceptó la idea de que su felicidad debía ser aplazada unas cuantas semanas. No tenía ni idea de cuántas, ya que el imbécil del conserje no supo decirle si el viaje era de quince o de veinte días. En el caso de ser de veinte, a Olvido le pareció tan largo como una luna de miel. Era lo que tenía desasnar a los niños de la *jet set* de la *city*.

—Si yo fuese mi madre te diría aquello de «nena, haz punto, que entretiene», pero como, obviamente, no lo soy, creo que deberías dedicar estos días a ponerte a punto para el reencuentro. Bien porque Paulina estaba realmente convencida de que era una buena idea lo de mantener la mente ocupada, bien porque no le quedaba otro remedio hasta que Marco regresase de la excursión, el caso es que la recomendación no cayó en saco roto y Olvido decidió concentrarse en sí misma y en las charlas precoitales con su profesor. Ya en la soledad de su pisito y tras otra breve pero intensa visita a la tienda de lencería de Genara, La Dependienta 10, se propuso comenzar una terapia de oxigenación mental. Regla de tres: si el tiempo que solía invertir en machacarse las conexiones axiales cerebro-corazón considerándose una mujer abandonada, lo consagrarse en cambio a imaginar que su nueva vida, SU VIDA DE VERDAD, acababa de empezar al reencontrarse con Marco, las probabilidades de morir de un ataque de desamor a sus tiernos treinta y dos años disminuirían sensiblemente. Eso se dijo mientras les quitaba las etiquetas a sus nuevos corpiños y ligueros de La Perla en color putón.

—Espero que disfrutes esta compra tanto como la anterior.

Antes de que abandonase el establecimiento, Genara le había ofrecido gratis un sortilegio que Olvido había recibido con igual entusiasmo que el de la primera visita, aquel de «nada hay más atractivo en nosotras que nosotras mismas». Ciertamente era que el conjunto azul noche de Dior le había traído suerte, tanta, que desde que Marco se había colado de nuevo en sus noches solitarias a modo de fantasía juvenil, no se lo había vuelto a poner. Lo había lavado con el jabón del borreguito y lo había puesto a secar usando los protectores que Genara le había dado a tal efecto. Se esmeró en que ninguna parte de la burda pinza rozase siquiera la fantástica licra de su conjuntito. Apañada era ella.

Con las etiquetas hechas un gurrño en el puño de la mano derecha y con la cabeza en alguna zona (erógena) que no estaba entre sus cuatro paredes, se encarnó en Escarlata O'Hara y puso a Dios por testigo de que nunca, nunca, nunca volvería a pasar hambre. Hambre sexual, se entiende. Miró el reloj y se dijo que había pocos placeres tan gratos como saberse dueña de las horas propias. Había acabado su jornada a las cinco de la tarde y ahora tenía toda la tarde para holgazanear. Vale, tenía tiempo, un cuerpo fantástico, una mente y un alma casi recuperadas de la mayor ruptura que se recordaba en los tiempos modernos, tenía un amor en ciernes... ¿En qué podía malgastar los infinitos minutos que le restaban al día? Le entró la vena golosa y se fue hacia la cocina.

—Vamos a ver... ¿Esto o esto? ¿Esto o esto...? ¿Y esto?

Olvido tenía los brazos cargados de todas aquellas maravillas hipercalóricas que no se podía (debía) permitir pero que siempre llenaban su carrito de la compra so pretexto de su hospitalidad: «¿Y si viene alguien a tomar café y no tengo una galletita que ofrecerle?» Lo que podía haberse quedado en una bandejita de pastas Martínez o unos barquillos de coco de La Bella Easo se convertía, como consecuencia de ir a hacer la compra con hambre, en un festín para saciar los antojos que, obviamente, esperaban agazapados a que le llegara su turno en cualquier momento del día. Así pues, provista de un alijo de azúcares, grasas hidrogenadas, siropes de fresa sintética, leche desnatada deshidratada y, por si fueran pocas las calorías, aceite de palma y harina de garrofin, Olvido se fue hacia el sillón. Los magacines de tarde de la tele la pirraban.

—¡Como Dios!

Pulsó el botón de encendido de su televisor sabedora de que, una vez finalizado el banquete, los remordimientos aflorarían como las penas de un borracho, así que, antes de llevarse las manos a la cabeza y a sus orondas cartucheras, cogió el móvil y marcó el número de Soraya. Pidió cita para las ocho de la tarde; se imponía un momento de drenaje posterior a la ingesta de cien mil calorías. Soraya se alegró de oírla. Hacía al menos un par de días que no veía la Visa de Olvido y tenía morriña. Con la idea ilusa de que las manos diestras de la esteticien convertirían los Donetes, los Mañanitos, las miniensaimadas, los Nocilla Sticks y los pececitos salados en grasas quemadas, empezó a abrir las bolsas. Enajenada; salivando a todo lo que le daban las glándulas; nerviosa de pensar que las ensaimadas pudiesen estar resecaas como la última vez, se dispuso a ocuparse de sí misma y de sus pesares. Paulina le había recomendado que se distrajesse para no pensar en Francisco y mucho menos desesperarse por Marco. Punto, le dijo que hiciese punto.

—Nunca se me ha dado bien hacer punto... ¡No hay tu tía; no sé hacer la primera vuelta sin apretar la lana!

Masticando a dos carrillos, Olvido parecía estar consiguiendo el objetivo de no pensar en nada, ni siquiera en su culo y los efectos nocivísimos que todo aquello tendría sobre él. Sólo cuando se dio cuenta de que la primera bolsa se había acabado, temió que el alijo no le llegase para pasar la tarde. Se dijo que tendría que masticar más despacio. Eso es lo que haría. En la tele estaba Ana Rosa Quintana sentada a su mesa del corazón, y a Olvido le pareció que la ordinaria de Belén Esteban con sus ojos de rana hormonada sobraaba. Mientras la veía gesticular y gesticular con los ojos en blanco en pseudoéxtasis, tuvo la tentación de cambiar de canal. Ya tenía el mando en la mano cuando vio que empezaban a hablar de Fran Rivera. ¡Quéee guapo!

—Este torerito me pierde...

Pero lo que no se le perdía entre los dedos eran los puñados de ganchitos que se metía en la boca como si ésta fuese un túnel, y ellos, pasajeros del AVE. Aquellos gusanitos de sal e hidratos de carbono del todo malísimos y teñidos de naranja le estaban arrasando las papilas gustativas. Aun así, la sensación le parecía placentera. El torero continuaba repartiendo a diestro y siniestro con su estudiada sonrisa de «soy guapo, ¿y qué?». En un ataque de nostalgia, Olvido se acordó de la maravillosa dentadura de su Francisco. Perdón, de su ex Francisco, que por algo él había tomado las de Villadiego. Entonces ya no era suyo, era de otra a la que le había hecho un hijo. Un nudito en el estómago le impidió saborear el último bocado. Haber recobrado la ilusión con Marco no mitigaba su dolor de mujer abandonada. Porque eso su subconsciente se empeñaba en recordárselo en cuanto la pillaba con la guardia baja.

Le echó las manos a otra bolsa de las que la rodeaban y no se molestó en comprobar si lo que se iba a meter entre michelín y rollito abdominal era dulce o salado. Le habría gustado tener cerca un Baskin & Robbins para terminar la fiesta con una tarrina de medio kilo de Golden Medal. Una oleada de felicidad invadió la parte de su cerebro que aún se resistía a rendirse ante la otra, que la taladraba con la idea de que era una mujer sola. ¡Las miniensaimadas estaban en su punto! Olvido se relamió el azúcar glas que se le había quedado pegada a los labios. La licenciada en farmacia que llevaba dentro se compadeció por breves instantes de su pobre páncreas. Si ella no se había vuelto insulino dependiente hasta entonces, las probabilidades de que tuvieran que ingresarla en urgencias aquella tarde eran bajas.

—¿Quién coño será?

El telefonillo. A Olvido no le disgustaban las visitas, siempre que se concertasen previamente. Abandonó su puesto en el sofá y se fue a ver quién era. Desde hacía algunos meses, la expresión «ver quién era» había tomado forma y cuerpo: su antiguo interfono había pasado a mejor vida. La llegada del videoportero automático había coincidido en el tiempo con la marcha de Francisco, paradojas de la vida. Olvido miró la pantalla, vio a un chico con casco y levantó el auricular. El chico, que tenía pinta de mensajero (verde y con asas...), le preguntó si ella era ella. Olvido asintió, él se identificó como un repartidor de TeleLoving y ella apretó el botón para abrir el portal.

¿TeleLoving? ¿En qué momento de consumismo desatado había ella pedido nada a una empresa

que se llamaba TeleLoving? ¿Habría posibilidad de devolución? No le dio tiempo de echarse encima todos los remordimientos del planeta porque el timbre de la puerta sonó mucho antes de lo previsto. De hecho, ella dio un respingo al oírlo. Se repuso y, como hace todo quisque antes de recibir en el *hall* del hogar, se miró en el espejo de la entrada. Para haber estado cerdeando y tener la barriga llena de chuches que la hinchaban como a un pelotari, su aspecto no le pareció del todo mal. «Pero ¡qué coño —pensó—, si es un repartidor!» Abrió la puerta.

—¡Buenas tardes! ¿Es usted Olvido? —preguntó el chico del casco con una caja enorme en las manos. Tan grande era ésta que ver, lo que se dice ver, Olvido sólo pudo verle a él el casco.

—La mismita que viste y... —No alcanzó a terminar la frase hecha porque se dio cuenta de que iba descalza. Se aproximó al recién llegado y a la caja que casi lo tapaba de cintura para arriba y se inclinó hacia la derecha hasta conseguir atisbarle la cara—. ¿De qué empresa me dices que vienes?

—¡TeleLoving! ¿Le importa que apoyemos el bulto y después firmemos el recibo? —Olvido se fijó en las falanges amarrotadas del pobre chico. Fuera lo que fuese lo que ella había pedido a aquel misterio de empresa, pesaba una tonelada más o menos. Ella le hizo señas para que dejase la caja en la silla del recibidor, lo que él agradeció con un «¡yaaaaaashtáaaaaa!».

—Una firmita por aquí, si hace el favor... —El repartidor no parecía interesado en alimentar el incipiente proceso comunicativo que se había establecido entre ambos. Más bien, Olvido se coscó de que tenía ganas de largarse en un decir Amén, Jesús—. Pues muchas gracias. ¡Que lo disfrute!

Atropelladamente, Olvido cerró la puerta con el pie y se dirigió hacia el paquete mientras leía por encima el albarán de entrega. Así, a bote pronto, no encontraba muchos datos que la sacasen de dudas sobre qué puñetas era aquella enorme caja. Aquella pesada caja.

Proceso de desembalaje:

1. Una vez que comprobó que el paquete no parecía peligroso (ella sabría según qué criterios), midió en cuartas el volumen del mismo. Cuarta arriba, cuarta abajo, allí dentro podría haber de todo. O casi.
2. Tras descartar que ahí dentro pudiese haber un coche, una lámpara de rayos UVA, un lavavajillas nuevo, un colchón de látex o un baúl de Vuitton, se dijo que era hora de salir de dudas.
3. Retirado el consabido papel marrón que se utiliza para hacer envíos y envolver empanadas, oh sorpresa, debajo había otro papel, pero éste de regalo. Surgieron colores y brillos por doquier. Una vez desprovisto de la primera piel, el fardo semejava un cubo de Rubik.
4. Dadas tres vueltas alrededor de lo que ya no cabía duda de que era un regalo, se afanó en buscar una tarjetita o alguna otra pista sobre el remitente. Nada. A simple vista, el paquete no tenía nada que lo identificase. No quedaba otra cosa que hacer que abrirlo. ¡Manos a la obra!
5. Rin, ras, shhhhhh... Rasgado el tan lustroso como llamativo papel de regalo, a Olvido la embargó la admiración: pero ¿quién podía...?

A trancas y barrancas e intentando no romper nada, sacó de la caja su regalo anónimo. Se trataba de una bandeja descomunal presidida por un osito de peluche con un gran tutú verde y un ramito de flores en medio de las zarpas. Chocolate belga, bastoncillos de caramelo, garrapiñadas, gominolas multicolores, galletitas danesas, rosquillas de anís, cruasancitos rellenos de almendra, cacahuets con miel, una tacita de porcelana y dos revistas femeninas, la *Elle* y la *Vogue*. ¡El paraíso existía, y a ella le habían mandado una porción dentro de una caja! Contemplaba todo aquello absorta, sentada en el suelo con las piernas abiertas y su regalo en medio, como hacía cuando era niña la mañana de Reyes. No dejaba de preguntarse quién le habría mandado aquello. «Francisco —pensó—. ¿Ya se habrá arrepentido de haberme dejado?» Obsérvese el adverbio: «ya». «Ya» llevaba implícita la esperanza de que en algún momento él se arrepintiera. O, al menos, eso deseaba su subconsciente. «Fran no, imposible... ¡De qué me iba él a sorprender con algo así si no lo hizo ni cuando estábamos casados!»

Tenía razón. Incluso en la época dorada de «contigo, pan y cebolla», Francisco era parco en demostraciones príncipeazulescas. Ella sabía que él la quería, y él sabía que ella lo sabía, por ende, ¿qué falta hacían las mariconadas? Se lo había dejado meridianamente claro en el tercer aniversario de novios. Él le había regalado una tarjeta de felicitación industrial, una de esas que tienen muchos colorines en la portada y una leyenda tope cursi e impersonal en el interior. Ni más ni menos. Pues bien, sólo había acompañado la tarjeta con una leyenda que habría debido hacer que ella se plantease muchas cosas, aunque no lo hizo.

Pues eso, que te quiero

Para ser una declaración de amor, le faltaba garra. Olvido supo entonces que en su vida al lado del Doctor Ternura no iban a abundar precisamente los cumplidos. «Pues eso, que te quiero» se convirtió en su talón de Aquiles, y cada vez que su entonces maridito flaqueaba en su corazón, ella se acordaba de la tarjeta, sumergiéndose en un mar de sensibilidad que él nunca se había encargado de agitar. A pesar de todo, aun teniendo en cuenta aquel pasaje, ella sabía que aquella sorpresa que acababa de recibir no podía ser de su ex pareja. No tenía motivos para pensar lo contrario, pues no en vano él la había telefonado no hacía demasiadas horas para darle la buena nueva de su próxima paternidad.

Continuaba sentada en el suelo admirando aquel derroche de glucosa y buen gusto que era toda suyo y que alguien, no tenía idea de quién, había invertido parte de su tiempo en escoger para ella. Olvido suspiró. Suspiró hondo y se atrevió a desear que, en el hipotetiquísimo caso de que Marco supiese dónde vivía y hubiese tenido la feliz idea de pensar en ella durante minuto y medio, fuese él el responsable de aquella sorpresita. No podía ser. Ella no recordaba con precisión todos los detalles de aquella fiesta de disfraces, pero aunque tenía fresco en la memoria el beso que se habían dado para despedirse y la cantidad de veces que lo había pillado mirándole el escote, no le venía a la mente ninguna conversación en la que ella hubiese dicho dónde vivía. No había más remedio que descartar esa posibilidad, por una cuestión puramente pragmática. Aun así, ella se resistía a negarla del todo. ¿Y por qué no?

Echó otro vistazo al interior de la caja por si se hubiese deslizado ahí una tarjeta sin que ella se diera cuenta, pero comprobó (una vez más) que no, que el paquete era anónimo. Lejos de hacerle ilusión aquella ausencia de remite, lo que le estaba provocando era una oleada de desazón que le estaba dejando la flora intestinal como si por ahí hubiera pasado el huracán *Mitch*. Se estaba levantando para ir disparada al baño cuando oyó el timbre del videoportero. Por un momento se debatió en la duda, como un dibujo animado, intentando decidir si irse por la pata abajo o abrirle la puerta al cartero, a la vieja del segundo, al vendedor de calendarios de Proyecto Hombre o al repartidor de propaganda. Se abalanzó hacia el auricular del telefonillo, y la pantalla se iluminó. Con apretón y todo, Olvido reconoció el casco que se adivinaba en la parte inferior. Era el mismo mensaka que le había llevado el regalo.

—¿Olvido? Soy de TeleLoving otra vez. Disculpe, es que se había caído la tarjeta en el furgón. ¿Me puede abr...?

No había terminado la frase cuando ella ya había pulsado el botón de apertura una y mil veces, es decir, mil una. Se fue cagando leches (casi, casi literalmente) al baño y se dispuso a batir el récord mundial de evacuación a esfínter abierto. Antes de que el timbre de la puerta anunciase la solución al misterio del remitente de su agasajo, ella ya estaba en el recibidor mirándose en el espejo. Nunca supo cómo pudo apurar tanto, claro que la cosa tampoco era para que la Pompeu Fabra llevase a cabo un estudio. Por fin aliviada y recién peinada, volvió a verse las caras con el repartidor. ¡Una ilusióoooooon...!

—Aquí le dejo el sobre, y disculpe una vez más.

Entonces fue Olvido la que no tuvo tiempo para charlas. Le cerró la puerta poco menos que en todo el morro y se sentó en el suelo, al lado de su regalo. El corazón le latía a toda prisa, y notó que las manos le temblaban acompasadamente. Primero observó con detenimiento la letra del sobre. Su nombre estaba escrito en mayúsculas. Esto le gustó, aunque no supo por qué. Deslizó

su dedo por debajo de la pestaña encolada y extrajo un tarjetón color amarillo hueso de papel Conqueror. No es que ella fuese una experta en el tema, pero una vez superado el trajín de la boda y las invitaciones, había cosas que se quedaban grabadas a sangre y fuego. El saber distinguir los tipos de papeles y de sobres, y clasificarlos como elegantes, muy vistos, caros y carísimos que te cagas, había sido una de ellas.

No creas que siempre me esfumo en medio de la noche. Dame unos días y te resarciré de lo no hecho.

MARCO

P. D.: El tiempo te ha sentado mucho mejor de lo que imaginas.

Olvido necesitó cinco suspiros, siete «¡huuuy!» y una docena de «¡Sí, sí, sí, así follaba así, asíii!» para que su mente asimilase que su antiguo profesor de literatura española y primer y febril amor de adolescencia estaba interesado en ella y, al parecer, tanto como ella en él. Apretó contra sí la tarjeta no sin antes llevársela a la nariz. Estaba claro que no podía oler a él ya que estaba impresa por ordenador, pero ella tuvo de todos modos una ilusión olfativa y le pareció que le llegaba a la pituitaria el aroma del elástico de sus gayumbos. ¿Cómo algo tan fantástico podía estar pasándole a ella? Y como las buenas noticias nunca son buenas si no puedes compartirlas, se fue, tarjetón en ristre, directa hacia el móvil. Ya casi había llegado al salón cuando tuvo que reprimir la necesidad imperiosa de volver junto al mejor regalo de su vida. En un apresurado inventario de alegrías, no acertó a encontrar algo que la hubiese motivado tanto desde que vio el solitario que Francisco le regaló el día de la pedida. Pero ya aquellos días no le parecían ni felices, ni tan apetitosos como para comer regalices (las perdices nunca habían sido santo de su devoción).

«¡Cógeme, cógeme...!» Olvido contaba los tonos mientras cruzaba los dedos. Había marcado el número de Paulina por ser el primero que había salido en la lista de llamadas realizadas. A decir verdad, era el segundo; el primero era el de Soraya, pero a Olvido le pareció muy fuerte contarle todo aquello. Además, la susodicha era peluquera, y ya se sabe la fama que tienen las del gremio de cotorrearlo todo. Olvido no quería ser la comidilla del centro de belleza durante el siguiente siglo. Como si no lo fuese ya...

—¡Hola, Vidín! ¿Qué te cuentas? ¿Tarde libre, zorrón? —Paulina envidiaba el horario de Olvido sólo cuando ésta gozaba de tiempo libre mientras los demás mortales se dejaban la imaginación esperando la hora de quitarse los tacones y la cara de Soy La Más Lista, La Más Preparada y La de las Tetas Más Gordas. Ah, también Soy La del Pelo Más Liso.

—¿Estás sentada? —Olvido movía la palma de la mano de arriba abajo como si fuese un abanico de Locomía. Estaba ansiosa por largarle toda la historia de la sorpresa, pero no sin antes adornarla con un poco de misterio. Esperó un cuarto de segundo antes de insistir—: ¿Estás sentada?

—Joder, no. Pero me siento. ¿Te has vuelto vidente? ¿Qué coño pasa? —Paulina sabía que, fuese lo que fuese lo que la había llevado a aquel estado de ansiedad, era algo bueno. Aunque apenas tuvo tiempo de elucubrar sobre ello, intuía (sabía) que estaba tan acelerada por algo relacionado con un hombre. Hasta hacía escasos días, el margen de error no podía ser muy grande ya que el único macho dominante que le socavaba el proceso de construcción de su nuevo y soltero YO no era otro que Francisco, pero para entonces...—. ¿Marco...?

—¡Marcoooh...!

Un alarido que habría dejado en bolas a Tarzán abrió la espita, y brotó un chorro de palabras con las que Olvido le contó con pelos y señales todo lo acontecido con el paquete, la tarjeta, el mensaka y aquella extraña ilusión que la poseía por entero. Paulina poco pudo decir entre tanta expresión de alborozo, pero se alegró tanto por ella que le entraron ganas de llorar. De hecho, los ojos se le llenaron de lágrimas, pero se guardó muy mucho de convertirse en una chocha sensiblera. Mientras se reía con Olvido de todo y de nada se dio cuenta de que sus lágrimas no eran de alegría, sino de sana envidia. Durante un momento de flaqueza, dejó que Alejo se le

colase en la cabeza. Se echó a temblar. Tembló tanto y tan violentamente que volvió a permitirse la esperanza de que, a lo mejor, después de aquel *impasse*, él dejase a su mujer, dejase todo lo que los separaba y se entregase en cuerpo y alma a ella. Olvido había proferido un último grito de júbilo cuando ella se estaba diciendo aquello de que los pajaritos no preñan...

—¿Cómo habrá conseguido mi dirección? —Realmente, para que el cuento de hadas pasase de perfecto a sublime habría de cargar las tintas sobre el empeño invertido—. ¿No es alucinante que se haya preocupado tanto?

—Lo es, Vidín. Ahora sólo nos queda averiguar cuándo llega y organizar algo para sorprenderlo. Aunque... —Paulina hizo una pausa, señal evidente de «genio pensando»... sería la pera que pudieses hacerle llegar el recado de que estás encantada con tu sorpresa. No sé...

—¡¡¡Un telegrama!!! —dijeron las dos al unísono. ¡Claro! Sólo habría que llamar al colegio donde Marco daba clases e interrogar al conserje otra vez con la excusa de que Olvido era una vecina con la necesidad imperiosa de comunicarse con él a causa del pésimo estado de sus cañerías. El uso de identidades falsas en aquella relación empezaba a ser como el síndrome Mortadelo. Ambas colgaron habiendo llegado a la firme conclusión de que aquello, precisamente, era lo que él no se esperaba, así que, sin duda, era lo que Olvido debía hacer: sorprenderlo. Mientras ésta se levantaba del sillón sin alejarse de la tarjeta ni de la bandeja de sus amores, continuó con el turno de llamadas. Le tocaba a Coro. Marcó y esperó a que la voz de su amiga le diese la luz verde para relatarle todo, todito, todo lo acontecido.

—... Y ahora me voy pitando a poner un telegrama, pero primero tengo que llamar al imbécil del portero del colegio para ver si me da el nombre del hotel en el que estarán alojados durante esta semana. ¿Cómo lo ves? —A velocidades insólitas para ella misma, Olvido se extendió en explicaciones, recreándose incluso en todos aquellos detalles que no por nimios dejaban de ser flipantes, mientras se daba un toque de *gloss* en los labios y se pasaba el peine para salir disparada a corresponderle con ilusiones a su amor (a puntito de dejar de ser) platónico.

—Déjame a mí lo de la dirección. ¿Tienes el número del cole? —Coro estaba entusiasmada. Una de las pocas cosas que le gustaban más que el vodka con naranja y el sexo era, precisamente, las sorpresas.

—Dame un minuto. —Olvido dejó sobre el lavabo el pincel con el que se estaba aplicando destellos naturales a los labios y corrió a buscar el número a la mesilla de noche. Si no recordaba mal, lo había anotado en...—. Si te digo que lo apunté en la etiqueta de la almohada, ¿me creerás?

—Afortunada tú, que tenías a mano un boli que escribía. ¿Sabes la de citas que se me han ido a la mierda por no encontrar lápiz y papel? —Coro envidió la resolución de su amiga y se juró renovar su almohada en cuanto saliese del trabajo. No recordaba si la suya tenía o no etiqueta, y no quería volver a perder oportunidad alguna por problemas de infraestructura.

Olvido le dio el número de teléfono no sin antes dudar un par de veces respecto a si uno de los dígitos era un cinco o un ocho. Nada más colgar, Coro devolvió la llamada a Olvido muerta de risa:

—Oyes, reina mora, el que acaba en cinco es una sinagoga preconiliar de los Adventistas de la Quinta Moña. O algo así. Tu Marco no será rabino y estará circuncidado, ¿verdad? Acababa en ocho. Seguro.

Aquella semana estaba transcurriendo a un ritmo vertiginoso para las tres. Cada una con sus cuitas y Dios en las de todas, el caso es que la fiesta de disfraces cada vez quedaba más lejos, y las ansias de fiesta volvieron a germinar en aquellos cuerpos jóvenes y ávidos de alegrías. La primera en tocar a rebato general fue Paulina. El viernes por la tarde, nada más llegar al despacho, tras cruzar con Alejo más de una mirada y jurándose no volver a hacerlo mientras viviese, hizo la primera llamada. Contra todo pronóstico, no fue a Coro ni a Olvido.

—... Sí, una mesa para seis a las diez y media...

¿Una mesa para seis? ¿Uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis? ¿Seis? ¿Es que acaso se iba a desdoblar cada una de ellas? Colgó el teléfono con la satisfacción y la autosuficiencia que da el

tener planes. Ya había reservado mesa para la cena, y aún no había convocado a los comensales. Tres eran sabidos, pero ¿y los restantes? Paulina hizo tamborilear las uñas sobre el escritorio y pensó que era hora de participar a Coro y a Olvido que la noche se cernía ya sobre sus cabezas. Miró el reloj; era un poco pronto para comenzar el turno de llamadas con el fin de alcanzar la ansiada cifra de seis comensales.

—¿Sí...? —Unos nudillos habían golpeado la madera de la puerta. Tenía la mirada perdida en algún punto entre su agenda abierta y el Faber-Castell plateado, cuando se produjo el regreso del hijo pródigo.

—¡Buenos días, Pau! ¿Puedes dedicarme un minuto? —Por supuesto, el protagonista de la parábola no era otro que Alejo. Paulina sufrió un repentino ataque de calor que a punto estuvo de hacerle perder la compostura. Impertérrita, aguantó el tipo y jugó la baza de Yo Lo Controlo (Casi) Todo. Hasta parecía que la línea horizontal que se dibujaba bajo su nariz podría ser una sonrisa. Y más o menos lo era.

—¡Pasa, pasa! Se ha retrasado la reunión con Álvarez, así que... —Ni había reunión con Álvarez ni ella estaba preparada para compartir espacio vital con él, pero ¿qué podía hacer? Alejo era su ex pareja-casado con otra, pero también era uno de sus jefes: echarlo con cajas destempladas no entraba dentro de las posibilidades. ¿O sí?

—Gracias. —Alejo estaba tan guapo aquella mañana que ella pensó que había escogido su indumentaria para castigarla. Él sabía lo muchísimo que a ella le gustaban aquel traje de lino blanco, aquel chaleco rojo de cuello de pico, aquel perfume que impregnaba todas y cada una de las razones que la cabecita de Paulina había discurrido para deshacerse de su hechizo. Ella dudaba mucho que todo aquello fuese casual—. ¿Has abierto el correo? —inquirió él.

—Pues... —Se disponía a mentir pero no pudo, ya que su monitor estaba colocado de tal manera que Alejo podía ver el icono del Outlook abierto. Tragó saliva—. Sí, acabo de abrirlo ahora.

—¿Y? —Alejo se había apoyado en el respaldo de uno de los dos asientos del confidente y no le quitaba los ojos de encima. En cualquier otra circunstancia que no fuera la de la reciente ruptura, aquella mirada habría sido el pistoletazo de salida para un ataque de fogosidad de los memorables. Contrariamente a lo habitual, Paulina cruzó las piernas en un acto reflejo absolutamente involuntario, apretando los labios vaginales tanto como pudo.

¿«Y»? ¿Qué «y»? De sobra sabía a lo que él se refería, pero no estaba dispuesta a ponérselo fácil. Sacó del bolso sus gafas y, tras entretenerse un rato en la limpieza de unos cristales que no la necesitaban, las interpuso entre la mirada de ambos.

—Que si has recibido mis mails. —Él habló con más sinceridad de la que se había propuesto en un principio. Mails. La desinencia —s, signo inequívoco de pluralidad, dejaba traslucir a) cierta impaciencia y b) una negativa a arrojar la toalla.

—Sí, los he recibido.

No añadió nada más; ni una valoración esquiva de sus contenidos, ni un avance de sus intenciones para con lo escrito. Nada. Alejo seguía con los ojos clavados en ella a pesar de que ella no dejaba de rehuirle la mirada. Si algo era digno de admiración en aquel hombre era su tesón. Cada vez que ella volvía la vista esperando a que él pestañeara y no la sorprendiese mirándolo, ¡zas!, la pillaba. Alejo tiró del sillón y se sentó sin que nadie lo hubiese invitado a hacerlo.

—Siéntate. Estás en tu casa. —Fina ironía que no dejaba de ser cierta, ya que él era uno de los jefes y, además, el marido de la hija del jefe *number one*. Paulina se percató de que no había estado muy acertada con el comentario.

—Para que alguien se sienta como en su casa primeramente tiene que ser bien recibido, y creo que éste no es mi caso. ¿Me equivoco? —Para entonces, Alejo se había arrellanado en el sillón como si fuese la butaca *relax* de su despacho. Aun así, no perdió el porte elegante que tanto hacía desvariar a la de las gafas.

—Que yo sepa, todavía no te he pegado una patada en la espinilla. —Paulina movía el puntero del ratón por la pantalla TFT de su ordenador. Era lo más relajante que podía hacer sin contar lo de la patada.

—Créeme si te digo que no sería peor que lo que me estás haciendo, Pau.

Alejo se aproximó a la mesa y, jugueteando con un clip huérfano que encontró al lado del lapicero, se quedó callado. No más de un minuto. Dos a lo sumo, pero a ella le pareció una eternidad; ciento veinte segundos en los que se preguntó dos millones de veces si no sería mejor reconsiderar su postura y adoptar la del misionero, aquella que tan bien les salía.

—Alejo, creo que es mejor que nos pongamos a trabajar. ¡El dinero no se gana solo! —Se rio intentando rebajar una tensión ambiental que tenía trazas de acabar como el Rosario de la Aurora.

—Pau, yo no puedo seguir así. Llevas cuatro días sin dirigirme la palabra y esquivándome. ¿Cómo crees que me siento? ¿Cómo crees que me haces sentir? —Ni siquiera cuando parecía estar al borde de la desesperación perdía la compostura.

—Y yo creo que ya hablamos todo lo que teníamos que hablar al respecto. ¿Que cómo creo que te sientes? Francamente, querido, ¿cómo crees que llevo sintiéndome yo todo este tiempo? Alejo, dejemos de darle tantas vueltas a lo que no va a ninguna parte...

—¿Por qué no va a ninguna parte, Pau? Ya sabíamos que esto no iba ser fácil; ninguno de los dos supuso siquiera lo contrario. ¿Por qué ahora, por qué así? —Él intentaba captar su mirada al precio que fuese. Justo cuando ella bajó los ojos fingiendo un picor ocular, él estuvo tentado de cogerle la mano en busca de su atención. Lamentó no haberse dejado llevar por aquel impulso aunque sólo fuese por recordar el tacto de su piel una vez más.

—¡Porque estás casado, Alejo! ¡Por todos los santos...! ¿Cuándo vas a afrontar la realidad? Ella es tu mujer, y son sus necesidades sociales las que tienes que satisfacer. Yo soy... Yo era tu amiguita, y era a mí a quien tenías que satisfacer en el catre. Es fácil: me cansé de ser la pareja de tu almohadón. ¿Podrás perdonarme?

Vaya, para haberle profesado un amor incondicional y haber soñado con salvar por él todos los obstáculos del mundo, Paulina, la nueva Paulina, parecía haber dado rienda suelta a su lado más belicoso. No tenía ni idea de cómo había llegado a soltar todas esas palabras que salían de su boca, pero tampoco era nada que no hubiese estado madurando todos aquellos meses. Lo que nunca pensó fue que sería capaz de decírselo *viva voce*. De hecho, siempre supo que su idilio terminaría más pronto que tarde, pero creía que la sesión de reproches se produciría por vía telefónica.

—¿Tengo que interpretar esto como un adiós definitivo? —Alejo la miraba absorto, sin acabar de creerse lo que le estaba pasando. En menos tiempo del que hubiese necesitado para digerir tal contratiempo, tragó saliva e intentó recomponer el poco empaque que le quedaba antes de que ella segase su esperanza con su asentimiento.

—Chico listo.

Fue la última frase que Paulina fue capaz de dedicarle antes de oír cómo la puerta de su despacho ponía su amor prohibido en cuarentena. Con aquel portazo, estrepitoso y acongojante, ella dio por zanjada una etapa de su vida que estaba segura que nunca habría debido comenzar. Sola con sus remordimientos y la humedad de miles de lágrimas que se habían acumulado en los lacrimales a la espera de que ella perdiese los papeles, sintió que su cuerpo reaccionaba a lo que su corazón se negaba a rendirse. Se estremeció. Se estremeció toda entera. Pero despacio, lo suficiente para que le quedara el alma desolada y el cuerpo sin habla. Un temblor dolorosísimo la recorrió de arriba abajo. De abajo arriba. De izquierda a derecha. De derecha a izquierda. En remolino. En espiral. Shhhhhh.

Cuando recobró la noción de la realidad vio la hoja de su agenda salpicada por un sinfín de gotitas negras. Pasó la mano por el papel húmedo con aspecto de traje de faralaes y se manchó la mano. «Tinta fresca», pensó. Sólo cuando se vio reflejada en el salvapantallas del ordenador se dio cuenta de los estragos que podía llegar a hacer un rímel que no fuese a prueba de emociones. Una maraña de hilillos negros le surcaba la cara. Intentó limpiarse debajo de los ojos con la mano, pensando en lo difícil que era para una mujer guardar la compostura si los cosméticos no ponían de su parte. Cerró la agenda consciente de que ya nunca olvidaría el día en que Alejo dejó de ser presente para convertirse en un pasado recurrente. Incluso cuando ella fuese capaz de

mirar atrás sin perder el aliento, allí, dentro de su magnífica agenda de piel personalizada, seguiría aquel fatídico día, inmortalizado con sus propias lágrimas, que para entonces ya le parecerían de cocodrilo. Pero que aquel día no lo eran, no lo eran en absoluto.

Consultó el reloj y se dijo que, con aquella cara y la cabeza en otro sitio, no podría trabajar. Si ser mujer no le hubiese pesado tanto a la hora de concederse según qué licencias, se habría ido a casa. Pero no lo hizo, se quedó dentro de su despacho, con la puerta cerrada a cal y canto y con órdenes de que no le pasasen llamadas que no fuesen de máxima urgencia. Silvia, su secretaria, obedeció como si le hubiese encargado la paz mundial. Paulina sabía lo concienzuda que era al llevar a cabo las tareas que ella le encomendaba. Con los ojos cerrados y sin más intención que la de vegetar sin apenas respirar y con las ansias puestas en que el dolor dejase de oprimirle hasta las cutículas, comprobó que era posible llorar con los párpados unidos.

No tenía fuerzas ni para marcar el número de emergencias emocionales y compartir con Coro y Olvido su debacle sentimental. «Es fácil —pensó—, cojo el móvil, le doy al uno y me sale el número de Coro, le doy al botón verde y espero a que conteste. Una vez que oiga su voz, pulso el botón de manos libres y le cuento todo. Le cuento la mierda de vida que voy a llevar los próximos meses mientras me acostumbro a la desdicha y veo cómo se me aja el pelo de tanto disgusto. ¿Y todo por qué? Por haber sucumbido otra vez a mi tendencia autodestructiva a enamorarme siempre de la persona equivocada. No, de la equivocada no. De la única que no me conviene. De la que me hace daño. De la que me aniquila. De un subnormal. De un egoísta. De un capullo. De ti, tonto del culo. Me duele la barriga, ay.»

Por supuesto, no llamó. Ni en ese momento ni a lo largo de las siguientes dos horas, que dedicó a no hacer nada. Sentada en su sillón de piel, heredado del anterior pasante del despacho, quiso dejarse caer hasta el infinito. Sabía de la tendencia depresiva de su psique y de su propensión natural a caer en la humillación total para después renovarse. Sabía que un día no era suficiente para reconstruirse. Ni uno, ni un millón, a juzgar por cómo sus ojos lagrimeaban sin descanso, pero por algún sitio habría de empezar. Los sollozos eran una manera de echar fuera las pupas que no cicatrizaban. Era su método para ir sobreviviendo a sus desatinos. Cuando volvió a echar un vistazo al reloj ya casi era la hora de comer y se alegró de no tener que inventarse ninguna excusa para desconvocar algún almuerzo concertado días antes cuando nada hacía presagiar que ella fuese capaz de llevar hasta el final su intención de dejar a Alejo.

No tenía hambre, al menos de otra cosa que no fuese la venganza. Sin embargo, pensó que abandonar aquellas cuatro paredes le daría más posibilidades de distraerse. Mientras sacaba el espejito del neceser del bolso, se dijo que, no bien hubiese cruzado el umbral de la puerta del despacho, llamaría a alguna de las chicas para hablar. Horror. Tan pronto como posó la vista en su reflejo en aquel espejo de diámetro minúsculo, se dio cuenta de que no podría dejar el retiro espiritual sin que la gente notase que no estaba pasando, en absoluto, sus mejores momentos. Levantó el auricular del teléfono de la mesa.

—Silvia, ¿por cuánto me vendes tus gafas de sol?

Ni que decir tiene que Silvia no sólo no se las quiso cobrar sino que, además, le regaló una ampolla reparadora de La Prairie que le habían dado en El Corte Inglés. Nada tuvo que explicarle Paulina a su secretaria porque entre ellas había un código de respeto que no se perdía ni en los peores momentos (como aquél). Paulina siempre sospechó que Silvia estaba de vuelta de lo suyo con Alejo, pero nunca lo tuvo tan claro como aquella mañana.

—Si te vas a casa a descansar un rato, ponte dos rodajas de pepino en los párpados y bébete una botella de vino. El mejor que tengas. ¡Que no se diga que ahogas las penas con cualquier cosa! Exquisitas hasta la muerte, ¿no, jefa?

Y Silvia se marchó del despacho dejando tras sí una estela de perfume juvenil que ya no cuadraba con sus insospechables treinta y ocho años. Paulina habría querido agradecerse como correspondía, pero no tenía energías para todo, y había que ver lo que le estaba costando extender aquella monodosis de felicidad megacarísima de la que Silvia se había desprendido sin derramar una lágrima. «¿Cuánto cobrará esta pobre chica? ¿Llegará a fin de mes?», se preguntó. Otra vez le entraron ganas de llorar, pero se abstuvo muy mucho de hacerlo. Aquel potingue a

base de caviar tenía que ayudarla a reducir la hinchazón de los ojos, pero no iba a obrar él solo el milagro. Mientras se sorbía los mocos típicos de un disgusto profundo, se dijo que la revisión del sueldo de Silvia sería un tema prioritario en cuanto pudiese estar con Alejo en la misma habitación sin sentir que le faltaba el oxígeno. ¿Alejo? A la mierda el sérum reparador: las lágrimas lo arrasaron todo. Hasta sus increíbles intenciones. Del todo increíbles. No se las creía ni ella.

CAPÍTULO 09

-¿S

eremos un imán para los mamarrachos, Pau?

No era que Coro pensase que estaban gafadas pero, a fuerza de ver cómo se les escurría un novio tras otro, empezaba a abrigar serias dudas. Entre sollozos y lamentos, Paulina le había desgranado el meollo del drama. Compuesta y sin compromiso (si es que alguna vez lo había tenido), se declaraba la mujer más infeliz de la Vía Láctea. Coro la creyó y por eso no tuvo la tentación de luchar con ella por aquel puesto en el podio de la desdicha que ella también se sentía capacitada para ocupar.

Una vez enumerada la lista de infortunios, Paulina le dijo que iba camino de casa, que quería descansar un rato y beberse una botella de vino antes de volver al curro. A Coro le pareció extraño que Paulina estuviese pensando en ir pedo al trabajo, pero la cosa no estaba como tratar de racionalizarlo absolutamente todo. Estaba a punto de recriminarle el plan cuando, providencialmente, el móvil se le cayó de las manos y ella estuvo unos minutos hablando sola, despotricando contra la puta mala suerte que la perseguía y mascullando no sé qué sobre que para comprarse otro terminal estaba ella a aquellas alturas de mes. Vale, era día 10, pero para ella siempre era fin de mes. Del 1 al 30 o al 31, según el caso.

—Pau, ¿sigues ahí? —En cuanto se hizo de nuevo con el móvil, intentó reanudar la conversación en algún punto, aunque ignoraba por completo dónde se había quedado.

—... Y es que tengo que cambiar, hacer algo con esta mierda de vida que llevo, y no tengo ni idea de por dónde empezar. ¿Sabes? A veces pienso que los cinco minutos de felicidad que me reportó el liarme con él no me han compensado ni uno solo de los sinsabores, ¿no crees? Ya me lo decía Vidín: « Vas a sufrir y lo sabes.» ¿Por qué no le habré hecho caso cuando me dijo que antes de irme a la cama con él debería verlo con su mujer del brazo? No creas que el método no tiene su aquel. ¡Disuasorio total, créeme! Pero es que todo fue tan rápido, tan bonito, tan... tan... ¡Qué sé yo! Es que en el fondo estaba deseando que él fuese un pendón y su mujer no fuese un escollo entre los dos. ¡Hay que tener muchíisimo cuidado con lo que se desea, Corito! Me cago en la cona, se me ha roto una uña. ¡Éramos pocos y...!

Y suspiró. Se hizo un silencio que Coro percibió aunque estaba sentada en un banco del Boulevard de Príncipe. Por increíble que pareciese, su amiga no se había coscado del tiempo durante el cual se había quedado sola al aparato. Por si no había quedado clarito muy al principio de la conversación telefónica, ella sólo estaba siendo un paño de lágrimas, un hombro en el que llorar, un alma que abrazar, pero ¡así era la amistad! Coro decidió no montarle una escena del tipo: «No me escuchas, déjame hablar a mí también, para mí tampoco es un buen día, quiero que un león de Ángel Cristo se pape a Eugenio...» Tenía muchas penas que desahogar, pero supo que aquel mediodía no era su turno. Ese día le tocaba escuchar. Escuchar y callar. ¡Qué remedio!

—Pau, ¿y si le pagamos a una *stripper* para que vaya a su casa y le diga a su mujer que viene a cobrar lo del fin de semana pasado?

Pese al dolor incómodo que le dificultaba la risa a Paulina, Coro fue capaz de arrancarle una expresión de hilaridad. No se puede decir que fuese una carcajada de las que hacen historia, pero aquel gesto que estaba a medio camino entre un sonido gutural y un espasmo abdominal casi, casi parecía una risa. Ninguna de las dos se resistió a dejar a un lado el traumático trance por el que estaban pasando. Paulina se sorbió el moco sentimental que se obstinaba en resbalarle por el labio justo cuando intentaba meter la llave en la cerradura de casa.

—Voy a colgar, nena, que no puedo abrir la puerta, coger el bolso y limpiarme los mocos con la misma mano. Tengo que soltar el teléfono.

Se despidieron después de que Coro se cagara en todos los bigotes de Eugenio y le recordara a Paulina que se llamarían un par de horas después para quedar aquella noche. Aquello le recordó que había hecho una reserva para cenar y que no se lo había dicho ni a Coro, ni a Olvido. Cuando oyó los pitidos que indicaban de forma inequívoca que la otra había colgado, recordó también que la reserva era para seis y ellas seguían siendo tres. Tres, eran tres las hijas del rey.

Una vez en casa, el simple olor a cotidianeidad la reconfortó. Sus cosas colocadas en el mismo lugar en que las había dejado. Le gustó que, en un día como aquel, en el que todo su universo parecía haberse venido abajo, algo permaneciese en su sitio. Dejó caer sobre el silloncito de la entrada todo lo que llevaba en las manos y, al apoyar el bolso, éste cayó del respaldo y la cartera fue a parar debajo del aparador. Ella la contempló como si nunca antes la hubiese visto. Se quedó mirándola, como esperando a que se presentase. Un objeto que la acompañaba desde hacía tanto tiempo y no lo reconocía. La analogía respecto a sí misma y a su nueva etapa era más que evidente. Se agachó a recogerlo y aprovechó para sacar un Post-It amarilleado de puritito viejo. Antes de romperlo lo leyó por última vez:

Ya no necesito la lámpara de Aladino

Habría resultado más fácil y digestivo tirar el papel arrugado a la basura. Desde luego. Pero no pudo soportar el dolor que le produjo ver la letra de Alejo en un cuadradito de sinceridad, así que se lo metió en la boca. El primer mordisco le supo a hiel, pero el segundo dio paso a una oleada de placer que hizo que por fin entendiera a los caracoles que siempre se comían la correspondencia en casa de su madre. Masticó hasta que la celulosa empezó a deshacerse en la boca y no le quedó otra que tragársela. Lo hizo. Una vez que comprobó que en su lengua ya no había vestigio alguno de lo que pudo haber sido y no fue, Paulina se levantó y, deslizándose los dedos por la melena, se fue hacia el espejo del recibidor.

—¿Y a ti qué te pasa, tonta del culo? —se dijo mirándose en el espejo.

Tras verse las caras con su yo más desgarrador, se dirigió a la habitación con la intención de dejarse fagocitar por el edredón de plumas y sus mullidísimos cojines de cojón de ave (como los había bautizado Coro el día que le había dicho el precio). Todo estaba permitido aquella tarde, hasta tirarse encima de la cama con la ropa de ir a trabajar. Sin dejar de pensar ni por un segundo en lo que NO debía pensar y en la pena que le reseca el cutis, se preguntó si tendría hambre. No la tenía. ¿Quién podía pensar en comer en un momento como aquél? Lo que sí tenía era sed: el vino.

Se deshizo de los supertacones mientras caminaba hacia el salón. Un zapato se quedó de pie en el suelo y el otro volcado, como un transatlántico a punto de zozobrar. Ellos compartían su tristeza. ¿Acaso no llevaba ella unos andares un tanto fúnebres de un tiempo a esta parte?

—Sensibles que son los zapatitos de una, angelitos. —Se arrodilló delante del mueble bar, sacó una botella y, sentada en el puf de casi piel de La Oca, la descorchó temiendo romperse otra uña en el intento de ahogar sus penas.

—Por mí y por todas mis compañeras...

Así, tras lanzar el grito de guerra del juego del escondite, Paulina se bebió de un trago el primer copazo. Algo se le revolvió por dentro. Ella pensó que eran las tripas pero no, eran las entrañas. Una sensación profunda de soledad la devolvió a la realidad. Volvió a verter vino en su copa y se fue hacia la habitación. No tenía sueño. ¿Cómo iba a dormir si su vida ya era una pesadilla? Presa del pánico de saberse abandonada por la fortuna, se tiró encima de la cama esperando que el fin del mundo no tardase en llegar. No encendió la tele para no contextualizar su dolor en relación con el del resto de los mortales. Sabía que lo suyo no era nada extraordinario. El desamor era así, y así había sido desde la noche de los tiempos, pero ello no la consolaba. Su pupa era suya, y como tal la sufría en carne propia.

El corazoncito desconsolado que aún le habitaba en el lado izquierdo del pecho tuvo un palpito, una corazonada (nunca mejor dicho). Ella se abalanzó sobre el portátil como una posesa. Lo sacó de la funda con una destreza asombrosa, sobre todo teniendo en cuenta que estaba a cuatro patas sobre el edredón blanco y con la copa semivacia (obsérvese que no digo medio llena porque el desconsuelo campaba por sus respetos entre aquellas cuatro paredes). Se conectó a Internet a la velocidad de risa que le proporcionaba su servidor. «Una ganga, señorita, créame», le había dicho el comercial de CagaDoo. Y lo era, sin duda. Aunque al tipo se le olvidó decirle que iba a navegar a velocidad de tortuga diabética. En fin, a lo hecho, pecho. Se armó de paciencia hasta

que pudo ver el buzón de entrada de su Outlook.

—¡Mierda!

El buzón estaba vacío. Vacío, pero vacío del todo, no había ni *spam*, ni resultados de falsos sorteos, ni muestras de cosméticos carísimos de alguna perfumería que no había en su ciudad. Nada. Por no haber, no había ni un mísero mensaje de Alejo, y, eso, queridos míos, era lo que la había dejado fuera de juego. Le dio un sorbo a la copa y tuvo que mirar el contenido de la misma para cerciorarse de que era vino y no veneno lo que acababa de tragar. Permaneció unos instantes contemplándolo todo y nada, con unas ganas de llorar que hasta ella se asustó. De haberle quedado lágrimas con las que lastimarse de nuevo, las habría derramado sin demora.

Ya que su servidor de Internet no la había echado de la red, aprovechó para ir a dar una vuelta por el chat. No había visitado aquel rincón de frivolidad desde el día aquel en que había cibertonteado con Rhett, *el hombre perfecto*. Se acordó de que había quedado con él al día siguiente de su proverbial encuentro pero se le habían torcido las cosas y, cuando entró, él ya no estaba, si es que había acudido a la cibercita. Había sido un cúmulo de contratiempos semejantes a los que sufrían Meg Ryan y Tom Hanks en *Algo para recordar*. En fin, un fiasco. Así que, sin otra intención que la de distraerse de sí misma y de su persistente negatividad, se registró en el chat de la sala cultural de Terra.

Miró el lado izquierdo de su pantalla para comprobar quiénes serían sus compañeros aquella tarde. No recordaba a nadie excepto a un tal YUNUS, aparte, por supuesto, de Rhett, aunque en realidad ni siquiera estaba segura de que fuese él o ella y no podía saber, en el supuesto caso de que lo encontrase allí de nuevo, si se trataba de él o de un impostor. Le constaba que aquella suplantación de personalidad era una práctica frecuente en el ciberespacio. No es que ella lo hubiese probado alguna vez, pues, como ya hemos dicho, los chats no eran lo suyo, sino que de vez en cuando veía los *realities* de la tele y se enteraba de nuevas ciberchorradas. Bien. Miró el registro de entradas y, de los quince nicks que figuraban allí no conocía ninguno. «Perfecto —pensó—. Ahora me voy a inventar una vida.»

—¿Qué mierda de nick es TwistedTit? ¿Cómo puede alguien ponerse «teta enroscada» de mote virtual? Hay demasiado enfermo...

Y ella que pensaba que el suyo era demasiado pretencioso. Aquella tarde entró de nuevo como Cibeles, más que nada por no tener que pensar. Fijó la vista por un segundo en una de las intervenciones del tal TwistedTit y se dijo que, fuese cual fuese el problema que tenía en la masa encefálica, debía de ser algo terminal. En una frase había cometido cinco faltas de ortografía, sin contar la ausencia absoluta de acentos, y había empleado tres sinónimos del verbo copular. «Menos mal que estamos en la sala cultural», se dijo. Otro espécimen que se hacía llamar Singular trataba de establecer una conversación fluida sobre la posible laxitud del espacio interestelar. Una tal Damisela se dejaba acosar por cualquiera que le sugiriese que si su cintura y su talle eran acordes con su verbo, debía de estar hecha toda una *top model*. Paulina, echando pestes de su mala suerte, se disponía a desenchufar el ordenata a falta de algo medianamente recurrente que llevarse a la retina cuando una ventanita apareció de la nada en la pantalla.

Rhett: < Se puede?
Rhett: < Eres mi Cibeles, la inconfundible?
Rhett: < La que sabrá perdonar el plantón del otro día
Rhett: < ¿?
Cibeles: < Hola, Rhett!!!
Cibeles: < La mismita
Cibeles: < Déjate de ironías: siento no haber aparecido el día que quedamos
Rhett: < Qué???
Rhett: < Tú tampoco pudiste?
Rhett: < Diosa mía, creo que tenemos mucho en común
Rhett: < Más de lo que parece
Cibeles: < El día que quedamos en volver a hablar
Cibeles: < se me torcieron las cosas
Rhett: < Como cuánto se te torcieron?
Rhett: < Del 1 al 10
Rhett: < ¿?
Cibeles: < 1.000
Cibeles: < Aunque no fue nada en comparación con lo de hoy
Cibeles: < Vas a tener que disculparme si no soy una buena compañía
Cibeles: < Hoy no me aguanto ni yo
Rhett: < Pues déjame aguantarte a mí
Rhett: < No puede ser peor que traducir el manual de una afeitadora J
Cibeles: < No estés tan seguro
Cibeles: < Estoy pasando el peor momento de mi vida
Cibeles: < Echa cuentas de si quieres seguir hablando conmigo
Rhett: < Sólo di Sipi o Nopi
Rhett: < Vale?
Rhett: < Tiene algo que ver tu jefe, el casado?
Cibeles: < Sipi
Rhett: < Mmmm... Sigue estando casado?
Cibeles: < Sipi
Rhett: < Mmmm... Sigue siendo tu jefe?
Cibeles: < De momento, Sipi
Rhett: < Mmmm... Seguíis siendo pareja?
...
...
Rhett: < Se interpretan los silencios como Nopis?
Cibeles: < Sipi
Rhett: < Tienes ganas de mandarlo todo a la mierda?
Rhett: < De darle una patada en su añoradísimo culo?
Rhett: < Te cuesta respirar?
Rhett: < Crees que tu vida no vale nada si ya no vas a estar con él?
Rhett: < ¿?
Cibeles: < Sipi
Cibeles: < Sipi
Cibeles: < Sipi
Cibeles: < Supersipi
Cibeles: < ¡Cásate conmigo!
Rhett: < No funcionaría
Rhett: < Los dos estamos mutilados sentimentalmente
Rhett: < Eso es lo que más me jode

Rhett: < Además de llevarse lo mejor de mí mismo,
Rhett: < Sara encima se llevó mis ganas de volver a empezar
Rhett: < Y eso sí que es imperdonable
Cibeles: < Sara? La de la Epilady y el guante de crin?
Cibeles: < Sólo di Sipi o Nopi
Rhett: < Tocado y hundido
Rhett: < Sipi
Cibeles: < Qué te parece si cuando nos conozcamos mejor
Cibeles: < nos sometemos a una sesión de exorcismo?
Cibeles: < Digo, para quitarnos toda la negatividad de encima
Rhett: < Qué tal una sesión tranquila con buen vino
Rhett: < buena comida
Rhett: < y mejor sexo
Rhett: < ¿?
Cibeles: < Tentador
Cibeles: < Mmmm... Pregunta personal
Rhett: < Dispara
Rhett: < Entre tú y yo ya empieza a no haber secretos
Cibeles: < Dónde vives?
Cibeles: < Hemos hablado dos veces pero no nos hemos presentado del todo
Rhett: < Tú me mentirás cuando yo te devuelva la pregunta?
Cibeles: < No pensaba hacerlo, a no ser que tú lo hagas primero
Rhett: < Y cómo vas a saber si miento o no?
Cibeles: < No tengo ni idea: prueba
Rhett: < Aragón
Cibeles: < Fallido: try again!
Rhett: < Valeee! Toledo
Cibeles: < Se te agotan las vidas, joven Padabuán. Inténtalo de nuevo!
Rhett: < Por qué no puedo ser de Toledo, como la Tizona?
Rhett: < Qué pensarás ahora cuando te confiese que soy de Vigo?
Rhett: < Ahora me siento minúsculo y sin leyenda...
Cibeles: < De tener energía para reírme lo habría hecho
Cibeles: < Tanto se me nota mi origen que me suplantas?
Cibeles: < Cómo has sabido que era de Vigo y no de Lugo o de Orense???
Rhett: < Digo que YO soy de Vigo
Rhett: < Me tomas el pelo?
Rhett: < Dos trillones de mujeres en el chat
Rhett: < Cuántas posibilidades de dar con una de mi ciudad?
Rhett: < Ciberjúrame que no me mientes
Cibeles: < Por qué habría de hacerlo?
Cibeles: < Alucino!
Cibeles: < No pienso preguntarte dónde vives
Rhett: < Yo tampoco
Cibeles: < Chicos listos...
Cibeles: < Por cierto, no habré caído en la tentación de dar nombres, verdad?
Cibeles: < En mi relato de adulterio y concupiscencia, digo
Rhett: < Nopi, aunque yo sí
Rhett: < Recuerdas a la del Epilady y el guante de crin?
Rhett: < Pues me veo obligado a negar su identidad
Rhett: < Donde dije Sara quiero decir ahora Géminis
Rhett: < O Jenifer, o Estefanía, o Yolyzul...
Cibeles: < J

Cibeles: < No temas. No conozco a ninguna Sara
Cibeles: < Sara? Sara? Quién es Sara?
Rhett: < Este encuentro merece un brindis
Cibeles: < Pues sírvete algo a mi salud
Cibeles: < Yo estoy copa en mano
Cibeles: < Ya sabes, intentando meter en cintura el puto dolor
Rhett: < Por nosotros!
Cibeles: < Por nosotros!
Cibeles: < Rhett, me duele el alma
Rhett: < Dejará de dolerte cuando menos te lo esperes
Rhett: < Pero has de esperar y eso es lo peor
Rhett: < Definitiva?
Cibeles: < Definitiva? El qué definitiva?
Rhett: < La ruptura
Cibeles: < Sipi elevado a n
Cibeles: < Créeme si te digo que ya no me queda orgullo
Cibeles: < Pero la humillación no entra dentro de mis planes de felicidad
Rhett: < Has tocado fondo
Rhett: < Bienvenida al mundo de los muertos vivientes
Rhett: < Y él?
Rhett: < Se llevó la maquinilla de afeitar?
Cibeles: < No se llevó nada
Cibeles: < No le di tiempo
Cibeles: < Tengo miedo de entrar en mi baño
Cibeles: < Pequeñas porciones
Cibeles: < de lo que pudo haber sido mi vida y no fue
Cibeles: < acechan por todas partes
Rhett: < En la encimera...
Rhett: < En la toalla de baño que cuelga junto a la tuya...
Rhett: <En el cepillo de dientes huérfano de un tono azul intenso...
Rhett: < Un consejo: bébete la botella de vino antes de entrar allí
Cibeles: < Me lo dices por experiencia?
Cibeles: < La botella va camino de ser sólo un chisme de vidrio
Cibeles: < Sabes lo más gracioso?
Cibeles: < Que dentro de un par de horitas tengo que estar de nuevo en el trabajo
Cibeles: < intentado disimular lo que la infelicidad le hace a mi pelo
Cibeles: < a mis neuronas
Cibeles: < a mí por entera
Cibeles: < Tengo una secretaria que no me merezco
Rhett: < Ella lo sabe?
Cibeles: < Yo no sabía que ella lo sabía hasta hoy mismo
Cibeles: < Quise comprarle sus gafas de sol para ocultarme del mundo
Cibeles: < Y no sólo me las regaló,
Cibeles: < sino que me obsequió con una muestra de flash facial supercaro
Cibeles: < Y no creas que su sueldo es para echar cohetes
Rhett: < Vaya, se ve que aún quedan buenas samaritanas por ahí
Rhett: < Tómate la tarde libre
Rhett: < Si tienes secretaria será porque mandas un poco en la empresa
Rhett: < Me equivoco?
Cibeles: < Mandar? Lo único que hago es hacer bien mi trabajo
Cibeles: < Y por eso llevo más casos que ninguno de mis compañeros
Cibeles: < Tanto papeleo requiere la ayuda de alguien que clasifique,

Cibeles: < que coja el teléfono
Cibeles: < y que me ceda sus gafas de sol en momentos de suma urgencia
Rhett: < Recuerda que puedes mentir
Rhett: < Ahora ya sé que eres abogada
Rhett: < Eres como Natalia Verbeke en Al filo de la ley
Cibeles: < Me gusta que no me hayas comparado con Ally Mcbeal
Cibeles: < No la soporto
Rhett: < Qué caso te traes entre manos?
Cibeles: < Salir indemne de mi desamor
Cibeles: < te parece poco?
Rhett: < J
Rhett: < Me parece una tarea titánica
Rhett: < Y a qué piensas dedicar tu tiempo libre?
Cibeles: < A coser y cantar
Cibeles: < A bailar y gozar
Cibeles: < A lamentarme y llorar?
Cibeles: < No tengo ni idea
Cibeles: < Estoy pensando en irme de misionera a Angola
Cibeles: < Pero temo que en mi ausencia
Cibeles: < se me muera el ficus del salón
Cibeles: < o que mis dos mejores amigas se hagan geishas
Rhett: < Geishas!!! Y tienen aptitudes?
Rhett: < Qué exótico! Me gustan las geishas
Rhett: < Y tú, no preferirías unirse a ellas y abandonar la idea de África?
Rhett: < Mira que hace mucho calor
Rhett: < Y no hay vino para mitigar las penas
Rhett: < Por no hablar de los mosquitos...
Cibeles: < Vale, me hago geisha
Cibeles: < Y ahora qué?
Cibeles: < Encima de ser pusilánime
Cibeles: < voy a tener que apuntarme a clase de reflexología podal
Cibeles: < Te suena eso que hacen con la planta de los pies?
Rhett: < Te miento y te digo que no
Rhett: < para no quedar como un depravado?
Rhett: < No te miento: Sipi
Cibeles: < Qué es lo que hace tan excitante para ti esa técnica?
Cibeles: < Tienes una oportunidad para convencerme de que no me vaya a Angola
Rhett: < A falta de pruebas empíricas,
Rhett: < te diré que se trata de algo psíquico
Rhett: < Es como el súmmum del goce
Rhett: < Dudo que sea más placentero que el sexo ordinario
Rhett: < Pero si no duele...
Rhett: < Qué tiene de malo innovar?
Cibeles: < Conoces algún centro en el que den cursos de iniciación?
Cibeles: < Debajo de mi despacho hay un chino
Cibeles: < China Ming, se llama
Cibeles: < Menú del día 6 Euros, bebidas aparte
Cibeles: < Se celebran comuniones y bodas previa reserva
Cibeles: < Se acepta carnet de estudiante y jubilado
Cibeles: < Me daría unas clases la cocinera o tendrá los pinreles ocupados?
Rhett: < Depende
Rhett: < A lo mejor necesita tenerlos libres para amasar los rollitos

Rhett: < Prueba a preguntarle
Rhett: < El año que termine de pagar la deuda a la mafia
Rhett: < a lo mejor te da esas clases
Cibeles: < J
Cibeles: < Tienen una abuela tope china, con moñito y todo
Cibeles: < que entra por la mañana y no se va hasta la noche
Cibeles: < Dispondrá de tiempo ella?
Cibeles: < O tendrá que meter con el talón
Cibeles: < la leyenda en las galletas de la suerte?
Rhett: < Elemental, querido Watson...
Rhett: < Me voy a lanzar al vacío
Rhett: < Sin red
Rhett: < A pelo
Rhett: < Qué haces esta noche?
...
...
Rhett: < Entendido, cocina
Rhett: < Siento haber dicho lo único que no tenía que haber dicho
Cibeles: < Pensaba ir a cenar con mis amigas las geishas
Cibeles: < Aunque no tengo el cuerpo para demasiadas músicas
Rhett: < Déjalo, ha sido una temeridad
Rhett: < Sé que ahora pensarás que soy un sátiro
Rhett: < un cibersalido
Rhett: < Lo olvidamos?
Cibeles: < Lo cierto es que no
Cibeles: < No quiero olvidarlo
Cibeles: < Me gustaría conocerte
Cibeles: < Pero no sé si éste es el momento
Cibeles: < Y eso que ya te he pedido matrimonio dos veces...
Rhett: < Pues para darte el sí antes deberíamos vernos
Rhett: < Por lo menos para entregarnos los anillos
Rhett: < y saber cuál de los dos es más proclive al gasto incontrolado
Cibeles: < No busques más: ésa soy yo
Cibeles: < Pensé en ponerme el nick de Lady Visa
Rhett: < Genial!
Rhett: < No sabes lo que me consuela
Rhett: < saber que no voy a tener que esconder mis extractos
Rhett: < De la tarjeta, me refiero
Cibeles: < Volviendo al tema
Cibeles: < y en vista de que mi botella de vino no contiene ya más que aire
Cibeles: < Qué haces tú por la noche?
Rhett: < Estás intentando ligar con un desconocido?
Rhett: < Te advierto que puedo llegar a ser muy adictivo
Rhett: < Voy a hacer lo mismo que hagas tú
Rhett: < Si me dejas
Cibeles: < Sinceramente, crees que será buena idea?
Cibeles: < No acabaremos en la cama
Cibeles: < fingiendo que nos gustamos?
Rhett: < Es probable
Rhett: < Te aviso que causo furor J
Rhett: < Y qué tendría de malo?
Rhett: < Yo soy mayor de edad

Rhett: < No creo que mi madre te pida explicaciones
Cibeles: < Yo acabo de cumplir los 18
Cibeles: < Pero ya no llevo corrector dental
Cibeles: < Te ponen las lolitas?
Rhett: < Todas no
Rhett: < Tú sí
Rhett: < Y qué vas a hacer con tus amigas las geishas?
Rhett: < No me culparás después de tu lado libertino
Cibeles: < Son comprensivas
Cibeles: < Además, una de ellas está volviendo a ser feliz justo ahora
Cibeles: < Y a la otra no creo que le falte mucho
Rhett: < Es decir, que la única desdichada eras tú
Rhett: < Hasta hoy
Rhett: < Palabra J
Cibeles: < 21.30 en Il Boccaccio, al lado del estadio
Cibeles: < Sabes cuál es?
Rhett: < Sipi
Rhett: < Cómo sabré quién eres?
Rhett: < Podemos hacer como en las pelis
Rhett: < Clavel rojo en la solapa...
Cibeles: < Tú llevarás el manual que estás traduciendo en la mano
Cibeles: < y yo mi maletín de abogada abandonada
Cibeles: < Cómo lo ves?
Rhett: < Hecho
Rhett: < 9.30.11 Boccaccio. Puntual.
Rhett: < A ver, a ver, a ver...
Rhett: < Y si alguno de los dos se echa atrás y no aparece,
Rhett: < dado que no tenemos nuestros teléfonos,
Rhett: < el desertor ha de llamar al restaurante y preguntar por el otro
Cibeles: < Por quién preguntamos, por Rhett y por Cibeles?
Cibeles: < El camarero se va a partir la caja
Rhett: < Me alegro de que la gente sea feliz con tan poco
Rhett: < Hace?
Cibeles: < Hace
Cibeles: < Allí a las 9.30
Cibeles: < Creo que voy a tener que irme ya
Cibeles: < Ciega como estoy y con los párpados hinchados
Cibeles: < He de volver al despacho
Rhett: < Suerte, valiente
Rhett: < Y por el bien de nosotros dos,
Rhett: < no mires a los ojos a ese indeseable
Rhett: < Por lo menos hasta que nos conozcamos
Rhett: < Hasta para ser feliz hay que poner voluntad
Cibeles: < Prometido
Cibeles: < No me hagas esperar demasiado esta noche
Cibeles: < Podría arrepentirme y salir por piernas
Rhett: < No te preocupes
Rhett: < Sobornaré al maitre para que cierre la puerta con llave
Rhett: < Suerte en el despacho
Cibeles: < Gracias
Cibeles: < Qué estás traduciendo ahora?
Cibeles: < Instrucciones de podadoras, consolas, licuadoras?

Rhett: < De un cortapelos para la nariz

Rhett: < Tiene un diseño tan elegante...!

Cibeles: < J Pues que lo traduzcas bien y con salero

Cibeles: < Hasta la noche, cita a ciegas!

Rhett: < Hasta la noche, bombón

Paulina cerró el portátil con algo que casi era una sonrisa en la cara y le sorprendió comprobar hasta qué punto los polifenoles del buen vino eran mano de santo para aletargar la pena. Cuando cerraba la cremallera de la funda del ordenata, decidió que, en cuanto llegase al despacho, se ocuparía del temilla del sueldo de Silvia, no en vano ella había sido su gurú en las últimas horas. De ella había sido la idea de tajarse a base del caldo de la mejor uva. Se calzó con la habilidad de un funambulista y se dispuso a coger todas sus pertenencias para salir de casa. Bolso, gabardina, pinza del pelo, un toque de *gloss*, móvil... ¡Y a la calle!

CAPÍTULO 10

L

o de que un clavo quita otro clavo se había quedado demodé en unos tiempos en los que el desamor cicatrizaba a golpe de chat. Olvido se puso al corriente de todo lo acontecido en la vida de Paulina por vía telefónica. Lo de Alejo no la había pillado desprevenida; no en vano ella misma le había pronosticado ese final a no muy corto plazo. Sentía doblemente el dolor de su amiga, por no poder hacer nada para mitigarlo y por no haberle partido la cara bonita al adúltero de Alejo. Ambas cosas la afligían por igual hasta que Paulina, recién llegada a la oficina, la llamó y le contó la cara y la cruz de su pesaroso día. Bien es cierto que el porrazo sentimental pesaba más, mucho más, pero...

—... Le he propuesto que nos viéramos en Il Boccaccio a las nueve y media. ¿Temeridad? Dime que sí y ni aparezco. ¡Qué más me da a mí! Total, no lo conozco... Pero no me digas que no es coincidencia... ¡De Vigo!

A Olvido todo aquello de los ciberligues le parecía ciencia ficción, pero si eso había ayudado a Paulina a aliviar su sufrimiento en un momento en que ella sabía que ni la Primitiva lo conseguiría, bien venido fuese. La oyó contarle lo de la cita a ciegas, lo del maletín y el manual, con cierto entusiasmo. Le gustó notarla un poco más animada y se dijo que, si el tal Rhett resultaba ser un Cuasimodo, un elefante con dos cabezas o una niña de quince años que se hacía pasar por el hombre ideal, era un riesgo que tenía que correr. A fin de cuentas, ya lo había dicho Paulina: ¡qué más daba, ella no lo conocía!

Cuando colgaron, ya Olvido sabía más de Internet de lo que había soñado aprender en la vida. Aquella conversación tan poco animada había sido como un máster. Se enteró de lo que eran un nick, una sala, un privado, un emoticono, un enlace de espera y que se te caiga la red. Por primera vez echó de menos el ordenador que su ex maridito y futuro papaíto se había llevado en la mudanza de sentimientos. Paulina le había dicho que había hecho una reserva para que ellas tres cenasen con sendos acompañantes. La idea inicial no era otra que la de convencer a Santiago, el becario de Alejo (algo que seguro le tocaría la moral y el orgullo a éste, ya que perdería el privilegio de ser el único gallito del corral) y a sus dos mejores amigos, waterpolistas de pro y con unas espaldas más anchas que el canal de Suez, de que una velada con tres maduritas tendría su punto. Dado que Paulina había optado por dejarse querer en brazos de un desconocido, el sueño erótico de Olvido había quedado en agua de borrajas.

—¡Mejor que mejor!

En el fondo, muy allá en el fondo del todo total, Olvido se alegraba de que el plan de la cena se hubiese ido al cuerno. Ella no tenía la entrepierna para nada ni nadie que no fuese su Marco y se conocía lo bastante para saber cómo se comportaría con cuatro vinos, un chupito y media copa encima. Por nada del mundo (mentirijilla) querría romper el hechizo psíquico que el profesor ejercía sobre su cabecita. Cenar con tres waterpolistas embutidos en camisetas más ajustadas que una braga náutica y con el cerebro borracho de adrenalina se le antojaba demasiado tentador para una recién separada que acaba de recuperar las ganas de vivir.

Con la miel en los labios pero con los pies en la tierra, cogió el coche y puso rumbo al El Corte Inglés. Era viernes, no tenía plan, Francisco seguía siendo un capullo de cuidado y su culo no cejaba en su empeño de usurpar la talla de una gorda golosa, motivos más que razonables para regalarse una tarde de despilfarro. Lo que más le gustaba de darse al *shopping* era tomarse el tentempié en la cafetería: tortitas con helado de mantecado y sirope de chocolate acompañado de un batido de fresa. ¡Mmmmm! «Pensándolo bien —se dijo—, creo que mi culo puede ocupar la 46 una tarde más; a fin de cuentas no es plan tener que tirar toda la ropa del armario...»

Nada más aparcar, la realidad le golpeó el careto con la fuerza demoledora que sólo el desequilibrio es capaz de alimentar. Cinco o seis plazas más allá, un coche ranchera de papá modelo y mujer con mechas hasta en la cejas le hizo recordar que ella ya no era la mujer de Francisco. Aquella gorrina con el pelo frito tampoco lo era, pero paseaba del brazo del que, hasta hacía bien poco, ocupaba el mejor lado de su cama y acostumbraba a no tirar a la basura los

envoltorios de las magdalenas. Una oleada de nerviosismo+dolor+hambre de venganza se apoderó de ella y, ante la negativa de sus piernas a obedecer la orden de levántate y anda, se quedó petrificada dentro de su hermoso Lupo amarillo viendo a su ex felicidad riendo y mirando a la rompehogares que ahora llevaba del brazo como si fuese la mismísima Sharon Stone. Olvido notó entonces que su culo crecía por lo menos dos tallas, al igual que su pena y su angustia por ser la única de aquel trío que no era capaz de recuperar su tono vital.

Sólo cuando ellos desaparecieron tras las puertas correderas de cristal fue capaz de soltar el aire. Un suspiro enorme, tan fuerte como lastimero, provocó un tornado en el interior del Volkswagen. Miles de diminutas partículas de polvo en suspensión la acompañaron en tan íntimo trance. Ella, junto a las legiones de ácaros, hizo acopio de fuerzas para, una vez que lograrse hacer de lo que quedaba de sí misma algo parecido a una superviviente, abandonar el coche. Podía elegir entre varias opciones, y largarse de aquel gran almacén era la más sensata.

—¡Hijo de puta! ¡Qué feliz pareces!

Eso, exactamente su dicha, la de él, fue lo que la decidió a salir del coche. Cuando oyó que la puerta de su Lupo se golpeaba al cerrarse, tuvo un momento de indecisión. ¿Que conseguiría haciéndose la contradicha con aquellos dos sin vergüenzas? ¿Humillarse? ¿Destrozarse la única parcela del alma que aún no daba lástima? Del mismo modo que nunca supo explicar por qué cuando niña se toqueteaba un diente flojo pese al dolor considerable que esto le causaba, su necesidad de obligar a Francisco a mirarla de nuevo la cegó. Mientras entraba en el ascensor y pulsaba el botón de la planta de la cafetería, no dejaba de envidiar a esa zorra por cómo él la llevaba del brazo, orgulloso y complacido por haber encontrado lo que quería.

—¿Y qué es lo que quería, por Dios bendito? ¿Eso...?

Desde que Francisco la había dejado compuesta y sin marido, Olvido solía hablar sola. ¡Qué remedio! Era algo a lo que se había acostumbrado sin apenas reparar en ello. Alcanzada la segunda planta, las puertas correderas del ascensor se abrieron, dejándole vía libre para ir a escornarse contra lo que pudo haber sido y no fue. Cuando ella salía, entró una embarazada a punto de dar a luz, con los tobillos tan hinchados que le rebosaban de los zapatos. En ese mismo instante recordó, si es que alguna vez lo había olvidado, que la pendanga que iba de bracet de Francisco estaba embarazada. De él. La otra iba a darle el hijo que le correspondía haber parido a ella, que para eso era su mujer. Tuvo que apoyarse en la papelera para no perder el equilibrio.

—Un batido de fresa y...

—¡Hombre, qué sorpresa!

El camarero, que hasta ese momento estaba tomando nota de lo que se iba a zampar Olvido, se volvió. Por supuesto: Francisco+La otra=Me voy por la pata abajo.

—¡Hola, Vidín! —Francisco se acercó a Olvido, que estaba sentada y no podía hacer nada con sus piernas, que se negaban a obedecerla y echar a correr—. Nos íbamos a sentar y me ha parecido verte. ¿Cómo estás?

Cual autómeta, ella respondió que bien, sin dejar de mirar con el rabillo del ojo a la intrusa. La nueva encarnación de Mata Hari se había quedado relegada a un segundo plano (del que nunca debía haber salido), saludando con diplomacia desde la lejanía (nunca suficiente) y sentándose a una de las mesas de la zona de no fumadores. Francisco se había dado la vuelta para ver cómo reaccionaba la flamante madre de su futuro hijo y, una vez que él confirmó que ésta había plegado velas, Olvido casi pudo ver cómo se le aflojaba la nuez en el gorjal. El camarero se retiró intuyendo que la conversación iba para largo y que la otra señora, la que se había retirado a la zona libre de humos a morir en soledad, de seguro iba a necesitar algo que llevarse a la garganta. A Olvido le vinieron las ganas de decirle al muchacho que le llevase ración y media de soga para el cuello, que pagaba ella aunque tuviese que hipotecar su minipiso.

—¿De compras? —La pregunta llevaba implícita la respuesta; Francisco no quería pisar terreno pantanoso haciendo algún comentario que los llevase por derroteros demasiado personales—. Yo... Esto, Vidín, que me alegro de verte tan guapa. ¿Esperas a alguien? Lo digo porque si quieres puedes sentarte con nosotros...

Ni él lo decía en serio, ni ella estaba dispuesta a caer en tal inocentada. Aun así, Olvido volvió a

contestar como impulsada por su propio orgullo. O lo que quedaba de él. Se excusó, pretextando no sé qué de una reunión de mujeres y que las demás siempre llegaban tarde. Él tampoco le creyó pero actuó como si su ex mujer se hubiese convertido en una auténtica jugadora de mus. Ambos se despidieron: dos besos (plas, plas), un pseudo abrazo (mmmmmm) y un «nos hablamos» (¿qué quedaba por hablar?).

—Por cierto... —Francisco ya se iba, pero pareció recordar algo sumamente importante—. ¿Cuándo te viene bien que pase por tu casa a buscar la Thermomix que nos regaló mi madre? Sé que no la usas y, con la llegada del niño, creo que nos sería muy útil...

¡Por Dios bendito! ¿Es que aquel adúltero sanguinario no iba a dejar de hurgarle en la herida nunca jamás? ¿Es que aquella Zorra-Zorrae iba a despojarla también de los regalos de boda? Olvido se quedó tan petrificada que no pudo decir esta boca es mía. Ni siquiera logró sonreír, lo que, en tamañas circunstancias cardíaco-afectivas, se le antojó poco menos que un milagrito. Francisco se coscó de que no había estado muy afortunado con su reclamación, pero sintió que se quitaba un peso de encima porque, al menos, ya lo había intentado. Su ex secretaria y ahora pareja le daba la brasa día y noche (más de noche que de día, puesto que el embarazo le producía insomnio) con que tenía que pedirle a Olvido el electrodoméstico, porque «no pensarás criar a tu hijo con potito industrial, ¿verdad?» Él no tenía ni idea de cuál era el problema con el potito de farmacia, pero si su amor quería la Thermomix, podía darse por jodido.

—Íbamos por el batido de fresa, señorita...

El camarero llegó no bien Francisco le había provocado un acceso de pánico a la pobre Olvido. Ella no reparó ni en el mozo ni en que su ex marido se había ido; sólo se miraba la uñas y se preguntaba por qué las mayores tragedias de su vida siempre la pillaban con la manicura francesa sin hacer. No quería dar que hablar, no quería montar una escena típica/tópica de mujer abandonada, despechada, dolida y cabreada, pero un lagrimón se estrelló contra la mesa de formica cara de la cafetería del El Corte Inglés. El camarero, aunque no era una lumbrera, sabía reconocer en el acto dónde había pupa, pues no en vano era gay y estaba casado con la mejor amiga de una prima suya por imperativo moral. Tras deducir que las lágrimas tenían algo que ver con aquel hombre larguirucho y bien conservado que acababa de marcharse, se acercó a la sufriente.

—Oiga, belleza... —Olvido alzó la mirada para ver quién osaba sacarla de su limbo de aflicción—. Creo que más que el batido, lo que a usted le conviene es un buen Martini Extra Dry con dos guindas y un poco de agua de Seltz. ¡No me lo rechace! Verla tomando una bebida sofisticada le va a tocar mucho las narices al caballere ese. Créame, yo de esto entiendo. ¡Y séquese las lágrimas antes de que se le corra el rímel! Tome.

El chico se sacó del bolsillo un paquete de Kleenex con olor a lavanda y se lo ofreció entero. Ella lo cogió con perplejidad sin saber quién era aquel ángel que le había regalado un paño de lágrimas. Se sorbió los mocos y se pasó el dedo índice por el párpado inferior. Era obvio que el rímel tenía un límite de tolerancia al agua que estaba a punto de verse sobrepasado. Olvido sonrió con la poca energía que aún le restaba, y el camarero se convenció de que podría dejarla sola durante unos minutos mientras él iba a por la bebida.

—Gracias... Alberto Órbigo.

Olvido se esforzó por leer la chapa que él llevaba en la solapa con su nombre serigrafiado. «Órbigo, menudo apellido», pensó. Y lo cierto es que nunca lo había oído, pero, pensándolo bien, nunca antes le había lanzado un camarero un flotador salvavidas en plena debacle vital. Mientras lo observaba alejarse, intentó no mirar hacia la mesa en la que sabía que estaba Francisco con la Otra, pero la tendencia masoquista que se le había manifestado al enterarse de que él la abandonaba no desaprovechaba ni una oportunidad para causarle dolor. Ella se repetía que no, que podía mirar en cualquier dirección excepto hacia la derecha. Pero ¡zas! Por supuesto, miró. Y lo que vio no sólo no le gustó sino que sus ojos se convencieron de que ya era hora de asimilar la realidad que tenía delante de las narices, a saber: aquellos dos eran una pareja, y ella ya no pintaba nada. Ni siquiera para hacer el ridículo. Allí estaban, completamente ajenos a su presencia y compartiendo una copa de helado tamaño embarazada glotona (y nunca mejor

dicho).

—Un Dry Martini con unas guindas y unas olivitas dispuestas al estilo del chef... ¿Qué tal?

—Alberto Órbigo lo depositó todo sobre la mesa y le regaló a Olvido una sonrisa que a ella le pareció deliciosa. No estaba en condiciones de ligar, pero el chico era guapo aunque condenadamente gay. La palabra «condenadamente» no tiene en este caso otro matiz que la imposibilidad de Olvido de llevárselo a la cama aunque tuviese que esperar cuatro años a que a él le saliese la barba cerrada.

—No te vayas muy lejos, no creo que tarde mucho en necesitar otro. —Y ella le guiñó un ojo. Fue entonces cuando se percató de lo hinchados que los tenía. Se llevó la mano a las ojeras y se preguntó si aquella almohadilla que notaba bajo su globo ocular tendría color semana santa—. Una última cosa, Alberto. ¿Mis ojeras son violeta?

—¿Ojeras? ¿Qué ojeras? ¡Disfrute del Dry Martini y dese una vueltecita por la planta de lencería! Por si no lo sabe, ahora tenemos en exclusiva los diseños de JLo, la bomba latina. —Y se fue por donde había venido.

Olvido se llevó a los labios el Martini, no sin antes olfatear aquel cóctel tan femenino. La copa de boca ancha tipo cava con las dos guindas ensartadas en un palillo le sirvió para ocupar en algo sus manos nerviosas mientras se resistía a dirigir la vista hacia la zona prohibida. Para su sorpresa, aquella bebida dulzona era agradable, más de lo que su nariz le había hecho sospechar nada más echársela a la pituitaria. Tras la quemazón típica de las bebidas alcohólicas a palo seco, notó una curiosa sensación de beatitud. Tomó otro lingotazo y se preguntó si eso sería lo que bebía Carrie Bradshaw en *Sexo en Nueva York*.

Los del helado grasiento a medias (su ex y su concubina) continuaban con su festín amoroso poniéndose morados de nata montada y sirope de fresa. «A mí plin», pensó Olvido. Cucharada iba, cucharada venía. «A mí plin.» Se limpiaban las comisuras de los labios el uno al otro. «A mí plin.» Ella se llevaba la mano a la barriga. «Oh, oh, a mí casi plin.» Él le coge la mano y no deja de mirarla. «Mierda. ¿Dónde está mi plin? ¿Y mi Dry Martini?» Ambos se miran embelesados, y ella coge su bolso. «Necesito saber dónde cojones está mi plin.» Él se adelanta y viene hacia ella. «¡Alberto, tráeme otro Dry ya mismo!»

—Vidín, nos vamos ya, me alegro de verte.

«Qué te den, gilipollín.»

—¿Nos llamamos la semana que viene para lo de la Thermomix?

«Tiene más arrugas, eso seguro.»

—Un beso.

«Ni se te ocurra, no quiero ni olerte.»

—Hasta luego.

«No te vayas. No te vayas. No te vayas. No te vayas. Vale, vete.»

No fue hasta que Francisco cruzó la puerta que ella pudo volver a respirar sin la sensación de que los pulmones se le llenaban de gas cianuro. El ambiente ya no le parecía plúmbeo, y hasta sus manos eran dueñas de sus actos. Cogió la cartera y puso el dinero en el platillo de la cuenta. En El Corte Inglés no se admitían propinas, así que no pudo agradecerle a Alberto su apoyo como le habría gustado, de modo que cogió un boli, su flamante Montblanc de resina roja que Francisco le había regalado en su último cumpleaños y escribió en el tique:

Estimado Alberto:

Espero que el rojo sea uno de tus colores favoritos y, en caso contrario, que te aficiones a él de ahora en adelante. Es un Montblanc y siempre escribe a la primera: todo tuyo.

No es que el elegante bolígrafo fuese el último vestigio que le quedaba de su acabado y fallido matrimonio, pero deshacerse de él se le antojaba necesario para poder pasar página. Y qué mejor ocasión que aquella. Cogió sus pertenencias y se dispuso a abandonar la cafetería no sin antes guiñarle otra vez el ojo al tal Alberto y advertirle que fuese a recoger su mesa cuanto antes. Él correspondió con una sonrisa, otra, que ella agradeció tanto como la primera, preguntándose por

qué todos los hombres sensibles o estaban casados con otra o eran gays. Bueno, o estaban de excursión. En cuanto dejó atrás a Alberto, le vino a la mente la imagen de Marco en la fiesta de disfraces y pensó que no había infelicidad que cien años durase. Instantáneamente, recordó su desayuno sorpresa y sus ansias de retomar una historia de pasión que había empezado muchos, muchísimos años antes, y le reconfortó saber que había vida tras su fracaso con Francisco. Mientras examinaba una figurita de Lladró que valía 465 euros, se dijo que había llegado la hora de no volver a mirar atrás.

—¿Puedo ayudarla en algo? —Una chica uniformada y con la expresión insegura de quien no sabe si la van a mandar a paseo de un momento a otro la abordó sin rodeos.

—Pues verás, a no ser que puedas desintegrar a mi ex marido, secuestrar a su pareja y traerme a mi antiguo amor de vuelta de su excursión de fin de curso, creo que no, pero si quieres podemos fingir que no nos hemos conocido.

La dependienta se preguntó otra vez para qué coño habría cumplimentado la solicitud de trabajo para cubrir una baja maternal en aquellos puñeteros almacenes. «Tú vales para esto, nena —le había dicho su padre—. ¿No ves el don de gentes que tienes?» Y lo tenía, pero no lo bastante acusado para saber qué hacer o qué decir en momentos como aquél. A solas con su sonrisa de dependienta del mes, se preguntó de qué le servía aquella expresión bobalicona que se le había quedado congelada en la cara.

Olvido cogió el ascensor. Una vez dentro y, como mandan los cánones, se miró en el espejo. Un horror. Un horror horroroso. Horripiloso. Se apresuró a buscar en la negrura de su bolso sus gafas de sol para disimular en la medida de lo posible los nocivísimos efectos que el sufrimiento había causado en su zona ocular. Efectivamente, sus ojeras eran moradas. Lilas, del color de hábito de ofrecida. Alberto, el camarero-amigo, había fingido no verlas, pero lo cierto es que las tenía, y muy pronunciadas. Ya con las gafas puestas, Olvido llegó a la planta de complementos. Salió del ascensor con la sana intención de echar un vistazo y, sin gastar nada (ja, ja...), coger el ascensor del otro lado hasta la planta del aparcamiento. No sé si se entiende la importancia del paseo-excusa, pero ella sabía lo necesario que era para tener la sensación de que su visita al centro comercial había recobrado su objetivo lúdico inicial.

Con un surtidillo de bisutería barata y lacas de uñas tamaño mini que seguro que no iba a usar nunca (¿alguien en su sano juicio se pintaría los pies con una laca que brilla en la oscuridad?) se metió de nuevo en el ascensor para, entonces sí, irse derechita al aparcamiento. Pulsó el —2 y se alegró de no haber decidido visitar la sección de zapatería, pues el último berrinche le había costado la mitad del crédito de la Visa. El ascensor se detuvo en varias plantas. La gente entraba y salía sin mirarla siquiera a pesar de que no era muy normal lo de llevar las gafas de sol puestas. Su anonimato la reconfortó, y le encantó poder llegar a la puerta de su Lupo sin cruzar palabra con nadie. Ni con Dios, ni con el diablo. Ya dentro del coche, su soledad volvió a golpearla en todo el morro. Desde su asiento frente al volante, podía ver el coche de Francisco, y la desdicha la volvió a embargar. Introdujo la llave en el contacto, metió la primera y arrancó para dejar atrás lo que ya no quería volver a ver. Su CD de David Calzado y la Charanga Habanera cantaba aquello de

*Me dicen que tu amor me está matando por dentro,
deja que sigan, que hablen,
que digan que estoy muriendo...*

Entre canción y canción, Olvido consiguió llegar a casa sin saber muy bien cómo. Condujo como autómatas calle tras calle respetando únicamente los semáforos muy evidentes y las inevitables retenciones de comienzo del fin de semana. Nada más abrir la puerta de casa, la invadió una sensación de paz que hacía horas que necesitaba. Era reconfortante llegar al hogar y encontrarse con parte de una misma. El olor a canela, a lirios frescos, a detergente para suelos de madera, a su propia ropa... Todo aquel popurrí la ayudó a recomponer el puzle en el que se había convertido aquella tarde. Dejó el bolso y la chaqueta en la entrada y, no bien había puesto un pie

en su habitación, el regalito sorpresa de Marco pareció recibirla con los brazos abiertos como un armario de dos cuerpos. Olvido se tiró en plancha sobre la cama, boca abajo, y hundió la nariz en el edredón. Con la mano derecha atrajo hacia sí la bandeja del desayuno sorpresa y permaneció largo rato así, en una postura como de crucificada.

—¿Quién coño será?

Buena pregunta. Olvido seguía con el síndrome del avestruz, con la cabeza enterrada bajo su cobertor de plumón, cuando oyó que le sonaba el móvil. Podía hacer dos cosas: a) responder b) no responder. En cualquiera de ambos casos, le habría encantado saber quién era sin mover un solo músculo. Mientras el móvil le suplicaba agonizante que lo cogiese, ella se preguntó quién podía estar molestándola sin respetar el luto que guardaba. Para variar, el teléfono dejó de sonar justo cuando ella ya casi lo tenía en las manos. Tras cagarse en cosas diversas y proferir un juramento de difícil transcripción, Olvido miró el listado de llamadas perdidas y vio que tenía cuatro. ¿Cuatro? Pues cuatro.

—¿Qué pesada! —Llamada perdida 1: su madre.

»¡Ni puta idea! —Llamada perdida 2: número privado.

»Pero ¡qué coño...! —Llamada perdida 3: número privado.

»¡Pau! —Llamada perdida 4: Paulina.

De las cuatro llamadas, sólo una pareció importarle, y no era la de su madre precisamente. No hacía mucho que había hablado con Paulina y sabía de sus intenciones de irse a cenar con el tal Rhett. Cabía la posibilidad de que, a última hora, la tal se hubiese echado atrás por miedo a encontrarse con un psicópata o un depravado al que le encantase untarse el trasero con crema de cacahuete. Buscó en la agenda del Nokia el número de Paulina sin soltar ni por un instante la bandeja del desayuno. La osita de tutú verde que presidía el festín calórico con el que Marco la había agasajado tenía una mirada casi tan dulce como la pastelada que la rodeaba. Dio con el número pero, cuando se disponía a marcar, el móvil rompió a sonar de nuevo. Su madre *again*.

—¿Dime, mami! —Aquella tarde pródiga en sensaciones encontradas estaba resultando ser un reencuentro con el pasado. No es que su madre formase parte de esa parte de la familia de la que se había distanciado tras su separación (la compasión colectiva es odiosa), pero digamos que tampoco le entusiasmaba el tono ultramaternal con que la interrogaba sobre el tema.

—¿Es que no eres capaz de devolverle las llamadas a tu madre? ¿Dónde estabas? —Esas, precisamente ésas, eran el tipo de cosas que Olvido no soportaba de su progenitora. Tuvo que morderse la lengua para no contestarle que estaba metiéndose el dedito en la nariz y que no le había devuelto la llamada por falta de amor—. Han llamado preguntando por tu teléfono...

—¿Han llamado? ¿Quién ha llamado, mami? —Olvido no dejaba pasar la oportunidad de parodiar el estilo galaico-castizo que empleaba su madre al abandonar el gallego. Como es sabido, los naturales de Orense pero censados en Vigo tienen tanto mundo que emplean las formas compuestas del verbo como el mismísimo Unamuno.

—¿No te lo estoy diciendo, hija? Ha llamado un hombre, ha dicho que era tu profesor de literatura española del coleg...

—¿MARCOOOOOO? ¿Ha llamado Marco? ¿Se lo has dado, mi teléfono, se lo has dado? —A Olvido el corazón le latía tan fuerte que le golpeaba las costillas como si fueran un xilófono.

—Claro que se lo he dado, Vidín. El caso es que después me arrepentí de no haberte consultado antes. ¡Pasan tantas cosas raras hoy en día...!

En el mismo momento en que su madre admitió que le había facilitado su número de móvil a Marco, Olvido sintió como si sus pies se elevaran tres cuartas sobre el suelo. Paradojas de la vida, hacía una hora escasa que estaba convencida de que su caca de vida no tenía remedio y de que iba, inexorablemente, derechita al fracaso. ¡La de cosas buenas que aún tenía el destino guardadas en la manga! Se puso tan contenta que su madre no pudo por menos de preguntarle si se había tomado un par de copas de fino Santa Catalina, ese vino dulce que tantas depresiones había curado en la familia.

Cuando consiguió que su madre diese por terminado su inventario sentimental —«¿cómo estás?, ¿te sientes bien?, ¿has adelgazado algo?, ¿tienes a alguien que te cambie las bombillas?, tu padre

está muy contento de que no te hayas hecho lesbiana y *Beckham* (el perro) tiene pulgas y diarrea, ¿será una fiebre asiática tipo la gripe del pollo?»—, Olvido le preguntó si sabía cómo había dado el profesor de literatura con el teléfono de su casa. Ella le contó que el hombre que había llamado aseguró tener guardada la ficha escolar de Olvido en la que aún figuraban no sólo el número de teléfono familiar sino también su dirección y el horario de las tutorías. «Para cagarse», pensó Olvido. Colgó el aparato sin despedirse y se apresuró a abrir de nuevo el listado de llamadas perdidas. Volvió a comprobar que había cuatro, la de su madre, dos de un número desconocido y la de Paulina. Estaba claro que las dos sin identificar tenían que ser suyas. De él. De su Marco. Se tumbó sobre la cama, boca arriba y buscó la posición más cómoda para dejarse morir mientras esperaba a que él volviese a llamar. Miró otra vez a la osita de la bandeja de desayuno y se vio a sí misma en la fiesta de disfraces. ¡No había caído en la cuenta hasta aquel instante! Haberse disfrazado de Esperanza había sido una premonición, una señal, una decisión del destino que no podía ser fortuita.

—*My sweet teddy bear...* ¡Conserva mi ficha escolar! ¡Aiiiiiiins!

Elvis Presley ya lo había cantado muchos años antes, pero Olvido interpreto una version del tema tan propia como ochentera. Volvió a coger el móvil con la intención de llamar a Paulina y a Coro para contarles la muy esperanzadora buena nueva. Pero cuando ya iba lanzada a marcar, recordó que no tenía contratado con Timofónica el avisador de segunda llamada: ¿y si, en el hipotético caso de que Marco volviese a telefonarla, se cansaba de que ella no dejase de comunicar y no volvía a llamar jamás de los jamases? Olvido notó que se le hacía un nudo as de guía en el intestino y se dijo que lo mejor sería no ocupar la línea por frivolidades. Un SMS:

La reputamadr di krdero Tngo 2 prdidias d Marco No m llaméis, stoy sperando la 3ª y dfinitiva: Follar s kmo andar n biciklta? J

Sin esperar a que ninguna de ellas le contestase, se fue directa a la ducha. Si tenía que esperar a que él volviese a llamarla, qué mejor para mitigar el desasosiego que un super *bubble bath* con sales de Elizabeth Arden. Entró en el baño con el móvil en ristre preguntándose si al abrigo de los azulejos la cobertura se vería afectada. Comprobadas las barritas en la pantalla, le reconfortó saber que su minipiso ofrecía otra ventaja además de la de no tener que dedicar más que dos tardes a la semana a pasar la aspiradora. Se miró en el espejo mientras se despojaba de la ropa. La idea de que Marco pudiese llamarla en cualquier momento le provocaba tal subidón de adrenalina que la imagen de su cuerpo en el cristal le pareció poderosamente femenina y atractiva.

—Con la salvedad del perímetro caderil, la verdad es que no estoy mal del todo.

Y no lo estaba. No estaba mal en absoluto, aunque tuvo que reconocer que había días en que las ojeras parecían colchonetas de playa. Se pasó la mano por el párpado inferior y pensó que, hasta que Marco volviese de su excursión, tendría tiempo de ir a ver a Soraya para que le drenase un poco los muslos e hiciese algo con aquella acumulación de líquido bajo sus ojos. Antes de meterse en la bañera, fue a su habitación y encendió la minicadena. No solía darle mucho volumen para no molestar a su vecina, una testigo de Jehová que no entendía la vida si no era en oración y entrega a la comunidad espiritual. Olvido y ella habían aprendido a respetarse mutuamente cuando la primera se había enterado de las infidelidades del marido de la segunda con una cupletista del Brasil, el *music hall* con más tradición de todo Vigo.

—¿Y no me mereceré una copita?

Se la mereciese o no, se la sirvió y, en porretas, se fue hacia el baño. Destrozando en perfecto spanglish el mítico *Nefe conagú yuaaah* (*Never gonna give you up*, del ochentero Rick Astley), se dejó fagocitar por la cordillera de espuma que rebosaba de la bañera. Lamentó, no por primera vez, el no haber invertido en unos interruptores con regulador de la intensidad lumínica. Claro que también lamentó no ser Cleopatra para poder bañarse en leche de burra, pero eso era harina de otro costal. Allí, desde sus termas espumosas particulares, vio extinguirse los últimos rayos de sol, lo que le recordó que casi era viernes por la noche y que no tenía más plan que el de

quedarse en aquel baño hasta que la piel se le arrugase como una pasa. Bueno, eso y aguardar a que Marco volviese a llamar, claro.

Con los ojos cerrados y aún apabullada por la vorágine de sensaciones del día, oyó el pitido del Nokia que le avisaba de la llegada de un SMS. Como había dejado el móvil en la encimera del lavabo, cerca de la bañera, notó que el terminal se arrastraba sobre la cerámica por tener activado el vibrador. Ignoró el mensaje, pues sabía que era de Paulina o de Coro. A los pocos minutos sonó otra vez la señal de SMS, pero ella no cejó en su empeño de relajarse. Oyó otra vez que el móvil se movía por la encimera, pero no reparó en que se movía hacia ella. Se hizo un silencio que precedió a un ¡choooooof! que resonó entre las paredes de azulejos. Tardó unos segundos en reaccionar: «¿Chooof? ¿Qué choooooof? Pero ¿qué coño...? ¿¡Mi móvil!? ¡Nooooooooooooooooo!»

Pues iba a ser que sí. Se puso a palpar con la mano el fondo de la bañera y encontró el aparato sumergido cerca de salva sea la parte. No se lo podía creer. Lo sacó del agua rauda y veloz, y se puso a soplarle, apretándolo contra sus manos en un intento de hacerle un ciber boca a boca. Se cagó en todo lo imaginable y/o cagable y se incorporó en la bañera a la velocidad de una avispa en celo. Intentó resucitar el móvil a golpe de toalla, pero tampoco. Un sinnúmero de símbolos ininteligibles empezaron a parpadear en la pantalla, incluidos aquellos que representaban los tacos que soltaba Mortadelo, el personaje del genial Ibáñez. Tuvo la certeza de que la resucitación del celular no iba a ser tarea fácil. Con medio cuerpo ya fuera del placer del agua superjabonosa, se preguntó en qué momento del día el mal farío la había escogido como conejillo de indias.

Cuando se convenció de que su móvil no se estaba aclimatando a su nueva condición de anfibio sino que estaba muerto de muerte total, ella abandonó el agua sin dejar de cuestionarse seriamente la posibilidad de tomarse una botella de whisky y olvidarse de Marco, de Francisco, de sus cartucheras, de su trabajo *tedioso* y hasta de la madre que la parió, que no dejaba de compadecerla ni un solo día desde que se había separado. Tardó un minuto y medio en recobrar la cordura y comprender que ya era tarde para volverse atrás, al menos en lo que a Marco se refería: si tenía que olvidar a su ex marido con algo, mejor follando que haciendo macramé.

—¿Qué voy a hacer? ¿Y si me llamase ahora?

Pues si llamar, llamaba, lo tendría claro. El móvil no sonaría. Por mucho que ella rajase, renegase y se escornase, aquel celular no iba a recuperar el resuello. Se tumbó encima de la cama, envuelta en el albornoz, y se le ocurrió una idea. La mejor idea. «¡Mierda! —se dijo—. Ya no me da tiempo.» Y cierto era que no le daba: eran casi las diez menos cuarto, y su super-plan-de-emergencia-que-te-cagas no era otro que regalarse un nuevo terminal. El Corte Inglés cerraba a las diez clavadas (22.00 *o'clock*) y, contando con que no hubiese tráfico, con que se encontrase los semáforos (todos) en verde, con que las viejas-cruza-paso-de-peatones no se empeñasen en obligarla a cumplir su deber cívico y con que quedase suficiente gasofa en el Lupo para que ella no tuviese que empujar sus huesitos hasta el hipermercado, podría llegar a las diez menos un minuto. Contando también con que el dependiente de turno no tuviese ya la caja cerrada y con que hubiese algún teléfono por menos de cien euros, la catástrofe se podría solucionar, pero, si descontaba el tiempo que le había llevado urdir el plan, sólo había una conclusión posible: no llegaría.

—¿Y si me cago en Pilatos?

Se cagó en él y hasta en la última pezuña de los de su ralea, pero aquel pequeño electrodoméstico no se encendió. Lo doblemente fastidioso del asunto era que aquella incomunicación la dejaba sin posibilidad de pedir auxilio a la pizzeria de abajo de cara a la cena. Bien es cierto que bastaba con que se pusiera un chándal, se calzase las Nike y bajase hasta allí para que el asunto perdiese su naturaleza de problema, pero no estaba para esos trotes. Una vez más se arrepintió de no haber aceptado el aparato de teléfono fijo que le había ofrecido Coro al enterarse de lo acontecido con el que ella tenía en las manos el día que Francisco le soltó lo de su paternidad. Destrozado. Hecho añicos. La pieza más grande que quedó era del tamaño de un altramuz. El aparato había volado por los aires antes de estamparse contra la pared del dormitorio, en la que, por cierto, aún

se podía ver la marca que el proyectil había dejado en la pintura. Pues bien, si hubiese aceptado la generosidad de Coro, aquella noche habría cenado caliente. Por si no tuviera suficiente con la ansiedad que le provocaba que Marco no pudiese llamarla, encima su flora intestinal amenazaba con convertirse en una jaula de bacilos ansiosos por propagarse.

Olvido fijó la mirada en la ventana de su habitación y se resistió a aceptar que ya era hora de encender la luz. A duras penas alcanzaba a distinguir algo que no fuesen formas en la penumbra, pero no le importó. El espectáculo de las pequeñas bombillas que se encendían y apagaban en el edificio de enfrente la hizo sentir un poco *voyeur*. Aquellos visillos baratos y translúcidos que invitaban a la violación de la intimidad la dejaban colarse un poco en cada una de aquellas minicasas que, al igual que la suya, tenían pinta de ser un hogar cuando en realidad no eran más que pequeñas ratoneras con una distribución aceptable. La proximidad entre edificios le permitía ver seguramente más de lo que a sus desconocidos vecinos les hubiese gustado.

—¡Qué rico...!

A Olvido se le inundó la boca de saliva y hasta le pareció percibir el olor a patatas fritas. La cocinerita que divisaba en el edificio de enfrente y que ignoraba que estaba siendo observada, batía huevos en un bol con cierta maestría mientras decenas de tiras de tubérculo chisporroteaban en la sartén. Manejaba el tenedor con destreza taurina cuando Olvido vio que alguien más llegaba a la cocina. Sin duda, era hora de dejar de espiar una felicidad conyugal que a ella se le había negado. No pudo soportar aquella escena rebosante de amor en la que un Adonis asía por la cintura a su Afrodita mientras ésta removía los huevos para la dulce tortilla. Olvido se encontró una vez más sola, abandonada por la fortuna y con un móvil submarino: «Caca de la vaca», pensó. Apartó la vista justo cuando el recién llegado deslizaba una de sus manos hasta uno de los pechos que, seguro, le habría tocado dentro de la santidad del matrimonio.

—Me estoy volviendo loca.

Miró a la osita de tutú verde que seguía presidiendo la bandeja del desayuno y se dijo que, sin cena que llevarse a la boca ni polvo que llevarse a la entrepierna, tenía que ir pensando en meterse en la cama. Era consciente de que no hay mal que cien años dure, pero se preguntó hasta cuándo la mala suerte iba a seguir persiguiéndola. Volvió la cabeza hasta que los dígitos rojos del despertador de la mesilla de noche le recordaron que era hora de hacer algo por aquella vida que se estaba dejando consumir encima de un edredón y con el pelo mojado. Se levantó con la sana intención de asaltar la nevera, apoderarse de un botín altamente calórico, hacer un pis y regresar a la cama para intentar olvidar el día que era, que tenía más años de los que le gustaría y que sus planes a corto plazo no eran más que fantasías de quinceañera: esperar la llamada del niño que le gustaba. La invadió una oleada de rubor que se alegró de no ver porque continuaba a oscuras.

—Pues estamos bien... —Olvido llevaba un rato con la puerta de la nevera abierta, intentando saber si sería o no comestible aquel queso Quark que había comprado hacía dos semanas y que había olvidado detrás de los *petit suisse* de fresa y plátano—. Si le quito la capa de arriba, no creo que...

Lo bueno que tenía ser farmacéutica era que, si cogía una gastritis de irse por la pata abajo hasta que se le desgastase el intestino, siempre tenía en casa un buen alijo de antidiarreicos, protectores gástricos, analgésicos y muestras de toallitas autobronceadoras, aunque estas últimas no fuesen demasiado útiles en caso de cagalera aguda. Aunque sabía que aquella moqueta verde que recubría su tarro de queso fresco Quark era moho, y moho del maligno a juzgar por el grosor de su pelaje, no pareció arredrarse. Cuchillo en mano, apartó una gruesa capa que no le pareció apetecible y cogió el paquete de biscotes con la intención de que ambos formasen parte de su particular festín de noche de finde sin plan. Se alejó de la nevera con ambos brazos cargados de todo aquello que sabía que no debía comer pero que le pirraba: dulce, saladito, frío y hasta reseco (pensó en ir a hacerse mirar su adicción a los pececitos de galleta salada que llevaban más de dos días sin tapar. Ojo al dato, porque frescos no la seducían en absoluto).

—Pero ¿quién coño...?

El sonido estridente del timbre de la puerta a punto había estado de hacerle perder el equilibrio, ya que estaba subida a una banquetta, intentando alcanzar una lata de melocotones en almíbar del

fondo de la despensa. Miró el reloj de la pared de la cocina y pensó que no era una hora muy normal para pedir sal. Tenía que ser Coro o Paulina. Tras conseguir bajarse del altillo sin soltar nada de lo que tenía en brazos y sin dejarse la piñata en el salto final, se fue hacia la puerta. Antes de rozar siquiera la puerta, preguntó desde dentro, temerosa:

—¿Sí...?

—¿Vidín...? —Una voz masculina procedente del otro lado de la puerta la sorprendió.

Olvido se acercó a la puerta para echar un vistazo por la mirilla. Justo en aquel mismo instante, la luz del descansillo se apagó y ella no consiguió vislumbrar nada más que una mata de pelo. Su imaginación jugó a imaginarse que era pelo de hombre, pero, a juzgar por lo que había conseguido ver, podía ser desde un mandril de culo azul hasta un hipopótamo con flequillo. Por fin se volvió a hacer la luz. Y vaya si se hizo.

—¿Cómo sabías que adoro los cruasancitos de chocolate? ¿También eso lo anotabas en mi ficha de estudiante?

Puerta abierta de par en par. Un Marco con barba incipiente y una sonrisa de esas que lo habían coronado como el profeta más sexy allá por la adolescente época del instituto, se abalanzó sobre Olvido, que, preparada para cualquier lance del cortejo menos para la ausencia de prolegómenos, se sorprendió al sentir los labios de Marco contra los suyos. Desde la fiesta de disfraces había estado fantaseando con aquel momento y, aun así, el tacto de su boca y el olor de su piel la descolocaron por completo.

—Déjame que te mire para cerciorarme de que no es un sueño.

Adivina, adivinanza: ¿cuál de los dos fue el artífice de la pregunta?

—Mírame cuanto quieras, profesor... ¿Crees en el destino, guapetón?

Y la puerta se cerró.

CAPÍTULO 11

-¡U

n Mencía tinto con un hielo, por favor...!

Paulina había llegado un poco antes de las diez a la cita con Rhett, con tiempo de sobra para arrepentirse y largarse. Se sentó frente a la barra, en un sitio privilegiado que le permitía abarcar la entrada sin ser vista de inmediato. Tenía claro que no se quedaría si el tal Rhett no parecía haberse pasado un buen rato bajo la ducha o si su cara acusaba algún problema, ya fuese con la justicia, con las drogas o con el alcohol. Mientras Paulina esperaba a que algún chico apareciese por la puerta de Il Boccaccio con un manual de instrucciones bajo el brazo, advirtió que su pesado maletín de abogada sobre la barra la delataba demasiado, así que, mirando con disimulo a un lado y al otro, lo camufló bajo sus piernas. Pensó que aquella aventura de adolescente tardía no era propia de quien tiene el deber y el poder de buscar siempre el lado más veraz de los hechos. Toda aquella pantomima de la cita a ciegas estaba empezando a ponerla nerviosa, y eso que aún ni había empezado.

—¿Le apetecen unas olivas...?

Paulina dio las gracias al camarero mientras negaba con la cabeza. Bebió el primer sorbo de la copa y se dijo que debía de ser la peor bebedora de vino. Ni sabía cuándo estaba bebiendo un buen caldo, ni cuándo se la daban con queso, ni entendía por qué le extrañaba tanto a todo el mundo que el vino tinto le chiflase con hielo. *Wine on the rocks*, como se diría en los años setenta. El camarero se retiró sin hacer comentario alguno sobre aquel sacrilegio contra el sagrado jugo de la tierra, aunque Paulina reconoció aquel peculiar tonillo de reprobación al que tantas veces había tenido que replicar aquello de «es mi vino y hago con él lo que quiero». Oyó la puerta e, inconscientemente, miró hacia allí. No había duda: Rhett había llegado.

«¡Dios! Es guapo, guapísimo —pensó—. No puede ser él. ¿Cómo un chico como él y una chica como yo...? No, déjame ver bien, sí, trae algo bajo el brazo. ¡Es él! ¿Qué va a hacer? ¿No le pregunta al camarero por una chica con la que ha quedado? Joder, no le dice nada. ¡Mierda! Me ha pillado mirando. ¿Y mi desodorante? Sólo me faltaba empezar a oler ahora. Dios, viene hacia aquí. Yo no puedo hacer esto. ¿Estoy loca o qué? ¿Y si tiene sífilis? ¿Y si le falta un diente? Dos, a lo mejor le faltan dos dientes y por eso viene tan serio. Tierra trágame, está a mi lado, sentado en el taburete de al lado y no me mira. ¡Increíble! No sabe que soy yo y tampoco sabe que yo sé que él sí es él. ¡Lo que daría por poder ver el título del manual que tapa con las manos sobre la barra! No puede ser...»

—¡Un Rioja tinto con hielo!

El camarero arqueó las cejas y dejó la segunda copa de vino sobre la barra con un golpe seco, preguntándose dónde estaba la cámara oculta.

¿Qué probabilidad había de que ella y el recién llegado compartiesen el vicio confesado del vino aguado? Paulina tragó saliva; aquello era lo más cósmico que le había pasado en la vida porque, bien pensado, nunca había coincidido con nadie que compartiese con ella aquel placer obscuro de beber vino a temperatura glacial. Le hizo gracia el modo en que él cogió la copa y olió el contenido antes de llevársela a los labios. Se le hacía difícil controlar todos sus movimientos sin que él reparase en ello, así que se quedó sin ver cómo se movía su nuez al paso de los primeros tragos. No es que fuese fetichista al respecto, pero el asunto de la garganta tenía su punto para ella.

Mientras Paulina jugueteaba con las gotas de condensación que su copa había dejado sobre la barra, se preguntó seriamente si debía marcharse o no. Quería, necesitaba mirarle a los ojos una vez más antes de tomar una decisión. Con el corazón desbocado, pensó que lo de haber dejado de fumar era un hándicap para romper el hielo. ¿Dónde había quedado aquella manida excusa de «tienes fuego»? Buscó en su bolso un paquete de Kleenex intentando llamar la atención de su vecino de taburete de manera que, al subir la mirada, se encontrase con la suya. Dilató la búsqueda todo lo que pudo, tratando de darle a él un margen más que prudencial para que reaccionase. A la de una, a la de dos, a la de tres...

Él no sólo la miraba sino que le sonreía. No le faltaba ningún diente. A decir verdad, Paulina pensó que aquella dentadura era un espejismo: incisivos, caninos, molares, premolares y puede que hasta las cuatro muelas del juicio se alineaban en una boca que parecía de cuento. Ella instintivamente cerró la suya y se pasó la lengua por los dientes, asegurándose de que el carmín no hubiese hecho de las suyas. Movía ella su músculo lingual de un lado al otro como un oso tras un festín de miel, cuando...

—Sólo si me dices que eres abogada te invito a una copa... ¿Cibeles? —Además de guapo, perspicaz. Estaba perdida.

—Y si lo que tienes debajo de las manos es un manual de instrucciones te lo cambio por una cena.

El camarero no entendía nada, pero asistía en silencio a la primera cibercita de Paulina. Estaba claro que aquel par de páñflos con gustos afines en lo tocante a desgraciar buenos caldos se traían algo entre manos. Los miró con profesionalidad y, sin que ninguno de los dos se lo solicitase, volvió a llenar las copas, asegurándose de que la piedra de hielo anterior no se hubiese derretido. Como sus años como camarero lo habían convertido en un hacha de las relaciones personales, se retiró al excusado con la seguridad de que ninguno de los dos lo iba a necesitar en un buen rato. Le quedó la duda de si algún otro cliente requeriría sus servicios, pero pensó que no estaba en edad de hacer esperar a su próstata.

Una vez solos, la conversación entre Cibeles y Rhett, o lo que es lo mismo, Paulina y Sergio, pues así se llamaba el apuesto traductor de manuales de instrucciones, fluyó como el agua por un camino. Lo que en un principio podía sonar a chiquillada y tener visos de haber sido una idea desafortunada o demasiado precipitada se iba consolidando como el mayor acierto de la temporada. Aunque ninguno de los dos pasó por alto el detalle de haber coincidido con otro espécimen de naturaleza no venusina o plutoniana que disfrutase con el vino *on the rocks*, hasta el momento, no habían tenido que señalar este hecho para romper el silencio. Más que nada, porque aún no se había producido. El silencio, digo.

—Recuerda que se puede seguir mintiendo... ¿Haces esto muy a menudo? —le preguntó Paulina sin importarle que él pudiese ser sincero y contestarle justo lo que no quería oír.

—¿Qué es «esto»? ¿Te refieres a si suelo quedar con mis amiguitas del chat? —Sergio se concedió un momento de gloria para deleitar a propios y a extraños (una de los cuales cada vez lo era menos) con una de aquellas sonrisas diseñadas por Autocad que acentuaban la perfección de sus facciones tipo David de Miguel Ángel. Paulina se dijo que, de ser cierto aquello de que las bragas daban de sí cuando subía la libido, aquel día tendría que recogerlas de debajo del taburete, justo al lado de su vapuleado maletín de abogada—. ¡Qué va! Es la primera vez que quedo con alguien de la red.

—Ya. Y yo acabo de caer en la cuenta de que lo del Ratoncito Pérez no puede ser verdad a no ser que el tío tenga una American Express sin límite de gasto. —Ya fuera por los dos vinos que acababa de pimplarse sin cenar o porque realmente lo del roedor había tenido su coña, Paulina rompió a reír. Sergio se contagió de su hilaridad sin disimular su agrado por las mujeres con sentido del humor.

—Querida Cibeles, sin que sirva de precedente... —Sergio cogió su taburete y lo arrastró hacia Paulina. Habiendo acortado las distancias, tanto que a ella le pareció sentir que el elástico del tanga perdía su capacidad de sujeción, él, en un acto sumamente natural y como si lo hubiese hecho una y mil veces, le pasó la mano por detrás de la nuca y llevó la boca muy cerca de su oído. Pum, pum, pum, pum, chispum, pum. «Allá va mi tanga, pensó Paulina»—. Los ratones no son los que pagan, guapa. Los que pagan son sus madres. ¿Qué trabajo es ese de sisar dientes de leche mientras la víctima duerme? ¿Con qué pagaría el ratoncito las cuotas de la tarjeta si no tiene nómina?

NORMAS BÁSICAS PARA EVITAR ENAMORARSE EN LA PRIMERA CITA

1. No le darás tu calendario de vacunas y/u operaciones quirúrgicas si él no te casca antes su

mili.

2. Obviarás el hecho de que su olor corporal te pone más que un desnudo de Miguel Ángel Silvestre, *El Duque*.

3. No le besarás antes de los postres.

4. Y, sobre todo, no te reirás nunca, pero nunca, a pecho partido con nada de lo que él diga. El humor y el amor distan muy poco de confluir en el mismo tálamo.

Los cuatro preceptos para la salud mental Paulina se los sabía de carrerilla. Tampoco era que soliese recitarlos como la lista de los ríos de Europa, pero saber, se los sabía. El caso es que ya había incumplido uno, nada menos que el último. «Después de esto —pensó Paulina—, ¿qué más daría que lo besase o no antes del tiramisú?» Dado que ya estaba irremediadamente tocada del ala no vio inconveniente en, llegado el momento propicio, dejarse besar por aquel apuesto chico de hermosos dientes. Aprovechando que él se había levantado con la intención de ocupar la mesa que ambos tenían reservada, ella le hizo una radiografía general. Ni muy alto, ni muy bajo. Ni muy flaco, ni muy gordo. Ni excesivamente arreglado, ni desaliñado total. La belleza de Sergio, el efebo antes conocido como Rhett, era serena y equilibrada. A Paulina le gustaron de él hasta los andares, algo que, según dicen, pasa también con los gorrinos (aunque no sea muy acertada la comparación).

Una chica que llevaba un delantal negro hasta los tobillos y una decena de anillos en las manos (uno por dedo), los guió hasta la mesita que estaba más apartada. A Sergio le gustó la idea de saberse a solas con su nueva amiga, mientras que Paulina se preguntó cómo iba él a besarla sin darse un cabezazo contra la pantalla de la lámpara que colgaba demasiado baja, casi, casi, rozando el mantel. Con tan dispares inquietudes, ambos tomaron asiento y depositaron en el suelo el manual de instrucciones y el maletín de abogada. Se miraron, cómplices de una aventura que bien había podido empezar mucho peor. La camarera les tendió la carta y los dejó disfrutar de las deliberaciones al respecto, que, al igual que los preliminares en el sexo, son imprescindibles.

Nunca pidas cosas demasiado caras en la primera cita y no rebañes el plato, Pau.

Mi madre o la confabulación para no dejar escapar un novio

Desde niña, cuando Paulina miraba la carta empezaba siempre por los precios. Nunca, ni siquiera entonces, había entendido para qué quería una un novio que no estuviese dispuesto a pagarle un buen plato de ahumados o un postre de más de treinta euros. Si ella detestaba algo en los bípodos era la tacañería, así que se iba al otro extremo. Sólo pedía platos que dejasen bien patente que ella era de gustos caros. Justo cuando estaba a punto de recomendarle el *carpaccio* de ahumados y una ensaladita templada de camarones con salsa de Módena, Sergio le ganó por la mano:

—¿Pedimos el menú degustación y así nos evitamos perder el tiempo en decisiones nimias?

Paulina asintió con la cabeza sin pensar siquiera si sería capaz de probar bocado. Antes de cerrar la carta localizó el precio del menú de marras. ¡Olé! Si Sergio era capaz de pedir algo que iba a costarle 45 euros por barba sin pensárselo, entraba en la categoría de ligues deseables. La camarera llegó para tomarles nota y se permitió aconsejarles una botella de Lambrusco y un pan de ajo con aceite de oliva virgen extra. Sergio dijo que sí a todo buscando la aprobación en la mirada divertida de Paulina, que se preguntó cuántos días tendrían que pasar sentados a aquella mesa hasta acabarse toda aquella comida. Se ríe ante la pregunta de la osada camarera:

—¿Algo más?

—No, gracias, el resto ya no depende de ti —respondió Sergio, riéndose también y guiñándole un ojo a Paulina.

Ya solos, pero sin poderse ver bien la cara el uno al otro por culpa de la engorrosa pantalla de la lámpara que se interponía entre ambos, entablaron una conversación despreocupada. Como la cosa era empezar a conocerse y no caer en el tópico de «estudias o trabajas», Paulina se

sorprendió de la facilidad con la que surgían los temas y la cantidad de veces que ambos se atropellaban al intentar meter baza. Sergio escuchaba con tanta atención a todo lo que ella decía que, cuando la camarera preguntó si podía interrumpirlos para dejar la primera remesa de manjares, él contestó:

—Si no hay más remedio...

¿Dónde coño había estado escondido este tío todo ese tiempo? Paulina no dejaba de cuestionarse para sus adentros la naturaleza terrenal de su interlocutor. Ambos se habían quedado callados hasta que la camarera se marchó después de dejar los primeros platos sobre la mesa. El menú degustación constaba de unas fuentes surtidas. La primera contenía un antipasto muy rico y abundante en colores, regado con algo que parecía aceite con hojitas de romero. Paulina empuñó su tenedor y se preguntó si sería mejor servirse su ración en el plato o comer directamente de la fuente. Salió de dudas mucho antes de lo que pensaba.

—Haz los honores, Pau... ¿Te puedo llamar Pau?

Paulina se encontró con el tenedor de él a dos centímetros de su boca. Ella la abrió para aceptar lentamente el bocado que Sergio le ofrecía. Éste no le quitaba la vista de encima. Mientras ella rozaba las púas de acero inoxidable del cubierto con los labios, él pareció disfrutar de una larga caricia. ¡Qué sé yo, algo extrasensorial!

—Exquisito... Y sí, puedes llamarme Pau, mi gente me llama Pau. —Fue todo lo que ella acertó a decir sin que el corazón se le saliese por las orejas. Tuvo que llevarse la mano a la cadera para asegurarse de qué ropa interior seguía en su sitio.

—¡Espléndido! ¿Quiere eso decir que ya formo parte de tu gente? —La pregunta tenía su truco del almendruco, pero a ella le dio igual descubrir sus cartas a las primeras de cambio. A fin de cuentas, si estaba cenando con él y había comido de su tenedor era porque le gustaba. No le había parecido que él fuese corto de entendederas, así que supuso que ya se habría dado cuenta. Sergio probó el antipasto y, con la mano, hizo un gesto rotundo de aprobación.

—Quiere decir que me gustaría que me llamasen Pau, nada más. —«Vale, una cosa es que se me vea el plumero y otra que parezca una tía fácil —pensó Paulina—. ¿Cuándo fue la última vez que Alejo hizo que me aleteasen mariposas en los abdominales?» Intentó hacer memoria pero perdió la concentración en cuanto Sergio llamó su atención a golpe de sonrisa.

—Por lo tanto, aunque yo haya quedado irremediabilmente prendado de la joven abogada con el corazón roto, tendré que conformarme con ser un plan de medio pelo para el fatídico viernes posruptura: créeme, seré tu gente... —Y volvió a llevarse el tenedor a la boca sabiendo lo sexis que le quedaban las mandíbulas al masticar.

—La joven abogada sin corazón quiere olvidarse por una noche de su mal fario, y nada mejor que contigo. Que me llamasen Pau, pues, sería perfecto, porque quiero creerte...

Los platos del menú degustación se sucedieron en una sinfonía de sabores cuyo nexos de unión era el regusto a orégano y a queso rallado. En otras circunstancias, a Paulina ni se le hubiese pasado por la cabeza meterse nada en la boca que tuviese forma y/o sabor a berenjena, pero Sergio le había ofrecido su tenedor otra vez, y ella no había tenido el cuajo de rechazarlo. Como cuando su madre la obligaba a tragarse las espinacas, Paulina se tragó el bocado sin respirar e imaginando que era algodón de azúcar. Odiaba aquella cosa lila en forma de pepino con ácido úrico. No lo podía soportar, pero se dijo que no era lo mismo comerla por decreto ley que con aquel bellezón delante. Le metió tal lingotazo a la copa de vino que Sergio no pudo por menos de exclamar:

—¡Vaya! ¿Estaba muy salada, Pau?

Llegados los postres, ambos habían hecho un máster en frivolidades y se sabían conocedores de los secretos menos secretos de cada uno. Habían salido a colación Alejo, Sara, sus respectivos trabajos, Alejo, Sara, sus respectivas familias, Alejo, Sara, sus respectivas vidas, Alejo, Sara, lo que supondría volver a empezar de cero, el Otro, la Otra, lo bien que se compenetraban, el Otro, la Otra, «¿desde cuándo tomas el vino con hielo?», el Otro, la Otra, «me gustan tus manos», «y a mí tu pelo», «creo que podría mirarte durante horas», «hace mucho tiempo que no estoy tan a gusto», «te miro y me cuesta creer que no te haya conocido antes», «soy lo que ves, en mí no hay

mucho más», «¿y si nos lanzamos a sufrir, pero esta vez por amor?», «no nos precipitemos», «¿quién ha dicho que tengamos que sufrir?», «¿café o té?», «me cuesta dormir si no tengo una almohada blandita», «tengo que confesarte que pensé en marcharme en cuanto llegué», «me cambié de camiseta cinco veces antes de salir de casa», «pago yo», «no, pago yo», «déjame pagar a mí, los de Fujitsu pagan bien y puntuales»...

Sergio deslizó su tarjeta bajo la cuenta sin mirar siquiera a cuánto ascendía el montante. Paulina notó lo mucho (—ísimo) que había bebido al intentar ponerse de pie para ir al baño. Sergio hizo el ademán de levantarse con ella, como haría un caballero con clase. Ella agradeció el gesto con una sonrisa y un guiño. Mientras cogía su bolso del respaldo de la silla, Sergio no le quitaba ojo, con las manos cruzadas y la barbilla apoyada encima, la siguió con la mirada hasta que ella se perdió de vista detrás de las puertas del baño. Ciertamente, aquella enigmática cita había resultado un acierto. Una vez más en lo que iba de noche, se dijo que Paulina era como su otro calcetín. Podía ser precipitado (que lo era), pero aquella chica le gustaba. Vaya si le gustaba.

Paulina entró en el aseo consciente de que, durante el trayecto, él no había dejado de mirarla hasta que la puerta se había puesto de por medio. Ya en la intimidad del inodoro y con el tanga por las rodillas, se puso a dar chillidos y a invocar al Altísimo. ¿Qué le estaba pasando? ¿Le gustaban ya las berenjenas de golpe y porrazo? ¿Y Sergio? ¿Le gustaba Sergio? ¿Tanto? ¿Sí? ¿Hasta dónde pensaba llegar con él? ¿Estaba preparada para todo aquello? Se miró las rodillas y se dijo que no era momento para preguntas y, mucho menos, para respuestas. Llevaba muchos meses con la moral anestesiada por ser la amante del hombre menos apropiado del universo, y necesitaba volver a empezar. Reconstruirse. Sergio podía ser unos buenos cimientos. Volvió a mirarse las rodillas y se dijo que tenía que ser muy, pero que muy mala suerte equivocarse dos veces seguidas.

CAPÍTULO 12

E

El timbre de la puerta en ese momento la incordió tanto como el despertador por las mañanas. Para ser viernes por la noche y no tener nada mejor que hacer que dejarse morir en compañía de ella misma, Coro no tenía ni ganas de ir a ver quién era. Y ya no digamos de abrir. Miró el reloj preguntándose quién podía ser; no esperaba visita y de lo único que tenía ganas era de que el sofá la fagocitase. Se hizo la remolona hasta que el timbre volvió a sonar dos veces más, añadiendo leña a la hoguera de la curiosidad. «Si es el coñazo del vecino del sexto que se ha vuelto a olvidar las llaves del portal, me va a oír», se dijo mientras se levantaba.

—¿Sí...? —Coro tenía un videoportero pero, para el caso, como si no lo tuviese, porque no había día en que algún fenómeno paranormal no hiciese que en la pantalla sólo apareciesen nítidos los hombros y, con mucha suerte, una porción de los brazos. En cambio, de la cara o alguna otra parte del cuerpo que le diese alguna pista sobre la identidad de quien había llamado, nada de nada. Aquella noche de viernes, no se veía ni torta. La pantalla ni siquiera se había encendido.

Abajo no le contestó nadie ni aun cuando ella soltó varios «me cago en x» en todas sus variaciones posibles, ya fueren de parentesco («la madre que te parió»), anatómicas («tus muelas») o del más allá («tus muertos»). Fuera quien fuese el que había interrumpido su aburridísimo plan de viernes *nuit* para nada merecía aquello y más. O, al menos, eso le debió de parecer a ella, que no dejó de refunfuñar hasta que retomó posiciones en el sofá, con el mando del DVD en la mano derecha y el barreño de palomitas dulces en la otra. Ya Angelina Jolie repartía patadas a diestro y siniestro con el estilo «señora Smith» que tan bien se le daba cuando volvió a sonar el timbre, pero esta vez el de la puerta. Y, como Bill Murray en *Atrapado en el tiempo*, Coro miró el reloj, se preguntó quién coño podía ser y se dijo que, como fuese el vecino del sexto que se había olvidado las llaves del portal, la iba a oír. Era hartito improbable que fuese el vecino del sexto, ya que alguien que se hubiese olvidado las llaves del portal difícilmente tocaría el timbre de su puerta, pero aun así, ella se encaminó hacia el recibidor, convencida de que aquel iba a ser el día en que le daría su merecido al olvidadizo vecino.

¡No podía ser cierto! Pero lo era. En cuanto aplicó el ojo a la mirilla, Coro tuvo una visión que a punto estuvo de hacerle perder el sentido. ¡Eugenio! El mismito Eugenio al que ella consideraba su novio hasta hacía unas horas, hasta el momento en que había dejado de resultarle humanamente tolerable seguir justificando la ausencia de noticias del sujeto al que ella llamaba «mi churri». Cualquiera persona en sus cabales y con la moral minada hasta decir basta habría estado tentada de dejar al tal Eugenio en la puerta y con cara de perro sin dueño. Pero Coro nunca había tenido demasiado claro el significado del verbo recapacitar, y mucho menos el del verbo contenerse.

¡Plas!

¿De qué otro modo describir lo que pasó y cuya transcripción fonética no puede ser más clara? Rebobinemos, pues y hagámoslo pasito a pasito:

1. Coro pone el ojo en la mirilla y ve a Eugenio cariacontecido con lo que ella supone que es un ramo de flores en la mano derecha.
2. Eugenio se cosca de que el ojo de Coro lo tiene en el punto de mira y siente cómo se le irrita el colon hasta sentir que tiene unas ortigas frotándose contra sus intestinos.
3. Coro nota que una rabia vengadora la inunda de arriba abajo, de izquierda a derecha, desde el pelo hasta el meñique del pie izquierdo.
4. Eugenio oye a la que hasta entonces era su chica abrir la cerradura para dejarlo entrar en lo que él está convencido que será el oasis de la reconciliación y la piscina de los «lo siento mucho, no volverá a ocurrir». Despliega su mejor sonrisa y ya saborea el ayuntamiento antes de tiempo.
5. Aquí llega la onomatopeya: ¡plas! A Coro le basta con asomar un brazo por el resquicio de la puerta para propinarle una bofetada que podría competir en sonoridad con el chupinazo de los sanfermines.
6. Eugenio recibe tan inesperada torta con su enorme sonrisa y su cara de vicio prematura sin

tener tiempo siquiera para ponerse a cubierto. Y, como la mujer de Lot, se queda petrificado cual estatua de sal, viendo a Coro desaparecer tras un portazo.

7. Coro pone de nuevo el ojo en la mirilla y lo ve quieto, con los ojos clavados en la puerta y sin la menor intención de marcharse. Las rosas amarillas siguen adivinándose en la parte inferior del círculo que rodea a Eugenio como una diana en los títulos de crédito de una película de 007. Vuelve a ponerse de los nervios.

8. Eugenio oye otra vez que el pestillo se mueve y cierra los ojos esperando el beso de amor definitivo de su chica («su chica»; el pobre aún cree en los pajaritos preñados).

Se humedece los labios a la espera del contacto con la boca de Coro, pero...

9. En un tiempo considerablemente inferior al que había tardado en asestarle un izquierdazo del quince, Coro asoma el mismo brazo que le había servido de bate. Engancha el ramo de rosas y le sacude con él en la cabeza como si fuese una esterilla. Le da tantas y tantas veces.... Quizá más que tantas. Todas.

10. La puerta se vuelve a cerrar, y Eugenio continúa impertérrito con la mirada perdida en algún punto entre la madera que los separa y la cama que tanto frecuentaba en los últimos meses. Dicen que el sentido del olfato es decisivo a la hora de reconstruir un recuerdo, y el olor a lavanda de las sábanas de aquella cama le devuelve a la mente el sabor de la piel de Coro.

11. Coro se dirige hacia la cocina en busca de todo y de nada. Va tan decidida y tan deprisa que, en menos de lo que había previsto, llega al frigorífico, algo así como el punto kilométrico cero de su hogar. Gira 360 grados, preguntándose si el muy cretino habrá tenido la delicadeza de llevarse los mierdipétalos de su mierdirramo de flores en su huida o si le habrá dejado el descansillo como una iglesia a la salida de una boda.

12. Ojo en mirilla.

13. Visión sorpresa: Eugenio con la cabeza coronada con los restos de lo que parecen hojas y pétalos amarillos, con dos rosas torcidas asomando por la parte de abajo del círculo 007, como ya dije, y en el rostro la expresión vikinga de «aguanta Paco, que de ésta salimos».

14. Se oyen de nuevo ruidos de cerradura, y Eugenio cierra los ojos pensando que lo único que le queda sin follar son las pelotas. Como puede y en un acto reflejo de autodefensa, se protege el escroto y la bolsa testicular con las dos maltrechas rosas que han sobrevivido al anterior ataque y se encomienda a todos los santos. ¡Para qué hacer distinciones!

15. Coro vuelve a asomar el mismo brazo, el de la bofetada y la ofensiva ramo-cabeza, pero esta vez lo único que hace es agarrarlo por el cuello de la camiseta y arrastrarlo hacia el interior del recibidor. Eugenio sigue con los ojos cerrados a la espera de que sus bolas le hagan compañía a sus amígdalas. Pero lo que recibe lo pilla con la guardia baja.

16. La imagen lastimosa de un Eugenio Campeador intentando hacerse perdonar aun a riesgo de parecer (ser) digno de lástima, con las flores torcidas y la cabeza cubierta de pétalos, despierta en Coro la atracción felina que los había unido meses atrás y, llevada por un incontrolable deseo de hacerse con lo que siente como suyo, no resiste la tentación de atraerlo hacia sí y besarlo como si aquel beso fuese el último de sus vidas. ¿Alguien recuerda la escena de *Armageddon* en la que Liv Tyler y Ben Affleck se morrean a morir antes de que él se vaya a chingar el asteroide? Pues tal cual.

—Cabrón... —Beso.

»Gilipollas... —Beso *again*.

»Lárgate de mi vida de una puta vez... —Otro beso.

Lavanda: arbusto de hojas leñosas, hojas estrechas y flores en espiga moradas que, por ser muy aromático, se usa en perfumería.

No eran las mismas sábanas, pero aquéllas, las que arrojaron sus pieles desnudas bajo un manto de apaciguamiento, seguían oliendo a espliego, a dulce, suave y sereno espliego...

—Te quiero, Coro...

—¿Mmm?

—Que te quiero, Coro...

—Vaya forma de declararte. ¿«Te quiero, coño»? ¿Has dicho «te quiero, coño»?
—Coro, cállate, anda... Y bésame.
—¿A quién se le ocurre? No pensarás que me voy a casar con alguien que dice «te quiero, coño», ¿verdad?
—Coro, joder, he dicho Coro, C-O-R-O...
—¡Aaaaaah, «Coro»! Haber empezado por ahí, tonto...
—¿Por ahí por dónde? ¿Por aquíii...? —Y Eugenio deslizó su mano por debajo de las mallitas Naffta de Coro.
—No me refería a eso, pero no vas mal encaminado, nada, nada mal...

Pau, amor, ya veo que no estás en casa... No sé cómo localizarte porque no me coges el móvil, y Coro y Vidín no quieren decirme dónde estás. Estoooooo... Verás, sólo quería decirte que mi vida sin ti es un auténtico asco, eso es, un auténtico asco. No sé cuándo he empezado a perderte, pero espero que no sea tarde para volver a intentarlo. Bueno, que sólo quería que supieras que estoy dispuesto a todo... por ti. A lo que sea necesario para que volvamos a estar como antes, como siempre... Dejaré a mi mujer si eso es lo que quieres. Porque, ¿sabes?, esta semana me he dado cuenta de que nada me importa más que tú. Nena, llámame cuando oigas esto, no importa la hora que sea. Hoy dormiré en un hotel, mi mujer ya sabe lo que hay...
¡Píiiiiiiiiiiiiiii!

El ensordecedor pitido del final de mensaje del contestador de casa hizo que Paulina deseara no haberle dado al botón de escuchar. Sergio, sentado en el sofá, aguardaba respetuoso a que ella le diese una señal de qué debía hacer. Tras la cena se habían besado un par de veces, y había sido ella la que había insistido en que fuesen a su casa, «a tomar la última, ya sabes, le había dicho. Como el silencio de Paulina iba camino de degenerar en parálisis cerebral, él se levantó y se fue hacia su cazadora. Como todo buen caballero, sabía que aquél no era el día para acabar en la cama con la que quería fuese una persona importante en su vida.

—¿Qué haces? —preguntó ella, cortándole el paso.
—Irme, princesa. Acostarme con alguien que tiene la cabeza en otro sitio es una de mis especialidades... —Enarcó las cejas para subrayar la referencia implícita a la debacle sentimental que había sufrido con su ex pareja, que lo había abandonado por otro—. Pero hoy no. No así, no contigo.
—No quiero que te vayas...
—Lo sé. Y aun así lo haré...
—¡Quédate conmigo! No quiero estar sola. Hoy no...

Paulina lo atrajo hacia sí, interponiendo su cuerpo entre la puerta y él. Sergio sabía que aquel beso era medio de mentira, medio de verdad. Nunca había besado a nadie con los ojos abiertos pero el momento le pareció propicio para una primera vez. Debía, necesitaba saber hasta qué punto era real todo aquello y, sobre todo, si Paulina sería capaz de olvidar y volver a empezar. Él sabía cómo besaban las mujeres que no lo amaban al cien por cien. Sara, su ex chica, lo había hecho durante meses, y ésa era una experiencia que él no estaba dispuesto a repetir.

—Cíbeles... —dijo, sosteniéndole la cara entre las manos—. No hay prisa, date tu tiempo. Tú ya sabes dónde estoy.

—Y es una suerte que ahora ya sepa por fin dónde estoy yo.

Con decisión, Paulina pulsó el botón Delete de su contestador automático. Al verla borrar el mensaje de Alejo, Sergio esbozó una tímida sonrisa. «Un buen principio —se dijo, atusándose el pelo—. Un buen principio.» Paulina correspondió a su sonrisa con otra que escondía algo más que hilaridad. Era lo que tenía el vino adulterado con un cubito de hielo, que la ponía más bien tontita y algo concupiscente.

—¡Sígueme! —lo animó.

—Hasta el fin del mundo —sentenció él.

Hacía tanto tiempo que Paulina no practicaba el sexo con alguien capaz de permanecer a su lado

después de eyacular, que pensó que tal vez aquel recién llegado tenía la fórmula magistral para su cura. De lo que no le cabía duda alguna es de que tenía la varita, una varita supermágica. Piensa mal y acertarás...

FIN

Notas

- [1] *Translation* por *please*: «¿Estás seguro de que no quieres ni intentarlo siquiera?»
- [2] Los hermanos de Paulina se llaman Pedro y Luis Enrique.